

CIC

BELOT

LA GRAN
FLORINA

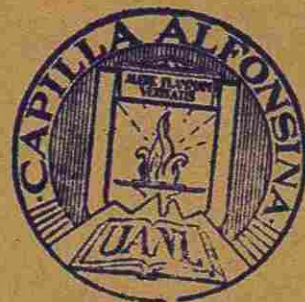
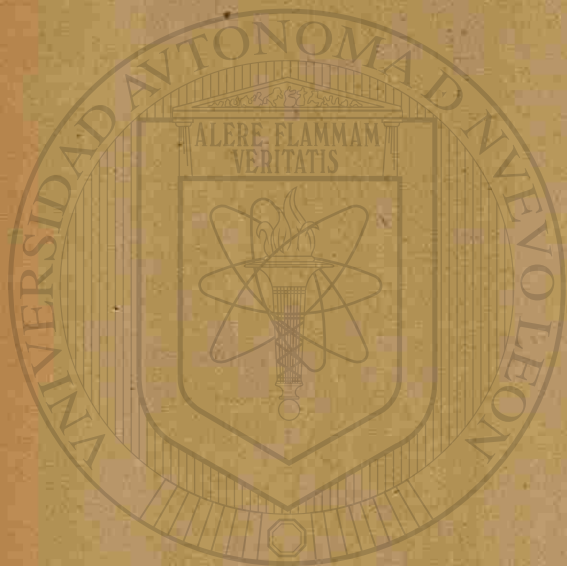
PQ2 193

.B7

G78



1020026091



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





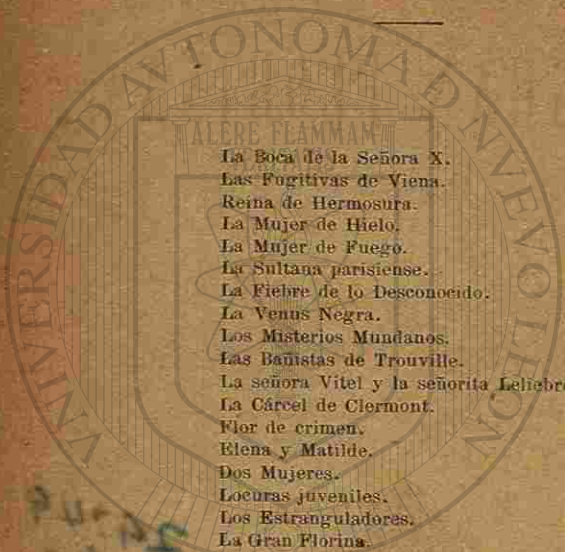
LA GRAN FLORINA

Núm. Clas _____
Núm. Autor _____
Núm. Edg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

N
B 4529
29749
-8-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR



ADOLPHE BELOT

LA GRAN FLORINA

VERSIÓN ESPAÑOLA

FONDO
RICARDO CONTRERAS



MADRID

IMPRESA A CARGO DE TOMÁS REY
15 - Almendro - 15

098154

1888.

29749

843
19

PQ2193
B7
G78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA GRAN FLORINA (*)

I

MIENTRAS la multitud conmovida, impresionada, se dispersaba por todas las salidas, Florina no perdía de vista al joven abogado de anteojos azules.

Vióle dar las gracias á sus colegas del Colegio de París que le habían hecho lugar, y dirigirse con ellos hacia la puerta de salida de los magistrados; pero, comprendiendo que no podía salir de allí en el traje en que se hallaba, resolvió, en vez de seguirle, lo que podría despertar sospechas, ir á esperarle al peristilo del Palacio de Justicia.

Llegó en el momento en que se quitaba la toga, cambiando su birrete por el sombrero; terminada la operación, el abogado de Tolosa, transformado en simple mortal, bajó la escalera, atravesó el patio y empezó á buscar un carruaje.

(*) El episodio anterior se titula *Los Estranguladores*.

Cualquiera otra que Florina se habría precipitado á entrar en otro coche desde el cual hubiera podido seguir al que condujera al joven abogado; pero ella se hizo la siguiente reflexión:

—Si me engaño, si este hombre no es el marqués de R..., no me interesa ni tengo para qué seguirle; y si, por el contrario, no me equivoco, va á regresar á su hotel de la calle de Monceau y me basta hacerme llevar á su calle y esperarle. Ni siquiera tengo necesidad de ir de prisa, porque de seguro no se presentará á los ojos de su mujer ni de sus criados con el disfraz que tiene en este momento, y se detendrá en el camino para desnudarse y recobrar su forma primitiva.

Esta reflexión le sugirió otra.

—Si al mismo tiempo — se dijo — pudiera saber dónde se operan estas metamorfosis... Esto podría serme de gran provecho en lo sucesivo.

Modificó su plan, y cuando el abogado subía en su carruaje, ella subía en otro, dando orden al cochero de seguir aquel coche á cierta distancia sin hacerse notar.

El auriga, desde lo alto de su pescante, sonrió con un aire que quería decir:

—Bien, bien, ¿hay celos en campaña? Ya conocemos el género.

El primer coche atravesó el puente, la plaza del Châtelet, siguió la calle de Rívoli y se detuvo delante de una casa situada entre la calle del Arbol Seco y la del Louvre. El hombre de los anteojos azules bajó, pagó al cochero y des-

apareció por una puerta grande. Florina, por el contrario, no se bajó del coche, le hizo parar tres puertas más allá, y por la ventanilla empezó á examinar la casa donde acababa de entrar el abogado.

Era uno de esos edificios espaciosos de seis pisos, verdaderas arcas de Noé donde los porteros tendrían harto que hacer si hubieran de vigilar las entradas y salidas de sus inquilinos. Cualquiera persona que trata de ocultarse elige estas casas, donde se goza de una libertad completa.

Parecía evidente á Florina que el marqués de R..., si era él, no entraba allí con más objeto que cambiar de traje y de fisonomía, reapareciendo en breve en el que le era habitual.

Pasó un cuarto de hora; corrieron veinte minutos; nadie salía.

—Habría mirado por alguna ventana y le inquieta mi carruaje — se dijo.

Y bajó y rogó á su cochero que fuera á esperarla al extremo de la calle del Louvre.

—Más valía, señora — dijo el cochero siempre sonriendo, — situarme en la esquina de la calle Bailleul.

—¿Dónde está la calle Bailleul? — preguntó Florina.

—A dos pasos de aquí. En esta parte de la calle de Rívoli las casas tienen poco fondo y tocan á las construcciones de la calle de la esplanada.

—¡Ah! decís bien. ¿Pero sabéis sise comunican unas casas con otras... si se puede entrar

por la calle de Rivoli y salir por la de Bailleul?

—No debe haberlas, por lo ménos ostensibles, pero puede muy bien haber comunicaciones secretas.

Estas palabras se fijaron en la mente de Florina; nada más fácil, en efecto, que alquilar dos cuartos en el mismo piso y abrir una comunicación entre ellos. Cierta mujer casada, cuyos amores protegía ella en otro tiempo, usaba este medio en otro barrio de París.

Confiado en su estrella, resolvió abandonar su primer puesto de observación y tomar otro en la calle del Louvre. Diez minutos corrieron aún, y ya empezaba á desesperarse cuando vió salir de la calle Bailleul un hombre que llamó su atención: tenía un aire respetable, iba apoyado en un bastón y vestía un gran paletot de dos carreras de botones y sombrero gris de ala ancha.

Al desembocar en la calle del Louvre miró en torno suyo y avanzó hacia el lado donde se hallaba Florina en el instante en que pasaba junto á ella por la acera; los faroles del coche iluminaron su rostro y reconoció á su abogado, esta vez convertido en un hombre de sesenta años, de abultado abdomen, los ojos velados tras anteojos de montura de oro, colorado el rostro y los cabellos y patillas grises.

No se podía llevar más allá el arte de disfrazarse, y cualquiera otro que Florina se hubiera desorientado; pero ésta era demasiado astuta, no se fijaba en los cabellos ni en la barba, que se cambia á voluntad; fijábase en

la forma de la nariz, que no puede disfrazarse, en el óvalo del rostro, en la estatura y en el aire de la persona.

Dejó á su observado transponer la esquina y entrar bajo los arcos de la calle de Rivoli, y después, bajando vivamente del coche, fué á situarse en uno de los arcos, al abrigo de un pilar.

El hombre de la calle Bailleul parecía buscar un nuevo vehículo. Entonces Florina, siempre pronta en sus resoluciones, jugó el todo por el todo. Volvió á buscar á su cochero, le puso veinte francos en la mano y le dijo:

—¿Queréis hacerme un favor?

—Con mucho gusto; ¿qué debo hacer?

—¿Veis aquel caballero que va allí?

—Sí; parece que busca un coche.

—Pues bien, id vos para que os tome; llevadle adonde os diga y volved á buscarme inmediatamente al boulevard de los Italianos, esquina á la calle Taitbout. Allí recibiréis otro luis por vuestro trabajo.

—Comprendido.

—¿Seréis discreto?

—Como mi caballo. ¡Arre, *Cocotte!*

Un minuto después pasaba por delante de la persona que le había designado, y ésta se apresuraba á detener el coche.

Florina tomó otro carruaje para ir á la calle Taitbout. Gracias á esta estratagema, el fingido abogado no era ya seguido, y sus sospechas, si las tenía, podían desvanecerse.

Florina no corría ningún riesgo: aunque la vendiera el cochero, que no era probable, por-

que los cocheros parisienses protegen siempre al sexo débil, no podría decir gran cosa á su misterioso personaje.

Aguardaba hacia algunos minutos en la calle Taitbout, cuando vió llegar el coche de vuelta de su viaje.

—Ya estoy aquí—dijo el cochero.—He hecho una famosa carrera, pero no ha sido por él, aunque me ha dado tres francos de propina; ha sido por vos, querida señora.

—¿Dónde le habéis dejado?

—En la calle de la Victoria, 46. Os llevaré; subid pronto.

Subió sin hacerse rogar, llegó al punto de su destino, pagó al cochero, le dió las gracias, y le despidió.

—¡Oh!—dijo aquel hombre viendo á su cliente desaparecer por la misma puerta por donde había penetrado su anterior parroquiano.—¡Va á tener lugar una famosa escena conyugal!

Florina, sin embargo, no había entrado en aquella casa más que para desorientar al cochero; creía inútil ponerle por completo en autos de lo que pensaba hacer, y después de penetrar resultamente en el portal de la casa retrocedió, dijo al portero que se había equivocado y se hizo abrir de nuevo la puerta de la calle.

Otra vez en ésta, volvió hacia la derecha, siguió la calle Taitbout, entró en la de Chateaudun, subió en un nuevo carruaje y le hizo pasar delante del núm. 39; sabía hacia mucho tiempo que el núm. 46 de la calle de la Victo-

ria correspondía al 39 de la calle de Chateaudun, y fiel á su sistema se decía que el individuo que había entrado por una calle saldría por la otra.

II

No se había engañado. Al cabo de diez minutos, la puerta de la casa núm. 39 se abrió para dar paso á un joven de unos treinta años, de elegante aspecto, rostro moreno, ojos y patillas negros.

No había duda, éste era el marqués D. Lorenzo José de R... y C..., y al natural esta vez, tal como Florina le había visto en la iglesia de San Agustín el día del matrimonio.

Pasó de nuevo ante ella, y ésta pudo admirar lo rasgado de sus ojos y el brillo de su mirada, que ya no velaban cristales misteriosos. Convencido de haber extraviado á cuantos pudieran seguirle, renunciaba á toda precaución y entraba de lleno en posesión de su juventud y sus atractivos.

Después de seguir un trozo de calle á pie, subió en un tercer carruaje, que tomó la dirección del boulevard Malesherbes.

Florina no pensó esta vez en seguirle; satisfecha de tener comprobada su identidad, se dirigió á su casa de la calle de Suresnes; tenía necesidad de comer, ó más bien de cenar, porque eran las diez de la noche, y después de ten-

derse en un diván, envuelta en su bata de cachemir, se dedicó á repasar los sucesos de aquel dramático día.

Como mujer de orden, clasificó sus reflexiones, ocupándose en primer lugar del marqués de R..., considerándole como individuo aislado y no como marido de Matilde Simonnet. Reconocía que era una inteligencia de primer orden la de aquel marqués que aventajaba á los cómicos de más fama y á los agentes de Policía de más renombre.

El noble marqués de R... y C..., llegado hacía tres meses á Francia, ¿cómo podía disfrazarse así, tener tantos domicilios y conocer á Paris material y moralmente de un modo tan completo?

—¡Imposible! No me harán tragar semejante pildora—se dijo Florina.

Y después continuó:

—Pero ¿qué fin persigue?... ¿qué fabrica en la sombra? ¿á qué industria se entrega el fingido marqués? Nadie me persuadirá de que ha alquilado todas esas habitaciones y dispuesto todos esos disfraces sólo por el gusto de asistir á una vista de causa sin ser reconocido.

Esta idea evocó otras de distinta índole que lanzaron á Florina por una nueva pista, digámoslo así. No sin motivo el jefe de Policía le había encargado en otro tiempo vigilar á Matilde Simonnet. Esta joven debía encontrarse comprometida en la causa, puesto que su marido seguía con tanto interés el proceso en cuestión. Florina repasaba en su mente toda la sesión á que había asistido el abogado del

Colegio de Tolosa, inmóvil, con los ojos, ó más bien los anteojos, siempre clavados en los acusados, tal vez sólo en uno de ellos, y recordaba los detalles del proceso, las palabras del defensor de Blanchard, que parecía creer en una misteriosa maquinación, las protestas del acusado, sus miradas, miradas expresivas que no se olvidan jamás, que Florina no olvidaría...

Si lo que había sorprendido, si lo que además adivinaba lo ponía en conocimiento del jefe de Policía, sería felicitada por este funcionario y se rehabilitaría con el cuerpo de Seguridad.

—¡Cuando pienso—exclamó sonriendo—que el señor Claude me ha dicho: *Id, hija mía, vos conocéis vuestro oficio!*... Tiene razón; lo conozco mejor que ellos. He hecho en breves horas descubrimientos que ellos no hubieran obtenido en tres meses.

¿Pero iría á entregarles su secreto... á venderse? ¿Qué mezquina satisfacción de amor propio! ¿Debía contentarse con ser empleada de la Prefectura, cobrar sueldo de ella y tener esta posición oficial? Quería más que esto: si una vez había servido á la Policía, había sido para salir de la cárcel y saldar cuentas harto difíciles. Hoy que gozaba de su libertad, que se había echado tierra en el asunto que la comprometía, ¿qué necesidad tenía de prestar servicios á la Administración? Además, era tarde para decir: *Me he equivocado en el negocio Ja-gon; hoy traigo indicios contrarios.*

Para una mujer de la sagacidad de Florina, había mejor partido y una posición más brillan-

te que conquistar. ¡Qué mina inagotable si sabía completar sus descubrimientos y explotarlos! ¿Qué no podía conseguir si llegaba á enredar entre sus mallas á aquel extraño marqués, á aquella encantadora marquesa? Quizá su fortuna no estaba cimentada en bases muy sólidas; quizá era tan falsa como su posición en el mundo; pero era indudable que tenía medios de existencia, fondos disponibles en los que Florina abriría gran brecha. Además, una belleza espléndida como la de Matilde podía ser en manos hábiles un capital de fácil explotación; ya se lo había dicho Florina el día del matrimonio, y eso que ignoraba cosas que sabía hoy.

La antigua agente de Policía pasó gran parte de la noche en meditar más que en dormir, y después de dormida continuaron sus ensueños. Veiase rica, rodeada de todos los esplendores; ella, que á pesar de su inteligencia, de su aspecto agradable y elástica conciencia, no había podido llegar á la fortuna.

Por la mañana, su sueño tomó un nuevo aspecto: se ilusionó hasta el punto de figurarse que el marqués de R..., de quien se haría fiel aliada, dependería de ella, le dominaría, sería su hechura, y ¡quién sabe si, á pesar de su menor mérito físico, la preferiría á la hermosa Matilde!

¡Ella, Florina, rival dichosa de la mujer más bonita de París!

Todos sus deseos estaban satisfechos: fortuna, lujo, dominio y el amor de un hermoso joven.

Mientras en la calle de Suresnes se pensaba y se soñaba así, en la calle de Helder Zoé Lacassade daba cuenta á Juana Guérin de los últimos incidentes del proceso. Esta la escuchaba silenciosamente y no hizo ninguna observación sobre el veredicto del Jurado y el desenlace del asunto; pero volviéndose hacia su amiga, cuando acabó de hablar, le dijo dulcemente:

—¿Qué va á ser de la desgraciada Sofia Blanchard, que nos ha servido con tanta abnegación? Ahora está sin colocación, sin asilo, sin recursos...

—Sí, es una lástima —dijo Zoé.

—Quizá —repuso Juana— tenemos un deber que cumplir para con ella. Mi padre no la hubiera abandonado.

—Pues bien, no la abandonemos nosotras.

—¿Tú lo quieres?

—Cierto, puesto que tú lo quieres también.

—No esperaba menos de tu buen corazón.

—Muchas gracias.

Y las dos, sentadas una enfrente de otra, meditaron lago rato sobre el medio de socorrer á Sofia Blanchard.

III

La sesión del tribunal había terminado la vispera demasiado tarde para que Sofia Blanchard pudiera ser puesta en libertad. No se

sale de la cárcel, ni aun después de una sentencia favorable, tan fácilmente como de una posada. Es preciso llenar formalidades indispensables.

Además, la antigua criada de los Guérin no podía salir inmediatamente. ¿Qué le importaba su libertad? ¿Qué iba á hacer con ella? Morirse de hambre, sin duda, porque no tenía dinero y se sentía con pocos ánimos y mucha desesperación para trabajar.

¡Trabajar! ¿Quién había de ocuparla? ¿Quién toma á su servicio á la mujer de un presidiario? Además, en aquel momento no pensaba en sí misma; otra idea la dominaba. ¿Qué era de él? ¿Dónde le habían llevado? ¿Trataría de suicidarse, y esta vez con más éxito? Veíale en su pensamiento, le seguía y quería darse cuenta de su posición. ¿No estaba al corriente de todas sus costumbres?

Cierto es que habían sido encerrados, ella en el Depósito, él en la Conserjería, donde no pueden entrar las mujeres, ni hacer más que atravesarla para dirigirse al tribunal; pero, después de atravesar una verja que pone las dos prisiones en comunicación, las mujeres siguen el mismo camino que los hombres, y ambos suben la escalera que conduce al Palacio de Justicia.

Esta escalera, estrecha, sombría, sin pasamanos, de ochenta y dos escalones, y de forma espiral, la contemplaba en su imaginación y veía descender por ella á su marido, después de su sentencia, entre dos soldados de la guardia.

Lleva la cabeza caída, el paso vacilante, el cuerpo enfermo... camina como el hombre embriagado que tropieza á cada paso, y no cae porque el guardia que marcha detrás le sostiene de vez en cuando.

Llega por fin al pie de la terrible escalera, entra en un largo corredor de piso de granito, bajo de techo, desierto y apenas iluminado, y camina siempre... ¡Qué larga carrera para un hombre casi moribundo!

Ya está de nuevo en su prisión, solo, solo con esta idea: *¡Encadenado por toda la vida!* ¡Pobre hombre! Sofía llora; llora mucho y amargamente.

Así transcurre la noche; al día siguiente van á buscarla, le entregan un envoltorio que llevó al entrar, le hacen firmar un recibo y le dicen:

—¡Estáis libre; no volváis por aquí!

Todas las puertas se abren para ella, y se encuentra en el muelle del Reloj, casi desierto, con un paquete en la mano y sin saber adónde ir. Da algunos pasos y mira con inquietud en torno suyo. Cree que de nuevo van á detenerla, á encerrarla... El preso á quien dan libertad necesita que pasen muchos días para convencerse de que está libre.

La cárcel deja en el espíritu un peso que tarda en desaparecer. Después, cuando se convence de que nadie la sigue, sube un poco á la derecha, se apoya contra el parapeto del muelle, y clava sus ojos en la Conserjería. Sus miradas quisieran penetrar á través de aquellas piedras, contemplar al desgraciado que, sen-

tado sin duda en el rincón de su calabozo, piensa en ella como ella piensa en él.

Mientras está allí, aniquilada, vencida, los silbidos de un vapor remolcador déjense oír en el Sena, á su espalda. Vuélvese, y con los codos apoyados en la muralla y el rostro en sus manos contempla tristemente el agua que corre...

La tempestad se cierne en aquellos momentos sobre París. El cielo, azul una hora antes, se ha oscurecido. Espesos nubarrones grises, llevados por el viento, corren unos detrás de otros, y tan bajos, tan bajos, que parecen rozar los tejados de las casas...

El río, agitado por otras tempestades, se desliza en ondas oscuras que el color del cielo hace más negras aún.

Primero, Sofía Blanchard mira sin ver, sin pensar... Después, aquel agua que corre le da una especie de vértigo, y tiende los brazos hacia ella como si quisiera sumergirse en su seno.

Su pensamiento trabaja con extraña actividad. Dícese que aquél no es un río, es una tumba dispuesta á recibirla... Sí, basta salvar aquella muralla para que todo acabe, su vida y su miseria. ¡Morir á dos pasos de él, delante de su prisión, que es otra tumba!...

La tentación es fuerte; inclinase sobre el muro para ver el sitio en que va á caer, para examinar su sepultura; pero el agua, en esta época del año, no llega hasta el muro, y en lugar de ahogarse iría á caer sobre la arena y las piedras, con los brazos y las piernas ro-

tos. Sufiría, mas inútilmente. ¡Harto ha sufrido ya!

El puente está á dos pasos, puede llegar á su centro y precipitarse allí.

Las aguas son profundas en aquel sitio. ¡Allí está segura de ahogarse sin una larga agonía!

Se vuelve, dirige una última mirada á los muros de la Conserjería, envía un postrer adiós á quien no la puede oír, y, resuelta esta vez, sigue el muelle hasta el puente mismo; no se apresura, no corre; camina con paso firme y ademán tranquilo. Un niño harapiento, al verla pasar, le tiende su mano; Sofía le mira con la vista extraviada; parecíale de la misma edad que la niña muerta de miseria sobre sus brazos cuando su marido sufría la primera sentencia. Algo hubiera querido dar á aquel pobre niño en recuerdo de la suya á quien tanto había amado; pero no poseía nada, nada...

Entonces pensó en el envoltorio que llevaba en la mano. Encerraba algunos pañuelos, un fichú y una camisa; todo aquello vendido bien valdría cinco francos. ¿Para qué quería aquellos objetos si iba á morir?

Entregó el envoltorio al infantil mendigo y le dijo con ademán febril:

—¡Toma! Dale esto á tu madre, si la tienes, ó véndelo si eres huérfano.

Y se inclinó para estrechar al niño entre sus brazos. ¡Tenía necesidad de despedirse de alguien al dejar la vida!

Ya se había alejado, cuando un recuerdo la detuvo. En el envoltorio que había entregado

al niño dejaba olvidadas dos fotografías. La una era de su marido, la otra de su hija muerta. Las había mandado hacer en otro tiempo, cuando vivía dichosa en el campo entre Blanchard, jardinero entonces, y su hija, de edad de tres años, linda como un ángel.

¡Ah! ¡qué lejos estaba entonces de suponer que habría de llegar un día en que le arrebatase la Muerte á su hija, la Justicia á su marido!

No quería abandonar aquellos retratos: deseaba verlos una última vez y morir abrazada á tan dulces objetos.

Se rennió otra vez al niño, que ya había abierto el envoltorio para enterarse de su contenido, y le rogó que le devolviese las dos fotografías. Cuando las tuvo en la mano, se apoyó en la muralla del puente y las contempló con éxtasis. Fijóse sólo un momento en el retrato de su hija... ¿no la iba á encontrar dentro de un instante en el Cielo? En cambio contempló largo rato el de su marido.

Aún era joven cuando le hicieron aquella fotografía; tenía aire agraciado y expresión en la mirada. Dió furtivamente un beso al retrato, mientras sus ojos se volvían por última vez hacia los muros de la prisión.

Después avanzó al centro del puente. ¡Estaba desierto! La nube más espesa empezaba á deshacerse en lluvia, y gruesas gotas esmaltaban la arena de las aceras. Los transeuntes aceleraban el paso. Los cocheros castigaban á sus caballos para ganar cuanto antes las calles de la ciudad. Aquél era el momento de arrojar

al Sena. Nadie se cuidaría de ella, nadie la detendría.

La balaustrada del puente de Cambio es de las más fáciles de flanquear. Dícese que ha sido expresamente hecha para facilitar los suicidios. Está formada de columnas estrechas en el centro y anchas de base para que pueda apoyarse el pie.

Al llegar al arco del centro, Sofía Blanchard lanzó una última mirada en torno suyo, á fin de convencerse de que estaba sola. Envió un último adiós á su marido, apoyó sus pies en la base de dos columnas, se sostuvo con las manos y haciendo un último esfuerzo se precipitó en el espacio. Las aguas se abrieron un momento y se cerraron de nuevo siguiendo su curso.

IV

El niño á quien Sofía Blanchard había dado todo lo que poseía en el mundo, tenía, como muchos vagabundos de su edad, la costumbre de pasar las noches de verano en los puentes de París. Cuando la lluvia se formalizó, echó á correr, atravesó el puente de Cambio, llegó al muelle de la Mégissiere, bajó la escalera que estaba enfrente de la calle San Oportuno y corrió á buscar abrigo debajo de la cubierta del barco flotante de las lavanderas.

Ya en seguridad, abrió su envoltorio para

al niño dejaba olvidadas dos fotografías. La una era de su marido, la otra de su hija muerta. Las había mandado hacer en otro tiempo, cuando vivía dichosa en el campo entre Blanchard, jardinero entonces, y su hija, de edad de tres años, linda como un ángel.

¡Ah! ¡qué lejos estaba entonces de suponer que habría de llegar un día en que le arrebatase la Muerte á su hija, la Justicia á su marido!

No quería abandonar aquellos retratos: deseaba verlos una última vez y morir abrazada á tan dulces objetos.

Se reñió otra vez al niño, que ya había abierto el envoltorio para enterarse de su contenido, y le rogó que le devolviese las dos fotografías. Cuando las tuvo en la mano, se apoyó en la muralla del puente y las contempló con éxtasis. Fijóse sólo un momento en el retrato de su hija... ¿no la iba á encontrar dentro de un instante en el Cielo? En cambio contempló largo rato el de su marido.

Aún era joven cuando le hicieron aquella fotografía; tenía aire agraciado y expresión en la mirada. Dió furtivamente un beso al retrato, mientras sus ojos se volvían por última vez hacia los muros de la prisión.

Después avanzó al centro del puente. ¡Estaba desierto! La nube más espesa empezaba á deshacerse en lluvia, y gruesas gotas esmaltaban la arena de las aceras. Los transeúntes aceleraban el paso. Los cocheros castigaban á sus caballos para ganar cuanto antes las calles de la ciudad. Aquél era el momento de arrojar

al Sena. Nadie se cuidaría de ella, nadie la detendría.

La balaustrada del puente de Cambio es de las más fáciles de flanquear. Dícese que ha sido expresamente hecha para facilitar los suicidios. Está formada de columnas estrechas en el centro y anchas de base para que pueda apoyarse el pie.

Al llegar al arco del centro, Sofía Blanchard lanzó una última mirada en torno suyo, á fin de convencerse de que estaba sola. Envió un último adiós á su marido, apoyó sus pies en la base de dos columnas, se sostuvo con las manos y haciendo un último esfuerzo se precipitó en el espacio. Las aguas se abrieron un momento y se cerraron de nuevo siguiendo su curso.

IV

El niño á quien Sofía Blanchard había dado todo lo que poseía en el mundo, tenía, como muchos vagabundos de su edad, la costumbre de pasar las noches de verano en los puentes de París. Cuando la lluvia se formalizó, echó á correr, atravesó el puente de Cambio, llegó al muelle de la Mégissiere, bajó la escalera que estaba enfrente de la calle San Oportuno y corrió á buscar abrigo debajo de la cubierta del barco flotante de las lavanderas.

Ya en seguridad, abrió su envoltorio para

inspeccionar de nuevo las riquezas que contenía, y cuando se vió dueño de varios pañuelos, él que no había tenido jamás ninguno, tuvo una inmensa alegría y volvió los ojos hacia el puente que estaba enfrente de él para ver si desde allí distinguía á su bienhechora y enviarle las gracias con una mirada.

A pesar de la lluvia, que formaba espeso velo, la percibió inclinada sobre la barandilla y mirando al río. No distinguía sus facciones, pero veía perfectamente la masa negra destacándose sobre la balaustrada blanca.

En breve aquella masa se alargó... hubiérase dicho que estaba por fuera de la balaustrada y que nada le separaba ya del abismo. De repente pasó por delante de sus ojos y cayó de alto á abajo, con la rapidez de los aerolitos que por la noche se ven correr por el espacio.

El niño lo comprendió todo y lanzó un grito. Algunas lavanderas y dos hombres que se habían refugiado allí durante la lluvia se volvieron á interrogarle.

—Allí—dijo el niño,—una mujer que ha caído al agua.

Todos los ojos se volvieron hacia el sitio designado. En efecto, el cuerpo había subido del fondo á la superficie, y sostenido por los vestidos, que formaban un verdadero globo, flotaba encima del agua arrastrada por la corriente.

Al punto los dos hombres, uno marinero, lanzáronse á un bote sujeto al barco de las lavanderas, cortaron las amarras y remaron á través del río para detener á su paso el cuerpo humano que arrastraba.

La corriente es tan rápida en aquel sitio, que en diez segundos el cuerpo estuvo al alcance de los salvadores, y en el momento en que iban á echarle mano desapareció. La espesa lluvia que caía sobre él, haciéndole pesado, le envió de nuevo al fondo; la ola de arriba confundíase con la de abajo, y ambas enviaban el cuerpo al abismo.

No había más que un medio de salvar á la desgraciada. Arrojarle al agua, sumergirse, sacarla á la superficie y ganar de nuevo el bote ó la orilla. El marinero vacilaba. Sabía que el río por aquella parte es caudaloso y forma remolinos terribles. Entre tanto el otro hombre, sin reflexionar, se arrojó al Sena, y pocos minutos después reaparecía con su presa á flor de agua.

El marinero se dirigía ya con el bote á prestarle auxilio, mientras el otro, prefiriendo dirigirse al barco de las lavanderas, dió un rudo empuje al cuerpo en aquella dirección. Entonces las lavanderas, inclinadas hacia adelante, tendiendo los brazos, cogieron la masa inerte que se les confiaba.

En breve Sofia Blanchard estuvo tendida sobre la plataforma del barco: no daba señales de vida: sus ojos estaban cerrados, apretados sus dientes y su rostro cadavérico; pero todos los que tienen su ocupación en las orillas del Sena, marineros, cargadores, lavanderas, todos saben los cuidados que han de prestarse á las personas asfixiadas por inmersión.

Gracias á sus inteligentes cuidados, al cabo de un instante sintieron latir el corazón de

aquella desgraciada; su rostro se fué coloreando débilmente; un espasmo ligero levantó su pecho, y por fin se abrieron sus ojos. Sofia Blanchard se había salvado.

Durante un cuarto de hora, aquellas buenas mujeres prodigaron á Sofia toda clase de cuidados, hasta que pudo incorporarse, sentarse y mirar en torno suyo.

Con la vida volvióle la memoria; recordaba que se había arrojado al Sena por su voluntad, que había querido morir; y las razones que se diera para su suicidio seguían imponiéndosele implacables, terribles.

Por eso, mientras daba las gracias con la vista, mientras apretaba la mano del hombre que la había salvado y la de aquellas caritativas mujeres, pensaba:

—¿Por qué no me han dejado morir?... ¡Todo hubiera ya concluído!

Un vigilante en aquella parte del muelle tuvo noticia de lo ocurrido y bajó al punto al barco de las lavanderas: mostráronle la paciente y le preguntó su nombre, profesión y señas de su casa. Toda tentativa de suicidio hecha en público da lugar á un sumario, y el agente que tiene noticia del suceso está en la obligación de prevenir al comisario de Policía más próximo.

Sofia Blanchard respondió á todas las preguntas que le dirigieron, y el representante de la Autoridad se dirigió hacia el Palacio de Justicia, donde se encuentra la Comisaría del distrito.

V

En el momento en que entraba en el gran patio, un carruaje se detenía delante de la verja, y una mujer pequeña, viva, de ensortijados cabellos, de mirada perspicaz, se precipitó en la acera. Miró en torno suyo, percibió al pie de la escalera de la derecha una puerta-vidriera, hacia la cual se dirigía el agente de Seguridad, y ella hizo lo mismo. Cuando abrió la puerta y le preguntaron qué quería, respondió:

—Me llamo la señorita Zoé Lacassade; vivo en la calle de Helder, núm. 20, y vengo á reclamar, en mi nombre y en el de mi amiga Juana Guérin, á Sofia Blanchard, la acusada á quien los jueces han mandado poner en libertad.

—La persona de quien habláis, señorita, ya no está aquí—respondió el que la escuchaba.

—¿Pues dónde está? Me han dicho que en el Depósito; ¿no es éste el Depósito?

—No, señora; ésta es la Comisaría.

—Perdonad: la culpa ha sido de mi cochero; le he dicho al Depósito y me conduce aquí. ¡Ah! ¡estós cocheros de París!... En mi tierra, en Guadalupe, saben mejor su obligación; es decir, en Guadalupe no los hay... Por lo menos no le extravían á uno. Bien, señores, ¿queréis indicarme dónde está el Depósito?

—En el muelle del Reloj, señora, á dos pasos de aquí.

Ya iba á alejarse, cuando el agente recién llegado dijo algunas frases al oído del secretario de la Comisaría y éste exclamó:

—¡Deteneos, señora! ¡Deteneos! Tengo un dato importante que daros: la persona á quien buscáis no está ya en el Depósito.

—¡Gran Dios! ¡Llego demasiado tarde! ¿Dónde se habrá ido la desgraciada?

—La encontraréis muy cerca de aquí. El señor va á conducirnos á su lado; vos velaréis por esa desgraciada, ¿no es verdad?

—Sí, señor, sí; ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque ha intentado suicidarse.

—¡Ah, Dios mío!

—Y, si vos no respondierais de ella, tendríamos necesidad de someterla á la vigilancia de la Autoridad.

—¡Sí, yo respondo!... ¡respondo en absoluto! Tomad mi nombre, mis señas, las de mi amiga, y ¡vamos... vamos!

Precipitóse en el carruaje que la aguardaba, y el agente subió en el pescante, indicando al cochero el camino que debía seguir. La tempestad había cesado y las nubes huían hacia el Nordeste, dejando el cielo despejado.

Zoé, precedida por su guía, descendió la escalera del muelle, corrió hacia el barco con toda la ligereza que le permitían sus cortas piernas, y en cuanto llegó á él percibió á Sofía Blanchard, pálida aún, envuelta en un peinador que una de las lavanderas le había prestado mientras hacía secar sus vestidos al sol.

Zoé se le acercó, y parándose delante de ella,

con los brazos cruzados, exclamó con acento que en vano trataba de fingir severo:

—¡Desgraciada! ¡habéis querido mataros!

—¡Ah!—murmuró Sofía;—¿qué queríais que hiciera, señorita?

—¡Cómo! ¿Qué quería que hicierais? ¡Quiero que volváis inmediatamente al servicio de Juana y al mío, como en otro tiempo!

—¡Es posible! ¡Queréis llevarme con vos!

—¡Si tal! ¿Acaso os asombra? ¡Vamos! Juana nos aguarda. Poneos vuestra ropa, aunque esté algo húmeda... no importa; vamos en coche y dentro de diez minutos tendréis otra. Creo que no cogereis un constipado en el mes de Junio.

Las lavanderas se miraban unas á otras y se reían de aquella mujer tan impetuosa, tan pequeña, tan vivaracha, que había caído allí como una avalancha y no había cesado de hablar desde que entró.

Cuando oyeron decir á Zoé que se llevaba á Sofía y la tomaba á su servicio, las risas y los enchicheos cesaron. Muchas de ellas estaban al corriente de la causa que se había visto la víspera. Habían leído todos sus incidentes en los periódicos, y el nombre de Sofía Blanchard que había dado al agente de Policía era de todas conocido: todas compadecían á la desgraciada cuyo marido acababa de ser tan duramente sentenciado.

Zoé Lacassade, aprovechando esta simpatía, hizose popular al punto en el lavadero, y, á poco que hubiese puesto de su parte, la hubieran llevado aquellas mujeres en triunfo hasta el muelle; pero su modestia no le permitió in-

tentar esta ovación, y, á fin de partir lo más pronto posible, ayudaba á vestir á Sofia.

En el instante en que protectora y protegida iban á alejarse, el agente de Seguridad les hizo observar que es costumbre dar veinte francos al individuo que saca del Sena á una persona ahogada ó próxima á ahogarse, preguntando á Zoé si se encargaba de abonarlos.

—¡Ya lo creo!— dijo ésta;— y quisiera ser muy rica para dar mucho más de lo que se esperase.

Y echó mano para buscar su portamonedas, mientras el agente de Seguridad buscaba con la vista al generoso salvador.

Vióle en la orilla del río, sentado en una piedra secando sus vestidos al sol, y contemplando de lejos con cierto interés á la que había salvado de la muerte.

Había tristeza en la mirada de aquel hombre, y diríase que no era la vez primera que veía á Sofia Blanchard.

Como no se fijaba en las señas que le hacía el agente de Seguridad, tuvo éste necesidad de llegarse hasta él y decirle que fuese á recoger la prima ofrecida.

—No— dijo aquel hombre;— yo no quiero nada.

—Pero...

—Os digo que no quiero nada— repitió casi bruscamente.— La he salvado, y eso me basta para mi satisfacción.

—Será preciso que consigne vuestro nombre en el informe.

—Enhorabuena: me llamo Pepin y vivo en

las cercanías de París, en Maisons-Laffite, á orillas del Sena.

—¿Sois marinero?

—No. Me encontraba aquí por casualidad; soy jardinero.

Y se alejó después de dirigir una última mirada á la mujer á quien acababa de salvar, dirigiéndose hacia una taberna. Allí se hizo servir un vaso de vino, y mientras lo apuraba oyó estas palabras en boca del tabernero:

—Es muy tarde, muy tarde, y no hay nada que hacer.

Durante el trayecto desde el muelle á la calle de Helder, las dos mujeres no cambiaron una sola palabra. Bien habría querido Zoé hablar, pero respetaba el silencio de su compañera, la desgraciada estaba como aturdida por las emociones de la vispera, por su salida de la cárcel, por su suicidio y por su casi resurrección.

En un rincón del coche, con los ojos medio cerrados, oprimido el pecho, pesada la cabeza, trataba de recordar todo lo pasado, pero sus recuerdos eran confusos y parecían desvanecerse cual si fueran efecto de un sueño. El sentimiento de la realidad volvió sólo cuando tuvo que bajar del coche y subir la escalera. Entonces tembló ante la idea de encontrarse con Juana Guérin.

Esta oyó abrir la puerta y se adelantó al encuentro de las dos mujeres.

—No se atreve á entrar— dijo Zoé señalando á Sofia Blanchard.

—Hacéis mal, Sofia— dijo Juana dulcemen-

te;—nada ha cambiado entre nosotras: mi padre os estimaba, vos le cuidasteis con esmero durante su enfermedad. Honro su memoria al no abandonaros; venid.

Y con encantadora gracia tendió la mano á su antigua criada.

Sofía, en lugar de tomarla, se inclinó para besar respetuosamente el extremo de sus dedos, mientras Zoé, cansada ya de no hablar, tomaba la palabra refiriendo la tentativa de suicidio. Juana escuchaba silenciosa, y volviéndose á Sofía murmuró:

—Habéis hecho mal; debisteis pensar en vuestro marido.

—¡Ah!... no puedo hacer nada por él.

—Os engañáis, podéis mucho; mientras viváis esperará volver á veros, y esto le dará resistencia. Muerta vos, desesperaría de la vida, y un prisionero no tiene ni aun libertad para matarse. La experiencia se lo ha demostrado.

Hablaba con una gravedad superior á sus años: no era ya la niña mimada, ingenua, festiva, que hemos visto al principio de este drama, sentada sobre las rodillas del capitán Guérin: su inesperada desgracia, las reflexiones que le había producido la muerte violenta de su padre, le habían hecho vivir mucho en poco tiempo, transformando á la niña en mujer.

Zoé, para cambiar el curso de las ideas de Sofía Blanchard, la iba instruyendo en sus nuevas funciones.

—La habitación es muy pequeña—le decía,—y tendréis hechos muy pronto los quehaceres de la casa; pero os emplearé en condu-

cir á la ciudad mis confituras de anana y guayaba: dormiréis abajo, en un gabinetito que está al lado de las cañas de azúcar y de las frutas, porque dejáis de ser asistenta para ser nuestra criada... para no separaros de nosotras. ¿Qué os parece?

—Que me hacéis dichosa, pero...

—¿Pero qué?—repuso Zoé con su ordinaria viveza;—¿buseáis más dificultades?

—No las busco, ¡Dios me libre! Estoy muy reconocida.

—Pues entonces...

—Tengo miedo de que vuestro buen corazón os perjudique: ¿qué dirán los que saben quién soy?

—¿Cómo! Explicaos.

Sofía Blanchard, obligada por Zoé á hablar, murmuró:

—¿No soy la mujer de un hombre sentenciado como uno de los asesinos del capitán Guérin?

Juana, que se había sentado, se levantó, se adelantó á Sofía y le dijo con voz firme:

—A pesar de las simpatías que me inspiráis, si hubiera creído culpable á vuestro esposo, no os tomaría á mi servicio; pero le creo inocente.

—¡Oh!—dijo Sofía Blanchard.

No pudo pronunciar más que esta exclamación, y dejándose caer en una silla y escondiendo el rostro entre las manos, prorrumpió en sollozos.

Había creído hasta entonces que aquellas dos compasivas mujeres no querían hacerle responsable del crimen de otro; pero nunca se

figuró que, á pesar de los testimonios acumulados en contra de su marido, la misma hija de la víctima le creyera inocente.

La dulce sorpresa, la alegría que se desbordaba de su corazón, afluyó en lágrimas á sus ojos, porque el acceso de la alegría, como el del dolor, se resuelve en llanto.

Cuando Sofia Blanchard estuvo más tranquila, Juana repuso:

—Al recogeros en mi casa, protesto de la única manera que puedo protestar de la sentencia impuesta á vuestro marido. Ayer no tuve valor delante de todo el mundo para dejar oír mi voz, que, después de todo, hubiera sido inútil. Para mí hay otro culpable, pero no es á mí á quien pertenece buscarle; no soy yo, pobre mujer, quien puede proseguir esta obra de venganza. Además, el asesino principal ha sido sentenciado, morirá en breve y esto me basta. Lo demás os pertenece á vos. En vos no sería venganza... sería un acto de justicia y de reparación, el decir: *Ese es el culpable; mi marido es inocente: devolvédmelo.*

Con la cabeza erguida, ardiente la mirada, Sofia Blanchard escuchaba á Juana Guérin.

Aquella tarde, Juana recibió una carta fechada en las colonias, en la cual su primo Roberto de Meillant le anunciaba su próxima llegada á Francia.

VI

La Conserjería no es una prisión en el sentido administrativo de la palabra. Es una casa de justicia, una prisión transitoria. Los acusados son trasladados á ella algunos días antes de verse la causa, y los sentenciados aguardan que se les designe lugar para cumplir su condena. Sólo por tolerancia se ha permitido que alguna vez los acusados prolonguen muchos meses su estancia en este edificio.

Los sentenciados á muerte no permanecen en él más que tres días. Desde que se ha visto el recurso de casación, los transportan á la Gran Roquette, que está en un barrio especial, y los sentenciados á presidio los guardan en este gran depósito, hasta el día de su partida para Brest ó para Nueva Caledonia.

Así, pues, Jagon y José Blanchard, aunque su pena no fuese la misma, dejaron la Conserjería y pasaron á la Roquette á fin de Junio de 1875. Allí no debían estar reunidos. Blanchard, después de vestir el traje de la casa, que es la camisa rayada, el pantalón y blusa de lana gris, de haberse visto rapar y afeitar, se unió á los otros presos que trabajaban en los talleres y paseaban por los patios. En cuanto á Jagon, vestido aún con la camisa de fuerza que se le puso en la Conserjería, pe-

netró en una de las tres celdas destinadas á los sentenciados á muerte; pero apenas entró allí fué á verle el director de la cárcel y le quitó aquel aparato ya inútil, puesto que, desde aquel momento hasta el día de la ejecución, el sentenciado á muerte no vuelve á estar solo. Tres hombres le vigilan día y noche; un celador de la cárcel, un soldado sin armas y un inspector de Seguridad, todos con orden de no perder de vista al preso, aunque no se hagan importunos para con él.

De este modo el sentenciado duerme, medita, lee ó escribe, si sabe hacerlo, y al parecer sin testigos.

Jagon pareció acomodarse bien á esta existencia; usó de todo y no abusó de nada. Ordenó sus horas, repartiéndolas entre el sueño, la lectura y el paseo, y se mostraba tranquilo, casi alegre. Cuando un soldado iba á relevar á su camarada y creía de su deber aceptar un rostro de circunstancias para entrar en la celda del preso, Jagon le decía:

—¡Vamos, poned otra cara! La melancolía aquí no es de moda; os envían para que me distraigáis, y de este modo vamos á tener que cambiar de papeles, debiendo yo distraeros á vos. Jugaremos una partida de dominó: si pierdo, os pagaré un buen cigarro; si gano, me pagaréis dos; no os arruinaréis por eso. El abate Crozes me ha dado esta mañana cien sueldos, que disfrutaremos juntos.

El abate Crozes, cuyo nombre tan popular será un día legendario, es el limosnero de la Roquette; pasa gran parte del día en la cár-

cel, y, si no fuera por su aire noble y sus venerables cabellos blancos, se le hubiera tomado por un preso: no sale más que para activar las causas de los detenidos, y rara vez se separa de los que son pobres sin deslizar en su mano una moneda, á escondidas de los vigilantes.

Pero, si se interesa por todos los presos, manifiesta doble simpatía por los sentenciados á muerte, sin duda porque su desgracia es mayor y su abnegación debe estar sometida á más dura prueba.

—Son mis hijos predilectos—suele decir;—les quedan pocos días de vida.

Y los contempla, y los mima, y trata de hacerles menos dolorosos los últimos momentos. Con los que se arrepienten y solicitan de él los últimos auxilios de la religión, es ministro del Señor: con los impenitentes se contenta con ser hombre de bien, distribuyéndoles sus propios recursos, suplicándoles en cambio que caigan de rodillas confesando sus culpas.

La misión de los tres hombres encargados de la vigilancia de Jagon no tenía nada de penosa; el sentenciado les hacía disfrutar de las limosnas del digno sacerdote, y cuando veía que estaban tristes ó meditabundos les decía:

—Tranquilizaos, no moriré, os lo aseguro; soy inocente; muchas personas lo creen y no se atreverán á enviarme al cadalso; ya lo veréis.

Exageraba algo, pero había un fondo de verdad en lo que decía. Hacía algún tiempo que todo París se ocupaba de él y tomaba su defensa; discutíanse los cargos que contra él resultaban, y un hombre de gran reputación en

el Foro había dicho: *No cambiaría mi conciencia por la de los jueces que le han sentenciado.* Los periódicos, que son el reflejo de la opinión pública, se mostraban también favorables al sentenciado; analizaban los considerandos que habían podido inclinar el ánimo de los jueces en contra de Jagon, y no comprendían cómo á un licenciado de presidio le condenaban sólo á trabajos forzados, mientras al que tenía una historia de limpios antecedentes se le condenaba á muerte.

La opinión pública era, pues, favorable á Jagon, y esto preocupaba no poco al Poder Ejecutivo.

El procurador general llamó un día al jefe de Policía y le dijo:

—No doy gran valor á la opinión de la Prensa, que obra unas veces con pasión y otras por interés oculto; pero hay cierto empeño en acriminar á los jueces. Es indudable que Jagon resulta culpable para vos, para mí y para todas las personas que hemos estudiado el proceso; pero este acusado, que insiste en decir que es inocente, me contraria; vos, que le conocéis, ¿habéis podido obtener de él alguna confesión? Ya no tiene las razones que tenía para negar su crimen; su causa no puede empeorar; ved si obtenéis alguna revelación de él.

—Creo que será inútil—respondió el señor Claude con su habitual franqueza.—He dicho siempre que estábamos en presencia de uno de esos criminales enérgicos que no se abaten jamás. Ha dicho que es inocente, y en el mismo patíbulo lo repetirá.

—¡Como Moreau el herborista! ¡Esto es horrible! Esas protestas *in extremis* dejan siempre honda impresión en la multitud.

—Es verdad.

—Pues bien, tratad de sacar algo de él.

—Lo intentaré, señor procurador. Mañana iré á la cárcel.

—Muchas gracias. Deseo que traigáis alguna grata noticia. Ya no puede apelar en ninguna instancia, pero todavía nos queda la gracia de indulto; de seguro que lloverán peticiones en este sentido; el defensor, alguno de los jurados que no esté en paz con su conciencia, el sacerdote de la Roquette, á quien Jagon ha convencido de su inocencia, todos me acosarán.

—¿Y no queréis conceder la gracia?

—Quisiéramos proceder en justicia, en recta justicia; el tal Jagon me parece un tunante que no merece compasión.

—Creo lo mismo, y él también; él, que, después de todo, es bastante inteligente para hacerse justicia; pero, por lo mismo que es inteligente, sabe que no debe hablar y no hablará.

—En fin, ¿lo intentaréis?

—Mañana mismo; lo he prometido.

En efecto, al día siguiente el señor Claude llegó al medio día á la Gran Roquette, subió á casa del director, le comunicó el objeto de su visita y pidió permiso para hablar al sentenciado.

—No tenéis necesidad de tal permiso—dijo sonriendo el director;—¿queréis que os traigamos el preso al salón de visitas?

—No; eso sería dar demasiada solemnidad á la entrevista, y el acusado estaría doblemente en guardia; quiero verle sin prevención, en la intimidad.

—Entonces os haré abrir la puerta de su prisión, aunque creo que le encontraréis en el patio que le está reservado; es la hora en que pasea.

—Está bien; le llamaré aparte, y ni aun sus mismos guardianes nos oirán.

VII

—El jefe de Policía, acompañado de un celador que pusieron á sus órdenes, emprendió distinto camino del que había seguido dos meses antes con Jagon. Se internó en el camino de la ronda, enclavado entre el edificio y el muro exterior; pasó por delante del jardín que pertenece al director; atravesó una puerta reservada destinada á la estancia de los sentenciados á muerte y á la enfermería, que por falta de espacio no se ha podido poner en otro sitio de la casa.

El patio en que paseaba Jagon no tenía nada de lúgubre, y, á pesar de su siniestro destino, tenía más de jardín que de patio. Véanse algunos arbustos, dos castaños jóvenes y algunas flores poco lozanas por falta de sol; flores de prisión, pero flores al fin. Alrededor

del patio hay una galería de arcos, destinada á paseo cuando llueve, y en el centro una fuente de piedra de la que corren limpidas aguas.

Cuando el jefe de Policía apareció en el patio, Jagon, que paseaba lentamente, volvió la cabeza y se adelantó al recién llegado, al que dijo con la sonrisa en los labios:

—¿Al fin estáis aquí?... ¡Habéis tardado mucho en venir á verme!

—Mis ocupaciones... y además no sabía si en ello os daría gusto.

—¿Podéis dudarle? No os guardo rencor; vuestro cargo os obligó á prenderme; cumplisteis con vuestro deber y nada más natural. Reconozco desde luego que lo habéis hecho con toda la cortesía que era de desear; no olvidaré nunca el paseo que dimos por las prisiones de París; de nada os ha servido, porque yo soy Jagon, lo mismo que antes, pero me distrajo muy agradablemente.

—Habla mucho— pensó el jefe de Policía;— su palabra es breve, su acento está ligeramente alterado; quizá podré obtener algo de él.

Y, dirigiéndose al sentenciado, le dijo con voz insinuante:

—¿Queréis sentaros aquí, en este banco? Tenemos que hablar.

—¡Hablar con vos! Con muchísimo gusto. Y se dirigieron hacia el banco; los vigilantes de Jagon se alejaron algún tanto.

—¿Qué tenéis que decirme, señor Claude?— dijo familiarmente Jagon.—¿Venís á anunciarme que estoy sentenciado? Lo espero: podéis decírmelo sin temor.

—No; eso sería dar demasiada solemnidad á la entrevista, y el acusado estaría doblemente en guardia; quiero verle sin prevención, en la intimidad.

—Entonces os haré abrir la puerta de su prisión, aunque creo que le encontraréis en el patio que le está reservado; es la hora en que pasea.

—Está bien; le llamaré aparte, y ni aun sus mismos guardianes nos oirán.

VII

—El jefe de Policía, acompañado de un celador que pusieron á sus órdenes, emprendió distinto camino del que había seguido dos meses antes con Jagon. Se internó en el camino de la ronda, enclavado entre el edificio y el muro exterior; pasó por delante del jardín que pertenece al director; atravesó una puerta reservada destinada á la estancia de los sentenciados á muerte y á la enfermería, que por falta de espacio no se ha podido poner en otro sitio de la casa.

El patio en que paseaba Jagon no tenía nada de lúgubre, y, á pesar de su siniestro destino, tenía más de jardín que de patio. Véanse algunos arbustos, dos castaños jóvenes y algunas flores poco lozanas por falta de sol; flores de prisión, pero flores al fin. Alrededor

del patio hay una galería de arcos, destinada á paseo cuando llueve, y en el centro una fuente de piedra de la que corren limpidas aguas.

Cuando el jefe de Policía apareció en el patio, Jagon, que paseaba lentamente, volvió la cabeza y se adelantó al recién llegado, al que dijo con la sonrisa en los labios:

—¿Al fin estáis aquí?... ¡Habéis tardado mucho en venir á verme!

—Mis ocupaciones... y además no sabía si en ello os daría gusto.

—¿Podéis dudarle? No os guardo rencor; vuestro cargo os obligó á prenderme; cumplisteis con vuestro deber y nada más natural. Reconozco desde luego que lo habéis hecho con toda la cortesía que era de desear; no olvidaré nunca el paseo que dimos por las prisiones de París; de nada os ha servido, porque yo soy Jagon, lo mismo que antes, pero me distrajo muy agradablemente.

—Habla mucho— pensó el jefe de Policía;— su palabra es breve, su acento está ligeramente alterado; quizá podré obtener algo de él.

Y, dirigiéndose al sentenciado, le dijo con voz insinuante:

—¿Queréis sentaros aquí, en este banco? Tenemos que hablar.

—¡Hablar con vos! Con muchísimo gusto. Y se dirigieron hacia el banco; los vigilantes de Jagon se alejaron algún tanto.

—¿Qué tenéis que decirme, señor Claude?— dijo familiarmente Jagon.—¿Venís á anunciarme que estoy sentenciado? Lo espero: podéis decírmelo sin temor.

—No tal—repuso el jefe de Policía;—el tribunal no ha fallado aún; pero, ya que apeláis á mi franqueza, os diré que no encuentra motivos para admitir la apelación.

—Mejor: con eso el asunto irá más de prisa: no hay que contar más que con la gracia de indulto.

—Precisamente de esa gracia es de la que venía á hablaros. Si vos hicierais un pequeño esfuerzo...

—¿Qué esfuerzo?—repuso Jagon encendiendo un cigarro.

Su interlocutor tomó un acento persuasivo para exclamar:

—Tenéis un medio de haceros simpático á las personas que han de decidir de vuestra suerte.

—Indicádmelo. No tengo empeño en morir en el cadalso, os lo aseguro; no quiero pasar por más fuerte de lo que soy.

—Cambiad entonces de actitud... renunciad al papel de inocente que habéis desempeñado hasta hoy.

—¡Al papel de inocente!

—Sin duda. Nadie cree en esa inocencia; no es por ese camino por el que habéis de salvaros; más bien os perdonarían si os mostrarais un poco arrepentido, comunicativo...

—Comprendo; queréis que haga confesiones que no he hecho.

—¡Justo!—dijo el jefe de Policía creyéndole ya en camino de convencerse.

—¿Y á mi me lo proponéis?—exclamó Jagon, que de dulce y conciliador tornóse airado

é irónico.—¡Ah, señor Claude! Creí que teniais mejor opinión de mí y de mi inteligencia. Tratar de persuadirme de que me absolverán cuando me haya declarado culpable, es un recurso ridículo.

Se levantó bruscamente, y, parándose delante de su interlocutor y mirándole frente á frente, exclamó con frase enérgica:

—Precisamente porque dudan de mi culpabilidad os envían á vos; no lo neguéis, es ya inútil, lo he adivinado. ¡Y me habláis de interés... de despertar simpatía en mis jueces!... Ellos os envían para poder decir al mundo el día en que me corten la cabeza: *Ya veis si era culpable; el mismo lo ha confesado.*

Se paseó con agitación, y deteniéndose de nuevo exclamó:

—¿Creéis que ignoro lo que pasa en París? Todo el mundo se pregunta: *Ese hombre que va á morir ¿es el verdadero asesino? ¿Qué pruebas hay contra él? Su abrigo manchado de aceite, partículas de tierra encontradas en su chimenea... la declaración de un cochero... las huellas reconocidas en el jardín y sus manos... sus manos que le venden.*

Encogióse de hombros y dijo:

—¡Qué estupidez! Bien conozco mis manos: son largas y huesudas, manos sospechosas. Por lo mismo sería muy necio servirse de ellas para un asesinato. ¡Cualquiera podría ser estrangulador menos yo! Si el tribunal no hubiera sido imbécil, en vez de condenarme por mis manos me hubiera absuelto por ellas.

El jefe de Policía se sentía fascinado. Aquel

29749

hombre era sin duda un cómico de primera fuerza que trataba de desorientarle con el acento de una sinceridad admirable.

El acusado seguía con exaltación:

—No, os lo repito, no hay pruebas concluyentes bastante claras para justificar mi sentencia. El tribunal que la dicte se dejará llevar de un juicio apasionado, se dejará fascinar por el abogado general y por las tres mujeres que han jurado mi perdición. Juana Guérin, su amiga y Sofía Blanchard, todas han dicho: *¡Es él!*, y han acabado por convencer á los jueces. Parece imposible que hombres serios se dejen dominar por las impresiones de mujeres nerviosas. Creo que se necesitaría algo más para hacer cortar una cabeza por mano del verdugo.

Merced á un gran esfuerzo de voluntad dominó su agitación, se fué á sentar de nuevo al lado del jefe de Seguridad y le dijo:

—Vos, que sois hombre de razón, que no os alucináis, meditad un instante. ¿Cómo y por qué había de cometer yo un asesinato y un robo? Suponed que he asesinado para robar una cartera llena de valores: ¿qué he hecho de esa famosa cartera? No la habéis encontrado por ninguna parte, digo mal, habéis encontrado tres mil francos de quinientos treinta mil en el domicilio de Blanchard: ¿soy yo quien se los he dado en pago de su complicidad? Corriente; ¿pero que es lo que he hecho de lo demás? ¿Dónde ha ido á parar la cartera y su contenido? ¡Ah! ¡os compadezco á todos! ¡Jueces y abogados, jefes de Policía de París, vuestra

conciencia debe estar menos tranquila que la mía! He aquí lo único que tengo que deciros. Como creo que no era esto lo que habíais venido á buscar, quedad con Dios.

Y se alejó, reuniéndose á sus vigilantes, mientras el Jefe de Policía se quedaba anonadado bajo el peso de la elocuencia del culpable.

VIII

Para salir de la cárcel, el jefe de Policía, en lugar de seguir el camino de la ronda, tomó el más corto, atravesó los talleres y se encontró en el patio grande.

—¿Trabaja Blanchard en este momento?— preguntó al celador que le acompañaba.

—Sí, señor.

—Que venga al momento; tengo que hablarle.

Un instante después, el desgraciado, con el traje de presidiario, entró en el patio. En su rostro pálido y recién afeitado, sus ojos parecían más rasgados aún, y su mirada, ya de suyo expresiva, parecía más aquel día.

—He venido, Blanchard—dijo dulcemente el jefe de Policía,—á hacer una última tentativa cerca de vos. Desde que os sentenciaron dependéis ya únicamente de la Administración, bien lo sabéis, y ésta puede diferir cuanto le plazca vuestra partida para Nueva-Caledonia;

puede, además, dulcificar vuestra suerte de mil modos, y para ello no necesitaría más que una cosa... una sola. Ya no tenéis nada que temer; vuestra suerte no puede empeorarse, y más bien podría encontrar algún alivio si consintierais en hacer revelaciones. No nos habléis de vos... habladnos de Jagon. Confesad que le habéis visto cometer el crimen, y os aseguro que vuestra franqueza tendrá su recompensa.

—Reconozco, señor Claude—dijo Blanchard en voz baja,—que mi interés está en serviros; pero no puedo repetir más que lo que he dicho ya. He visto á Jagon por vez primera en el despacho del juez de Instrucción, y por lo tanto ignoro la participación que haya podido tener en un crimen del que supe las primeras noticias por los periódicos.

—¿No tenéis nada más que decir?

—Nada.

—Está bien—dijo el jefe de Policía harto contrariado.

Y ya iba á alejarse, cuando Blanchard dió un paso hacia él.

—¿Queréis algo?—dijo el jefe de Policía, volviéndose.

—Temo únicamente que me guardéis rencor. Me he conducido muy bien desde que estoy aquí, y había obtenido del señor director permiso para ver mañana á mi mujer. ¿No me haréis retirar esa gracia, no es verdad?

El jefe de Policía miró por última vez al preso y dijo:

—No, no; descuidad.

Y se alejó vivamente para ocultar su emo-

ción. La mirada sombría de Blanchard, su pálido rostro, le perseguían á pesar suyo.

A las cuatro de la tarde daba cuenta al procurador general de su poco airosa misión, y al separarse de él dejó escapar estas palabras:

—¡No sé qué pensar, yo tan convencido antes!

—¿Cómo! ¿Dudáis hoy?—dijo vivamente el magistrado.

—No lo sé; mi seguridad vacila. Ó esos hombres son inocentes, ó poseen un valor sin ejemplo.

Cuando el señor Claude partió, el procurador general, solo en su despacho, se paseó con agitación. Sabía que el tribunal había rechazado el recurso de casación y que no restaba más que la gracia de indulto. El jefe del Estado en semejante asunto se guía siempre por el Consejo de Administración de Justicia, y en vista de su opinión firma la sentencia ó la absolución del acusado.

¡Qué responsabilidad tan terrible la del funcionario llamado á decidir en tal asunto!

Un nuevo incidente aumentaba la vacilación de la Justicia. Al día siguiente de aquel en que fué desechado el recurso de Jagon, una persona recomendada del primer secretario de la Embajada de Inglaterra pretendió ver al prefecto de Policía. Era hombre de unos treinta años, de aspecto noble y severo, rostro adornado de patillas rojas y cejas y cabellos del mismo color. Todo en su traje, en su fisonomía, en sus maneras, indicaba la más pura raza inglesa.

—Sentaos—caballero,—dijo el prefecto de Policía, ofreciendo un asiento al recién llegado.—¿Qué me proporciona el honor de veros?

El recién llegado contestó en francés, pero con acento inglés y como expresando con dificultad las palabras:

—Si tenéis la bondad, señor prefecto, de pasar la vista por esa carta, sabréis el objeto de mi visita. Es de mi compatriota y amigo el señor N... Al mismo tiempo os presento una carta cerrada con el sello de la Embajada inglesa.

El prefecto la abrió y decía así:

SEÑOR PREFECTO DE POLICÍA:

Uno de mis amigos, el señor Blackwell, corresponsal del Times, desea penetrar en la celda de un sentenciado á muerte. Creo que otorgáis rara vez estas autorizaciones; pero ved que se trata de un extranjero y que os quedaré vivamente reconocido.

Y la firma del primer secretario de la Embajada estaba perfectamente clara al pie de la carta.

El prefecto reflexionó un instante y dijo:

—Lo que me pedís, caballero, ó más bien lo que me piden en vuestro nombre, es bastante delicado. Hasta hoy no he otorgado permiso alguno de este género... No obstante, quisiera servir á la persona que os recomienda. Expondré vuestro deseo al director de las Pri-

siones del Sena, y él me dirá francamente si puedo otorgaros lo que deseáis.

El inglés se inclinó; el prefecto hizo llamar al director de las Prisiones del Sena, conferenció breves instantes con él y éste dijo al prefecto que no era de opinión que entrasen extraños á visitar á los sentenciados á muerte, pero que debía hacerse alguna excepción con los periodistas extranjeros. Así, pues, otorgaba el permiso que se le pedía.

Cuando partió el director, el prefecto comunicó al caballero inglés la resolución favorable y le entregó una carta para el director de la prisión, exclamando:

—He aquí, caballero, una carta que os abrirá las puertas de la Roquette y la prisión del sentenciado. Me felicito de poderos satisfacer complaciendo á vuestro amigo.

El inglés tomó la carta, dirigió al prefecto algunas frases de reconocimiento, y salió saludando como saludan los ingleses, sólo con la cabeza y sin doblar el cuerpo.

Cuando llegó á la plaza subió en el carruaje que le había llevado, y se hizo conducir á la cárcel, pidiendo ver al sentenciado.

El director, después de leer la carta de su jefe, rogó al señor Blackwell que le siguiera, y tuvo hasta empeño en hacerle pasar por patios y corredores, dormitorios y talleres, conduciéndole á la celda en otro tiempo habitada por el señor Darboy, no sin haberle hecho admirar la escuela, los talleres, la capilla, penetrando por fin en el departamento de los sentenciados á muerte.

En el fondo de un patio, del mismo en que hemos visto á Jagon con el jefe de Policía, veíase hacia un lado, debajo de los arcos y junto á la capilla, una puerta de roble, alta, cerrada con cerraduras de gran tamaño, de esas que monopolizan las cárceles y los presidios. Salvada esta primera puerta se encuentra un pequeño vestíbulo, en el cual se hallan tres celdas para los sentenciados á muerte. La del centro estaba destinada al limosnero cuando tenía que auxiliar á uno de sus penitentes, porque rara vez las tres celdas estaban ocupadas á un mismo tiempo.

El director se hizo abrir la celda de Jagon y penetró en ella con el inglés.

Jagon, que, sentado delante de la mesa, escribía, levantó bruscamente la cabeza, fijó la vista en el recién llegado y se estremeció.

El periodista inglés, fuera que estaba verdaderamente afectado, ó que fingiera estarlo, no se atrevía á entrar en la celda. Jagon, apercibiéndose de su embarazo, dió dos pasos hacia él y dijo bruscamente:

—¿Sois inglés, caballero?

Blackwell pareció reponerse y contestó:

—Sí tal; corresponsal inglés.

—¡Ah!... ¡corresponsal! ¡Es decir, curioso de profesión, y deseáis que os sirva de motivo para un artículo! Pues bien, caballero, mirad cuanto queráis á un sentenciado á muerte y decid á vuestros compatriotas que no tengo nada de particular, que hablo como todo el mundo, que como, bebo, duermo y estoy en este momento más tranquilo que vos.

—¡Cierto! ¡cierto!—balbuceó el periodista.— Confieso que...

—¿Por qué esa emoción?—repuso Jagon mirando al inglés.—Vuestra visita es de las más naturales... la esperaba. Creía que no me dejarían morir sin fijar en mí la vista, sin vencerse de que soy siempre el mismo, firme en mis resoluciones.

El director creyó deber intervenir.

—Jagon—dijo,—tratad de conservar vuestra calma; no os alteréis.

—No me altero, señor director; vienen á verme, manifiesto mi agradecimiento por tal visita, y para corresponder á ella me muestro tal como soy.

—Os doy gracias á mi vez—dijo el periodista, que recobraba poco á poco su sangre fría,—y al mismo tiempo me permito preguntaros si puedo hacer algo por vos.

—¡Hacer algo por mí! ¡Ya lo creo!—repuso vivamente Jagon.—Podéis tratar de obtener mi perdón por todos los medios que estén á vuestro alcance.

—¡Ah! ¿Me autorizáis?

—¡Ya lo creo que os autorizo! Hago más, os lo ruego. Si debo subir al cadalso, subiré con valor, os lo aseguro; pero preferiría lo contrario. He tratado de sacar partido de la vida, y se siente afición por lo que va á perderse.

—Entonces trataré de hacer algo por vos—dijo el inglés.

—Bien, pero no os comprometáis por mí... en vuestro periódico.

—¡Oh! no temáis... conservaré el anónimo.

—¡Bien, caballero, bien!... Haced todo lo que podáis por mí, y, si obtengo el perdón, me agradará saber que es á vos á quien lo debo.

Después, dirigiéndose al director del establecimiento, exclamó:

—El corresponsal de un periódico inglés es una verdadera potencia y puede ser un gran aliado. La Administración, al permitir que el señor venga á verme, ha probado que se interesa por la suerte de un desgraciado y me autoriza á reclamar su apoyo.

Ninguna de las palabras de Jagon podían despertar sospechas en las personas presentes, y sin embargo, cada una de ellas, acompañada de una mirada que el inglés recogía, debía grabarse fijamente en su memoria. El director encontró que era ya larga la visita y expuso al periodista inglés la conveniencia de retirarse.

—¡Bien, bien! —dijo éste;— permitidme únicamente, antes de dejar á vuestro prisionero, decirle que todos mis esfuerzos se emplearán en conseguir su perdón.

—No lo dudo; leo en vuestra fisonomía que sois sincero —dijo el sentenciado,— como vos podéis leer en la mía que no olvidaré tal servicio, y que es bueno tener aliados en todas partes, aunque sea en la Nueva Caledonia.

Saludó como si fuera él quien debiera retirarse, y tomó asiento otra vez delante de la mesa.

En breve Blackwell dejaba la Roquette, después de pedir mil perdones al director por la molestia que le había causado.

IX

Al día siguiente de esta extraña visita, Juana Guérin recibió un gran sobre sellado, conducido por un mandadero; abrióle y encontró en su fondo otro segundo en el que iban cien billetes de mil francos cada uno, y en una hoja de papel que los envolvía estas palabras: *Restitución de una parte de la suma robada.*

Grande fué el asombro de Juana Guérin, que se dirigió inmediatamente á casa del señor X..., el cual juzgó el asunto bastante importante para ir á dar cuenta de él en seguida al Palacio de Justicia, refiriéndolo al procurador general. En breve la nueva circuló por todo París, haciéndose diversos comentarios. Sin embargo, todo el mundo estuvo de acuerdo en una cosa; en que el culpable tenía remordimientos y quería atenuar de algún modo su crimen.

Al mismo tiempo los periódicos, que ya tomaban la defensa del sentenciado, apresurábase á decir: *El no puede haber hecho esta restitución, puesto que está encerrado y no cuenta con recursos. ¿Quién ha hecho esa restitución? Deber es de la Justicia averiguarlo antes de enviar al cadalso á un hombre.*

La Policía no tenía necesidad de tales conse-

jos. Comprendiendo la gravedad del incidente, entregábase á activas pesquisas, que resultaron inútiles, porque no consiguieron encontrar más que al portador de la misiva, que dió las señas de una persona que se la había entregado en la calle, y á la cual fué imposible descubrir.

Esta restitución, comentada por el público y por la Prensa, dió al asunto tales proporciones, que el presidente del tribunal, interesado por infinitas personas, elevó un informe favorable al sentenciado; el ministro aceptó sus conclusiones, se las presentó al jefe del Estado, y éste, conformándose con el parecer del presidente y del ministro, conmutó la pena de Jagon por la de cadena perpetua.

El jefe de Policía quiso llevar la noticia á Jagon, que tuvo bastante imperio sobre sí para escucharle fríamente.

—Lo esperaba—dijo;—no podía ser otra cosa; no por eso dejo de estaros agradecido, señor Claude: estoy convencido de que nuestra última entrevista hizo alguna impresión en vuestro espíritu, y esta impresión se ha propagado.

—No lo creáis—repuso el funcionario;—confieso que por un momento me sentí indeciso, turbado. ¡Ya se ve!... sois un actor consumado; pero esto fué de muy corta duración, y, sin la restitución de los cien mil francos, nada se hubiera podido hacer por vos.

—¿De qué restitución queréis hablarme?

—Se han remitido á la señorita Guérin cien mil francos, como restitución de parte de la suma robada.

—¡Ah! Eso prueba que el verdadero culpable tiene remordimientos.

—Eso dice todo el mundo... menos yo.

—¿Qué creéis vos?

—Que habéis comprado la vida con esos cien mil francos.

—Continúo sin entenderos. ¿Admitís que he podido enviar dinero desde mi prisión? Tendría que haber llevado mi carta uno de mis carceleros.

—No hay nada de eso. Vos recibís visitas de periodistas ingleses...

—¡Ah!... ¡sí! Aquel caballero que ofreció interesarse por mí. ¿Creéis que es él quien haya enviado los cien mil francos? ¡Pobre señor!... Con razón se dice que los ingleses son espléndidos.

—Si; pero como ese hombre ni es un inglés ni un periodista, para llegar hasta vos presentó una carta del secretario de la Embajada inglesa, y esa carta era falsa.

—¿Qué me decís?—repuso Jagon.—¡Se ha llevado á cabo una falsificación para llegar hasta mí! ¡Lo que puede en los ingleses la curiosidad!

—Decid más bien la complicidad, el temor; todo esto reunido ha hecho inventar la estratagema que os salva... hoy.

—¿Y por qué no publicáis la estratagema que creéis haber descubierto?

—Por no confesar que nos hemos dejado sorprender dejando penetrar hasta vos á uno de vuestros cómplices.

Pocos días después conducían á Jagon con

una buena escolta al Palacio de Justicia, donde le daban lectura de la conmutación de pena.

Los últimos días de Agosto, la verja de la Gran Roquette se abrió para dar paso al carruaje que iba á buscar á los presidiarios para conducirlos al camino de hierro.

Jagon y Blanchard subieron á él, y veinticuatro horas después llegaban á la isla de Ré, donde un vapor del Estado debía conducirlos á Nueva-Caledonia.

X

Cuando recibió en las colonias la carta en que su prima Juana Guérin le comunicaba la infausta nueva, Roberto de Meillant se decidió sin vacilar á partir para Francia.

Su excelente corazón, los arranques caballescicos de su carácter y su abnegación natural estaban siempre prontos á auxiliar á cualquiera que le imploraba: era natural que le arrastrasen hacia la huérfana sin familia, sin relaciones, expatriada y sin auxilio de nadie. Juana no era sólo para Roberto una pariente desgraciada; como había adivinado el capitán Guérin, arrastrábala hacia su prima un interés mayor. En vano había disimulado sus sufrimientos al alejarse de ella. Sus pensamientos volaban hacia la pequeña casa del boulevard Bessières donde había pasado tan dulces

momentos. Casa risueña antes, tan fúnebre ahora...

Sentado melancólicamente á la sombra de algún naranjo, con un cigarro en la boca, veía á Juana en su mente corriendo á su encuentro, buscando el medio de agradarle, en toda la esplendidez de la juventud y de la hermosura, con la ingenuidad de la edad primera. Ella le arrastraba el invierno á la casa, el verano al jardín, y, mientras el capitán se ocupaba en sus plantaciones, ellos departían juntos en ese dulce lenguaje que es más bien un rumor que un idioma. ¡Qué razón en aquella joven inteligencia! ¡qué rectitud en el juicio! ¡qué encantadora expresión en la mirada y en la voz! El tiempo lo gasta todo en la vida. La separación y las ocupaciones de Roberto hubieran acabado por borrar tales impresiones si la carta de Juana no hubiera venido á reanimarlas bruscamente. En la emoción que le produjeron aquellas líneas trazadas por su prima, en el dolor que le causara la desgraciada nueva, acabó de comprender lo que él ya sospechaba: que su corazón no era libre; que lo había dejado en Francia en su primer viaje, y que lo que había juzgado una inclinación amistosa era un verdadero amor.

Desde entonces su deber estaba trazado. Huérfano como Juana, debían unirse en una alma sola, reemplazando él al padre que ya no tenía la joven, y ésta la familia que aquél había perdido. Era preciso confesar su amor á Juana y rogarle que compartiese su destino.

Sin embargo, á pesar de su ardiente deseo,

no se emprende un viaje largo sin algunos preparativos, sin algunos arreglos de intereses ó de negocios. Roberto no tenía, como la mayor parte de los jóvenes criollos, una existencia ociosa: propietario de una gran finca, la explotaba por sí y tenía necesidad de tomar ciertas precauciones antes de emprender su viaje.

Mientras la mayor parte de los colonos se quejan de la pereza de los negros, que desde la abolición de la esclavitud se niegan á trabajar, Roberto trataba de estimularlos y vencer la natural inercia de aquella raza. Por la persuasión ganaba su voluntad, y con ella les obligaba á hacer la recolección ó los trabajos de la fábrica; y sabido es que el negro por una copa de ron, la negra por un cintajo vistoso, son capaces de todo, hasta de trabajar, y la fábrica de Meillant fué prosperando de día en día.

Inspirado por sus ideas generosas, no se contentaba con pagar meros jornales; asociaba á su industria á los más hábiles obreros, les creaba cajas de ahorro, jubilaciones y otra porción de cosas no soñadas hasta entonces entre los negros.

Sin embargo, todo esto no hubiera bastado á conquistarle las simpatías de la raza. Los negros son niños grandes sin sentido moral, que se dejan cautivar por el hecho y por la fortuna. Lo que les agrada les domina; la belleza les seduce; Roberto les engalanaba, y sus trabajadores, al escuchar una orden suya, no sabían resistir.

Sin embargo, el joven criollo era el primero

en animarlos con el ejemplo. En el último incendio que destruyó una parte de Pointe-à-Pitre, aunque joven, hizo tantos prodigios, que el gobernador obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor. Esa cinta roja aumentó su prestigio entre los negros, gozando en su pequeño reino de las prerrogativas de un semi-dios.

Las grandes situaciones crean los grandes deberes, y los soberanos de un país no se ausentan como los simples particulares. La dirección, la disciplina, la buena administración de la fábrica y de las plantaciones, todo dependía de Roberto Meillant, y su ausencia podía comprometer su fortuna. Lo sabía, y acaso, en lugar de ir, hubiera llamado á Juana á su lado si los negocios de ésta no la hubieran detenido también en Francia.

Decidido, pues, á partir, nombró un gerente que le reemplazase; se despidió de sus numerosos amigos, de su colonia negra, y tomó el pasaje á mitad de Agosto en un paquebot inglés que le transportó á Saint-Thomas, de donde ganó fácilmente el Havre.

XI

Lorenzo y Matilde Simonnet, ó más bien el marqués y la marquesa de R..., les habían precedido unos días á esta ciudad.

no se emprende un viaje largo sin algunos preparativos, sin algunos arreglos de intereses ó de negocios. Roberto no tenía, como la mayor parte de los jóvenes criollos, una existencia ociosa: propietario de una gran finca, la explotaba por sí y tenía necesidad de tomar ciertas precauciones antes de emprender su viaje.

Mientras la mayor parte de los colonos se quejan de la pereza de los negros, que desde la abolición de la esclavitud se niegan á trabajar, Roberto trataba de estimularlos y vencer la natural inercia de aquella raza. Por la persuasión ganaba su voluntad, y con ella les obligaba á hacer la recolección ó los trabajos de la fábrica; y sabido es que el negro por una copa de ron, la negra por un cintajo vistoso, son capaces de todo, hasta de trabajar, y la fábrica de Meillant fué prosperando de día en día.

Inspirado por sus ideas generosas, no se contentaba con pagar meros jornales; asociaba á su industria á los más hábiles obreros, les creaba cajas de ahorro, jubilaciones y otra porción de cosas no soñadas hasta entonces entre los negros.

Sin embargo, todo esto no hubiera bastado á conquistarle las simpatías de la raza. Los negros son niños grandes sin sentido moral, que se dejan cautivar por el hecho y por la fortuna. Lo que les agrada les domina; la belleza les seduce; Roberto les engalanaba, y sus trabajadores, al escuchar una orden suya, no sabían resistir.

Sin embargo, el joven criollo era el primero

en animarlos con el ejemplo. En el último incendio que destruyó una parte de Pointe-à-Pitre, aunque joven, hizo tantos prodigios, que el gobernador obtuvo para él la cruz de la Legión de Honor. Esa cinta roja aumentó su prestigio entre los negros, gozando en su pequeño reino de las prerrogativas de un semi-dios.

Las grandes situaciones crean los grandes deberes, y los soberanos de un país no se ausentan como los simples particulares. La dirección, la disciplina, la buena administración de la fábrica y de las plantaciones, todo dependía de Roberto Meillant, y su ausencia podía comprometer su fortuna. Lo sabía, y acaso, en lugar de ir, hubiera llamado á Juana á su lado si los negocios de ésta no la hubieran detenido también en Francia.

Decidido, pues, á partir, nombró un gerente que le reemplazase; se despidió de sus numerosos amigos, de su colonia negra, y tomó el pasaje á mitad de Agosto en un paquebot inglés que le transportó á Saint-Thomas, de donde ganó fácilmente el Havre.

XI

Lorenzo y Matilde Simonnet, ó más bien el marqués y la marquesa de R..., les habían precedido unos días á esta ciudad.

Matilde, para acomodarse á las modas parisienses y romper la monotonía de una vida solitaria con su marido, había pedido á éste que la condujese á una playa de Normandía, y él había accedido á su deseo.

Proyectaba dar grandes fiestas en el invierno, y pensaba con razón que estos viajes de verano ensanchan el círculo de relaciones. Además, no podía negar nada á la mujer á quien adoraba más que nunca, sin darse cuenta de que esta exageración de amor nacía de la frialdad que ella empezaba á sentir por él, de las coquetterías, aun inocentes, que se permitía, y de la metamorfosis que se operaba lentamente en Matilde.

De Paris, el marqués y la marquesa de R... se dirigieron á Trouville, donde asistieron á las carreras de caballos, y después, no encontrando alojamiento confortable, se dirigieron al Havre, habitando en el hotel Frascati, donde les cedieron un piso completo.

Tenían gran tren, iban de fiesta en fiesta, siempre seguidos de una multitud joven y animada que formaba el séquito de Matilde y que es la que pulula siempre en toda sociedad veraniega; gente frívola, desocupada, que se agrupaba en torno de Matilde porque prometía ser en el invierno próximo una de las reinas de la moda.

Entre los más asiduos acompañantes de Matilde notábase un joven que se hacía llamar el vizconde Arturo de Champy, tipo perfecto del calavera de buena sociedad. Nadie le conocía; parecía nacer entonces á la vida; era decidor,

de buenas maneras, de facciones correctas aunque un tanto afeminadas, y vestía con arreglo á las últimas leyes de la moda. No puede exigirse más en los baños de mar, y en breve se vió admitido en la sociedad más escogida.

El 8 de Septiembre, toda esta alegre caravana, repartida en varios carruajes, volvía de Sainte-Adresse cuando Matilde de R... tuvo el capricho de conducir el *panier* donde iba con el joven vizconde de Champy.

Todo fué bien al principio; pero, al llegar al Havre y entrar en el muelle de la Marina, los dos caballos, asustados de los silbidos de un vapor remolcador, y no sintiéndose sujetos por mano firme, se desbocaron en dirección del muelle, que no está defendido por ningún parapeto.

El peligro era inminente; por un instante el carruaje, violentamente sacudido, rozó casi las casas que bordeaban el muelle, pero en breve torció hacia la izquierda, atropellando algunos puestos de mercancías que había en el muelle mismo, bastando sólo un pequeño impulso para precipitarle en el vacío.

La caída hubiera sido tanto más profunda, cuanto que en aquel instante estaba la marea baja, y caballos, coche y expedicionarios irían á enterrarse en ese fango horrible y nauseabundo que se amontona á la entrada de todos los puertos.

En el muelle nadie intentó detener el carruaje; sólo pensaban las gentes en refugiarse donde no sufrieran un choque mortal, y se precipitaban en las tiendas, en los portales...

En cuanto á Lorenzo y demás compañeros, sentados en el gran break, sin sospechar el peligro que corría el ligero carruaje, dirigíanse tranquilamente hacia el hotel Frascati, siguiendo la calle de París.

Matilde, sin embargo, estaba menos conmovida de lo que parecía natural en aquel lance; mientras el vizconde, excesivamente pálido, tiraba con toda su fuerza de la rienda que ella le había entregado, la hermosa, reclinada en el fondo del coche, con la cabeza erguida y tranquila la mirada, parecía decir:

—Sea lo que Dios quiera.

De repente, su mirada, perdida en el espacio, pareció fijarse en un punto.

A veinte metros de distancia y en línea recta acababa de percibir á un hombre apoyado en el kiosco que sirve de administración á los barcos de Trouville.

Cuando todo el mundo huía ante los caballos desbocados, él permanecía impassible, como si aguardara el choque y quisiera recibirle. De lejos, aquel hombre parecía á Matilde joven, alto, hermoso... Los rayos del sol poniente rodeaban su rostro de resplandores luminosos como si fuesen una aureola: vestido de blanco, con la cabeza descubierta, inmóvil, parecía un ser inanimado, y cualquiera le hubiera tomado por la estatua de un héroe ó de un dios.

Matilde, sin perderle de vista y sin variar de actitud, pronunció estas palabras para tranquilizar á su compañero:

—No tenemos que temer: nuestro salvador está allí.

No se engañaba; en el momento en que el coche iba á precipitarse en el abismo, aquel hombre, saliendo de su impassibilidad, se colocó delante de los caballos como para impedirles ir más lejos.

Los caballos iban sobre él ciegos, cubiertos de espuma, y parecía que debían atropellarle bajo sus pies: cuando extendió los brazos y cogió las bridas del caballo más próximo, éste le arrastró algunos pasos; pero, sujeto por una mano de hierro, se detuvo; su compañero le imitó y ambos quedaron clavados, jadeantes.

Matilde y su compañero se habían salvado.

Entonces acudieron de todas partes, de las tiendas, de los hoteles, de los barcos...

Todos consideraban la salvación un verdadero milagro, todos celebraban el arrojó del que había evitado el terrible accidente; mientras él, como si no observara la atención de que era objeto, acariciaba á los caballos y les dirigía su voz como para acabar de tranquilizarlos. Después, como Matilde no parecía dispuesta á bajar del carruaje, se acercó y le dijo dulcemente:

—Creo, señorita, que debéis bajaros; los caballos están muy bravos y podrían desbocarse de nuevo.

La joven no respondió; colocó el extremo de su pie en el estribo, su mano derecha en el hombro del que acababa de hablarle, y bajó lentamente y con abandono, como baja del trono una reina.

Cuando estuvo en tierra, el desconocido tomó la palabra y dijo:

—Vivo enfrente, señora... en el hotel del Almirantazgo. ¿Me haréis el favor de entrar un instante en el salón para descansar?

Matilde vacilaba; pero el vizconde dijo que él tomaría con mucho gusto un vaso de agua para reponerse del susto.

—Si es así—dijo Matilde sonriendo,—vamos al hotel; allí podremos dar mejor las gracias á nuestro salvador y preguntarle su nombre.

—Me llamo Roberto de Meillant, y os pido perdón de no habérselo dicho más pronto. En cuanto á las gracias, no las admito; he hecho una cosa muy natural.

—Mejor podríais decir, caballero, que habéis hecho una cosa que no se hubiera atrevido á hacer otro.

Al hablar así, había tomado el brazo de Roberto y le oprimía voluptuosamente, dichosa de sentirse con vida después de haber estado expuesta á perderla.

Llegados al hotel en cuestión, y mientras el joven de Champy, aún pálido y tembloroso, bebía un vaso de agua, Matilde decía á Roberto de Meillant:

—La Providencia, caballero, os ha colocado en nuestro camino.

—Por no contrariaros convendré en ello, y me felicito de haber venido de tan lejos para salvaros.

—¿Venís de muy lejos?

—De América, señora: de las colonias.

—¡Ah! ¡sois criollo! ¿Y habéis llegado hoy mismo?

—Sí tal; vigilaba en el muelle el transporte

de mis maletas, cuando percibí vuestro carruaje que venía hacia mí, y me pareció más lógico detenerle que dejarme aplastar por él.

—¡Estáis dotado de fuerza singular!—exclamó Matilde clavando los ojos en el rostro del joven.

Creyó no deber responder á este cumplido, y, volviéndose hacia el vizconde, le preguntó por su estado. Matilde entonces pudo estudiar á Roberto. Encontrábase en la sombra tan bello como le había parecido en plena luz, y de cerca apreciaba mil detalles que completaban su belleza. La anchura de sus hombros notaba la fuerza de que acababa de dar una prueba. Su talle era esbelto, su cuello admirablemente torneado, sus manos blancas y finas, su pie pequeño y elegante... En cuanto á su cabeza, era más bien expresiva que enérgica, y, aunque había nacido bajo el sol de los trópicos, tenía el bigote y los cabellos rubios, y los ojos azules, pero de un azul oscuro, luminoso; colores que sólo se encuentran en los criollos de las razas normanda y bretona.

Matilde, que hasta entonces había rendido culto á los hombres morenos, sentía haberse mostrado tan ávida al admirar á su generoso libertador.

Respecto á su emoción, el vizconde hablaba con el señor de Meillant como si quisiera dar tiempo á su compañera de completar su estudio; parecía apercibirse de que este examen era favorable al joven criollo, y, á pesar de su cualidad de pretendiente, una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios.

Matilde se levantó, y dirigiéndose á Roberto dijo:

—Caballero, estarán inquietos de no verme aparecer y tengo que separarme de vos. Os anuncio la próxima visita de mi esposo, que vendrá á daros gracias por el servicio que me habéis hecho. En cuanto á mí, espero tener otras ocasiones de manifestaros mi gratitud. Me llamo la marquesa de R... y vivo en el hotel Frascati.

Roberto de Meillant se inclinó y condujo á la joven á la puerta, donde ya aguardaba un carruaje cerrado.

Media hora después, Lorenzo, enviado por su mujer, que le había puesto al corriente del suceso acaecido, hacía al señor de Meillant la visita de cortesía anunciada. Estuvo tan amable como siempre, no faltándole frases para expresar su gratitud. Al despedirse del joven criollo le preguntó, en nombre de su mujer y en el suyo, si quería hacerles el honor de comer con ellos al siguiente día. Roberto aceptó.

Al día siguiente escribía á su prima Juana anunciándole su próxima llegada á París, y á las siete de la tarde llegaba al hotel Frascati: le hicieron subir al piso principal y le introdujeron en un salón donde había ya varias personas reunidas.

XII

Para honrar á Roberto de Meillant, el marqués y la marquesa de R... habían invitado á comer á los amigos que tenían en el Havre, sin olvidar al vizconde Arturo de Champy: como salvado del mismo peligro, tenía derechos incontestables á participar de la fiesta.

Sirvióse la comida en el salón reservado para comedor á los marqueses de R..., cuyo salón tenía vistas al mar, tranquilo aquella noche, argentado por los rayos de la luna que dejaba distinguir una flotilla de barcas pescadoras.

Matilde, como si se hubiera tratado de una comida de etiqueta en París, habíase puesto traje escotado, que debía lucir la redondez de sus hombros, su elevado pecho, y, quizás por el hecho de encontrarse al lado de su joven salvador, daba aquella noche á sus ojos languidez más dulce, á su sonrisa una gracia más insinuante, á todo su ser un no sé qué de voluptuoso abandono.

Estaba colocada en la mesa junto al señor de Meillant, y fuerza es convenir en que formaban una pareja encantadora: su hermosura era tanta, que relegaba á los demás circunstantes al fondo del cuadro. Lorenzo mismo se confundía entre los otros, y, como si no advirtiese su inferioridad, mostrábase obsequioso con su huésped.

Matilde no le había dado hasta entonces el menor motivo de celos, y no veía un peligro en aquel desconocido que había aparecido un momento para desaparecer por completo.

Desde la segunda entrada, la conversación, lánguida en un principio, se generalizó: el vizconde, animado, por las primeras libaciones, preguntaba al señor de Meillant algo de las costumbres coloniales.

—¿Cómo vivís en aquel país? —decía con atiplada voz.—¿Estáis al corriente de todo lo que pasa en Francia? ¿Leéis periódicos?

—Sin duda, y con más atención que por aquí. Es muy natural; vosotros estáis en el lugar de los sucesos, recibís la primera impresión y sólo para confirmarla acudís al periódico. Además, os falta tiempo para todo: los negocios y los placeres os roban vuestras horas, mientras que nosotros, al contrario, hacemos consistir nuestra única distracción en tendernos en una hamaca y devorar los periódicos que llegan de Francia. Yo estoy suscrito al *Figaro*, al *Tiempo* y á la *Gaceta de los Tribunales*.

—¡Qué capricho!... ¡La *Gaceta de los Tribunales*! —dijo uno de los convidados;—ésa no la leemos nosotros.

—Confieso —dijo Roberto sonriendo— que no ha sido por afición á su lectura, sino por seguir un proceso que me interesa particularmente.

—¿Cuál? —exclamó el vizconde.

—El crimen del boulevard Bessieres —repuso el señor de Meillant.

El marqués de R... se estremeció; Matilde se volvió hacia Roberto y, con el codo apoyado en la mesa y la barba en la mano, escuchó:

—Sí—repuso Roberto;—tenía interés en conocer los detalles de ese proceso, del que aquí no se habrá cuidado nadie.

—Os engañáis —exclamó el joven Champy;—recordamos muy bien al famoso Jagon, condenado á la pena de muerte, y después indultado... ¡un criminal muy divertido!... y á Blanchard, el cumplido de presidio... eso es menos divertido. No hace dos días que han anunciado los periódicos la partida de ambos para Nueva-Caledonia.

—¡Ah! ¡han partido!...

—Sin duda; los dos cómplices debían ir juntos.

—¿Los dos cómplices? —dijo Roberto;—no admito tal complicidad.

—¿Cómo! ¿No admitís que juntos cometieron el crimen?

—Estoy cierto de lo contrario.

—¿En qué fundáis esa seguridad, caballero? —dijo Lorenzo con acento enteramente tranquilo.

—En el estudio profundo que he hecho del proceso. La *Gaceta de los Tribunales* me lo ha dado completo y, á mis ojos, Blanchard ha sido condenado tan sólo por haber estado en presidio. Las pruebas acumuladas contra él no hubieran bastado á condenarle si se hubiera tratado de un hombre de otros antecedentes.

—¿Cómo! —dijo otro de los convidados.—

He leído, como vos, el proceso, caballero, y me han parecido las pruebas concluyentes.

—Y numerosas—añadió vivamente de Meillant;—por eso pienso, como el defensor de Blanchard, que el verdadero criminal había acumulado todas esas pruebas contra un inocente para perderlo y salvarse él.

—Un defensor tiene que decir eso aunque no lo piense.

—¡Tanto peor para él! Yo lo digo porque lo pienso.

—Eso no basta para Blanchard, que, en contra de vuestra opinión, va caminando para Nueva-Caledonia.

—Puede volver, si personas de corazón se interesan por él.

—¡Cómo!—dijo Champy;—¿tenéis intención de interceder por Blanchard?

—Interceder no, pero sí tratar de descubrir al culpable; y si la casualidad, en la cual confío siempre, me favorece, habrá un segundo proceso y una segunda sentencia, en desacuerdo con la primera. Aunque nacido en las colonias, he cursado Derecho en Francia y conozco el Código.

Lorenzo levantó bruscamente la cabeza y exclamó:

—¿Vais á tomaros tanto trabajo por una persona que no conocéis más que por referencia de periódicos?

—Perdonad: no sólo los periódicos me han puesto al corriente del asunto: he sido informado también por cartas de Francia, y vuestro asombro cesará cuando os diga que soy próxi-

mo pariente de la señorita Guérin, hija de la víctima.

—Entonces todo se explica—dijeron varias personas.

Sólo tres permanecieron en silencio: el vizconde de Champy, á quien parecía interesar mucho esta situación complicada; Lorenzo, que acababa de reconocer un enemigo peligroso en el hombre sentado enfrente de él; y Matilde, que volvía á hallar en su camino á Juana Guérin. En otro tiempo la había privado de una herencia; ahora se interponía entre ella y Roberto; Roberto, que le había interesado vivamente, y hacia el cual le arrastraba una fuerza irresistible.

Sin conciencia del efecto que había causado con sus palabras, el señor de Meillant, por todos interrogado, continuaba tratando con calor el asunto.

—Entiendo que no tengo derecho para desentenderme de él—dijo.—En realidad, el asesino de mi pariente el capitán Guérin ha sido castigado de una manera incompleta. El acusado principal, ese miserable Jagon, ha visto su pena conmutada. Ha matado y vive. Su cómplice vive tranquilo: se ríe de la Justicia y disipa en alguna madriguera el dinero robado, mientras mi prima tiene que contentarse con el pedazo de pan que le ha arrojado por burla, ó quizás por cálculo.

Apuró la copa de Champagne que acababa de llenar y continuó:

—La señorita de Guérin ha tenido que someterse y aceptar la orden de la Justicia tal

como se ha dado. Pero yo protesto. No quiero dejar impune la muerte de mi pariente.

Exaltábase al hablar, y su mirada, dulce y casi tierna en los momentos de calma, encendíase y adquiría vigorosa expresión. Era entonces el criollo.

Algo más tranquilo, prosiguió:

—Por último, y dejando á un lado todo sentimiento de venganza personal, convencido como estoy de que un inocente encerrado en el *Baño* sufre y muere quizás allí, cuando su sitio está aquí, cumpliré el deber de todo hombre honrado: le protegeré, le vengaré, disminuiré sus sufrimientos y evitaré su agonía.

Matilde, siempre muda, le miraba. Quizás era la primera vez que oía hablar con tal vigor y expresar sentimientos tan generosos.

Lorenzo no había hablado así jamás. Comparó la mirada fugitiva de éste con la mirada clara de Roberto, la palidez del primero con el vivo color del segundo, los modales felinos del uno con las maneras francas y distinguidas del otro.

Ningún incidente puso término á esta reunión.

Al día siguiente, Roberto de Meillant volvía á reunirse en París con Juana Guérin, y poco después los huéspedes de Frascati entraban en su hotel de la calle Monceau. Aproximábanse las fiestas del invierno, y quizás también sus dramas.

XIII

Debajo de la puerta de una casa de la calle de Saint-Honoré, en el espacio comprendido entre la iglesia de Saint-Roch y el Palais-Royal, veíase no hace mucho una plancha de zinc con la siguiente inscripción:

CASA BONNIN

AGENCIA DE CRIADAS, TUTORAS Y AYAS

Horas de oficina de 12 á 4 todos los días.

Las personas interesadas subían dos pisos, empujaban el botón de cobre de una pequeña puerta y entraban en una habitación nada espaciosa, donde se hallaba el único empleado de la casa.

Preguntaba éste á los visitantes, tomaba notas en un papel y se dirigía luego al despacho del señor Bonnín para avisarle que deseaban hablar con él. A la habitación del jefe de la agencia tenía acceso únicamente un hombre de cincuenta años, de aspecto grave, canoso, quebrantado por los años y con los síntomas en el rostro de la enfermedad del hígado. Llevaba camisa de cuello alto y muy almidonado, y un casquete de seda negro que no se quitaba nunca y que parecía formar parte de su individuo.

como se ha dado. Pero yo protesto. No quiero dejar impune la muerte de mi pariente.

Exaltábase al hablar, y su mirada, dulce y casi tierna en los momentos de calma, encendíase y adquiría vigorosa expresión. Era entonces el criollo.

Algo más tranquilo, prosiguió:

—Por último, y dejando á un lado todo sentimiento de venganza personal, convencido como estoy de que un inocente encerrado en el *Baño* sufre y muere quizás allí, cuando su sitio está aquí, cumpliré el deber de todo hombre honrado: le protegeré, le vengaré, disminuiré sus sufrimientos y evitaré su agonía.

Matilde, siempre muda, le miraba. Quizás era la primera vez que oía hablar con tal vigor y expresar sentimientos tan generosos.

Lorenzo no había hablado así jamás. Comparó la mirada fugitiva de éste con la mirada clara de Roberto, la palidez del primero con el vivo color del segundo, los modales felinos del uno con las maneras francas y distinguidas del otro.

Ningún incidente puso término á esta reunión.

Al día siguiente, Roberto de Meillant volvía á reunirse en París con Juana Guérin, y poco después los huéspedes de Frascati entraban en su hotel de la calle Monceau. Aproximábanse las fiestas del invierno, y quizás también sus dramas.

XIII

Debajo de la puerta de una casa de la calle de Saint-Honoré, en el espacio comprendido entre la iglesia de Saint-Roch y el Palais-Royal, veíase no hace mucho una plancha de zinc con la siguiente inscripción:

CASA BONNIN

AGENCIA DE CRIADAS, TUTORAS Y AYAS

Horas de oficina de 12 á 4 todos los días.

Las personas interesadas subían dos pisos, empujaban el botón de cobre de una pequeña puerta y entraban en una habitación nada espaciosa, donde se hallaba el único empleado de la casa.

Preguntaba éste á los visitantes, tomaba notas en un papel y se dirigía luego al despacho del señor Bonnín para avisarle que deseaban hablar con él. A la habitación del jefe de la agencia tenía acceso únicamente un hombre de cincuenta años, de aspecto grave, canoso, quebrantado por los años y con los síntomas en el rostro de la enfermedad del hígado. Llevaba camisa de cuello alto y muy almidonado, y un casquete de seda negro que no se quitaba nunca y que parecía formar parte de su individuo.

Sentado delante de su pupitre de caoba, colocado entre las dos ventanas del despacho, daba la espalda á la habitación y permanecía casi oculto en la sombra, en tanto que los que le visitaban recibían de lleno la luz.

Acababan de dar las cuatro, y Bonnin, después de haber guardado los papeles en una caja de hierro incrustada en la pared, se disponía á abandonar su despacho cuando llegó el empleado con el aviso de que la señorita Hermann deseaba verle.

—Es muy tarde—contestó el agente.—La oficina se cierra á las cuatro, ésta es la costumbre. Que entre, sin embargo. Podéis retiraros, como de ordinario, pues ha pasado la hora de vuestro trabajo. Advertid abajo que no se deje subir á nadie. No recibo.

Y diciendo esto cerró la puerta del cuarto con cerrojo, fué en busca de la señorita Hermann, la hizo entrar en su despacho, le ofreció asiento, y después de tomarlo él en el sitio acostumbrado, detrás del pupitre, dijo pausadamente:

—¿Todavía tenéis necesidad de mis servicios, señorita?

La llamada señorita Hermann parecía una aya alemana. Representaba cuarenta años, era correcta de líneas, digna, respetable, sin rasgo alguno de coquetería, dejando ver algunas canas que esmaltaban sus cabellos.

—Sí—respondió con acento natural algo germánico.—Deseo mudar de posición; la señora Deligny, á quien por vuestra mediación sirvo en calidad de doncella, abusa algo de mí

como lectora. A pesar de mi acento alemán, que no le disgusta, según parece, me obliga todas las tardes á leer periódicos, folletos y revistas, con grave perjuicio de mi vista.

—Si es así, trataré de colocaros en otra casa donde no se tenga tanta afición á la lectura. Pero decidme, ¿no tenéis otros motivos para dejar á la señora Deligny? ¿Mis informes eran exactos? No os engañé, ¿no es cierto? A pesar de ser joven, bonita y tener marido viejo, es una mujer de costumbres ejemplares.

—Ejemplarísima.

—Decís eso como si no estuvieseis segura de ello. Explicaos. Si dejáis á la señora Deligny, la que pretenda sustituirnos me pedirá informes y deseo saber á qué atenerme. Sentiría exponer á una persona honrada á entrar en una casa donde presenciara cosas reprobables, contrarias á la moral.

—Perded cuidado y enviad á quien gustéis. Seguramente no verá nada. No todos pueden observar, adivinar y comprender.

—Esta última frase es un manantial de suposiciones. Hablad por favor. No es curiosidad lo que me mueve á preguntaros, sino el crédito de mi agencia. No quiero recibir quejas de las personas á quienes doy colocación.

Y, poniendo los codos sobre el pupitre y la cabeza entre las manos, dijo á la doncella de un modo insinuante:

—¿Habéis adivinado algo? La virtud de la señora Deligny ¿no es tan grande como se asegura en todas partes? ¿Tiene amante?

La alemana inclinó la cabeza y se ruborizó.

—¿Es acaso—continuó Bonnin— persona de su intimidad... un amigo... pariente del marido quizás?

—No—dijo la señorita Hermann después de un gran esfuerzo para vencer su pudor alarmado.—La señora Deligny no es mujer que se comprometa así. Tiene en mucho su reputación. Teme las citas que son consiguientes á ciertas relaciones, y se niega á recibir cuotidianas visitas, siempre sospechosas. Procede con más prudencia.

—¡Hola! Pues ¿cómo procede?—preguntó el agente.

La doncella vacilaba.

—No sé si debo...

—Estáis obligada por las razones que he expuesto. Por otra parte, ¿qué os va en ello? Mi profesión ¿no me obliga á ser discreto?

—Puesto que lo exigís, diré que, sin salir de su casa, sin recibir visitas, conservando su reputación de mujer excepcionalmente casta, la señora Deligny satisface todas las exigencias de su corazón.

—¿De veras?

—Hay en la casa cierto *factotum*, intendente ó mayordomo... empleado de confianza y...

—No comprendo. ¿Ese empleado ofende á su principal?

—Sí, señor—dijo la señorita Hermann bajando la cabeza como si fuera culpable.

—¿Qué me decís!—exclamó el señor Bonnin, á quien la revelación parecía haber trastornado, y como pesaroso de haberla comprendido.

—¡Ah!—prosignió la doncella.—He dudado mucho antes de creer semejante infamia. No me atrevía á suponer siquiera que una mujer de sociedad, respetada por todos, que lleva un nombre honrado, pudiera rebajarse tanto. Pero he tenido que rendirme ante la evidencia.

—¿Tenéis pruebas, ó nada más que sospechas?

—Estoy segura de lo que digo. El intendente no habla durante el día sino con el señor Deligny. Si las necesidades del servicio le llaman al lado de la señora, preséntase ante ella afectando frialdad, reserva y respeto. Pero por la noche, cuando el pobre marido, débil, viejo y enfermizo, se encierra en su habitación, entonces habla con su señora.

—¿Su señora? La frase es deliciosa—dijo el señor Bonnin sonriendo.

—Decidme ahora si puedo continuar en la casa. Las alemanas tenemos nuestro modo de ser. Pero estad tranquilo; no perjudicaré á vuestra cliente. Sois la única persona que conoce mis observaciones. Es preciso confesar que la señora Deligny es feliz. Si se quisiera perjudicarla, ó si yo tuviese algo que ver con esas mujeres destinadas á explotar los secretos que descubren...

—¡Oh!—dijo Bonnin ofendido de semejante pensamiento;—¡eso sería espantoso!... y como, además, no existe prueba alguna material, la señora Deligny, en vez de dejarse explotar, se limitaría á negar.

—¿Y si se la sorprendía?

—Los avisos al marido son inútiles, pues no

los recompensaría con billetes de Banco, sino á palos.

—Cierto; pero—observó la alemana,—cuando se tiene una fortuna como la del señor Deligny, y éste se ha casado de edad avanzada con una mujer joven, en cuyo favor ha testado...

—¿Qué?

—Que bien puede un pariente interesarse lo bastante para sorprenderla *in fraganti*, provocar un escándalo y obtener la anulación del testamento, con objeto de heredar él. Un servicio como éste, cuando se trata de una fortuna de muchos millones, sería recompensado lo ménos con cincuenta mil francos.

—Sí; pero nadie se atrevería á cometer infamia semejante.

—¿Estáis seguro?—dijo la señorita Hermann, levantando la cabeza y mirando al agente cara á cara.

—¡Vaya si lo estoy!

La alemana soltó una sonora carcajada y dijo:

—¡Me asombráis, mi querido marqués D. Lorenzo José de R... y C...!

XIV

El ataque había sido tan brusco, que el agente perdió por un momento su serenidad. En vez de protestar, de gritar, pronunció estas palabras:

—Ignoro lo que queréis decir. No comprendo. No soy el que creéis.

—¡Sea!—prosiguió la señorita Hermann con voz serena y sin el menor acento.—¡Sea! No sois el marqués R...: os llamáis Bonnin. Ese casquete negro que nunca os abandona oculta una calva, y los bucles canosos de vuestras sienes son también vuestros. No he de contradeciros por tan poco. Estáis enfermo del hígado, si queréis, como lo indica ese tono amarillento que circunda tan hábilmente vuestros ojos. Convenido. Pues bien, señor Bonnin, voy á tener el gusto de daros algunos detalles acerca de la pequeña industria á que os entregáis.

—Veamos—dijo negligentemente.

—La agencia que dirigís para colocación de criadas, tutoras y amas, es más seria de lo que podía creerse. En primer lugar, no os contentáis con los pequeños beneficios de vuestros clientes, con el tanto por ciento que da la persona colocada á la que coloca. Vuestras miras son más altas, y las ganancias mucho más considerables. Merced á las notas que habéis recogido ó que os han facilitado, empleáis vuestro numeroso personal en vigilar cierta casa, cierta familia ó cierto individuo que os es sospechoso, que os da en qué pensar... y que os hace esperar... Este personal es inconsciente, porque sois bastante hábil para tener cómplices. Las criadas y amas que colocáis creen de buena fe que sólo les toca cumplir con su obligación; pero unas y otras tienen suelta la lengua: condenadas al silencio por respeto á las

personas á quienes sirven, toman la revancha de su mutismo forzoso siempre que os ven. Les hacéis hablar, como hace poco me hacíais hablar á mí... Sois dulce, insinuante, persuasivo, y llegan á decir cosas que os son provechosas. Os confían secretos que explotáis en seguida ó que guardáis para el porvenir.

Cansada sin duda de haber permanecido sentada tanto tiempo, se levantó, y señalando la gran caja de hierro incrustada en la pared añadió:

—Apostaría á que ahí dentro está la perdición de veinte familias, y un millón de ganancias.

Después, y apoyándose sobre el pupitre y acercando su rostro al del agente, repuso:

—Os sigo hace tiempo. No ha mucho ha declarado un hombre de gran posición hoy, pero que había sufrido una condena en su juventud. Ha dado una suma considerable para que no se produjera la sentencia que creía olvidada; para que se guardara sobre ello secreto; para que no fuese divulgado su pasado. Esa suma la habéis recibido, estoy segura.

El agente se levantó á su vez, y de sus labios, que la ira contraía, salieron estas palabras:

—Si os pusiera en la puerta, ¿qué diríais?

—No lo haréis—contestó la señorita Hermann tranquilamente—Sois mío... puedo perderos, lo sabéis. Además, y para que evitéis amenazas inútiles, debo advertiros que antes de venir aquí he tomado toda suerte de precauciones... No se me ocultaba que podríais

pensar en deshaceros de una persona tan al tanto de vuestros asuntos. Estamos solos en esta habitación... Nadie nos ve... nadie nos oye. Me asesináis, os aseguráis de mi muerte, arregláis vuestros papeles más importantes y salís tranquilo. Ya lejos, recobráis vuestro rostro y vuestro traje, y no llega á ser descubierto nunca el asesino Bonnin, á quien se le cree en el extranjero. Es tentador, ¿no es cierto?

Le miró fijamente y añadió:

—Pero también sería imprudente, porque he confiado á una persona de mi intimidad algunas líneas que se apresurará á entregar al procurador de la República en el momento de mi desaparición. Esas líneas le harían saber que el señor Bonnin no es otro, como dije hace poco, que el alto y poderoso señor D. Lorenzo José de R... y C... Además, le darían algunos otros pequeños detalles llenos de interés... Pero no adelantemos los sucesos. Procedamos con orden. Estáis prevenido. No miréis más hacia ese cajón entreabierto, ni busquéis el arma que guardará sin duda. Escuchadme más tranquilo.

Conmovido en extremo Lorenzo, porque era él, se levantó y fué á apoyarse en el mármol de la chimenea.

La señorita Hermann colocó la silla en la misma dirección y continuó:

—Quedamos en que vuestra industria es de las más productivas. Estoy cierta de que, un año con otro, sin cometer imprudencias y explotando sólo los negocios seguros, dejando madurar los poco conocidos, ganáis de trescientos á cuatrocientos mil francos.

Y añadió, con la sencillez de un comerciante que discute honradamente un negocio:

—Hay que tener en cuenta que empezáis ahora. La casa ha sido establecida hace poco, y la clientela os ha sido indicada por otro. Podréis crearos nuevos clientes, aumentar el círculo de vuestras relaciones y buscar salidas de consideración. El personal os es útil, pero pronto haréis los negocios sin intermediarios.

Lorenzo la miraba como si no la comprendiera. Entonces se acercó á él y le dijo con cierta dulzura:

—Durante el próximo invierno abriréis vuestros salones, que os darán entrada en los demás. Sois fino y muy observador. Sorprenderéis algunos graves secretos y sacaréis partido de su conocimiento. ¿No es éste el fondo de vuestro pensamiento? Sí. Por eso habéis alquilado un hotel amueblado lujosamente. Sembráis para recoger.

Acercóse más y añadió:

—Si estuviera en lugar vuestro, me asociaría con otro. Por gran voluntad que tengáis, no os será posible hacer solo todos los negocios del mundo. Mi socio sería una mujer. Siempre que se trata de una negociación peligrosa es muy hábil la mujer. La buscaría inteligente, fina, astuta, poco escrupulosa y habilísima para disfrazarse y transfigurarse. Esto es difícil de hallar, lo sé; pero si se busca con acierto... mirándome bien...

La alemana puso su rostro junto al de Lorenzo y añadió:

—Porque no creo necesario decir que no soy

alemana, que no me llamo la señorita Hermann y que no tengo cuarenta años. Tengo escasamente veinte; mis cabellos son negros como el azabache; no estoy enferma de la vista y mis ojos brillan como carbunclos. No soy bonita, pero sí agradable. Por último, se me conoce por la *Gran Florina*.

Estremecióse Lorenzo: Florina lo notó y dijo:

—No me conocéis personalmente, pero mi nombre ha sido pronunciado en vuestra presencia. Vuestra mujer, á poco de vuestro regreso de España, os ha hablado sin duda alguna de su criada. Pues bien, sí, soy Florina; podría ocultarlo y lo confieso. Nada tenéis que temer de mí como agente de la Prefectura. Serví á la Policía por casualidad, y no la serviré más. Me ofrezco á vos incondicionalmente, y sería absurdo dudar de mi sinceridad y de mi afecto. Si me propusiera venderos, ¿qué necesidad tenía de deciros todo esto? Me hubiera presentado ya hace tiempo al jefe de Seguridad y le hubiera revelado cuanto sé.

Como Lorenzo la mirase con inquietud, le puso una mano sobre el brazo y dijo:

—Si... todo lo que sé... todo lo que adiviné y comprendí el día del proceso de Jagon... Si; el proceso de Jagon, al cuál asististeis disfrazado de abogado. No lo neguéis—añadió,—sería inútil. Entrasteis por la calle de Rivoli, para salir tres cuartos de hora más tarde por la calle Bailleul, con dirección primero á la calle de la Victoria y después á la de Châteaudun. ¿Estoy bien informada? Sí, ¿no es cierto? Es-

tos detalles ¿no interesan á la Policía y no los hubiera yo dado si la sirviera? Pero no: yo me burlo de la Policía y ambos nos hemos de burlar juntos si me aceptáis por vuestra socia.

Lorenzo guardó silencio.

—¿Dudáis? Sí... os decís: ¿Qué sabe, después de todo, Florina? El nombre de Bonnin me pone á cubierto de sus confidencias; y, sin embargo, éstas no han sido previstas por el Código. Yo no corro riesgo alguno judicial. Y en cuanto á las calumnias que sobre mi lanzaran para comprometer mi reputación, no había de ocuparme en desmentirlas, porque estoy más alto que ellas. Queda sólo la historia de mi disfraz en la Audiencia y de mis distintos domicilios de París... Esto no es grave, y no vale ciertamente la pena de aceptar una asociada y una cómplice. Si pensáis así, querido marqués, no acertáis, y voy á demostrároslo hablándoos de un criollo llamado Roberto de Meillant. ¿Pres-táis atención? Lo esperaba.

XV

Florina se había sentado; sus pies descansaban sobre un taburete y apoyaba su brazo izquierdo en el pupitre. Adoptó una postura interesante, y, volviendo su rostro hacia el de Lorenzo, continuó con inalterable tranquilidad:

—El nombre de Roberto de Meillant os ha causado sensación. Comprendéis quizás que voy á ocuparme de un asunto espinoso. No os equivocáis, y entro desde luego en él. En la comida que le ofrecisteis en el Havre, declaró dicho criollo sus dudas respecto á la culpabilidad de José Blanchard, condenado á trabajos forzados, y añadió que aprovecharía su estancia en Francia para encontrar al verdadero cómplice de Jagon y entregarlo, si era posible, á la Justicia.

—Bien, ¿y qué?—dijo Lorenzo con voz nerviosa, lanzando sobre Florina una de sus peores miradas.

—Que las intenciones del señor de Meillant os contrarían, y, en una palabra, que os amedrentan.

—¿Por qué?

—¿Lo ignoráis acaso? No seáis niño. No me obliguéis á deciros cosas desagradables. No quiero enojaros; antes, por el contrario, deseo ser vuestra asociada, vuestra aliada, vuestra cómplice si es preciso; pero en adelante, porque no acepto la responsabilidad de vuestro pasado, que es muy grave.

Lorenzo se dirigió hacia Florina.

—Explicaos—le dijo;—quiero que os expliquéis.

Antes de contestar, Florina dió la vuelta á la mesa, se acercó á la ventana que daba á la calle, y más segura dijo:

—¿Queréis que me explique? ¡Sea enhorabuena! Pues bien, participo de la opinión de Roberto de Meillant. José Blanchard no es

culpable, y eso nadie lo sabe mejor que vos.

Lorenzo avanzó bruscamente como para asir á Florina.

Esta, prudentemente, entreabrió la ventana y, cruzando sus brazos sobre el pecho, prosiguió:

—¿Qué os pasa? No pienso haceros traición: este secreto morirá conmigo. Os lo he dicho antes: os pertenezco en cuerpo y alma.

Y abandonándose á la confianza se colocó en el centro de la habitación.

—He hablado de este asunto porque me habeis obligado. En adelante sólo os hablaré para prevenirme. Quiero evitar que llegue un día en que haya de separarme de un socio que me promete negocios tan buenos.

Y alegremente añadió:

—¡Calle! ¿Habéis cambiado de aspecto favorablemente? Ya no se estremecen vuestros labios como antes, vuestra mirada es menos feroz. ¿Empezáis á comprender que no os deseo mal alguno? Vais convenciéndoos, pero no ha llegado aún el momento de que os lo cuente todo: esperad á que pueda haceros confianzas íntimas y personales. Hablemos de Roberto de Meillant, vuestro amigo. Unámonos para combatirle, para hacerle renunciar á sus proyectos, para que regrese cuanto antes á su país y nos deje en paz.

Lorenzo se dejó caer sobre un canapé colocado horizontalmente delante de la chimenea. Florina se acercó y dijo amistosamente:

—Hablemos; seamos razonables, cual conviene á dos buenos asociados. En la comida de

Havre, el criollo declaró que, si le interesaba vivamente el asunto del boulevard Bessières, era por lo que concernía á su prima Juana Guérin. Estas palabras no fueron perdidas. Comprendí que había algo más que parentesco por medio; había amor. He estudiado y sondeado el asunto, y sé que el señor de Meillant ha venido á Francia resuelto á casarse con su prima. Pero ésta llevará luto aún mucho tiempo, y transcurrirá un año antes que el matrimonio pueda realizarse. Este año piensa consagrarlo á negocios importantes que desea resolver antes de su partida. Entre ellos figura el de José Blanchard... ¿Qué nos toca hacer á nosotros?

Y preguntó con la mirada como lo había hecho de palabra; pero como Lorenzo se mostrara indeciso, sin saber qué pensar y temeroso de comprometerse, añadió:

—En mi concepto, lo más natural y menos peligroso sería separar á los primos, ó, mejor dicho, á los amantes, sin violencia, por supuesto. ¡Me repugna todo lo que es violento!—dijo riendo.—Contad con mi concurso inteligente; yo evitaré siempre las violencias que pudieran llevarnos á los tribunales. No es culpa mía... tengo un miedo horrible á la Policía. Es preciso—añadió,—mi querido marqués, que nos mantengamos á cierta distancia del *Código Penal*, sin llegar á caer jamás en alguno de sus artículos... Entiendo que ése es vuestro modo de pensar, y si no fuera por el pícaro pasado... Perdonad; os había prometido no hablar inútilmente.

Lorenzo estaba dispuesto á no interrumpirle,

á dejarle desarrollar todas sus ideas, á que se entregara por completo. Su instinto le decia que se encontraba enfrente de una aliada y no de una enemiga. Pero, puesto que sostenía bien la conversación, ¿para qué poner término á ella? Por otra parte, no exigía confesión alguna ni mostraba deseo de ningún género.

—Quedamos, pues, en que separamos á Juana Guérin de Roberto de Meillant. Difícil es, pero no imposible. Nuestro adversario es inteligente, recto, fuerte, pero á la vez confiado y sencillo. Difícilmente resistirá á nuestros ardides. ¿Cuáles han de ser éstos?

Y en seguida añadió:

—Punto es éste que hay que descubrir y lo descubriremos, querido marqués, en mi primera visita á vuestro hotel de la calle Monceau.

—¿En mi hotel de la calle Monceau! ¿Estáis sonando?

—No sueño; estoy muy despierta. Os debo una visita. Me habéis invitado á una comida en Trouville, y conviene que asista á una de las recepciones de vuestra mujer... el martes creo. Mañana iré, y al salir del salón de la marquesa pasaré á vuestro gabinete, donde me esperaréis y hablaremos.

Tal gesto hizo Lorenzo, que Florina soltó la carejada y exclamó:

—Resueltamente, mi querido Lorenzo, valgo más que vos en cuestión de disfraces. Hace una hora que me estáis mirando y no habéis comprendido que la señorita Hermann, la Gran Florina y el vizconde de Champy no son más que una sola persona. Mirad mis ojos... quizás

los recordéis. Dicen que son bonitos, y sobre todo de expresión incomparable.

—Cierto.

—¡Vamos!... Por fin os vais convenciendo. No es poca suerte. Los mudos del Serrallo no valen nada comparados con vos. Cuando pienso que dentro de breves días, mañana quizás, después que hayáis reflexionado un poco, seréis el que hable siempre, el que exponga las ideas y el que diga: *Así hemos de proceder respecto á la señora Deligny. Urge ver á su cuñado, sondearle... saber lo que dará de sí.* ¡Veréis, veréis cómo nos entendemos! No falta más que poner manos á la obra.

Este buen humor acabó por desarmar á Lorenzo. Si no se hubiese propuesto callar, hubiera contestado: *Sí, ya estoy sobre la pista: reconozco, á pesar de los cabellos blancos y del disfraz, no á la Gran Florina, á quien nunca he visto, pero sí al vizconde.*

—¡Dios mío!—dijo Florina como si leyera en el pensamiento de Lorenzo,—soy el pequeño vizconde, y como hombre no me falta *chic*, ¿no es cierto? ¡Cuando pienso en que vuestra mujer no me ha descubierto! Verdad es que en la época en que estuve á su lado no era realmente sirviente... Estaba disfrazada también. El día que fui presentada en Trouville temí que me reconociera. Por cierto que es muy linda vuestra mujer, querido marqués. Ya sabéis que, para representar bien mi papel, la galanteo. Es muy bella y hay que contribuir á su fortuna, á la vuestra y á la mía.

Y levantándose dijo:

—Os dejo: estoy charlando hace una hora. Reflexionad en cuanto he dicho y contestadme. Saludó, pasó á la antecámara, abrió la puerta de entrada y desapareció, dejando á Lorenzo completamente turbado.

XVI

Al día siguiente, el marqués de R..., terminado el almuerzo con su mujer, pasó á un pequeño gabinete dispuesto para fumar, y dijo al criado que le acompañaba:

—Si viene hoy al hotel el vizconde de Champy, hacédle pasar aquí. Deseo hablarle.

El criado se retiró.

Solo Lorenzo, se acercó á uno de esos pequeños muebles divididos en compartimentos y destinados á secar los cigarros de diferentes clases: escogió con cuidado uno de los de mejor marca, llevóselo á la boca, lo encendió y se echó sobre un gran diván muy bajo. Quería en la soledad, en el recogimiento, bajo la influencia del humo del tabaco, á veces buen consejero, tomar resueltamente un partido con respecto á Florina, en quien no había dejado de pensar desde la víspera.

Era evidente que la casualidad, ó más bien una imprudencia, había descubierto parte de su secreto á aquella joven. Sabía muchas cosas, sospechaba bastante, ya que no para perderle,

al menos para comprometerle si hablaba. Pero ella también tenía interés en callar, y, desde el momento en que deseaba hacerse valer y se vendía, se convertía en capital. Lorenzo, que en semejantes materias tenía conocimiento exacto de sí mismo, no dudaba respecto del particular. ¿Cómo pensar en perjudicar á una persona cuya posición se podía explotar? No se repite con frecuencia la fábula de la gallina de los huevos de oro.

No exponía nada, por lo tanto, al aceptar con franqueza las proposiciones de Florina, y hasta podía considerarse feliz en tan buena compañía. Exigiale, es cierto, la mitad de los beneficios; pero estos beneficios podían duplicarse y triplicarse merced á la inteligencia y á la actividad de la asociada. Su concurso no solamente hacía los negocios de la casa más numerosos y productivos, sino también más seguros, porque á Lorenzo no se le ocultaba que su empresa ofrecía algunos peligros. Las gentes que han debido cantar algunas veces no están siempre en voz. Deseosas de no desagradar al maestro de solfeo, dominadas por él, le ofrecen desde luego el precio convenido; pero, al tratar del pago; dudan, se excusan y procuran salir del paso sin aflojar la bolsa. Unos se amparan de la Policía, y cuando se consideran con su apoyo obtienen su concurso oficioso; otros se rebelan y se convierten de amenazados en amenazadores.

En esta inteligencia, y á pesar de su práctica y de su habilidad, Lorenzo temía que al explotar los secretos ajenos se pudiera llegar al

—Os dejo: estoy charlando hace una hora. Reflexionad en cuanto he dicho y contestadme. Saludó, pasó á la antecámara, abrió la puerta de entrada y desapareció, dejando á Lorenzo completamente turbado.

XVI

Al día siguiente, el marqués de R..., terminado el almuerzo con su mujer, pasó á un pequeño gabinete dispuesto para fumar, y dijo al criado que le acompañaba:

—Si viene hoy al hotel el vizconde de Champy, hacédle pasar aquí. Deseo hablarle.

El criado se retiró.

Solo Lorenzo, se acercó á uno de esos pequeños muebles divididos en compartimentos y destinados á secar los cigarros de diferentes clases: escogió con cuidado uno de los de mejor marca, llevóselo á la boca, lo encendió y se echó sobre un gran diván muy bajo. Quería en la soledad, en el recogimiento, bajo la influencia del humo del tabaco, á veces buen consejero, tomar resueltamente un partido con respecto á Florina, en quien no había dejado de pensar desde la víspera.

Era evidente que la casualidad, ó más bien una imprudencia, había descubierto parte de su secreto á aquella joven. Sabía muchas cosas, sospechaba bastante, ya que no para perderle,

al menos para comprometerle si hablaba. Pero ella también tenía interés en callar, y, desde el momento en que deseaba hacerse valer y se vendía, se convertía en capital. Lorenzo, que en semejantes materias tenía conocimiento exacto de sí mismo, no dudaba respecto del particular. ¿Cómo pensar en perjudicar á una persona cuya posición se podía explotar? No se repite con frecuencia la fábula de la gallina de los huevos de oro.

No exponía nada, por lo tanto, al aceptar con franqueza las proposiciones de Florina, y hasta podía considerarse feliz en tan buena compañía. Exigiale, es cierto, la mitad de los beneficios; pero estos beneficios podían duplicarse y triplicarse merced á la inteligencia y á la actividad de la asociada. Su concurso no solamente hacía los negocios de la casa más numerosos y productivos, sino también más seguros, porque á Lorenzo no se le ocultaba que su empresa ofrecía algunos peligros. Las gentes que han debido cantar algunas veces no están siempre en voz. Deseosas de no desagradar al maestro de solfeo, dominadas por él, le ofrecen desde luego el precio convenido; pero, al tratar del pago; dudan, se excusan y procuran salir del paso sin aflojar la bolsa. Unos se amparan de la Policía, y cuando se consideran con su apoyo obtienen su concurso oficioso; otros se rebelan y se convierten de amenazados en amenazadores.

En esta inteligencia, y á pesar de su práctica y de su habilidad, Lorenzo temía que al explotar los secretos ajenos se pudiera llegar al

descubrimiento de los suyos, ó mejor á los del marqués de R..., el hombre de las transformaciones. Si caía la máscara y se reconocía en el marqués al agente de negocios Bonnin, la situación social de Lorenzo empeoraría y se agotaría la mayor parte de sus recursos.

La prudencia aconsejaba gastar poco su personalidad. Preparar sí las operaciones, dirigir las, verlas madurar, pero eclipsarse y desaparecer oportunamente. Este momento crítico es el único verdaderamente peligroso en los negocios de espionaje, y el peligro desaparecía gracias á Florina: ella se encargaría del cobro, y en caso de un accidente desgraciado asumiría toda la responsabilidad y salvaría á su socio y á la casa, que podría continuar sus operaciones.

Así pensaba Lorenzo, cerca de las dos y media, cuando le pasaron recado de que el vizconde de Champy deseaba verle.

Florina entró con la gracia, viveza y ligereza que le eran propias, vestida con chaquet perfectamente ajustado, pantalón claro, el sombrero echado á un lado, lente y bastón.

Cerrada la puerta, miráronse el vizconde y el marqués, y no pudieron menos de sonreirse al verse, después de algunas horas de intervalo, tan diferentes de la vispera. Lorenzo, con su traje de mañana y su cigarro en la boca, reclinado sobre el diván, estaba tan interesante como antipático con su casquete negro, disfrazado de agente de negocios. En cuanto á Florina, el traje masculino se acomodaba á maravilla á sus formas, exageradas sí, pero estrechas y planas. El traje la favorecía.

Sentáronse uno al lado del otro y hablaron largo tiempo.

A cosa de las cuatro y media se presentaron en el despacho dos concurrentes de la calle de Boissy d'Anglas que habían permanecido fieles en la nueva fortuna de Matilde. Salían de su salón, y antes de partir no quisieron hacerlo sin estrechar la mano del dueño de la casa. El vizconde de Champy aprovechó la oportunidad de las visitas para separarse de Lorenzo, y se hizo conducir por un criado á las habitaciones de la marquesa.

Florina deseaba saber cuanto antes hasta qué punto ocupaba la imaginación de Matilde Roberto de Meillant, y pronto realizó su deseo. Momentos después, la señora de R... le decía negligentemente y como si se tratara de sostener la conversación:

—A propósito, vizconde, ¿qué ha sido de nuestro salvador? No he vuelto á saber de él. ¿Y vos le habéis visto?

—Dos ó tres veces. Abandonamos juntos el Havre el mismo día, el siguiente al de vuestra comida, marquesa. En el tren intimamos. Le he prestado algunos servicios desde nuestra llegada á París... en la elección de ciertos objetos y en la de hotel.

—¿Le habéis aconsejado que tome casa?

—En la calle de Helder, cerca de su prima, según deseaba. No puede vivir lejos de ella. La adora.

En la frente de Matilde se dibujó una ligera contracción.

—¿Tanto la adora?

—Muchísimo. Es su única conversación: Juana por aquí, la señorita Guérin por allá... Es una verdadera pasión, que se explica después de todo. He tenido ocasión hace poco de ver á esa joven, y es encantadora.

—¡Qué entusiasmo! —dijo Matilde tratando de sonreír.—Es preciso apagar algo ese fuego. Sois muy joven.

Y luego añadió:

—¿Veréis pronto al señor de Meillant?

—Cuando gustéis.

—Yo no deseo nada.

—¡Perdonad! Creía que teníais que confiarme algún encargo para él.

—No; pero, si le veis, decidle que recibo los martes y algún otro día de la semana. Debo esta atención á mi salvador, porque es innegable que nos ha salvado y que no nos hemos mostrado muy agradecidos.

—Permitidme, marquesa: yo procuro pagar mi deuda. Sois vos la que...

—Ayudadme, pues, á pagar la mía. Traed á vuestro amigo lo antes posible. Estoy avergonzada de mi ingratitud. ¿Cuándo vendréis?

El vizconde no contestaba. Con el puño del bastón en la boca, miraba á Matilde sin hablar.

—¿Qué tenéis? —añadió.—¿Por qué calláis?

—Es que... es que... —dijo el joven— me habéis colocado en una situación difícil, puesto que lo que me pedis es casi imposible.

—¿Qué dificultades se oponen?

—¿Queréis que hable? —preguntó levantándose como si hubiera tomado una resolución.

—Hablad, pero pronto.

—Pues bien; desde que está en París, Roberto de Meillant sabe, marquesa, que antes de llamaros señora de R... os llamabais señorita Matilde Simonnet.

—¿Quién ignora eso?

—Marquesa... ¿No adivináis?... Sois la heredera de un llamado Claudio Guérin, y...

—Y he sido privada de mi herencia en pleito. Soy, pues, quien debe quejarse, y sin embargo, á juzgar por vuestras suposiciones, no me quiere bien.

—El amor es injusto. Habéis combatido á la señorita Juana Guérin, y esto basta para que Roberto os guarde rencor.

—Bien. Renunciaré á las visitas de ese caballero.

Florina sonrió, y un momento después, en el fondo del coche que la conducía al centro de París, se decía estas palabras:

—¡Le adora! ¡Qué lástima que no sea correspondida! Así se separaría naturalmente de la señorita Guérin, y si descubría algo acerca de Lorenzo se callaría; no se entrega á la Justicia al marido de la mujer amada.

El vizconde no había terminado sus visitas. Vistióse con su traje ordinario y se dirigió hacia el pretil del Reloj.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Florina había escrito días antes al jefe de Seguridad pidiéndole audiencia. El señor Claude contestó que podía presentarse en su oficina cualquier día de la semana, de cuatro á cinco. La Prefectura de Policía recibe á todos, por si tienen alguna confidencia que hacer. Si estas son estériles, y las revelaciones hechas no tienen trascendencia, á veces también, y como revancha, se adquieren noticias preciosas. La Prefectura de Policía, de la cual los hombres de Estado en Francia hacen una división ó dependencia del Ministerio del Interior, cuando debiera ser por si sola un Ministerio importante, vela incesantemente por nuestras fortunas y nuestras existencias, y no olvida nada de cuanto puede preservarlas. No sólo ciertos empleados no niegan jamás una audiencia, sino que se ocupan en leer todos los días una correspondencia considerable en la cual abundan los anónimos. Un particular puede y debe despreciar un anónimo; pero cuando se trata del interés general no cabe esa escrupulosidad.

Con frecuencia sucede que una revelación anónima hecha por una persona medrosa, que teme comprometerse, conduce al descubrimiento de un delito ó de un crimen.

Florina, que no había hecho más que vea-

tirse de mujer, llegó á las cinco á la Prefectura. Esperó un instante, al cabo del cual entró en el despacho del jefe de Seguridad.

—¡Ah! ¡Por fin!—dijo éste.—¿Qué os trae por aquí? ¿Estáis aún comprometida en algún mal negocio?

—No. Vivo tranquila y bien, y tengo la seguridad de que no podéis formular queja alguna contra mí.

—Mejor que mejor. No falta que hacer, y hay que aprovechar el tiempo. ¿De qué se trata?

—En otra ocasión—contestó Florina—me encargasteis de la vigilancia de una llamada Matilde Simonnet de Villeneuve.

—Cierto, lo recuerdo; así como también que me arrepentí de haberos confiado tal misión.

—Yo, sin embargo, la cumplí como pude, y no fué culpa mía si la conducta de la señora de Villeneuve no dió por resultado ninguna revelación picaresca ó curiosa. Si por hacer interesantes mis relaciones hubiese dejado correr libremente á mi imaginación, vos mismo hubierais sido el primero en castigarme.

—Es verdad; pero la desdichada manera como fueron perseguidos esa señorita y sus amigos dió por resultado, como sabéis, una queja, origen de disgusto.

—Nadie sino el inspector que me acompañaba tuvo la culpa, puesto que, dificultando el paso de la señorita Simonnet, al andar tan cerca de ella como un perro de ciego, se hizo visible y sospechoso y nos comprometió. Creo que no tenéis que echarme en cara ninguna otra torpeza análoga.

—Cierto—dijo el jefe de Seguridad después de algunos segundos de reflexión.—Pensaba que el enojoso resultado de nuestra misión era obra vuestra y os he confundido con vuestro compañero. ¿Qué puedo hacer para desenojaros?

—Nada necesito, y no pido nada. Vengo, por el contrario, á ofreceros de nuevo mis servicios.

—Ningún asunto reclama al presente vuestro concurso. Si el caso llega, lo aceptaré.

—El caso ha llegado—dijo Florina,—y si me permitís explicarme...

—Explicaos.

—Se trata otra vez de la señorita de Ville-neuve.

—Hoy marquesa de R...—añadió el jefe de Seguridad.

—Justo.

—¿Y bien?

—Que la casualidad me ha puesto en relación con ella, ó más bien con su marido, y he llegado á sospechar que la situación no es tan clara como parece.

—¿Y deseáis hacer luz ó que se haga?

—Precisamente.

—En una palabra, deseáis tomar la revancha.

—¿Y no es natural? Me despedisteis diciéndome que no sabia cumplir con mi obligación; yo creo lo contrario, y estoy decidida á demostrarlo.

—Es amor propio y nada más, aunque buena cualidad en nuestra profesión, y tendré pre-

sente vuestros deseos de rehabilitación. Mas en lo que concierne al marido de la señorita Simonnet, antes de encargaros una comisión cerca de él, ¿en qué fundáis vuestras dudas y sospechas? ¿Lleva justamente el título de marqués de R...?

—El nombre y el título son auténticos como pocos.

—¿Entonces qué tenéis que decir en contra suya?

—Aventuras excéntricas, y gastos que no están en relación con su fortuna, que no puede ser considerable.

—¿Y qué pensáis de esas aventuras y de esos gastos?

—Creo que la política no es ajena á este asunto.

—¿La política?

—El marqués debe haber recibido encargo de algún Gobierno extranjero, del suyo ó de otro. Alguna misión secreta, espléndidamente remunerada, y respecto de la cual sería conveniente tomar informes.

—Si es así, nada tengo que hacer. Los asuntos que se refieren á la política están al cuidado del señor R..., como sabéis.

—Porque lo sé, he pensado que podríais recomendarme á él.

—¡Vamos!... no habéis dado mal rodeo para llegar á lo que os importa. Sois un verdadero diplomático. En una palabra, deseáis pertenecer á la Policía política. La idea es muy ingeniosa y el momento favorable. Faltan hombres, ó son tan exigentes que hay que renunciar á su

concurso. Vos sois fría, suave, insinuante y de maneras distinguidas. Podréis, en caso de necesidad, hacer de gran señora y recibir confidencias diplomáticas. Sea, hablaré á mi colega, puesto que decididamente amáis el oficio.

—¡Con pasión!—contestó Florina entusiasmada,—y vos me la habéis comunicado. El día que me encargasteis perseguir á la señora de Villeneuve, no pensaba en serviros.

—En cambio os excedisteis después—observó el señor Claude.

La actitud de Florina cerca del jefe de Seguridad no era una traición á Lorenzo. Era simplemente una truhanería; era curarse en salud y prepararse á salir libre de toda complicación si la casualidad le obligaba á dar un mal paso.

No se le ocultaba que, habiendo tenido en otro tiempo cuestiones con la Policía, y no estando aún en buena opinión con ella, se vería expuesta constantemente por su disfraz de hombre, su nombre supuesto y sus apariciones y desapariciones sospechosas. Si, por el contrario, se aceptaban sus servicios, nadie repararía en su disfraz, que se creería necesario á la causa común, ni nadie pensaría tampoco en preguntar por el origen del nombre y del título de Champy.

Lejos de perjudicar á Lorenzo, le prestaba un gran servicio. Presentándole bajo un nuevo aspecto y dándole un color político, desnaturalizaba el género de sospechas que sus maneras hubieran podido despertar. Desconfiarían de él,

pero se le respetaría, por decirlo así, ante el temor de provocar observaciones diplomáticas. Abrióse un registro en la Prefectura; pero en una oficina particular, más discreta que las demás, siempre se escribe con cifras. Por último, si las operaciones de Lorenzo reclamaban una vigilancia más estrecha, si cometía una falta ó delito común, el jefe de Seguridad se dirigiría á Florina para pedirle explicaciones, y claro es que ésta no diría sino lo que quisiera decir. Apresurábase, pues, á alejar las sospechas que pudieran comprometer á su asociado y cómplice. Como se ve, la sociedad constituida bajo la razón social *Lorenzo y Florina* no olvidaba ninguna de las precauciones que pudieran asegurar su vida y su prosperidad. Lorenzo, el discípulo de Simonnet-Jagon, y Florina, educada por sí propia, estudiando de cerca nuestros vicios, participando de ellos y cultivándolos por su cuenta, estaban en camino de hacer una gran fortuna. El campo por ellos elegido era de los más vastos. Iban en busca de todas las faltas, de todos los delitos, de todos los crímenes, de todas las debilidades y de todas las torpezas para hacer su negocio. Sus víctimas, amedrentadas por las amenazas, ahogadas por el temor, bajarían la cabeza y serían estranguladas... moralmente, como Jagon había estrangulado materialmente al capitán Guérin.

Era siempre el mismo género de crimen: no hacer brotar la sangre de la garganta, apretada á tornillo en un caso, ó ahogada ó paralizada por la amenaza y el miedo.

XVIII

Roberto de Meillant llevaba en París una vida muy agitada. Siguiendo las costumbres coloniales, se levantaba al rayar la aurora. Vestíase inmediatamente y se dirigía á la calle de los Mártires á hacer gimnasia, á tirar á las armas y á bañarse. A sus buenas costumbres y á sus ejercicios corporales debía su salud y su fuerza, y no había abandonado unas ni otras.

A las nueve montaba á caballo, paseaba por el bosque de Bolonia, entraba en París por los Campos Eliseos y se detenía en cualquier tiro de pistola. En el que frecuentaba ordinariamente encontraba al marqués de R... Ambos se saludaban cortésmente y solían cambiar algunas palabras. Pero, satisfechos estos deberes que impone la política, se mantenían á respetable distancia. Lorenzo hubiera seguramente deseado estrechar más las relaciones iniciadas en el Havre para obtener la intimidad del señor de Meillant. Pero éste instintivamente guardaba una gran reserva y no parecía dispuesto á abandonarla.

Regresaba á su casa para reparar el desarreglo que sus repetidos ejercicios dejaban en su tocado, y después almorzaba en casa de Bignon ó en el café Helder, próximos ambos á su hotel. Una hora después se dirigía al boule-

vard de la Chapelle para observar la construcción de una máquina de vapor, invención suya, que destinaba á su explotación colonial.

A su vuelta dedicaba algunos instantes á su prima hasta la tarde, que pasaban casi siempre juntos. Nada tan encantador como verlos sentados en un mismo canapé, mano sobre mano, hablando de sus proyectos para el porvenir y de la hermosa vida que les esperaba en su país natal el año próximo. Los recuerdos de un pasado vivo todavía en su memoria obscurecían á veces estos sueños deliciosos; brillaba una lágrima en las mejillas de Juana, y permanecían mudos largo tiempo. Pero luego iluminaba sus rostros una sonrisa, y de sus jóvenes corazones, confiados en el destino, se elevaba al Cielo, iluminado por un sol esplendente, un nuevo himno de amor.

Ya se habían dicho que se amaban. ¿Para qué? ¿Acaso no revelaban todos sus actos lo que sus labios se habían atrevido á decir? Si ella no le hubiera amado, ¿le habría dicho nunca que abandonara sus negocios, que olvidara sus costumbres y fuese á verla? Y si él no hubiera estado tan enamorado de la hermosa huérfana, ¿se habría apresurado á reunirse con ella como lo hizo? Habían hablado del matrimonio como de una de las cosas más sencillas, resultado de su situación y del estado de su espíritu. Eran los prometidos el uno del otro por su honradez y pureza antes de haber pronunciado juramento alguno.

Zoé Lacassade, que servía á Juana de hermana mayor, y que en la casa, por su edad al

menos, representaba la autoridad, se guardaba mucho de interrumpir aquellos coloquios amorosos. Austera y honrada como ellos, no sospechaba nada contrario á la moral, y no se le hubiera ocurrido que fuera peligroso dejar antes de la boda solos á los dos jóvenes tan apasionados uno de otro. Sabía que su Juana era incapaz de una debilidad, y que un hombre tan honrado como Roberto no se hubiera aprovechado nunca de un momento de vacilación. Iba y venía de un lado á otro de la casa, procuraba no importunar, y no descansaba un momento, ocupada en el cuidado de sus productos coloniales, y dando lecciones á Sofia Blanchard para la fabricación del dulce de coco.

¡Pobre Sofia! Desde la marcha de su marido á Nueva-Caledonia no había vuelto á saber de él. ¿Vivía aún, habría podido resistir los rigores de tan larga travesía en condiciones tan crueles?

La pobre mujer sentía á veces grandes desfallecimientos y pasaba horas enteras en un rincón de la casa, muda, agobiada, aniquilada por el dolor.

Juana y Zoé respetaban este dolor, y antes de turbar á la desgraciada en sus tristes meditaciones hacían por ella sus labores.

Desde que Roberto iba á la casa diariamente y oía decir: *Sofía tiene horribles pensamientos*, iba en seguida en su busca, y, al levantar la infeliz sus ojos arrasados en lágrimas, le estrechaba cariñosamente sus manos y le decía: *¡Valor! ¡Valor! No desesperéis. Al fin os será devuelto...* Entonces el rostro de Sofia se animaba.

Tenía por el criollo verdadera veneración. Era para ella su Mesías. Pero Roberto de Meillant aventuraba mucho al prometer á Sofia la vuelta de su marido. Creía en la inocencia de Blanchard, y estaba dispuesto á procurarle la libertad y á rehabilitarle; mas no sabía á quién dirigirse, y su buena voluntad se perdía en el dédalo de sus impotentes deseos.

Solicitó una audiencia del señor de Beaudin, el juez de Instrucción, y no sin resultado.

—Cuidad, caballero—le dijo el magistrado,—de no dejaros conmovier y arrastrar por ciertas simpatías que se conquista, es cierto, vuestro protegido. Yo he obedecido mucho tiempo á sentimientos parecidos; pero alzábanse ante mí pruebas indiscutibles y tuve que rendirme á la evidencia. La Justicia no se ha equivocado, creedme.

El señor de Meillant celebró otras conferencias con el abogado de Blanchard.

—Contestadme con franqueza—le dijo.—Cuando defendíais con tanto calor á vuestro cliente, ¿estabais tan convencido de su inocencia como parecía resultar de vuestras palabras?

—No—dijo el abogado.—Esta convicción no llegó á ser nunca seria ni arraigada. La fingí para salvar al hombre: estaba en mi derecho, y era á la vez mi deber. Sin embargo, aunque no convencido, he dudado y dudo todavía. Es posible que Blanchard haya sido víctima de una odiosa intriga; pero ¿cómo llegar á descubrirla ahora, si entonces nadie pudo hacerlo?

Cierto día que el señor de Meillant acababa de celebrar una de estas conferencias que, sin desanimarle por completo, entibiaban sus esperanzas, al entrar en su casa, á las cinco de la tarde, le dijo un mozo del hotel que una señora le esperaba en su habitación.

Al subir la escalera preguntábase quien podría esperarle. En París sólo conocía á dos mujeres, Juana Guérin y Zoé Lacassade. Acababa de separarse de ambas; no era, pues, ninguna de las dos la que se hallaba en su cuarto.

La llave estaba en la cerradura. Abrió, atravesó un pequeño vestíbulo que daba paso á la alcoba y al salón, y entró en esta pieza. La obscuridad era completa. Los faroles de la calle enviaban al interior de las casas una luz tenue. Dibujóse en la sombra una figura graciosa; el ruido de encajes y seda y el perfume delicado que llegaba hasta él le hicieron comprender que se hallaba frente á frente de una mujer de la alta sociedad.

Como ella no hablaba, se dirigió hacia la chimenea, sacó del bolsillo una cajita de plata, tomó cerillas, encendió dos candelabros, y dirigió una mirada á la visitante, que estaba en el centro del salón. La reconoció inmediatamente. Era la marquesa de R...

XIX

De esmerada educación, Roberto no manifestó sorpresa; saludó, adelantó una silla y, apoyado en el mármol de la chimenea, dijo sin la menor emoción:

—Perdonadme, marquesa, que os haya hecho esperar: no dudaba que tendría el honor de volver á veros.

Ella parecía algo turbada; sin embargo, hizo un esfuerzo y contestó:

—Deseaba hablaros, caballero, y, como he esperado en vano vuestra visita, he resuelto venir á vuestra casa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora —contestó Roberto.—En cuanto al cargo indirecto que habéis tenido á bien dirigirme, permitidme que os diga que desde mi llegada á París he tenido poco tiempo de que disponer y me he visto privado de hacer visitas para mí muy agradables.

La marquesa de R... levantó la cabeza y pronunció las siguientes palabras mirando á Roberto:

—¿Y ése ha sido el único motivo que os ha impedido ir hasta hoy á la calle Monceau?

—El único... os lo aseguro.

—El vizconde de Champy afirma que tenéis otros.

Cierto día que el señor de Meillant acababa de celebrar una de estas conferencias que, sin desanimarle por completo, entibiaban sus esperanzas, al entrar en su casa, á las cinco de la tarde, le dijo un mozo del hotel que una señora le esperaba en su habitación.

Al subir la escalera preguntábase quien podría esperarle. En París sólo conocía á dos mujeres, Juana Guérin y Zoé Lacassade. Acababa de separarse de ambas; no era, pues, ninguna de las dos la que se hallaba en su cuarto.

La llave estaba en la cerradura. Abrió, atravesó un pequeño vestíbulo que daba paso á la alcoba y al salón, y entró en esta pieza. La obscuridad era completa. Los faroles de la calle enviaban al interior de las casas una luz tenue. Dibujóse en la sombra una figura graciosa; el ruido de encajes y seda y el perfume delicado que llegaba hasta él le hicieron comprender que se hallaba frente á frente de una mujer de la alta sociedad.

Como ella no hablaba, se dirigió hacia la chimenea, sacó del bolsillo una cajita de plata, tomó cerillas, encendió dos candelabros, y dirigió una mirada á la visitante, que estaba en el centro del salón. La reconoció inmediatamente. Era la marquesa de R...

XIX

De esmerada educación, Roberto no manifestó sorpresa; saludó, adelantó una silla y, apoyado en el mármol de la chimenea, dijo sin la menor emoción:

—Perdonadme, marquesa, que os haya hecho esperar: no dudaba que tendría el honor de volver á veros.

Ella parecía algo turbada; sin embargo, hizo un esfuerzo y contestó:

—Deseaba hablaros, caballero, y, como he esperado en vano vuestra visita, he resuelto venir á vuestra casa.

—Estoy á vuestras órdenes, señora —contestó Roberto.—En cuanto al cargo indirecto que habéis tenido á bien dirigirme, permitidme que os diga que desde mi llegada á París he tenido poco tiempo de que disponer y me he visto privado de hacer visitas para mí muy agradables.

La marquesa de R... levantó la cabeza y pronunció las siguientes palabras mirando á Roberto:

—¿Y ése ha sido el único motivo que os ha impedido ir hasta hoy á la calle Monceau?

—El único... os lo aseguro.

—El vizconde de Champy afirma que tenéis otros.

—¿Cuáles, señora? ¿Qué motivos son los que supone?

—Que frecuentáis con gusto la casa de la marquesa de R..., pero que huiréis siempre de la que se llamaba en otro tiempo Matilde Simonnet.

—El señor de Champy ha sido indiscreto.

—¿Indiscreto? Luego confesáis...

Como Roberto callara, continuó:

—De esto deseaba hablaros. Sois injusto con Matilde Simonnet y quiero defenderla. Mi visita no tiene otro objeto.

—Escucho, señora.

Y tomó asiento á alguna distancia de la marquesa, la cual, después de esforzarse por aparentar serenidad, empezó en los términos siguientes:

—Sabéis, sin duda, que el tío de la señorita Guérin me nombró su heredera, á pesar de no tener derechos á la herencia. ¿Qué culpa me cupo en aceptarla? ¿Quién la hubiera rechazado en mi lugar? Huérfana y sin fortuna, vivía del teatro. Un hombre respetable se acercó á mí y me dijo: *Abandonad la escena. No es vuestro sitio. Me sois simpática; permitid que os visite con frecuencia; soy honrado. Quizás algún día olvidaréis mi edad para no pensar más que en mi afecto y en mis cuidados... entonces tal vez accederéis á llevar mi nombre...* Pasó tiempo, y cuando me hallaba dispuesta á aceptar su ofrecimiento murió el señor Claudio Guérin. Abrióse su testamento. Dejaba toda su fortuna á la que algunos días después hubierá sido su esposa. ¿Hay nada más natural?

Cesó un momento de hablar, como si esperase la apreciación del señor de Meillant, que permaneció mudo é inmóvil.

—El señor Guérin tenía herederos forzosos; un hermano y una sobrina que no conozco, y de la que nunca oí hablar. ¿Debía yo, pobre como era, renunciar por ellos á una herencia que aseguraba mi independencia y el bienestar de toda mi vida? Nadie me dijo: *Aceptad una parte del legado y entregad otra parte á la familia del testador*; pero, en vez de oírme, de entrar conmigo en arreglos, se me declaró bruscamente la guerra, se me citó ante los tribunales y se me presentó como una intrigante que había abusado de mi influencia sobre un anciano para hacerle testar en mi favor. El abogado de mi contrario me insultó y llegó hasta á suponer que era falso el testamento. Indignáronse mis amigos, y, cuidadosos de mi decoro, me aconsejaron que continuara el proceso hasta el fin. Obedecí... pero fui vencida. No sólo perdí la fortuna del señor Guérin, sino que fuí condenada al pago de costas, que fueron considerables.

Calló de nuevo y dijo para terminar, en vista del silencio de Roberto:

—Os he dicho la verdad. ¿Es digna de censura mi conducta en este asunto? ¿He cometido faltas que merezcan que un hombre recto y de talento como vos me juzgue desfavorablemente? Os estoy muy obligada, puesto que os debo, si no la vida, el haberme librado de un gran riesgo. Habéis adquirido derechos á mi reconocimiento, y siento mucho que no me

permitáis hacéroslo patente: me tratáis como si no hubierais hecho por mí nada.

Levantóse y con voz conmovida dijo:

—Caballero de Meillant, os debía esta explicación. Más aún, me la debía á mí misma, y he venido espontáneamente á dároslo. ¿Os he convencido? ¿Os merezo mejor opinión que antes?

—Nunca os he tenido en equívoca opinión, señora. Desconfiaba antes de oiros, pero mis sospechas ya no existen.

—Por lo tanto ¿no me trataréis como á enemiga?

—¿Y cuándo os he tratado así, señora?

—Cierto; pero habéis hecho gala de una indiferencia más triste para mí que vuestro odio. ¿Desaparecerá también? ¿Volveré á veros?

—No.

—¿Por qué?

—Permitid que á mi vez os interrogué. ¿Por qué os mostráis tan ávida de mis visitas? No formo parte del mundo parisién; ignoro esas noticias y esos rumores que tanto os preocupan; mi permanencia en París es accidental. Ni me conoce ni le conozco. ¿Qué papel haría en vuestra sociedad? ¿A qué conduciría la presencia en vuestros salones de un desconocido... casi un salvaje?—añadió sonriendo.

Matilde se acercó á la chimenea en que se apoyaba Roberto, y mirándole con insistencia le dijo:

—¡Cómo ha de ser! Mis salones os aburren, mis amigos os desagradan, pero yo no os impongo su trato. Siempre que vayáis á verme me encontraréis sola.

Roberto sostenía su mirada sin bajar la vista y sin muestra visible de emoción. El fluido magnético con que procuraba atraerle no tenía acción sobre él. Los acres perfumes de que iba impregnada perdíanse en el vacío, sin penetrar en el cerebro del joven criollo. Sin embargo, continuó hablando: hacía un último esfuerzo para vencer aquella frialdad que tanto le contrariaba. Buscaba la frase decisiva, y para encontrarla sacrificó su orgullo de mujer y no retrocedió ante las promesas más rotundas.

—Si vuestras ocupaciones os impiden acercaros á mí; si teméis hallar en mi casa personas que no os sean simpáticas, haré un sacrificio en obsequio á mi salvador. Vendré yo. Este salón será testigo de nuestros diálogos.

Roberto la miraba sin pestañear, sin desplegar los labios, inmóvil, silencioso, frío.

La marquesa esperaba su respuesta, y comprendiendo que no la obtendría exclamó repentinamente:

—¡Ah! Esto es demasiado!... ¡es demasiado! ¡Adiós!

Y se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Pero revelándose su orgullo; irritada de salir vencida, humillada; exaltado su amor propio hasta sus últimos límites, se detuvo y cobró nueva audacia. Retrocedió, y arrojándose sobre Roberto, que se había adelantado para abrir la puerta, le cogió las manos, y anhelante, convulsa, le dijo:

—¡Pero no has comprendido que te amo!

XX

Siempre que un hombre oye esta declaración de una mujer hermosa y tiene motivos para escucharla con indiferencia, se encuentra en una posición delicada y falsa. El José de la Escritura tenía quizás razón para dejar su capa en manos de la mujer de Putifar, y, en vez de averiguar cuál fuera ésta para enaltecer ó no su virtud, se ha tratado de ridiculizar á aquél injustamente.

Roberto de Meillant no temía el ridículo. Posible era también que, temiéndole, le desafiara escudado con el amor de Juana Guérin. El caso es que, en vez de echarse en los brazos de la marquesa de R..., como hubieran hecho muchos, pensó únicamente en huir de su lado, esquivando sus encantos. Así es que condujo á Matilde hacia un sofá, hizo que tomara asiento y le dijo:

—Estáis equivocada. No me amáis. Es muy difícil enamorarse de un hombre á quien se ha visto un día contener unos caballos desbocados, con el cual se ha comido al siguiente y al que se ha vuelto á ver alguna vez en paseo. El amor no es eso, señora. Eso es sólo el capricho de una imaginación algo viva... Sería muy poco digno de vos y de mí obedecer á ese capricho.

La marquesa miraba á Roberto, más asom-

brada de sus palabras que irritada de un lenguaje que oía por primera vez. Este continuó tranquila y dulcemente, procurando calmar la exaltación pasajera de Matilde con una mirada afectuosa:

—No creáis que soy insensible á vuestra belleza. La encuentro maravillosa... es la frase más adecuada. No me toméis por modelo de virtud. No lo soy y no quiero atribuirme cualidades que no tengo.

Y sentándose á su lado añadió:

—Con otra mujer, si fuera posible hallar alguna tan hermosa como vos, estoy seguro de que no me entretendría en pronunciar discursos. Nos hemos encontrado en circunstancias particulares; os he prestado un servicio... es un gran servicio, según decís, y faltaría á los deberes de salvador si os precipitara en un abismo.

Estrechó las manos ardientes de Matilde entre las suyas, y con gran entonación continuó:

—Sí, en un abismo, porque nuestras relaciones serían de corta duración, y dejarían en nosotros pesares, remordimientos, y quizás una eterna tristeza. No sois de esas mujeres á quienes se olvida al día siguiente, y yo no soy de los hombres que aceptan, con una mujer como vos, aventuras que no pueden continuar.

—¡Amáis á otra! —dijo la marquesa.

—¡Oh! No hablemos de eso. Respetad mi silencio.

Roberto hizo ademán de levantarse, y Matilde le detuvo diciendo:

—Siento haber sido indiscreta, y os ruego me

perdonéis. Dios es testigo de que no pienso en desagradaros. Comprendo cuanto me habéis dicho y os doy las gracias.

Pero, nerviosa y conmovida en extremo para continuar hablando sinceramente, se levantó y, poniendo sus manos en el hombro de Roberto, exclamó:

—No puedo acostumbrarme á la idea de no volveros á ver; sobre todo de que pueda seros indiferente. ¿Queréis ser mi amigo?... ¿nada más que amigo?

Roberto dijo sonriendo:

—¡Nada más que vuestro amigo! ¿Acaso existe en el mundo algo mejor que la amistad? Este afecto no se improvisa, no se impone; la simpatía nace, crece, se desarrolla y llega á ser un afecto duradero. Es necesario hacerse acreedor á la amistad, y no me he hecho merecedor de la vuestra.

—Estáis equivocado; sois mi amigo después de esta conversación tan breve. ¡Ah!... no estoy acostumbrada á oír expresar sentimientos honrados. ¡Si supierais mi existencia! No he conocido á mi madre, que murió al darme á luz. En cuanto á mi padre... mi padre es un viejo infatigable á quien veo apenas, y cuando regresa y viene á mi lado no se le ocurre desarrollar lo que podría haber en mí de bueno, de honrado y de leal. Me ama á su modo y esto le basta... mas no es suficiente.

Sentóse de nuevo junto á Roberto y continuó, como impulsada por móviles íntimos y sin valor para callar:

—Ignoro si mi marido tiene buenos senti-

mientos: jamás se los he oído expresar. En cambio vos honráis mi mesa, y en vez de dirigirme galanterías de las que estoy condenada á oír, en vez de engolfaros en una conversación banal, desarrolláis una tesis generosa, defendéis con ardor á un hombre á quien el Jurado acaba de condenar como asesino de uno de vuestros parientes. ¡Qué elocuencia revelasteis en defensa de esta causa!

Al decir estas palabras cogió las manos de Roberto, que éste no retiró. Hubiérase dicho que pensaba en otra cosa, ó que las últimas palabras de Matilde habían despertado en él alguna idea.

—Yo os oía con el alma, y vuestras conmovedoras palabras quedaron impresas en mi memoria. Os miraba y hallaba en vuestros ojos, tan serenos y tranquilos en este momento, una energía, un fuego, una fuerza que no sospechaba.

Roberto de Meillant se levantó bruscamente, é inclinándose hacia Matilde le dijo:

—¿He merecido vuestra amistad? ¡Sea! Me place. Pero vos no habéis merecido la mía. ¿Queréis obtenerla?

—Sí.

—Entonces prestadme un gran servicio.

—Estoy completamente á vuestras órdenes. Hablad.

—Hay un hombre en la cárcel. Ese hombre es inocente. Ya os he dicho por qué creo que lo es. ¿Recordáis?

—Sí; creéis en su inocencia, y eso me basta para creer yo también.

—La mujer de ese desgraciado llora, sufre, se desespera y muere. Pues bien, es necesario dar la libertad á ese hombre y devolver la tranquilidad á esa mujer que muere de dolor. ¿Queréis ayudarme en esta empresa?

—Sí... desde luego.

—Desde mi llegada á París he hecho gestiones sin resultado. Decidme quién es el verdadero cómplice de Jagon—me preguntan,—puesto que aseguráis que no es Blanchard, y pondremos en juego todos los resortes legales para reparar el error.—¿Puedo llegar á descubrir al cómplice? Desconozco París; soy extraño á cuanto en él pasa y no tengo relaciones... pero vos las tenéis numerosas... Haced que se muevan, puesto que contáis de antemano con su celo.

—Y que realicen vuestro deseo más ó menos pronto; ¿no es eso lo que ibais á decir?

—Deseo la rehabilitación del inocente, pero completa.

—Y, si no me equivoco, el castigo del culpable, ¿no es eso?

—Sí, sí.

—Pues bien; las personas que honran mi casa nada pueden hacer, porque nadie es capaz de dominar su indiferentismo y su indolencia para llegar al fin apetecido. ¿Sabéis lo que pedís? Estudiar un negocio, examinarlo despacio hasta en sus menores detalles, tomar otro punto de partida, seguir la pista, pensar y pensar mucho, buscar y buscar sin descanso... ser á la vez juez de Instrucción y polizonte... Desafío á todos á que emprendan tarea semejante.

—¿Luego no puedo contar con vos?

—Antes, por el contrario, contad conmigo.

—¿Tomáis á vuestro cargo lo que vuestros amigos no pueden hacer? ¿Confáis en vuestro marido?

—¿En él? Jamás le interesaré en un asunto de corazón.

—Entonces...

—Buscaré y encontraré.

—¿Vos?

—Sí, por vuestro amor.

—Decid por amor al bien.

—Sea por amor al bien... es lo mismo.

XXI

Matilde y Roberto de Meillant se veían con frecuencia para tratar de salvar á José Blanchard, y á la vez Florina y Lorenzo celebraban frecuentes conferencias.

Florina, bajo el nombre y disfraz de aya alemana y de señorita Hermann, iba de dos á cuatro de la tarde á la agencia de la calle de Saint-Honoré, ó, lo que era más frecuente, se dirigía como vizeconde al hotel de la calle Monceau y se encerraba con su amigo en su despacho ó en su gabinete. Por su parte, Lorenzo se presentaba de vez en cuando en casa de Florina, en la calle de Suresnes. Al hacer estas visitas complaciase en adoptar disfraces nuevos, bajo

los cuales era difícil reconocerle aun á su misma asociada. La afición al disfraz crecía en casa de Lorenzo progresivamente, y había llegado á constituir una verdadera monomanía. Ambos socios, puestos en cualquier lugar y bajo una forma cualquiera, unidos íntimamente, realizaban sus negocios.

Una tarde de Diciembre, sentados al amor de la lumbre en la calle de Suresnes, Florina sin disfraz, y Lorenzo por casualidad como marqués de R..., departían de esta suerte:

—Sí, tenéis razón —decía Lorenzo;— aceptaré este negocio. Puede proporcionarnos un ciento de miles de francos si llegamos á llevarle á feliz término. Los vicios de este hombre le ponen por completo á nuestra disposición. Le abordaré un día de éstos y le haré mío por necesidad —dijo sonriendo.

—¿Vos?

—Yo. Creeré que soy un empleado de la Prefectura, y trataré de sobornarme... de ganarme, con el fin de conseguir su libertad y mi silencio.

—¿Y os dejaréis ganar?

—Es natural, pero lo más tarde posible... cuando las promesas sean seguras. Con esas gentes no se corre riesgo alguno: el miedo os las entrega atadas de pies y manos.

—¿Sabéis que tengo noticias que daros respecto de la señora Deligny?

—¡Ah!... ¿Habéis visto al sobrino del marido?

—Sí, y he tenido la satisfacción de comprender que mis cálculos eran ciertos. Había so-

ñado que, más tarde ó más temprano, la herencia de su tío llegaría á ser suya, y el amor y el matrimonio de ese septuagenario le habían trastornado. Le dije que no se había perdido todo, y que, si el señor Deligny llegaba algún día á conocer á su mujer como yo la conocía, rompería con seguridad el testamento otorgado á su favor.

—¿Y qué dijo á eso?

—Podéis figurároslo. Hubiera deseado arrancarme el secreto en seguida, y sin desembolsos por su parte. Pero le hice comprender que no se entregaban tan fácilmente á un extraño tres ó cuatro millones sin exigir una pequeña comisión.

—¿Y la concederá?

—Indudablemente.

—Lo celebro, porque yo derrocho locamente el dinero.

—Matilde os arruina —dijo Florina mirándole.—¿Os corresponde en proporción de los sacrificios que por ella hacéis?

—¡Vaya una pregunta! —contestó cambiando de color y mirando intranquilo á Florina.

—¡Diablo! Ignoraba que mi inocente pregunta pudiera causaros tal emoción. Para perder la calma hasta ese extremo, es preciso que hayáis notado alguna frialdad en vuestra mujer.

—No —repitió Lorenzo bruscamente.

—Sea enhorabuena, y os felicito, porque veo que la amáis con pasión.

—Sí. Por ella quiero enriquecerme, para satisfacer todos sus caprichos. Sería mucha ingratitude de su parte desconocer tal afecto.

—¡Qué estúpidos son los hombres!

—¿Por qué decís eso?—preguntó Lorenzo.

—Por nada. Seguid... enamorando á vuestra bella odalisca. Es soberbia, lo confieso... pero nada más... En lugar vuestro preferiría algo menos perfecto en la forma y más perfecto intelectualmente... Pero dejemos á un lado vuestros amores y ocupémonos algo de vuestra seguridad personal... Ayer visité á Roberto de Meillant.

—¿Y qué?

—No se ocupa más que de Blanchard. Visita de vez en cuando al juez de Instrucción, al presidente de Sala y á los jurados, que no le hacen caso. Sin embargo, ayer me pareció que estaba más satisfecho que de costumbre.

—¡Ah!—dijo Lorenzo.

—Que os denunciáis, querido amigo, y olvidáis que siempre os habéis negado á hacerme revelaciones acerca del asunto del boulevard Bessières. Son inútiles por completo; pero, á pesar de ello, continuáis en el mundo. El bueno de Meillant tiene esperanzas de conseguir la libertad de Blanchard. ¿Ha dado acaso ya con el verdadero culpable? Lo ignoro. Se obstina en guardar silencio respecto de este asunto, y desespero de merecer sus confianzas. Este mos, pues, en guardia y no despreciemos nada que pueda conducir á alejar á nuestro común enemigo. Hasta hoy puede decirse que llevamos ventaja en la partida.

—Es muy difícil separar dos personas que se adoran...—observó el marqués de R...

—¿A quién se lo decís?—replicó Florina.

—Las insinuaciones, los anónimos, no hacen mella en un carácter como el de Roberto. En cuanto á los rumores esparcidos aquí y allá, no llegan á él, ó, si llegan, no puede admitir que se refieran á la señorita Guérin.

—Si—dijo Florina en tono sentencioso.—La calumnia no llega á ciertas mujeres. A propósito, ¿conserváis todavía vuestro cuarto en la calle de Chateaudun?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Un salón y dos dormitorios.

—¿Comunica con el de la calle de la Victoria?

—Sí.

—¿Y nadie conoce sino vos esta comunicación?

—Nadie.

—Perfectamente. Alquilad primero el de la calle de de Chateaudun.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

XXII

Sofía Blanchard recibió noticias de su marido, avanzado ya el invierno. Las trajo el correo en carta de muchas páginas.

«Querida mujer—decía:—cumpla la promesa que te hice de escribirte cuanto de bueno

—¡Qué estúpidos son los hombres!

—¿Por qué decís eso?—preguntó Lorenzo.

—Por nada. Seguid... enamorando á vuestra bella odalisca. Es soberbia, lo confieso... pero nada más... En lugar vuestro preferiría algo menos perfecto en la forma y más perfecto intelectualmente... Pero dejemos á un lado vuestros amores y ocupémonos algo de vuestra seguridad personal... Ayer visité á Roberto de Meillant.

—¿Y qué?

—No se ocupa más que de Blanchard. Visita de vez en cuando al juez de Instrucción, al presidente de Sala y á los jurados, que no le hacen caso. Sin embargo, ayer me pareció que estaba más satisfecho que de costumbre.

—¡Ah!—dijo Lorenzo.

—Que os denunciáis, querido amigo, y olvidáis que siempre os habéis negado á hacerme revelaciones acerca del asunto del boulevard Bessières. Son inútiles por completo; pero, á pesar de ello, continuáis en el mundo. El bueno de Meillant tiene esperanzas de conseguir la libertad de Blanchard. ¿Ha dado acaso ya con el verdadero culpable? Lo ignoro. Se obstina en guardar silencio respecto de este asunto, y desespero de merecer sus confianzas. Este mos, pues, en guardia y no despreciemos nada que pueda conducir á alejar á nuestro común enemigo. Hasta hoy puede decirse que llevamos ventaja en la partida.

—Es muy difícil separar dos personas que se adoran...—observó el marqués de R...

—¿A quién se lo decís?—replicó Florina.

—Las insinuaciones, los anónimos, no hacen mella en un carácter como el de Roberto. En cuanto á los rumores esparcidos aquí y allá, no llegan á él, ó, si llegan, no puede admitir que se refieran á la señorita Guérin.

—Si—dijo Florina en tono sentencioso.—La calumnia no llega á ciertas mujeres. A propósito, ¿conserváis todavía vuestro cuarto en la calle de Chateaudun?

—Sí.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Un salón y dos dormitorios.

—¿Comunica con el de la calle de la Victoria?

—Sí.

—¿Y nadie conoce sino vos esta comunicación?

—Nadie.

—Perfectamente. Alquilad primero el de la calle de de Chateaudun.

—¿Para qué?

—Ya lo veréis.

XXII

Sofía Blanchard recibió noticias de su marido, avanzado ya el invierno. Las trajo el correo en carta de muchas páginas.

«Querida mujer—decía:—cumpla la promesa que te hice de escribirte cuanto de bueno

ó malo me ocurriera desde el día de nuestra separación. Pensaste que no sería tanta mi soledad, ni tan triste mi desamparo, si hablaba contigo, y que tú hallarías un lenitivo á tu pena en estas cartas. Quizás tienes razón. Obedezco tus indicaciones en esto como en todo. Has sufrido mucho por mí, y lo menos que puedo hacer es someterme á tu voluntad.

«Ignoro si esta carta llegará á poder tuyo. La Administración no gusta de que los deportados den detalles muy completos de su existencia. Suelen formularse quejas, y ¿quién evita que lleguen á Francia? Como nuestra correspondencia pasa por sus manos, es probable que la mía sea detenida, á ménos que un marinero de á bordo no se encargue de su destino.

«Mi permanencia en la isla de Ré ha sido muy penosa, pero no larga. Como supiste por las líneas que te escribí antes de mi partida, nuestro embarque se verificó en los primeros días de Septiembre.

«De la isla de Ré fuimos conducidos á la de Aix, en la embocadura del Charente, donde se hicieron cargo de nosotros para llevarnos á la fragata destinada á transportarnos de Francia á Nueva-Caledonia.

«La mayor parte de mis compañeros... ¡qué compañeros!... ¡en fin, no puedo llamarlos de otro modo! miraban el viaje con alegría, reían, cantaban, y echaban al aire sus sombreros. Nada podía calmar su exaltación; ni los castigos que se les imponían, ni los golpes que se repartían á unos y á otros, y de los cuales alguno me ha tocado.

«Y, sin embargo, yo no gritaba, ni cantaba, ni agitaba mi sombrero: mi tristeza era mayor que nunca ante la idea de que el buque donde navegaba iba á llevarme lejos, muy lejos de ti... á separarme para siempre del único ser que me ha amado.

«Una vez en la fragata, subimos al puente, acompañados de nuestros vigilantes, quienes nos hicieron colocar en dos filas para pasar lista. Éramos trescientos cuarenta los sentenciados á trabajos perpetuos ó temporales.

«Durante estos preliminares, oíanse por todas partes los gritos de los oficiales y de los contramaestres. Los soldados de infantería de Marina, arma al brazo, se distribuían por el puente, y la tripulación, obedeciendo á los pitos, iba de popa á proa. Levantóse el ancla y se dispusieron las velas. Íbamos á dejar la costa, á emprender un viaje de muchos meses, terrible aun para los más fuertes.

«Quería ver desde el puente desaparecer la orilla y darte mi último adiós; pero, terminada la lista antes de que el navío se hiciera á la vela, nos obligaron á bajar á nuestra prisión, que se halla situada debajo del puente, en la parte del navío denominada batería. Al entrar en ella experimenté un movimiento de espanto y de horror. Figúrate una larga galería, una especie de corredor estrecho, bajo de techo, y á derecha é izquierda, babor y estribor, como aquí se dice, cuatro grandes jaulas de hierro, semejantes en un todo á las que sirven de habitaciones á los leones y los tigres en el Jardín de Plantas. Apóyanse en el muro del

navio y reciben la luz por unos agujeros cruzados por espesas barras de hierro. Cada jaula es capaz de contener ochenta hombres.

«Nuestros vigilantes, sus oficiales con kepis galoneado, los marineros de servicio, los oficiales de á bordo y los centinelas van y vienen por entre esas filas de jaulas, y á través de los hierros debemos causarles el efecto de animales feroces. Pero para los hombres se toman más precauciones que para los animales, puesto que hay en la parte posterior de la batería colocados dos cañones dirigidos hacia nosotros, sin contar con el puesto de guardia establecido en el centro de la batería, en una especie de medio punto, al pie del palo mayor.

«No discuto estas medidas: las consigno únicamente. Reconozco que son indispensables para la seguridad del navio y para la existencia de la tripulación. Si se relajase por un momento la disciplina, si pudiera tener seguridades de éxito un motín, todos los hombres que me rodea, dóciles en apariencia, con la espalda inclinada, casi entumecidos, tendrían un despertar terrible.

«Durante los primeros días de la travesía he sufrido mucho. Era la primera vez que viajaba por mar, ¡y en qué condiciones! ¡Encerrado en un espacio de pocos metros y confundido con otros muchos! ¡Qué desorden! ¡Qué confusión cuando el tiempo era malo! Y por espacio de quince días tuvimos gruesa mar.

«Los que, echados ó sentados, apoyándose en las rejas, intentaban levantarse, caían á tie-

rra ó sobre los otros, haciendo salir del aturdimiento en que yacía á algún pobre diablo. Y digo aturdimiento, porque no me ha sido posible gozar de verdadero sueño más que algunas horas. No es posible que tantos individuos puedan ponerse de acuerdo para dormir á la vez. Mientras unos intentaban cerrar los ojos, otros hablaban, se llamaban, se interrogaban, y á cada movimiento de balance nuestros cachivaches rodaban por la jaula, produciendo un estrépito espantoso. Las pisadas de la tripulación sobre nuestras cabezas, y los centinelas paseándose en todas direcciones y siempre cerca de nosotros, hacían imposible el sueño. Suplicio que había que añadir á los demás.

«Cuando hacía mal tiempo, nos era prohibida nuestra única distracción, el paseo de dos horas sobre el puente. Permancíamos encerrados en nuestras jaulas, ó mejor dicho en nuestras tumbas, porque la obscuridad en ellas era casi completa; cesaba el temporal y empezaban de nuevo nuestros paseos. Abriáanse los tragaluces y el tumulto se hacía menor.

«Jagon ocupaba la misma jaula que yo. Es quizás, de todos nosotros, el que ha sufrido menos durante el mal tiempo. Dice que ha hecho durante su juventud muchas travesías, y se las echa de marino. Y con efecto, en los días de gruesa mar, sabe unir las rodillas, separar las piernas y dejarse llevar del movimiento del barco sin caer jamás.

«Conserva el buen humor de que hacía alarde en la Grand Roquette desde el principio de la navegación. Se burla de todo, del mal tiem-

po, del ruido, del insomnio, de la escasa alimentación. Todo le es indiferente, ó, mejor dicho, todo le parece bien.

«—He pasado días peores en Africa—dice alegremente.—Cuando recorría el desierto de Nubia con mi caravana de esclavos, si alguien nos hubiera hablado de una comida como la que acabáis de hacer, nos hubiéramos considerado dichosos. Al comparar mi situación de hoy con la de entonces, me creo en el Paraíso.

«Llama á esto Paraíso, y desearía que no me quejase de haber sido arrojado en él. No me quejo, y ménos á él. Procuro no dirigirle la palabra, y ni le miro siquiera.

«Insiste en llamarse inocente, aun entre nosotros, de quienes nada puede temer. No lo creo. Estoy persuadido de que este hombre es causa de mi desgracia y que me ha perdido para salvar á otro.

«Estamos cerca de la isla de Tenerife, la mayor de las islas Canarias, en la costa de Africa. Parece que nuestro buque va á hacer escala durante veinticuatro horas.

«Empieza á notarse entre nosotros cierta sobrexcitación. Cambianse signos, se cuchichea y la animación es desusada. Los ánimos están excitados como el día en que salimos de la isla de Ré.

«No me sorprenderá la nueva de una tentativa de evasión. Rodéase á Jagon y se le piden informés acerca de la costa vecina, que dice conoce.

XXIII

«No me había engañado. Tratábase de un complot de evasión.

«Diez de entre nosotros habían concebido el proyecto de ganar la costa á nado en el momento en que la fragata entrara en las aguas de Tenerife.

«El proyecto era insensato, pues no tenía probabilidad alguna de éxito. Los que lo habían pensado trataban de que Jagon les siguiera; pero él se negó resueltamente, y he podido sorprender la conversación que sobre el asunto ha tenido con sus compañeros.

«Los criminales que me rodean me quieren poco. Quéjense de mi reserva, de mi tristeza y de que soy poco comunicativo; pero me creen incapaz de hacerles traición. Muchos me conocen desde Clairvaux y responden de mí. Uno de ellos ha referido que el día de mi salida de la cárcel partí, con él y con otro de sus compañeros sin recursos, el dinero que poseía. Esta generosidad ha encontrado agradecidos. Así que, si no se cuenta conmigo para el complot, al menos no hay temor de hablar delante de mí. He aquí lo que he oído.

«—Ven con nosotros—decía uno de los deportados á Jagon.—Eres fuerte, resuelto y el único que conoce el país que vamos á buscar. Tú nos servirás de mucho.

«—Tengo que confesar una cosa — respondió Jagon. — Ya en Tenerife, si los habitantes de la isla no nos conocen, lo que es problemático, y si las autoridades españolas, lo que no es probable, dejan de dar parte á las autoridades francesas, podría seros útil. Tardaríamos poco en llegar á tierra firme, es decir, á Africa, al Sur de Marruecos, y pronto nos encontraríamos en el desierto de Sahara. Lo he atravesado para dirigirme á Tomboucton, y os enseñaría el medio de no morir de hambre, de sed, de insolación ó de fatiga.

«—No te pedimos más. Acompáñanos.

«—Permitidme. Todo esto es muy bonito, pero antes de llegar á Africa es preciso tocar en Tenerife, y esto es lo difícil. Es lo mismo que si pretendiéramos limar uno de los barros de nuestro calabozo. Todos lo deseamos. Esperamos á que el navío esté cerca de la costa, y aprovechando las tinieblas escapamos de nuestra jaula. Seguimos el casco de la fragata y nadamos tranquilamente hacia la costa.

«—Sí, eso es... ¿Y bien?

«—Nada: que nos sorprenden los centinelas de á bordo, disparan sobre nosotros, dan aviso... todas las barcas de transporte se lanzan en persecución nuestra, y un cuarto de hora después hemos sido cogidos y encerrados de nuevo.

«—No es, sin embargo, la primera vez que se ha conseguido la libertad de esta manera — replicó uno de los deportados.

«—Citadme alguna evasión de este género que haya dado el resultado apetecido, y soy

de los vuestros; pero pronto. Todo favorece. La noche es oscura, el tiempo malo; el ruido del viento al azotar las cuerdas, el choque de las olas contra el casco del navío, la gran voz del mar, como dicen los poetas, ahogarán el rumor que levante nuestra fuga. Después hay que nadar suavemente, en silencio, y á veces debajo del agua, para evitar que puedan verse las cabezas. ¿Sabéis qué distancia hay que recorrer?

«—No; pero no puede ser grande.

«—De ochocientos á novecientos metros próximamente — dijo Jagon. — Casi mil. Esto os parece poco, pero es enorme en ciertas ocasiones. ¿Y sabéis si os será propicia la marea, si no os llevará más lejos, si no encontraréis una corriente insuperable y si, ya en la costa, podréis arribar? Lo dudo. Conozco muy bien la costa. En vez de hallar una playa ante vuestra vista, encontraréis un muro infranqueable hacia el cual, arrastrados por las olas, os estrellaréis.

«—Eres poco animoso — interrumpió un condenado.

«—Soy veraz — contestó Jagon. — Me consultáis un proyecto, y debo ilustraros como buen compañero. Esperad. Dentro de algunas semanas nos encontraremos en el Cabo de Buena Esperanza. Quizás allí podamos entendernos. En todo caso, una vez en Nueva-Caledonia, os aseguro que no habéis de haceros viejos allí.

«—¡Hasta entonces! — dijo uno de los compañeros. — ¿De modo que no queréis ser de los nuestros?

«—No, porque me invitáis á recibir un bala-azo en la cabeza cuando nade, ó uno en el pecho por rebeldía cuando sea capturado, y esto no me conviene. Me ofrecéis más: el riesgo de ser víctima de un tiburón ó del golpe de una ola contra las rocas, y esto tampoco me parece bien.

«—Eres descontentadizo—dijo uno de los deportados.

«Acercóse un vigilante, y Jagon procuró hacer reír á sus compañeros para alejar toda sospecha. Cuando el vigilante desapareció, continuó Jagon:

«—Tengo poca afición á la muerte. Si estuviere hartó de la vida, hubiese dejado que me ejecutaran en la plaza de la Roquette, en vez de procurar la conmutación de la pena. Ahora me proponéis que me condene de nuevo á muerte... ¡muchas gracias, amigos!

«—Y si persistimos en nuestro propósito... ¿nos ayudarás á realizarlo?

«—¡Oh... desde luego! Yo no abandono jamás á mis compañeros. Contad conmigo. Ayudaré á limar los hierros, á facilitar vuestra fuga y á ocultarla hasta donde sea posible. Os dibujaré un pequeño plano de la costa; os indicaré el medio de ocultaros en la isla si sois tan afortunados que lleguéis hasta ella; todo cuanto queráis, menos huir con vosotros. Cada cual se defiende como puede... ¡Silencio! Se nos observa.

«Los interlocutores se separaron poco á poco después de esta indicación. Jagon permaneció en el mismo sitio, y pronto se encontró

solo cerca de mí. Miróme un instante, sin rencor, sin dureza, y, dirigiéndome por primera vez la palabra,

«—Hubieras deseado—dijo—que formara parte del complot, ¿no es cierto?

«—¿Yo? ¿Por qué?

«—Porque deseas verte libre de mí para siempre.

«—¿Y qué adelanto con vuestra muerte?

«Meditó un momento y murmuró estas palabras:

«—Es verdad. Estás interesado en que viva. ¿Quién sabe lo que puede pasar!

«Le invité á que se explicara y se negó, incorporándose á un grupo de deportados á quienes iban á conducir al puente los vigilantes.

«Cuando un detenido ha formado un proyecto de evasión, renuncia difícilmente á él. El pensamiento, vago en un principio, toma cuerpo y se convierte pronto en idea fija. Nada le hace desistir; ni los consejos, ni el temor de la pena, ni el de la muerte. Los deportados, á pesar del consejo de Jagon, no renunciaron tampoco á su proyecto.

«Al día siguiente empezaron los trabajos para realizarlo. A todos los ruidos que mantenían mis insomnios se unió el del acero mordiendo el hierro. Para tener más luz, y con objeto de respirar mejor, elegí uno de los tragaluces, y precisamente aquel fué el primero cuyos barrotes se propusieron limar. Ni los centinelas, ni aun muchos de los que estaban en aquella jaula, oían aquel ruido sordo y frecuentemente interrumpido que llegaba hasta mí por el lu-

gar que ocupaba, y porque estaba enterado de aquel trabajo.

«Nos hallábamos cerca de Tenerife. Era indudable, por los preparativos hechos á bordo y las conversaciones de los marineros, que la fragata hacia escala en aquella isla. Así es que el trabajo nocturno de la lima contra el acero era más continuo, y se aumentaban los preparativos que habían de favorecer la evasión.

«Según Jagon había aconsejado, los fugitivos debían en el momento crítico desnudarse y arrojar al mar completamente desnudos. Tenía la evidencia de que una prenda de vestir cualquiera que estorbara los movimientos sería obstáculo bastante para llegar á tocar en la costa. Pero habíase convenido en que cada uno haría un paquete de su pantalón y de su camisa y se lo colocaría con una cinta en el pecho.

«Colocado así y empapado pronto en agua, formaría una especie de cinto de salvación de cierta resistencia, y que serviría de punto de apoyo al nadador. Al propio tiempo, y merced á esta precaución, el fugitivo, una vez en tierra, podría vestirse y entrar en los lugares habitados.

«Un día que paseábamos por el puente apareció ante nuestros ojos Tenerife, con su pico volcánico, tan alto como una de nuestras grandes montañas. Al regresar á nuestra batería vimos por los tragaluces dibujarse y hacerse cada vez mayor la montaña y la costa. Por último, dejóse ver á lo lejos la ciudad de Santa Cruz. La fragata disparó cañonazos que fueron contestados. La mar se hizo más tranquila, y

pronto comprendimos que se había echado el ancla.

«Resolvióse la fuga para la noche, ante el temor de que la fragata emprendiera de nuevo su viaje al día siguiente. El tiempo parecía propicio, el cielo estaba cubierto de nubes, la noche oscura y el viento silbaba apagando otros ruidos.

«Serían las once. Una patrulla de marineros, seguidos de algunos vigilantes, pasó por delante de las jaulas y desapareció por detrás de la batería. A poco rato, seis hombres (el número de fugitivos se había reducido) se deslizaron junto á mí, y, ocultos por muchos compañeros que formaban una especie de muro delante de ellos, empezaron sus últimos preparativos.

«Algunos momentos después, dos de las barras del tragaluz caían á impulso de un ligero empuje, y aquellos hombres se arrojaban al mar.

XXIV

«Hay que reconocer que, si Jagon se había negado á tomar una parte activa en la fuga que acababa de realizarse, no había omitido medio para facilitarla y protegerla. Así es que, apenas hubo desaparecido el último de los fugitivos, se apresuró á poner á cubierto su complicidad. Después, y á una señal suya, empezaron á gri-

tar muchos detenidos, como si ventilaran alguna gran cuestión.

«Este ruido inopinado de la batería, siempre en silencio á tal hora de la noche, tenía por objeto llamar la atención de los vigilantes hacia un solo punto y evitar que oyeran otro ruido. Los centinelas mismos que se paseaban sobre el puente, al oír debajo de ellos, cuando todo reposaba á bordo, rumores á que no estaban acostumbrados, se detendrían, escucharían y cesarian de mirar, según su consigna, en dirección del mar.

«Los vigilantes de guardia en el centro de la batería se dirigieron apresuradamente hacia nuestra jaula.

«Disputaban algunos hombres entre gritos y amenazas. Mandóseles callar, no obedecieron; pero, amenazados por los guardias de ser encerrados inmediatamente en el calabozo, tranquilizáronse poco á poco y en seguida se restableció el orden.

«El oficial de los vigilantes, á quien se había dado aviso, tomó nota de los números que habían suscitado la disputa, con objeto de imponerles al día siguiente el castigo merecido, y se retiró á su camarote. Al tumulto de antes sucedió el más absoluto silencio. Sin embargo, más de treinta presos, sabedores del hecho, no pensaban en dormir, y escuchaban y esperaban con ansia el resultado. Yo participaba de sus emociones. Podía decir: «No tengo nada de común con estos individuos: son culpables y yo soy inocente; son ladrones, falsificadores, asesinos, miserables, y yo soy un hombre hon-

rado». Pero lo cierto es que en aquel momento participaba de su suerte, vivía con ellos y sufría como ellos, interesándome en sus esperanzas y en sus temores.

«Sí, á mi pesar, hacía causa común con aquellos hombres. Deseaba que la fuga tuviera el resultado apetecido; que los vigilantes, los soldados, los marineros, los oficiales, el comandante, todo lo que representaba á bordo la Autoridad, recibiera una lección. Era cómplice de aquellos malhechores. ¿Por qué obligarme á esta sociedad? ¿Por qué condenarme á vivir en su compañía? Encerrado con los lobos, aullaba como ellos.

«En el puente, sobre nuestras cabezas, los centinelas daban su paseo reglamentario. Oíanse sus pasos, y de cuando en cuando el golpe de un fusil sobre el suelo.

«En el mar, silencio absoluto, interrumpido por el golpe de las olas en el casco del navío.

«¿Se había logrado la fuga? ¿Tocarían en la costa nuestros compañeros?

«Habían transcurrido diez minutos desde su evasión, y en todo caso debían estar ya muy lejos.

«Unos á otros nos mirábamos como diciendo: *¡Todo va bien! ¡Magnífico!* Muchos se arrepentían de no haber imitado á los fugitivos. De repente oyóse un grito sobre el puente. Los centinelas interrumpieron su paseo, sonaron los pitos, y al silencio de la noche siguieron los ruidos del día.

«Ocurría algo de extraordinario. Indudablemente habían sido descubiertos los fugitivos.

«Con el oído experto de los presos que oyen todo lo que no pueden ver, sienten y adivinan cuanto se les oculta, comprendimos que se echaban botes al mar y que entraban en ellos marineros.

«Seguramente ibase á dar caza á los fugitivos descubiertos por algún centinela.

«Los que alimentaban esperanzas de éxito las perdieron.

«Pronto se hizo general el movimiento que reinaba en el puente.

«Muchos oficiales de á bordo, seguidos de marineros y de soldados de infantería de Marina, entraron en nuestra batería por la escala que comunicaba con el puente. A la vez se presentaban por todas partes nuestros vigilantes.

«Antorchas y linternas, que llevaban la mayor parte de los marineros, iluminaron nuestra oscura prisión.

«Oficiales, soldados, marineros y vigilantes se dividieron en cuatro grupos, que respectivamente se dirigieron á cada una de nuestras celdas y dieron orden á los deportados de levantarse y de colocarse junto á los hierros.

«Una vez así alineados, se nos contó uno por uno. Tres de las jaulas estaban completas.

«En la cuarta, la nuestra, no había más que setenta y cuatro hombres en vez de ochenta. Los fugitivos eran seis y habían realizado su propósito por uno de los tragaluces.

«Ibamos á pagar por ellos hasta que pagaran por sí mismos si se les daba alcance y si vivían.

«El oficial de los vigilantes dijo levantando la voz:

«—¡Todos al puente, y el primero que hable es fusilado! Ya sabéis el reglamento en caso de complot á bordo.

«Salimos de nuestros encierros, subimos la escalera y nos hallamos en medio de una doble fila de marineros y soldados arma al brazo. La noche era fría, el viento fuerte. La mayor parte de nosotros tiritábamos de frío. Jagon, por el contrario, dijo:

«—¡Perfectamente! Aquí se respira. Este pequeño paseo nocturno puede sernos saludable.

«El cordón de soldados que nos rodeaba no era tan compacto que impidiera la vista del mar. Distinguimos las embarcaciones de la fragata, iluminadas y bogando en distintas direcciones. A poco rato, una de ellas, ya porque hubiera encontrado á los fugitivos, ya porque renunciara á su persecución, se dirigió hacia la fragata. Un momento más y nos era conocida la suerte de nuestros compañeros.

«Debajo de nosotros, los herreros y cerrajeros del buque reparaban los barrotos de los tragaluces de nuestra batería. La embarcación se acercaba, seguida de otras dos que se le habían unido. Algunos instantes después echaban la escala y dejaban en el puente cuatro de los seis fugitivos, desnudos y ateridos de frío. Uno de ellos, llevado, más bien que sostenido, por dos hombres, estaba á punto de asfixiarse.

«El comandante dió orden de que fueran conducidos á la enfermería. La humanidad mandaba curar antes de castigar; pero nada perdían con esperar.

«Faltaban dos. ¿Se habían ahogado? ¿Habían logrado ganar la costa? No tardaría en saberse. Por el momento, y por medio de señales, se dió orden á las embarcaciones exploradoras de que se reuniesen de nuevo á la fragata.

«A las cinco de la mañana volvimos á la batería, y yo á ocupar mi sitio acostumbrado debajo del tragaluz, recompuesto y armado de nuevas barras de hierro. Se nos dijo que durante quince días estábamos privados de la ración de vino y café que se sirve á los deportados por la mañana.

—«Yo no bebo nunca vino, y el café me excita—dijo Jagon.

«Y era verdad. Muchas veces le había visto ceder á algunos de los deportados su vino, y la mayor parte de sus raciones. Es un hombre de extraordinaria sobriedad y de temperamento ascético.

«La privación del vino y del café no bastaba. Como era imposible dar con los verdaderos cómplices en la fuga, se resolvió hacer responsables á los que habían fingido la disputa en el momento en que aquélla se verificaba. Esto era justo, puesto que la fingida cuestión no había tenido otro objeto que distraer la atención de los vigilantes.

«Unos fueron condenados á los hierros, otros á palos. El calabozo de cala se destinaba á los fugitivos; pero éste no era el calabozo ordinario, donde al menos puede el preso echarse en el suelo: era el calabozo con las balas, la caja de las balas, es decir, el calabozo en que el

suelo es reemplazado por balas de cañón. Se toma asiento, se anda y se duerme sobre las balas, suplicio insufrible que hace temblar á los más endurecidos y á los más insensibles al dolor. Sin embargo, los deportados no tenían por qué quejarse del comandante. Otro los hubiera fusilado.

«Al siguiente día, la marea arrojó en el puerto de Santa Cruz los cadáveres de los dos últimos fugitivos. Uno se había ahogado antes de ganar la costa; el otro, al llegar á tierra, se había destrozado la cabeza contra las rocas.

«Al mediodía, la fragata levantó anclas y se hizo á la mar. Las tentativas de fuga habían indudablemente modificado los propósitos del comandante, que hizo menor escala en Tenerife de la que pensaba.

XXV

«Jagon fué el único que sacó partido de la tentativa de fuga. Todos recordaban sus esfuerzos hechos por convencer á los fugitivos de lo imposible de sus proyectos, y sobre todo sus predicciones sobre el resultado que alcanzaría la evasión.

«Todas, una por una, habíanse realizado, dando el resultado mayor consideración al que las había hecho. Los deportados comprendieron que Jagon era un hombre superior á ellos en inteligencia y en educación, experimentado en

«Faltaban dos. ¿Se habían ahogado? ¿Habían logrado ganar la costa? No tardaría en saberse. Por el momento, y por medio de señales, se dió orden á las embarcaciones exploradoras de que se reuniesen de nuevo á la fragata.

«A las cinco de la mañana volvimos á la batería, y yo á ocupar mi sitio acostumbrado debajo del tragaluz, recompuesto y armado de nuevas barras de hierro. Se nos dijo que durante quince días estábamos privados de la ración de vino y café que se sirve á los deportados por la mañana.

—«Yo no bebo nunca vino, y el café me excita—dijo Jagon.

«Y era verdad. Muchas veces le había visto ceder á algunos de los deportados su vino, y la mayor parte de sus raciones. Es un hombre de extraordinaria sobriedad y de temperamento ascético.

«La privación del vino y del café no bastaba. Como era imposible dar con los verdaderos cómplices en la fuga, se resolvió hacer responsables á los que habían fingido la disputa en el momento en que aquélla se verificaba. Esto era justo, puesto que la fingida cuestión no había tenido otro objeto que distraer la atención de los vigilantes.

«Unos fueron condenados á los hierros, otros á palos. El calabozo de cala se destinaba á los fugitivos; pero éste no era el calabozo ordinario, donde al menos puede el preso echarse en el suelo: era el calabozo con las balas, la caja de las balas, es decir, el calabozo en que el

suelo es reemplazado por balas de cañón. Se toma asiento, se anda y se duerme sobre las balas, suplicio insufrible que hace temblar á los más endurecidos y á los más insensibles al dolor. Sin embargo, los deportados no tenían por qué quejarse del comandante. Otro los hubiera fusilado.

«Al siguiente día, la marea arrojó en el puerto de Santa Cruz los cadáveres de los dos últimos fugitivos. Uno se había ahogado antes de ganar la costa; el otro, al llegar á tierra, se había destrozado la cabeza contra las rocas.

«Al mediodía, la fragata levantó anclas y se hizo á la mar. Las tentativas de fuga habían indudablemente modificado los propósitos del comandante, que hizo menor escala en Tenerife de la que pensaba.

XXV

«Jagon fué el único que sacó partido de la tentativa de fuga. Todos recordaban sus esfuerzos hechos por convencer á los fugitivos de lo imposible de sus proyectos, y sobre todo sus predicaciones sobre el resultado que alcanzaria la evasión.

«Todas, una por una, habíanse realizado, dando el resultado mayor consideración al que las había hecho. Los deportados comprendieron que Jagon era un hombre superior á ellos en inteligencia y en educación, experimentado en

el país hacia el cual nos dirigíamos, y que podía prestar grandes servicios á aquellos á quienes quisiera proteger. Comprendióse también que era hombre de resolución, intrépido, y que, el día en que formara un proyecto serio, sabría realizarlo.

«Desde entonces, cuando habla, se hace círculo á su alrededor; se le escucha sin interrupción, y cosa rara, mejor aún, característica entre nosotros, nadie se atreve á hablarle de *tú*. Antes por el contrario, algunos, en vez de llamarle Jagon, le llaman *señor Jagon*. No creo que él da valor alguno á estas pruebas de deferencia, pero seguramente es celoso de la autoridad que ejerce. Comprende que puede servirle en adelante para intentar alguna gran aventura ó para formar un plan de evasión sin peligro.

«Mientras este momento llega, presta á los que solicitan su concurso verdaderos servicios. Redacta peticiones que los deportados quieren entregar á las autoridades de Noumea, escribe cartas á los que no saben escribir, y se encarga de hacerlas llegar á Europa cuando entramos en cualquier puerto.

«Si quisiera, en vez de trabajar para nosotros, cosa que no le produce nada, podía estar empleado en el puente en una dependencia y gozar de una libertad relativa, de una alimentación mejor y de otras ventajas preciosas en nuestra condición. Conócese su nombre, su proceso, su historia, y se sabe que ha sido empleado como escribiente en París. Su letra es hermosa, su inteligencia reconocida, y el co-

mandante le ha propuesto copias de relaciones y teneduría de libros.

«Jagon no aceptó, diciendo:

«—No quiero abandonar á mis compañeros, que necesitan de mí. Les aconsejo, les doy ánimo y les exhorto á la paciencia y á la resignación. ¿Cómo abandonarlos por servir á quienes tienen como misión conducirme al *Bañó* y hacerme expiar un crimen que no he cometido?

«Porque Jagon protesta siempre de su inocencia, y, lo que es curioso, entre nosotros empieza á dársele crédito. En la tripulación, y aun entre los oficiales, se duda. No hace mucho oí decir á uno de los jefes:

«—Estoy convencido de que entre los deportados hay un nuevo Lesurques.

«Me estremecí, creyendo que se trataba de mí... pero hablaban de él; oí pronunciar su nombre.

«Momentos hay en que dudo también. Alzanse en contra mía pruebas terribles, y, sin embargo, soy inocente. ¿Por qué no ha de serlo él también?

«¡No... no! Pienso como tú, querida mía. Tú no puedes engañarte... tú has dicho: *¡Es él!*... La señorita Guérin, tu protectora, ha dicho también: *¡Es él!*, y ambas tenéis razón.

«Perdóname este momento de debilidad. ¡Es tan fuerte este hombre!...

«¡Ha llegado á hacerme dudar de su culpabilidad, á mí que soy su víctima!

«La fragata ha tocado en las islas del Cabo

Verde, pero no ha hecho escala. El comandante teme nuevas evasiones.

«Estamos en pleno Océano, á muchos cientos de leguas de las costas, casi á igual distancia de Africa que de América.

«Créese á bordo que no nos detendremos en el Cabo y que pasaremos directamente, sin escala, del Océano Atlántico al Mar de las Indias.

«El viaje durará aún tres meses con viento favorable.

«Un calor terrible ha venido á aumentar nuestras penalidades. Hacínados como estamos, no es difícil darse idea de lo que es la estancia en la batería en un tiempo semejante.

«Ayer se me acercó Jagon y me dijo:

«—Estás triste, Blanchard.

«—Mis razones tengo.

«—El tiempo es magnífico, las vistas soberbias, y viajas á expensas del Estado—me replicó.

«Le volví la espalda y quise alejarme. Jagon me detuvo y añadió:

«—No creas que me burlo... Digo lo que pienso. Me agrada la vida de á bordo y quisiera que pensaras como yo. Sufrirías menos. ¿Qué echas de menos?... Dilo.

«—Todo; y en primer lugar...

«—Tu amada, tu mujer. Pues bien, volverás á verla. Vive con esta idea y no pienses más que en esto: *Es preciso verla... quiero volverla á ver.* Tus dolores físicos desaparecerán y el espíritu triunfará de la materia. Perseguir una idea, eso es todo. Yo la persigo, y todo lo que no es esta idea me es indiferente. Si—

continuó animándose;—tengo, como tú, un gran afecto por una mujer... pero tu afecto por la tuya te debilita y entristece, y el que yo profeso á la mía me da valor, paciencia y fortaleza.

«Como guardara silencio, asombrado de sus palabras, que no comprendía, pero que no olvidaré, continuó con una expansión sin ejemplo:

«—Dijiste el otro día que no deseabas mi muerte, y dijiste bien. Es posible que, andando el tiempo, haga algo por ti. No me preguntes, no me interrogues, porque no he de contestarte: si tú no deseas que muera, yo deseo que vivas. Un acontecimiento puede llamarme á Francia... uno solo. Entonces necesitaré de ti, y partiremos juntos.

«No me atrevía á hablar. Parecíame que sus palabras eran una especie de confesión, y me decía: *Si le interrumpo, si le interrogo, se marchará.*

«Sin embargo, al cabo de un rato le hice observar que hablaba de volver á Francia y llevarme con él, como si gozara de libertad y no fuese un preso.

«—¡Preso! ¡y qué! El día que resuelva abandonar á Nueva-Caledonia, nadie se opondrá. Tengo preparada mi fuga—dijo bajando la voz.—Poco á poco convierto en cómplices míos, en servidores, en esclavos á cuantos me rodean. Tendrán en mí una fe ciega, y la comunicarán á los cinco mil deportados con quienes vamos á reunirnos. Seré dueño del Baño, y siendo dueño...

«No concluyó la frase, y le hice notar nuevamente que, según lo que se decía, era imposible fugarse de Nueva-Caledonia.

«—¡Imposible! — me replicó. — No conozco esa palabra.

«Después, más tranquilo, dijo:

«—No había de fugarme del *Baño* propiamente dicho, de la penitenciaría de Nou, enfrente de Noumea, donde estaremos pronto; pero espero ser destinado á tierra firme, á la orilla del mar, en algún campo de experimentación, desde donde las fugas son más fáciles; con una barca se llega en pocos días á la Australia, y pronto á Europa, en cualquier buque extranjero.

«—Pero — insistí — para abandonar la penitenciaría de Nou es preciso distinguirse por su buena conducta.

«—Me distinguiré. ¿Para qué luchar cuando se es débil? Es mejor acercarse á los fuertes, captarse sus simpatías y obligarles á decir: *En Francia se han equivocado con respecto á este hombre; quizá es inocente; seamos indulgentes con él.* Y, mientras así piensan, yo pienso á mi vez en la fuga. Mira si soy prevenido.

«No necesitaba decirlo. Lo sabía.

«Han pasado dos meses, durante los cuales no he tenido valor ni fuerzas para añadir algunas líneas á esta carta.

«El mal tiempo que sufrimos al Sur del Cabo; los calores espantosos del mar de las Indias después, y los dolores de todo género, nos han medio destruído.

«Por fin llegamos. Hemos visto ya el faro de la isla Amedea. Mañana, sin duda alguna, entraremos en la gran rada de Noumea y me reuniré en la penitenciaría con los nuevos compañeros que debo á la suerte.

«Ruega por mí, mujer querida, y recibe un abrazo de corazón. ¡Adiós!

«¿Llegará á tu poder la carta? Jagon, á quien las entregamos, asegura que saldrán con igual facilidad que si las remitiera el comandante de á bordo ó el gobernador de Nueva-Caledonia».

XXVI

El día en que se tuvo noticia en París de la llegada á Nueva-Caledonia de los antiguos detenidos de la Grand-Roquette, uno de sus compañeros, Loustalot, conocido por *La Jugeotte*, salía de la cárcel.

Había expiado la pena de un año de reclusión á que había sido condenado, y se apresuró á recobrar su libertad. Previsto este deseo, uno de los más naturales, y estando todos sus documentos en regla, no tuvo inconveniente el director en que se le satisficiera en el acto.

Loustalot tenía su encierro en la parte de la cárcel reservada á los *separados*, es decir á los *reveladores*. Siempre que se pone en libertad á uno de estos presos, se evita, en cuanto es posible, la presencia de sus ex-colegas, quienes

serían capaces de hacerle alguna caricia como recuerdo de despedida.

Gracias á las precauciones tomadas, Loustalot pudo salir del depósito de los condenados sin tropiezo alguno.

Ya en la plaza, aspiró el aire con toda la fuerza de sus pulmones, contempló voluptuosamente la calle que se extendía ante su vista, y emprendió á correr sin dirigir una mirada de gratitud á aquella hospitalaria casa donde por espacio de un año había tenido habitación, alimento, aseo y ropa gratis.

Bajó alegremente y con paso ligero la calle de la Roquette, entró en el boulevard Voltaire, se internó en los grandes boulevares y se dirigió hacia la Magdalena. Este paseo por entre la multitud, hecho con toda libertad, le desvanecía. Todo le parecía nuevo. Hubiérase dicho que veía por primera vez los transeuntes, los coches, los ómnibus, las tiendas y los árboles. Las mujeres particularmente le parecían todas admirables. Hacia un año que no había visto á ninguna. Se hubiera arrojado delirante en brazos de cualquiera de ellas si no le hubiera asaltado el temor de ser nuevamente preso.

Pero, si no le estaba permitido detener á las mujeres para comunicarles su admiración, podía sin peligro entrar en los almacenes de vino, y se entregó repetidas veces á este placer. Su entusiasmo no tuvo límites, y al llegar al final del boulevard de los Italianos no andaba, nadaba en un mar de delicias.

Sin embargo, aunque ebrio de ambiente, de sol, de placer, de libertad y de vino, conser-

vaba razón bastante para seguir á la letra el itinerario que se había trazado hacia tiempo.

Detúvose un momento en la Nueva Opera, entró en la calle Auber, siguió por la del Havre, tomó el camino de hierro del Oeste y se informó de las horas de salida para Maisons-Laffitte. El tren de las tres y veinticinco iba á partir. Tomó un billete de tercera clase, entró en la sala de espera, y pocos momentos después viajaba por la línea del Havre. El tren arrastraba uno de esos grandes coches celulares que van frecuentemente desde París á la casa de reclusión de Poissy. Loustalot pasó con arrogancia por delante de aquella cárcel ambulante; pero vió á un guardia que iba á subir en el coche, y no pudo sustraerse á la costumbre de saludarle.

Media hora después, el recluso de la Grand-Roquette llegaba á Maisons-Laffitte, y sin necesidad de indicaciones atravesó el puente del camino de hierro, entró en la avenida de Longueil, se dirigió á la derecha y recorrió la calle de Paris hasta la senda que limita el Sena. Allí pareció vacilar, y, viendo á un hombre que estaba sentado cerca de la posada del Petit-Havre, se acercó á él y le preguntó por la casa de Papin.

—¿Papin?—dijo el hombre.—¿En qué se ocupa?

—Es jardinero.

—Papin... Papin... ¿No tiene otro nombre?

—Sí, se llama Carlos.

—¡Si hubierais empezado por ahí! Por Carlos le conozco... pero Papin... es difícil de rete-

ner. Aquí se acostumbra á llamar á los jardineros por su nombre. El que buscáis vive á la izquierda del camino que limita el Sena.

—¿Cómo reconoceré su casa?

—Fácilmente. Son pocos los vecinos. Pasad por el establecimiento de baños fríos, y un poco después, hacia la derecha, encontraréis al hombre que buscáis.

Dióle gracias Loustalot y emprendió el camino indicado. Según le habían dicho, no tardó en reconocer á Carlos Papin.

—¡Eh! Papin... ¡eh!... ¡eh!...—gritó el antiguo detenido para llamar la atención del jardinero.

El interpelado levantó la cabeza, reconoció al interpelante, frunció las cejas, y abandonando su trabajo se dirigió hacia el camino, en busca del que le llamaba.

—Parece que no te alegra verme—dijo Loustalot.—¡Yo que venía tan contento!... ¿Me has olvidado en un año?

—No te he olvidado.

—Entonces venga esa mano. ¡Qué diablo!... ¿acaso te haces el interesante porque vengo de allá?

—¡Calla!—dijo Carlos mirando á su alrededor.

—Tranquilízate, no te comprometeré. ¿Qué necesidad tengo de decir á nadie de dónde vengo? Conozco á los campesinos. Tienen sentimientos, y, si me dejaras entrar en tu casa, estaríamos mejor.

—Vamos—dijo el jardinero, no muy contento.

Y condujo á Loustalot á la única habitación de su casa.

—No se está mal aquí—dijo el antiguo detenido.—El aire es puro y se respira bien. Resueltamente me decido á vivir en el campo y á trabajar. ¿Quieres ayudarme á buscar colocación?

—Imposible. Se sabrá de dónde vienes.

—No se sabrá. Nadie me conoce aquí, y si llega á saberse dices que lo ignorabas, que estabas equivocado.

—Vas á aburrirte en el campo—dijo Papin.

—No; mi salud lo exige. He estado muy enfermo. Me hace falta un trabajo que me obligue á mover los brazos y las piernas. Si quieres, puedes colocarme pronto; mi peculio asciende á ciento veinte francos... prueba de que soy un buen trabajador.

Carlos Papin había puesto en la mesa dos vasos y un litro de vino; pero la idea de Loustalot de establecerse en Maisons-Lafitte no le agradaba. Bebiendo con él decía:

—No te conviene el oficio de jardinero. Es muy triste. Se trabaja solo.

—Mejor: es lo que deseo. Huyo de las compañías y de los malos consejos. A tu lado no hay peligros. Te escurriste una vez, pero no has vuelto á caer. La prisión es muy dura para mí y tengo miedo de volver á la Central, ó de ser deportado á Caledonia como el pobre Blanchard.

—¡Calla!—exclamó el jardinero dando con el vaso sobre la mesa.

—Tienes razón—dijo Loustalot.—Perdona.

No me acordaba, y creía que ya habías olvidado...

—Jamás lo olvidaré—dijo Papin.

El detenido de la Roquette vació de un trago el vaso de vino y exclamó:

—¡Basta! ¡Aquello pasó! Han transcurrido cinco años, que ha estado en Clairvaux... Si está ahora en Noumea, no es por culpa tuya... lo será por la de él.

—No lo creo—dijo el jardinero, que había apoyado los codos sobre la mesa y tenía la cabeza entre las manos.

—¿De veras no lo crees? Pues bien, yo tampoco.

—¡Ah! ¿y por qué no lo crees?

—Porque su cómplice es un bribón que ha debido comprometerle.

—¿Has conocido á Jagon? ¿Estabais juntos en el encierro?

—No; pero antes de su condena fué á visitarme con el jefe de Seguridad, cuando sólo era un detenido.

—¿Y para qué te visitó?

—Para probar su identidad. La Justicia pensaba que el de Jagon no era su nombre verdadero.

—¿Tiene otro?

—¡Vaya!

—¿Le conoces?

—Sí.

—¿Y lo dijiste?

—No, puesto que ha sido juzgado y condenado bajo el nombre de Jagon.

—Y ¿por qué lo ocultaste?

—Porque tuve miedo. Me hubiera estrangulado si hubiese hablado.

—Pero, una vez condenado á muerte...

—Presumía que, merced á su talento, lograría la conmutación de la pena, y no me equivoqué, puesto que la ha alcanzado.

—¿Hablaste con él cuando dejó el Depósito para partir con los demás sentenciados?

—No, tonto. ¿De qué me hubiera servido? ¡Quién sabe lo que puede suceder! Mi vida es tan rara... Si volviera alguna vez por allá, desearía tener á Jagon por aliado más que por enemigo. Hay que saber pensar en este mundo. No en balde me llaman Loustalot *La Jugeotte*.

XXVII

Durante un año, Loustalot no había bebido en la cantina más que un vaso de vino en cada una de sus comidas. Desde el momento en que las puertas de la Grand-Roquette se abrieron para él, empezó á tomar la revancha; pero las libaciones hechas desde el boulevard Voltaire á la estación del Oeste, y las que hacia en casa de su amigo, después de una sobriedad prolongada, le sumieron en un estado muy próximo al de la embriaguez. Carlos Papin, por el contrario, no bebía. Sentado enfrente de Loustalot, ante la mesa de pino sobre la cual se hallaban el vino y los vasos, escuchaba al antiguo

detenido sin interrumpirle. Sin embargo, como éste apurase un segundo litro, le dijo:

—¿Hace mucho tiempo que conoces á Jagon?

—¡Ya lo creo! Como que puede decirse que hemos hechos juntos nuestras primeras armas... ¡Era un buen mozo, y listo como pocos! Nadie como él para hacer un buen negocio... ¡y una cabeza! ¡qué cabeza! ¡Ah! no se le podía contrariar. Yo lo intenté una vez... y aún tiemblo. Este recuerdo me ha hecho prudente.

Apuró otro vaso, hizo sonar su lengua contra el paladar y continuó:

—Y diestro... y astuto. Con él no había cuidado. Si no nos hubiéramos separado, otra sería mi suerte. Pero entregado á mí propio, en vez de eludir el *Código Penal*, como él aconsejaba, me metí dentro de él y pesqué mi primera condena, á la cual siguieron otras.

Dió un suspiro y continuó:

—Todo ha concluído: ya lo ves, todo ha concluído. Te lo he dicho, quiero colocarme. Estóy bajo la vigilancia, pero he prestado algunos servicios á la Administración y se me permite permanecer en Seine-et-Oise. Quiero dar ejemplo de todas las virtudes.

—¿Y por qué te separaste de tu compañero?

—Porque se empeñó en viajar y no pude acompañarle. Tenía yo en París afectos, relaciones y un *enredillo*, ¿entiendes? O se es ó no se es joven.

—Y después de su partida ¿no le volviste á ver?

—¿A quién, á mi *enredo*?—preguntó Loustalot cada vez más trastornado.

—A tu antiguo camarada... tu socio.

—No, porque no volvió á París, ó, si estuvo, yo me encontraba á la sombra en cualquier casa del Estado.

—¿Lo que no fué obstáculo para que le reconocieses cuando fué conducido al Depósito?

—¡Oh!... para esto había pasado poco tiempo. En seguida me dije: He aquí un antiguo compañero; pero... ¿lo creerás? me fué imposible recordar su nombre. Había en su cara algo que me desorientaba y que me impedía recordar. Era su barba, una poblada barba que desconocía. El jefe de Seguridad, tan astuto como él, lo comprendió. Hizo ir á un barbero y mandó que afeitara á nuestro hombre. Entonces...

—¿Entonces?... —preguntó Carlos Papin, que no perdía una sola palabra.

—Entonces recordé el nombre como por encanto... pero al propio tiempo enmudecí. Te habría pasado lo mismo si te hubiese mirado como me miró. No lo olvidaré: estaba amenazador, espantoso, terrible.

Apuró de un trago otro vaso de vino, para disipar sin duda la visión que le perseguía, y añadió para terminar:

—Ya te lo he dicho. Fingí no recordar, y no me arrepiento de ello.

El jardinero guardó silencio. Loustalot le preguntó con lágrimas en los ojos y con temblorosa voz:

—¿Acaso no apruebas la conducta de tu antiguo amigo *La Jugeotte*?

—Por el contrario: has hecho bien en guardar silencio ante la Policía y los demás dete-

nidos; pero hubieras podido sacar partido de tu discreción.

—¿Haciendo saber á Jagon que conocía su nombre verdadero?

—Justo.

—Pensé en ello; pero temí que, si otro lo descubría más adelante, se me achacaría el descubrimiento, y creí más hábil hacerme el ignorante aun para con Jagon.

Se levantó el jardinero, tomó un nuevo litro de vino de un pequeño armario de madera blanca que estaba á su espalda, y colocándolo sobre la mesa preguntó á Loustalot:

—¿Y también te harás el ignorante conmigo?

—Nunca: tú eres un compañero, un amigo en la vida y en la muerte.

Se apoderó de la botella; pero, en vez de decir su secreto, exclamó mirando á su anfitrión:

—¿Y qué te importa el nombre? Es un nombre como otro cualquiera y no te enseñará nada.

—¿Quién sabe! Tú mismo has dado á entender que Blanchard podría tener interés en conocerle.

—Cierto... pero Blanchard está sentenciado. ¿Para qué le ha de servir conocerle?

—Para su libertad quizás.

—¿Su libertad? ¿Tiene gracia! ¿Y quién se la devolvería?

—Dos protectores... hombres poderosos.

—¿Poderosos? ¿Tan bien relacionado estaba?

—Mucho... como yo.

—Lo ignoraba—dijo el antiguo detenido

mirando á Carlos con cierto respeto.—Tú trabajas en el parque de Maisons-Laffitte, en la colonia, como se llama á esto. Haces jardines á los ciudadanos. ¡Ah, Papin, mi buen Papin, no me separo de ti jamás! Es preciso que me coloques en este hermoso país... bajo esos grandes árboles... Tengo sed de naturaleza.

Y debía en aquel momento tener otro género de sed, porque se llevó de nuevo el vaso á los labios.

—Mas, á todo esto... no me dices el nombre—observó el jardinero.

—Voy á decírtelo, mi bravo Carlos. Pero me prometes protegerme, ¿no es cierto? ¿Me colocarás en una buena casa? Tranquilízate... no habrá por qué reprenderme. No cometeré indiscreción alguna. No abusaré de la ausencia de los amos, como en otro tiempo abusamos los dos. No me niegues lo que te pido. Yo he sido siempre reservado; nadie ha sabido que Blanchard ha pagado por nosotros.

Carlos Papin quiso imponerle silencio, pero Loustalot continuó:

—Si hubiera declarado, al ser reducido á prisión de nuevo por otra causa, nada hubiera perdido; al contrario, la Administración me colmaría de bondades, en la seguridad de lo inofensivo de mi carácter.

Levantóse Carlos, dió una vuelta alrededor de la mesa y, poniendo las manos en la espalda de su amigo, dijo:

—Añade que, no delatándome, conservabas un amparo y una defensa en mí. Siempre que sales de la cárcel vienes en mi busca á pedirme

protección y, para que no pueda negarme, me echas en cara el pasado.

—¡Ah, Carlos... mi querido Carlos! Puedes creer... He bebido quizás demasiado y...

—Cierto que has bebido en demasía, pero tu embriaguez no te hace olvidar tus intereses. Dices lo que quieres decir. Poco importa lo demás. Intentaré colocarte otra vez, reservándome tu vigilancia.

—¡Oh! es inútil—tartamudeó Loustalot;— estoy hecho un hombre hon... hon... honrado.

Tenía sobrados motivos para descomponer el adjetivo.

Retiróse el jardinero, y, después de haber tomado de un armario su traje de fiesta, se despojó del que usaba para el trabajo.

—¿Qué haces?—preguntó Loustalot, cuyos ojos empezaban á nublarse y cuyos codos se inclinaban hacia la mesa.

—Ya lo ves: me arreglo para ir al parque á ocuparme de ti.

—¡Ah!... ¡cuánto te agradezco!... Mientras tanto dor... dormiré.

—Como gustes. Pero antes dime el verdadero nombre de Jagon.

—¡Calle!... ¿No te lo he dicho?

—No.

—¡Es particular!... Yo creía... Cuando vuelvas te lo diré. Ahora no lo recuerdo; tengo mucho sueño.

El jardinero se adelantó hacia Loustalot, y sacudiéndole por un brazo le dijo:

—No dormirás sin haber antes hablado. ¿Cómo se llama? ¡Quiero saberlo!

—¿Me prometes no decir nunca á Jagon que te lo he revelado?

—Te lo juro.

—Pues bien. Se llama... Si... Si... Si... Simonnet.

—¿Simonnet?

—Eso. Déjame dormir.

—Duerme hasta mañana si quieres. Cierro. Si golpean, si me llaman, no abras.

—Tú lo has dicho—murmuró *La Jugeotte* desplomándose sobre la mesa.

Carlos Papin salió; cerró la puerta, anduvo su camino de doscientos metros y entró por un sendero hacia la derecha que debía conducirle al pueblo. No era el camino del parque, donde había dicho que se dirigía, sino el de la estación, donde realmente entraba.

Algunos minutos después, el tren de las seis le conducía á Paris. Ya en la calle de San Lázaro, entró en una peluquería para cortarse el pelo y la barba. Después, sin preguntar su dirección, sin vacilar, se dirigió á la calle de Surresnes y se paró ante la casa de la Gran Florina.

Quando el jardinero de Maisons-Laffitte se presentó á Florina, que acababa de comer, hallábase ésta sentada en una butaca á la chimenea.

protección y, para que no pueda negarme, me echas en cara el pasado.

—¡Ah, Carlos... mi querido Carlos! Puedes creer... He bebido quizás demasiado y...

—Cierto que has bebido en demasía, pero tu embriaguez no te hace olvidar tus intereses. Dices lo que quieres decir. Poco importa lo demás. Intentaré colocarte otra vez, reservándome tu vigilancia.

—¡Oh! es inútil—tartamudeó Loustalot;— estoy hecho un hombre hon... hon... honrado.

Tenía sobrados motivos para descomponer el adjetivo.

Retiróse el jardinero, y, después de haber tomado de un armario su traje de fiesta, se despojó del que usaba para el trabajo.

—¿Qué haces?—preguntó Loustalot, cuyos ojos empezaban á nublarse y cuyos codos se inclinaban hacia la mesa.

—Ya lo ves: me arreglo para ir al parque á ocuparme de ti.

—¡Ah!... ¡cuánto te agradezco!... Mientras tanto dor... dormiré.

—Como gustes. Pero antes dime el verdadero nombre de Jagon.

—¡Calle!... ¿No te lo he dicho?

—No.

—¡Es particular!... Yo creía... Cuando vuelvas te lo diré. Ahora no lo recuerdo; tengo mucho sueño.

El jardinero se adelantó hacia Loustalot, y sacudiéndole por un brazo le dijo:

—No dormirás sin haber antes hablado. ¿Cómo se llama? ¡Quiero saberlo!

—¿Me prometes no decir nunca á Jagon que te lo he revelado?

—Te lo juro.

—Pues bien. Se llama... Si... Si... Si... Simonnet.

—¿Simonnet?

—Eso. Déjame dormir.

—Duerme hasta mañana si quieres. Cierro. Si golpean, si me llaman, no abras.

—Tú lo has dicho—murmuró *La Jugeotte* desplomándose sobre la mesa.

Carlos Papin salió; cerró la puerta, anduvo su camino de doscientos metros y entró por un sendero hacia la derecha que debía conducirle al pueblo. No era el camino del parque, donde había dicho que se dirigía, sino el de la estación, donde realmente entraba.

Algunos minutos después, el tren de las seis le conducía á Paris. Ya en la calle de San Lázaro, entró en una peluquería para cortarse el pelo y la barba. Después, sin preguntar su dirección, sin vacilar, se dirigió á la calle de Surresnes y se paró ante la casa de la Gran Florina.

Quando el jardinero de Maisons-Laffitte se presentó á Florina, que acababa de comer, hallábase ésta sentada en una butaca á la chimenea.

Habían pasado tres meses desde su conferencia con Lorenzo, y en este tiempo se había operado en ella una transformación que le favorecía. De mujer ligera había llegado á ser agradable, y le faltaba poco para pasar por hermosa. La dicha embellece, dicen, y ella era dichosa.

En efecto, la casa de comercio que había fundado con el marqués de R... marchaba viento en popa. Deseosos de enriquecerse uno y otro, y de retirarse de los negocios lo antes posible con un inventario seguro, alentados por sus primeros éxitos, habían extendido el campo de sus operaciones y todas daban excelentes resultados.

Los dos socios, que no trabajaban sino en grande, desdenaban los pequeños negocios y habían realizado ya sumas muy considerables; y como las notas enviadas por Jagon á su discípulo, lejos de agotarse aumentaban cada día con documentos nuevos, todo hacía esperar que la casa Bonnin y C.^o llegaría en breve al apogeo de la prosperidad.

A medida que aumentaban su fortuna el marqués de R... y la Gran Florina, veían alejarse poco á poco sus temores: Roberto de Meillant, consagrado por completo á su amor por Juana Guérin, parecía haberse olvidado de José Blanchard. Jamás hablaba de él, y el pequeño vizconde había adquirido la evidencia de que ya no conversaba, como antes, con el juez de Instrucción, el defensor del condenado y el notario de Claudio Guérin. Pronto, sin duda, daría su mano á su prima y se establecería en

las colonias, llevándose á Zoé Lacassade, y quizás á Sofia Blanchard, únicas personas que tenían interés por el forzado de Nueva-Caledonia.

Mientras el suceso se realizaba, Juana Guérin, su amiga, y la mujer de Blanchard vivían en la calle de Châteaudun, núm. 39, en uno de los numerosos departamentos ocupados anteriormente por Lorenzo, y que, por indicación de Florina, había puesto en alquiler. Este nuevo domicilio podía comunicar, en caso de necesidad, con el que Lorenzo conservaba en la calle de la Victoria, y merced á esta misteriosa comunicación, conocida sólo de los dos socios, hallábanse en aptitud de emprender muchas empresas y de combatir un peligro muy cercano.

Florina estaba tranquila por su parte: el reposo de Lorenzo no parecía amenazado, y ella confiaba en ser la única conocedora de la complicidad de Jagon.

En estos pensamientos, sentada en una butaca, envuelta en un magnífico peinador, le sorprendió el aviso de su doncella anunciándole que deseaban verla.

—¿Quién... un hombre ó una mujer?...

—Un hombre.

—¿Ha dicho su nombre?...

—Se ha negado á decirlo.

—Que pase.

Los que nada tienen que ocultar, los de existencia regular y recta, pueden sustraerse á las visitas importunas; pero en una situación ambigua, cuando se lleva una vida misteriosa y obscura, la puerta está abierta para todos.

El desconocido entró, acompañado de la doncella, sin vacilación.

Miróle Florina, sorprendióse ante su presencia, y después, repuesta, dijo con voz algo alterada:

—¡Calle! ¿Tú aquí? ¿De dónde sales?... No te esperaba. ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo que hablarte—dijo Carlos Papin.

Era el jardinero de Maisons-Laffitte. Pero su blusa de paño negro, sus botas lustrosas y sus cabellos y barba peinados con esmero le daban más aspecto de aldeano que de jardinero.

Florina le miraba de soslayo y no le encontraba del todo mal, á pesar de sus cuarenta años cumplidos, sus anchas espaldas, su robusto pecho y sus nervudos brazos, que acusaban una fuerza muscular extraordinaria.

—¿Qué haces ahí de pie?—dijo Florina.— Siéntate. ¿No estás en tu casa? Aquí, á mi lado.

Carlos permaneció en pie.

—¿Tienes miedo?

—Sí—murmuró;—estás más hermosa que nunca.

—¿De veras? Todos me lo dicen. Estás de acuerdo con todos, y no regaño contigo.

—Era muy desgraciado por ti, y hubiera concluido por volverme loco.

—¿Y ahora estás más tranquilo?

—Sí, porque no te veo.

—¡Pobrecillo!—dijo sonriendo.—Cierto es que te he hecho sufrir; pero ¿por qué quisiste casarte conmigo?

—Porque te amaba.

—¡Me amabas!... ¡me amabas! Bueno. Pero debiste comprender que yo quería salir de la clase en que había nacido, que era muy bonita, bastante inteligente para sujetarme toda la vida en el fondo de una aldea, al lado de padres labradores y de un marido mozo de jardín. ¡Qué quieres!... no es culpa mía. Amo lo esplendoroso, lo que embriaga... los perfumes, la seda y la luz.

—Las flores que cultivaba para ti, también tenían su perfume. Tenían colores más frescos que tus trajes de seda, y el sol que iluminaba mi choza, más rayos que tus espejos y tus luces.

—Es cierto; pero la naturaleza y la verdad no me dicen nada. Lo falso, lo que suena, me seduce. Prefiero una alhaja á una flor natural, y el brillo de un salón al sol de que me hablas.

—Ya traté de proporcionarte todo eso. Un día robé á mis amos y te entregué el oro robado. Lo aceptaste, y poco después me abandonabas.

—Para bien tuyo: gastado el dinero, no quería exponerte á un nuevo robo. El primero no fué descubierto; el segundo podía llegar á serlo, y esto era la cárcel para ti, quizás el Baño... y yo no merecía tanto. Por eso me separé de ti y vine á París á vivir por mi cuenta, bajo el nombre de Florina. Lejos de mí has podido llegar á ser hombre honrado. Uno y otro hemos seguido nuestro destino. Tú naciste para ser obrero... ó trabajador; yo para ser mala. Era preciso que nos separáramos. El día en que te abandoné, realicé una buena acción.

No me la perdones; quizás me la tenga en cuenta Dios. Es la única, y por lo mismo la cuenta será fácil de hacer.

—¿Y si yo te hubiera matado, puesto que tenía derecho para ello?—dijo Carlos repentinamente.

—Jamás me he preocupado de ello. Eres demasiado fuerte y valiente para matar á una mujer. Sólo la matan los débiles, los pequeños, los miserables, los cobardes. Aparte de que no tienes voluntad y no resuelves; lloras, te quejas y nada más.

Y mirándole fijamente continuó:

—Quizás hayas variado y tal vez vienes hoy para vengarte.

—No. Sería tarde. Vengo á otra cosa.

—Habla. Siéntate á mi lado y hablemos.

XXIX

Carlos Papin dudó algunos instantes; después tomó bruscamente su partido, aceptó el sitio que se le había ofrecido al pie de la butaca, y dijo con precipitación y en tono enérgico, como si tuviera vivos deseos de terminar pronto:

—No hace muchos momentos he recordado que en un instante de delirio, por satisfacer tus caprichos, había robado. Tú lo supiste después, cuando el dinero había desaparecido, y para abandonarme afectaste despreciarme y

declaraste que no podías vivir con un ladrón. Pretexto y sólo pretexto para vivir aquí con tus amantes. Pero hablemos de otra cosa: no he de quejarme... ya no es tiempo de recriminaciones.

Florina escuchaba en silencio, sin apartar de él la vista.

—Conoces el robo, pero ignoras los detalles. Tengo un cómplice llamado Loustalot, jardinero como yo entonces. Partimos la suma. Comióse su parte, como tú devoraste la mía; pero hay que convenir en que no faltan de una casa cinco mil ó seis mil francos sin que se procure dar con el que los ha robado. Sospechóse de un buen hombre que no había hecho más que bien, que me había dado colocación cuando no tenía trabajo, y que fué sentenciado á cinco años de reclusión.

Después de una breve pausa continuó:

—¿Por qué he sido tan infame que consentí en que fuera condenado un inocente en vez de serlo yo? Desde el principio hasta el fin tuve esperanza de que sería absuelto. Confiaba en la Justicia y me decía: Magistrados, jurados, hombres ilustrados como éstos no pueden equivocarse. Será puesto en libertad, y yo conservaré la mía. ¡Mi libertad! Es decir, el derecho de verte á todas horas, en todas partes, y respirar el aire que tú respiras; pero tú me habías dominado, trastornando mi pobre juicio con tus aires de gran dama, con tu coquetería, tus desdenes calculados, tu inteligencia, tu infamia... ¡qué sé yo!

Y mirándola fijamente continuó:

—Naciste comediante: fingiste el papel de mujer de mundo conmigo, y yo me dejé engañar como un imbécil. Creía, estúpido de mí, que era el marido de una gran señora, y me postré ante ti y besé tus pies. ¡Estaba loco!

Halagada Florina en su amor propio sonrió y dijo:

—¡No tan loco!

Carlos adoptó una nueva postura y prosiguió:

—El castigo no tardó en venir. Cuando se acabó el dinero, huíste. Hace poco decías que no me hubiera atrevido nunca á matarte: estás en un error. Te perseguí, te busqué, y si hubiera dado contigo... Pero tenías miedo y te ocultabas, viajabas con algún necio rico del país. Tu sed de lujo estaba satisfecha. Cuando, más adelante, te encontré, aún te amaba... Te amo aún, pero más tibiamente: mi primer impulso ha pasado... Luégo has representado la mujer arrepentida, me has vencido de nuevo y he caído bajo tus garras.

—¡Oh! ¡garras bien dulces! —dijo Florina.

—¡Calla! ¡calla! —exclamó Carlos.—No reuerdes eso. Si hubiera aceptado la posición que me ofrecías, hubiera sido más infame que cuando robé por ti. Vivías ya en esta casa: te dignabas recibirme, pero sólo cuando te convenía, y yo pasaba por todo esto, yo... tu marido. Tenía un solo pensamiento; pasar algunas horas contigo, vivir junto á ti y embriagarme con tus encantos.

—¡Luego no eras tan desgraciado!

—Sí, lo era —dijo paseándose por la habita-

ción, —porque me recibías por temor á un escándalo que hubiera perjudicado tu posición.

—Te engañas: te recibía en recuerdo de nuestros primeros amores, y, si tú hubieras querido, las cosas habrían continuado así. Siempre que venías, olvidabas en un momento tus penas de la semana. No tenías, por cierto, mucho de qué quejarte. Al casarnos cometimos un error. No éramos el uno para el otro moralmente, porque intelectual y físicamente nos completábamos. Tú ganaste á mi lado. Ya no eres el aldeano ni el mozo de huerta de hace tiempo. Hablas como la generalidad de las gentes y te expresas como un caballero. Estás mejor educado que la mayor parte de los elegantes del día. Había encontrado un medio ingenioso de corregir la falta que habíamos cometido uniéndonos. No era la mujer de un jardinero, idea que repugnaba á mi vanidad. No sufría la pobreza, á la que no he podido acostumbrarme nunca; pero era la querida de un guapo mozo que no me desagradaba... y así debería procederse en la vida siempre... A veces, el marido insufrible hacía un amante perfecto. Pero tú no comprendías esto, y, al desarrollar tu inteligencia, desarrollé también tu amor propio y tus sentimientos delicados. Sentiste la dignidad, y un hermoso día, que siguió á una noche no menos hermosa, desapareciste para no volver. Hoy te arrepientes sin duda de tu larga ausencia. Tengo mucho que hacerme perdonar de ti... Ven enhorabuena.

Carlos se levantó repentinamente para evitar su contacto.

—No he venido para eso—dijo.

—¿Para qué entonces?

—Para pedirte un favor.

—Habla.

—Te he dicho que ha sido condenado en mi lugar un hombre... José Blanchard.

—¡Ah!

—¿Le conoces?

—No, no le conozco. ¿Cómo he de conocerle?

—Ese desgraciado—dijo Carlos,—después de haber cumplido su primera pena, ha sido comprometido nuevamente en un asunto criminal... en el asesinato del boulevard Bessières. ¿Has oído hablar de ese crimen?

—Sí—dijo con aparente indiferencia Florina.—Un estrangulamiento, si no estoy mal informada.

—Justo. Blanchard ha sido condenado á trabajos forzados á perpetuidad, como cómplice de un llamado Jagon.

—Perfectamente. Recuerdo el proceso. ¿Qué puedo hacer por él?

—Puedes amortiguar mis remordimientos, devolverme el reposo, la tranquilidad, el sueño, porque sufro hace mucho tiempo, y sufro ahora más que nunca ante la idea de los tormentos de ese desdichado.

—Que en otro tiempo hayas sufrido, lo comprendo; pero hoy... ¿qué tienes que ver con su segunda condena? No tendrás participación en el crimen de que hablas, ¿verdad?

—¡Oh, no!—dijo Carlos.—No. Una sola vez he sido culpable en mi vida... pero él no ha

cometido ni el primero ni el segundo de los crímenes.

—¿Por qué lo crees?

—Tengo la más completa seguridad. Es un hombre honrado, no me cabe duda, y ha sido condenado por un asesinato por haberlo sido antes por robo.

—Bueno. ¿Y qué favor esperas de mí?

—Que me ayudes á hacerle salir de la cárcel.

—No tengo influencia para tanto.

—Sí, conozco el gran mundo: tú puedes mucho... Deben existir medios. Tus amigos, más instruídos que yo, te lo dirán. Hay en esto un misterio que podemos aprovechar.

—¿Qué misterio?

—Jagon no ha sido juzgado bajo su verdadero nombre.

—¡Ah!—exclamó Florina levantándose.—¿No se llama Jagon?

—No.

—Entonces ¿cómo se llama?

—Simonnet.

XXX

Este nombre fué una revelación para Florina. Jagon llevaba el mismo nombre que Matilde. ¡Esta era, pues, su aliada, su pariente, su hija quizás! Los misterios que no había penetrado Florina se despejaban como por encanto. Las

nubes que le ocultaban la verdad acababan de desaparecer. Con su inteligencia activa, su espíritu penetrante, comprendía, recogía, veía todo lo que hasta entonces no había alcanzado á ver. Sabía, sí, hacía mucho tiempo que Lorenzo era el cómplice de Jagon; pero su asociado no había confesado nada respecto del asunto y ella no tenía pruebas reales contra él. El nombre de Simonnet, oculto con tanto cuidado á la Justicia y á todos, y que surgía de repente, establecía del modo más concluyente las relaciones de los dos hombres, de los dos criminales. Matilde servía de lazo de unión entre ellos. Los encadenaba por decirlo así. Ella explicaba, revelaba su crimen. El padre por una parte, y por otra el amante que debía llegar á ser marido, se habían asociado para asesinar al capitán Guérin. Esto era evidente.

Y, gracias á la viveza de su imaginación, Florina veía, no sólo el asesinato, sino también los detalles. Explicábase la conducta de Simonnet sacrificando á un inocente, comprometiendo y perdiéndole por salvar al hombre amado de su hija. El carácter de Simonnet se dibujaba.

Lo esencial para Florina era ahora que su marido no reconociera la importancia que concedía á esta revelación. Así es que, después de haber reflexionado, dijo tranquilamente:

—¡Simonnet! ¿El asesino Jagon se llama Simonnet? ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Ha sido reconocido en el Depósito de los condenados por uno de sus antiguos camaradas, con el que había vivido en otro tiempo en París.

—¿Entonces hay otro que conoce ese secreto?

—Sí... Loustalot... pero no lo revelará jamás... Teme extraordinariamente á Jagon.

—¡Oh!... importa poco que le delate ó no. El nombre de Simonnet no tiene significación particular, y no enseña nada á nadie.

—Perdona; nos servirá de mucho si queremos, ó mejor si tú quieres, porque yo no puedo hacer nada.

—Yo haré todo lo que quieras... ¡pero dime qué!

—Avisar á la Policía y á la Justicia. Se ha hecho poco para fijar la identidad de Jagon, puesto que ha sido conducido á todas las cárceles de París y el señor Claude interrogó por espacio de más de una hora á Loustalot. Había interés en consignar la verdad, mas no pudo llegarse á su conocimiento. Nosotros lo sabemos. Demos parte del hecho á aquellos á quienes interese.

—Sí, quizás tengas razón. Conozco hombres de ley, abogados, magistrados. Les hablaré del asunto, y, si hay medio, salvaremos á tu pobre Blanchard.

Florina estaba junto á la chimenea. Carlos se aproximó, le cogió las manos y dijo con calor:

—Si haces eso, te perdonaré muchas cosas. No vivo sino con esta idea: librar á ese desdichado... procurarle algún bien después de tanto daño como le he hecho. Si vuelve á París, iré á buscarle y le diré: *¡Yo fui el que en otro tiempo cometió el crimen; por mí has estado tanto en la cárcel! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No*

me maldigas! He sufrido tanto como tú y me arrepiento con toda mi alma.

Dejóse caer en una silla, é inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, la barba apoyada entre sus manos y los ojos fijos en Florina, exclamó:

—¡Ah! ¡No me perdonará! ¡no puede perdonarme! No sufría solo... ha hecho sufrir á otros... tenía una niña, y la inocente murió cuando su padre estaba en la cárcel. Lo he sabido después. Y su mujer, que la adoraba... ¡Infeliz, cuánto ha llorado! Una de sus amigas me ha contado su desesperación, y al escucharla lloré también... como lloro ahora.

Enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas y añadió:

—A ésta, al menos, he podido prestarle un servicio, y cuando sepa mi falta no se atreverá á maldecirme. Le he salvado la vida.

—¿Tú?—dijo Florina, que oía sin conmoverse á su marido, pero con viva atención.

—Sí, yo. Un día... del otoño pasado, sabía que Blanchard había sido juzgado la víspera por su segunda causa. Estaba impaciente por conocer el resultado del proceso, y este deseo me traía inquieto, alterado. Abandoné mi trabajo, partí hacia París y me encaminé al Palacio de Justicia. Creía que así tendría antes las noticias que buscaba. Al llegar á la Mégisserie estalló una tempestad. Traté de ponerme á salvo y penetré en un lavadero; á poco rato oí gritar á un niño: *¡Aquí, aquí!... ¡uno que se ahoga!*, y señalaba á la orilla. Inmediatamente entré en una barca que preparaba un marinero. Nos

orientamos y vimos flotar sobre las aguas un cuerpo. Nos acercamos, y en el momento mismo en que íbamos á alcanzarle desapareció arrastrado por la corriente. Mi compañero dudó un instante, que aproveché para arrojarme al agua, y fuí tan feliz que logré salvar á la triste que se ahogaba. ¡Era la mujer de Blanchard!

Detúvose un momento para descansar y continuó:

—Supe quién era mucho tiempo después... cuando dió su nombre á un guardia. En el lavadero se murmuraba; me acerqué y oí que Blanchard había sido condenado el día anterior á trabajos forzados á perpetuidad. Entonces comprendí. Su mujer, desesperada por esta nueva condena, había atentado contra su vida. Abruñado por el dolor me decía: *¡Qué favor tan triste le he hecho!... ¡No hubiera sido mejor dejarla en el fondo de las aguas?... Sus males hubieran así concluído.* Me llamaron: no contesté. Vinieron en mi busca. La mujer de Blanchard quería darme las gracias. ¡Ella! Fué preciso verla. Me tendió sus manos. Yo no me atrevía á estrecharlas. ¿Qué pasó entonces? No lo sé. Tan avergonzado estaba, que no recuerdo si me impulsaron hacia ella y recibí su abrazo. Quisieron pagar mi arrojamiento una prima de salvación para recompensarme por el bien hecho á aquella desgraciada; pero me negué. Desaparecí, é hice mal, porque ahora no sé qué ha sido de ella. Si lo supiese me presentaría para decirle: *Creo haber descubierto algo importante... el nombre de Jagon. Se llama Simonnet. Quizá pueda seros*

útil saberlo. Ved á los jueces... ved á la Policía. Hay aquí algo de misterioso que podéis aprovechar. Pero no sé dónde se encuentra.

—Tal vez llegue yo á saberlo—dijo Florina.

—Eso he creído. Tú intentarás encontrarla. Le dirás lo que sé, la ayudarás y pondrás á todos tus amigos en acción... ¡Ah! ¡si pudiéramos salvar á su marido! Piensa en que esto te interesa, y que le debes tu protección y tu agradecimiento. Sin ti, yo no hubiera robado; sin nosotros, Blanchard no hubiera sido reducido á prisión otra vez... y hoy no estaría en el Baño.

Florina comprendió que era necesario inspirarle confianza, y contestó con calor:

—¡Cuenta conmigo, cuenta conmigo! Le salvaré... te lo prometo.

Y, aprovechando la situación con su habilidad acostumbrada, fingió profunda emoción, se acercó á su marido, le cogió las manos y le miró con ojos llenos de lágrimas.

Renunciaba á su primera táctica. Sus coquetearías cambiaban de forma y adoptaba un nuevo plan. Después de haber tratado de captivar á su marido por los sentidos, intentaba ganarlo por el corazón; y el pobre hombre, siempre amoroso, según su espontánea confesión, veía caer por tierra sus más firmes resoluciones. Un año de separación le había hecho fuerte: un momento al lado de su adorada le hacía tan débil como antes.

Al separarse de ella estaba completamente dominado. Florina había llegado al resultado

apetecido; inflamar su pasión para que pensase menos en Blanchard, é inspirarle bastante confianza para que el asunto lo dejara de su cuenta.

XXXI

Como tantos otros, Florina pensaba por la mañana, descansada de alma y de cuerpo, en aquellos asuntos del momento que la ocupaban, y tomaba sus resoluciones. Al día siguiente de la visita de su marido despertó á eso de las nueve, y, muellemente reclinada al borde de su lecho y bien abrigada, empezó á reflexionar.

Preguntóse en primer término si debía ó no levantarse al punto, vestirse é ir á casa del marqués de R... Era evidente que gozaría de algún contento al decirle:

—En vez de tener en vuestra asociada completa confianza, os hacéis el misterioso, querido marqués... hasta el punto de que la casualidad se encarga de darme á conocer vuestros secretos. Ha tiempo adiviné, gracias á nuestro encuentro en el tribunal y á varias otras circunstancias, que erais cómplice del asesino Jagon, que he descubierto se llama Simonnet, y de quien sois cercano pariente... En verdad, querido, que hubierais ganado más diciéndome todo y dejando á mi cargo el cuidado de velar por vos. Para sacaros de tal aprieto no os estorbo en verdad; porque, no os hagáis

útil saberlo. Ved á los jueces... ved á la Policía. Hay aquí algo de misterioso que podéis aprovechar. Pero no sé dónde se encuentra.

—Tal vez llegue yo á saberlo—dijo Florina.

—Eso he creído. Tú intentarás encontrarla. Le dirás lo que sé, la ayudarás y pondrás á todos tus amigos en acción... ¡Ah! ¡si pudiéramos salvar á su marido! Piensa en que esto te interesa, y que le debes tu protección y tu agradecimiento. Sin ti, yo no hubiera robado; sin nosotros, Blanchard no hubiera sido reducido á prisión otra vez... y hoy no estaría en el Baño.

Florina comprendió que era necesario inspirarle confianza, y contestó con calor:

—¡Cuenta conmigo, cuenta conmigo! Le salvaré... te lo prometo.

Y, aprovechando la situación con su habilidad acostumbrada, fingió profunda emoción, se acercó á su marido, le cogió las manos y le miró con ojos llenos de lágrimas.

Renunciaba á su primera táctica. Sus coquetearías cambiaban de forma y adoptaba un nuevo plan. Después de haber tratado de cautivar á su marido por los sentidos, intentaba ganarlo por el corazón; y el pobre hombre, siempre amoroso, según su espontánea confesión, veía caer por tierra sus más firmes resoluciones. Un año de separación le había hecho fuerte: un momento al lado de su adorada le hacía tan débil como antes.

Al separarse de ella estaba completamente dominado. Florina había llegado al resultado

apetecido; inflamar su pasión para que pensase menos en Blanchard, é inspirarle bastante confianza para que el asunto lo dejara de su cuenta.

XXXI

Como tantos otros, Florina pensaba por la mañana, descansada de alma y de cuerpo, en aquellos asuntos del momento que la ocupaban, y tomaba sus resoluciones. Al día siguiente de la visita de su marido despertó á eso de las nueve, y, muellemente reclinada al borde de su lecho y bien abrigada, empezó á reflexionar.

Preguntóse en primer término si debía ó no levantarse al punto, vestirse é ir á casa del marqués de R... Era evidente que gozaría de algún contento al decirle:

—En vez de tener en vuestra asociada completa confianza, os hacéis el misterioso, querido marqués... hasta el punto de que la casualidad se encarga de darme á conocer vuestros secretos. Ha tiempo adiviné, gracias á nuestro encuentro en el tribunal y á varias otras circunstancias, que erais cómplice del asesino Jagon, que he descubierto se llama Simonnet, y de quien sois cercano pariente... En verdad, querido, que hubierais ganado más diciéndome todo y dejando á mi cargo el cuidado de velar por vos. Para sacaros de tal aprieto no os estorbo en verdad; porque, no os hagáis

ilusiones, ahora el peligro es serio. El verdadero nombre de Jagon es conocido de mi marido y de un pícaro redomado que se llama Loustalot. Si descubro que la marquesa de R... es la señorita Simonnet, que ésta debió heredar á Claudio Guérin, que ha estado mezclada indirectamente en el asunto, que las primeras sospechas de la Justicia recayeron en ella, vuestro reposo se verá muy amenazado... Busquemos, pues, juntos el medio de obtener que se callen y nos dejen en paz.

Después de algunos minutos de reflexión, Florina decidió no hablar á Lorenzo semejante lenguaje.

—Aún seré más fuerte enfrente de él—se dijo—ocultándole mi secreto; secreto terrible que debo guardar hasta el día en que tenga interés en hacerlo público. Entonces lo mostraré de pronto, y el asombro, el terror, acabarán por poner á Lorenzo bajo mi absoluto dominio.

Sonrióse y añadió:

—En su compañía cobro corretaje á terceros. No sería malo seguir ese sistema con mi asociado, y enriquecerme más pronto exigiéndole participación mayor en mis beneficios. En lugar de esperar con paciencia á que rompa con su mujer y se una conmigo, sería original imponerme de cualquier modo y decirle: *Mi querido amigo, me gustáis. Os amo por vuestra buena figura, y sobre todo por vuestros vicios, que inflaman mi corrompida sangre. Tened la bondad de abandonar á vuestra bella Matilde y de vivir conmigo. De asociada quiero convertirme en dueña.*

Recostóse en la almohada, y pasando á otros pensamientos añadió:

—Por lo demás, ¿qué concurso me prestaría para conjurar el peligro que le amenaza? ¿Qué estratagema imaginaria que no sea yo capaz de imaginar?... En primer lugar, examinemos ese peligro con sangre fría... Por lo que hace á la Policía, ¿existe realmente? Si mi marido y ese Loustalot tuvieran el pensamiento de ir á decir mañana á la Prefectura:—*Vuestro antiguo condenado Jagon se llama Simonnet. Debe ser el padre de Matilde Simonnet, hoy marquesa de R...*—les responderían:—*¡Bueno! ¡y qué! ¿Qué queréis decir con eso? ¿Pretendéis hablar-nos aún de la inocencia del famoso Blanchard, é intentáis demostrarlo con ayuda de vuestro descubrimiento? Dejadnos en paz. Por el momento los asesinos no escasean, y tenemos á nuestro cargo no pocos asuntos para que vayamos á ocuparnos de los ya terminados.*

En efecto, por esta parte el peligro no era serio ni probable. Pero, si en vez de dirigirse á la Policía, la casualidad se encargaba de que tales confidencias se hicieran á Roberto de Meillant, el asunto tomaba desde luego otras proporciones. El criollo se instruiría por su cuenta con los elementos reunidos, y los llevaría al juez de Instrucción, ya preparado; echaría mano de la influencia de sus amigos, interesaría á los periódicos en su favor. Contra esta eventualidad había, pues, que precaverse.

Por el momento, Florina respondía de su marido, que le dejaría obrar en libertad, porque ella le había prometido su concurso; pero la

casualidad podía hacer que se encontrara con Sofía Blanchard, y en este caso todo estaba perdido. Este era el peligro mayor, y el único medio seguro de conjurarlo era obligar á Roberto de Meillant á que volviera pronto á las colonias, como ya lo había pensado, antes de que, dormido en una dulce pereza, prolongase su permanencia en París. Mas ¿cómo provocar y precipitar su partida?

Florina pensó largo rato sin tomar resolución alguna práctica; dijo que tal vez hallaría junto á Roberto de Meillant la idea que en aquel momento no surgía de su cerebro. Además, no le había visto hacía varios días; quizás había abandonado su proyecto y tal vez pensaba en salir de Francia sin necesidad de estímulo ajeno.

Apenas se vistió, Florina salió de casa y se encaminó á una habitación que Lorenzo había puesto á disposición suya. Allí cambió sus vestidos de mujer por el chaqué del *dandy* y se puso un pardesús ancho (precaución necesaria para ocultar que engordaba), y mandó que la llevaran á la calle de Helder. Eran próximamente las once.

A esta hora, después de sus ejercicios y paseos de la mañana, volvía á casa Roberto antes de almorzar.

—Llegáis á tiempo—dijo éste al ver á su visitante.—Si venís un cuarto de hora antes ó después, no me encontráis.

—Fortuna ha sido—dijo el vizconde.

—Con vuestro permiso continuaré vistiéndome.

—¡No faltaba más!

—Sentaos en ese canapé. Voy á pasar á mi cuarto. Dejaremos la puerta entreabierta y hablaremos. ¿Os parece bien?

—Perfectamente.

Sin dejar su ocupación, Roberto dijo:

—Ha tiempo que sois muy caro de ver...

¿Dónde os metéis?

—En verdad que he sentido no frecuentar vuestro trato. Pero ¡qué queréis! ¡La vida de París tiene tanto interés... hoy por hoy!... Almuerzos, comidas, cenas, partidas de todo género...

—En todo caso, ese género de vida no os sienta mal—replicó Roberto.—Desde que entrasteis me fijé en vos y veo que estáis muy grueso.

—¡Ay de mí! Es muy cierto, y me desconuela.

—¡Cómo así! Las buenas carnes no tienen nada de desagradable.

—A la vista es posible—replicó el vizconde,—pero esto es muy pesado para llevarlo encima, sobre todo para un hombre... En una mujer varía.

Como Florina estaba sola, se miró al espejo y se sonrió al pronunciar estas palabras.

Pero no había ido á casa de Roberto de Meillant para hablar de su delgadez ó gordura. Comprendiéndolo así, se levantó y se aproximó al cuarto de vestir.

—Otro motivo me ha impedido veros—dijo.—He tenido que pasear por París á un pariente provinciano... A propósito, ahora re-

cuerto que ese pariente desea enviar á las colonias, á la Martinica... creo, una caja que contiene algunos objetos preciosos. ¿Cuál es el mejor medio de enviarla? ¿Sabéis de alguno de vuestros paisanos que esté á punto de salir de Francia y quiera encargarse de llevar á su destino esa caja?

—No, por cierto. Por ahora no sé que nadie... pero si vuestro pariente puede esperar hasta que yo me vaya—dijo Roberto,—me encargaré de ello gustoso.

—¿Cuándo pensáis marchar?

—No lo sé de cierto... Me detienen en París muchos asuntos. Podré tardar tres meses, tal vez seis...

—¿Es decir, que no estáis seguro?

—Ni poco ni mucho.

Roberto acabó de vestirse y volvió al salón acompañado del vizconde.

—Aun cuando quisiera marcharme inmediatamente—le dijo,—no podría hacerlo.

—¿Por qué?

—Mi obstinación me detendría en París.

—¿Qué obstinación?

—Sí, hombre... el verdadero cómplice de Jagon, que me he propuesto encontrar.

—Es verdad—dijo el vizconde;—no me acordaba de eso. ¿Aún continuáis las averiguaciones?

—Siempre.

—¿Tenéis esperanzas?

—¡Vaya! Yo siempre tengo esperanza, es decir, confianza absoluta en mi buena estrella y en mi voluntad. Pero, mi querido vizconde,

me esperan para almorzar, y estoy ya retrasado. Dispensadme que os despida, mejor dicho, que baje con vos á la calle.

—Soy vuestro. Vamos.

—Voy por un papel que olvidaba, y vuelvo.

Entró de nuevo en su cuarto de vestir, y el vizconde tomó su sombrero, que habia dejado en el canapé. Al bajarse para cogerlo vió en uno de sus ángulos, medio tapado por un almohadón, un pañuelo rodeado de encaje.

—¡Calle!—dijo.—¡Parece que se reciben aqui señoras!

—Y, para ponerlo en claro y no descuidar detalle ninguno, apresuróse á ocultar el pañuelo en uno de sus bolsillos.

XXXII

Cuando salieron á la calle de Helder, Roberto de Meillant tomó á pie el camino del boulevard, y Florina subió al coche que la habia conducido. Apenas ocupó su asiento, sacó del bolsillo el pañuelo de que acababa de apoderarse y lo examinó. El encaje era riquísimo y de hermoso dibujo, pero la batista carecía de cifra y de marca.

—Es el pañuelo de una señora de mundo—dijo sin vacilar Florina.—Una medio mundana, una artista ó cualquiera otra mujer galante que no teme el comprometerse, hubiera man-

dado bordar una corona ó una cifra en este hermoso trapito. Una mujer casada toma más precauciones: en su casa, y cuando hace visitas legales, no teme á la heráldica; pero, tratándose de citas misteriosas, cuida muy bien de que cualquier objeto de su tocado, susceptible de pérdida ó extravío, carezca de marca y distintivo.

Así reflexionando, Florina quería acertar el nombre de aquella que de este modo olvidaba en casa de Roberto de Meillant sus deberes... y el pañuelo.

Naturalmente pensó antes que en otra en la señorita Guérin; pero en seguida se dijo que Roberto respetaba demasiado á su prima y novia para recibirla en su casa, suponiendo que ella consintiera en ir allí. Además, aquel pañuelo, que valdría de quince á veinte luises, no podía pertenecer á una señorita soltera ni á una persona de la posición de Juana.

Y no siendo de la señorita Guérin, ¿en qué otro nombre conocido podía fijarse la mente de Florina? Porque era muy natural empezar buscando de cerca y no de lejos. Entonces, para no descuidar nada, con el fin de que sus cálculos fuesen más concienzudos, colocó el pañuelo en uno de los cristales del coche y examinó atentamente el dibujo del encaje. Terminado su examen, dijo lentamente estas palabras:

—Sí... no me equivooco; yo lo he visto en alguna parte, en cierto armario de luna de la calle de Boissy d'Anglas... cuando era doncella.

Continuó ordenando metódicamente su requisitoria; cerró los ojos, de los que ya no ne-

cesitaba; dilató sus narices, de que iba á servirse, y, aproximando á ellas el pañuelo, aspiró largo tiempo el perfume que exhalaba.

—Está bien—dijo al cabo de un instante. También me es conocido este perfume.

Reflexionó y dijo:

—Pero en un asunto tan grave no puedo contentarme con el dibujo ni con el perfume. Necesito pruebas, y las tendré hoy mismo haciendo una visita á esa buena marquesa.

A las cuatro se dirigió hacia la calle Monceau. Allí la recibieron, mejor dicho, le recibieron (porque desde la mañana Florina se trocó en el vizconde de Champy) de igual manera que en la calle de Helder.

—¡Cuán caro sois de ver!—le dijeron.

—Os agradezco, marquesa—replicó—que hayáis notado mi ausencia. Pero ya comprenderéis... los saraos, los bailes, las comidas...

Y repitió, punto por punto, lo que había dicho por la mañana á Roberto. Matilde le dió también igual respuesta que Meillant.

—Páreceme que la vida que lleváis no os fatiga demasiado... Tenéis muy buena cara, colores como una muchacha, y engruesáis á maravilla.

—Está visto que no puedo hacerme ilusiones sobre el particular—respondió mirándola fijamente.—Es la segunda vez que me hablan hoy de mi gordura.

—¿Quién es la persona tan espiritual que opina como yo?

—Roberto de Meillant.

Matilde se estremeció, y para disimular se

apresuró á decir con acento de indiferencia casi desdeñosa:

—¿Y cómo anda ese... caballero?

—Muy bien: ¿no le habéis visto en todo el invierno?

—No... Lo sabriais, pues que sois vos quien debía presentármelo.

—Es cierto... ¿y seguís queriendo que os lo presente?

—¡Oh! ¡no!... No me gustan las personas que se hacen rogar... Es demasiado tarde.

—Verdad; tanto más, cuanto que el señor de Meillant se va en breve á las colonias.

—¿En breve? —dijo Matilde levantando la cabeza. —¿Quién os lo ha dicho?

—El mismo. Ha recibido esta mañana cartas importantes que le obligan á partir.

La marquesa halló fuerza para responder con acento casi indiferente:

—Pues que se vaya.

Pero palideció, plegóse su frente y asomó á sus ojos la emoción que experimentaba. Al propio tiempo y como por instinto echó una mirada al reloj.

Florina había adquirido el convencimiento que buscaba, y una hora más tarde, si alguna duda abrigaba aún, debía completar ese convencimiento. Se imaginó que, en cuanto saliera de casa de Matilde, ésta se dirigiría sin duda á casa de Roberto, con el objeto de saber si era verdad que había recibido por la mañana nuevas noticias y se disponía á salir de París. Así es que, una hora después de su visita, Florina, sentada en un cupé, cuyas cortinillas

estaban medio corridas, vigilaba el hotel de la calle de Helder.

Aguardó largo rato, y ya empezaba á desesperar, cuando, á eso de las seis, una mujer con el velo echado y envuelta en un amplio abrigo que ocultaba su talle, salió por la puerta y se dirigió con paso rápido hacia el boulevard, sin mirar tras de sí. Florina la siguió, y en breve adquirió la certidumbre material, como la había adquirido moral por la mañana.

Entonces volvió á su casa á descansar de su laboriosa tarea. Mas, si su cuerpo iba á permanecer por un instante ocioso, no iba á parar ni un instante su pensamiento. Jamás el ingenio de Florina había tenido tan hermosa ocasión para ejercitarse.

Rocostada, como la vispera, en una silla larga, envuelta en amplia bata, con un cigarrillo entre los labios, repasó en su imaginación los acontecimientos del día para deducir de ellos consecuencias útiles.

Para ella, Roberto de Meillant era amante de Matilde, y éstas relaciones abrían á Florina nuevos horizontes, permitiéndole conjurar infinidad de peligros y dominar la situación. Porque, embriagada por sus anteriores éxitos, enardecida por la intriga, calenturienta por la lucha que había emprendido, quería sostenerla ahora sola, dirigirlo todo, llevar en la mano todos los personajes de este drama y todos los hilos de tan tenebroso asunto. La responsabilidad de los próximos acontecimientos, precipitando nuestro desenlace, recae, pues, sobre Florina. Sólo ella los ha provocado; pero,

no pudiendo dirigirlos como quisiera, ha entreabierto el abismo sin pensar en medir su profundidad.

XXXIII

Dosde que murió su padre, dos veces á la semana, los martes y los viernes, hiciera bueno ó mal tiempo, Juana Guérin atravesaba todo Paris y la mayor parte de Batignolles para dirigirse al cementerio de Saint-Ouen. Casi siempre la acompañaba Zoé Lacassade; pero, retenida ésta algunas veces en casa por las necesidades domésticas, dejaba á Juana que hiciera con Sofía Blanchard su piadoso peregrinaje.

El viernes que siguió al descubrimiento de Florina, la señorita Guérin acababa de subir á un coche con Sofía, á las dos de la tarde, cuando una persona que estaba en acecho hacía mucho tiempo en la esquina de la calle de Saint-George atravesó á la de Châteaudun, entró en la casa señalada con el núm. 39, siguió por la escalera de la izquierda y se detuvo delante de la puerta de una de las habitaciones del segundo piso.

De esta habitación acababan de salir Juana y su criada, y en ella se hallaba sola á la sazón Zoé Lacassade. Oyó ésta llamar, salió á abrir y se encontró con una señora muy decentemente vestida, de apariencia respetable, grises cabellos y agraciada y simpática sonrisa.

—¿La señorita Juana Guérin?—preguntó.

—No hace cinco minutos que acaba de salir—dijo Zoé.

—¡Ay, cuánto lo siento!... ¿Y volverá pronto?

—Tardará lo menos tres horas; ha ido al cementerio de Saint-Ouen.

—¡Ah... comprendo! A la tumba de su padre. ¡Pobre señorita!... Siento mucho haberos molestado... ¡ya volveré!

—¿Tendréis la bondad de decirme vuestro nombre, señora, para que, cuando vuelva?...

—Con mucho gusto. Soy la señora viuda de Bonneville. Era vecina, y aun pudiera decir amiga, del señor Claudio Guérin.

—El tío de Juana. En ese caso, entrad, señora; no os quedéis en la escalera. Yo soy amiga de Juana, vivo con ella y tendré un verdadero placer en recibirlos en su ausencia.

—¿Sois tal vez la señorita Zoé Lacassade?—preguntó la señora de Bonneville.

—Justamente. ¿Conocéis mi nombre?

—¡Quién no lo conoce! ¿No comparecisteis el año pasado, señorita, en la Cour d'Assises, con motivo de aquel triste proceso?... Todos los periódicos se ocuparon de vos, y cuantas personas se interesan por la señorita Guérin recuerdan el cariño que le demostrasteis.

Y así hablando, la señora de Bonneville, precedida por Zoé, que le enseñaba el camino, había entrado en el modesto salón de las dos amigas.

—¡Cuánto tiempo que deseo ver á esa querida señorita Guérin!—continuó la visitan-

te mientras tomaba asiento en una butaca.— Pero mi salud me obliga á vivir en el Mediodía... allí fué donde supe el asesinato del capitán... ¡Qué pena me causó!... Ya veis, su hermano me había hablado tanto de él... Le quería mucho.

—Sin embargo, le desheredó—objetó Zoé.

—¿De veras?—replicó la señora de Bonneville con fina sonrisa.—Por mi parte, nunca he concedido gran crédito á ese famoso testamento. La señorita Matilde Simonnet era muy... *larga*.

—¡Ah! ¿La habéis conocido?

—¡Oh!... no—dijo púdicamente la señora de Bonneville.—No conozco ese género de señoritas... una actriz de un teatrillo... Pero vivía en la casa del señor Claudio Guérin, en el mismo piso que él, y he encontrado con frecuencia llamando á su puerta ó subiendo las escaleras á la dama en cuestión. Era muy linda. No me maravillan sus éxitos, su matrimonio, y sin embargo...

—¿Sin embargo, qué?—preguntó la señorita Lacassade.—¿Hay algo más?

—¡Cómo si hay algo más! ¿Sois vos quien me lo pregunta?

—Sin duda.

—Como ella debía interesaros mucho, creía... Siento haber sido indiscreta.

—Vos no sois indiscreta, señora; y si eso me interesa tanto como decís, os ruego, por el contrario...

—No, no, señorita Lacassade; á pesar de la simpatía que me inspiráis desde hace mucho

tiempo, permitidme que calle. No soy mujer capaz de divulgar secretos de esa gravedad. Por otra parte, señorita, no quiero continuar robándoos el tiempo. Me retiro, y volveré otro día á ver á la señorita Guérin antes de que marche á las colonias, y hablaré con ella un rato de su querido tío... ¿Cuándo pensáis marchar?

—No lo sabemos... Ni aun siquiera hemos pensado en ello. Juana quiere hallarse aquí para el aniversario de la muerte de su padre, y también está casi decidido que su matrimonio se celebre en Francia.

—¿Su matrimonio?... ¿de veras? ¿Y quién es el novio?... Se trata de la sobrina de Claudio Guérin... perdonad mi indiscreción.

—Juana—dijo Zoé—se casa con su primo Roberto de Meillant.

—¿Cómo habéis dicho?

—He dicho Roberto de Meillant. ¿Acaso no habéis oído nunca hablar de él?

—Por el contrario, mucho, demasiado... Pero nunca hubiera podido suponer... ¡Pobre niña!

—¡Cómo pobre niña!... ¡Oh! dispensadme—dijo la arrebatada Zoé;—no admito frases como ésa... ¿Por qué habéis dicho ¡Pobre niña! hablando de mi amiga, y cuando se trata de su matrimonio? Ahora deseo en absoluto que tengáis la bondad de explicaros.

—Y yo, señorita—dijo con dignidad la señora de Bonneville levantándose,—deseo cortar aquí nuestra conversación... Lamento mi exclamación, se me ha escapado, y os ruego me

dispenséis... Pero hagamos punto final, os lo suplico, señorita Lacassade, y hasta la vista.

—Dispensadme, señora — dijo Zoé con tono resuelto. — Os he pedido una explicación, y os suplico que me la deis. Pensad que soy criolla, es decir, testaruda.

Y al hablar así se colocó ante la puerta del salón, como para impedir que la señora de Bonneville saliera por ella. Esta, intimidada por aquella actitud y por la resolución que se leía en los ojos de Zoé, en lugar de intentar forzar la puerta, tomó el partido de sentarse y esperar. Enorgullecida por su éxito, conmovida por aquella sumisión, Zoé abandonó la puerta que defendía, y, acercándose á la señora de Bonneville, le dijo con la inflexión más dulce de su voz:

—Os pido perdón por mi insistencia, señora; pero, cuando se trata de mi amiga, nada me detiene. Habéis pronunciado, refiriéndoos á ella, algunas palabras que me han alarmado, y de nuevo os pido, mejor dicho, os ruego, que tengáis la bondad de explicármelas.

—No tengo que explicaros nada — respondió la señora de Bonneville con tristeza.

Y cambiando bruscamente de tono añadió:

—¡Ah, señorita!... hacéis mal, muy mal, en obligarme á decir una cosa que quisiera callar. En fin, puesto que lo exigís, ¿está verdaderamente decidido el matrimonio de la señorita Juana Guérin con el señor Roberto de Meillant?

—Por completo se decidió así en cuanto llegó á Francia el señor de Meillant.

—Sí, en aquella época no me extraña; pero, desde hace tres meses, ¿no han cambiado en nada esos proyectos? ¿Viene aquí con igual frecuencia que antes?

—No: sus asuntos le traen muy atareado.

—Sus asuntos... ¡Ah!... ¿no lo creéis así?

—Así lo creo. ¿Me equivoco acaso?

—¡Oh, Dios mío! — dijo la señora de Bonneville. — Hay asuntos de muchas clases... Asuntos de dinero, asuntos de corazón... Estos últimos son los que sin duda le detienen lejos de esta casa.

—¡Lejos de esta casa!... ¡Oh! ¿qué habéis dicho, señora? El señor de Meillant sólo ama á su prima.

—¡Esto es lo que yo temía!... ésta es la razón que tenía para no hablar... Me habéis obligado á ello, ¿lo reconocéis?

—Sí; pero explicaos claramente. ¡Basta de reticencias, por favor!

—Puesto que lo queréis, sea. Hace mucho tiempo que el señor de Meillant no ama á su prima.

—¿Que no ama á Juana?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ama á otra.

—¡El!... ¡Imposible!

—Va lo veis... os lo había dicho. ¡Lo dudáis!...

—Claro está que lo dudo.

—No encontraréis quien dude como vos.

—¿Soy sola á dudar? ¿Nadie duda?

—No. Las relaciones del señor de Meillant

no son un secreto para nadie... excepto para el marido.

—¡Cómo! ¿hay un marido de por medio?

—Sí; se trata de una mujer casada.

—¿Cómo se llama? Quiero saber su nombre—exclamó Zoé.

—Todo el mundo os lo dirá... Es la marquesa de R...

—¡La marquesa de R...!—repitió Zoé, á quien este nombre no aparecía en su memoria más que de una manera confusa.

—Sí, la marquesa de R...—repuso la señora de Bonneville.—La conoció en el Havre, en el mes de Septiembre último, cuando desembarcó en Francia. Además, le salvó la vida... y más tarde... ya comprenderéis...

—¡Pero—exclamó de pronto Zoé Lacassade— la marquessa de R..., la mujer de que me habláis, es Matilde Simonnet!

—Sí, la heredera de mi antiguo vecino y amigo Claudio Guérin... Precisamente por eso conozco esta historia... ¿Cómo me hubiera ocupado si no de semejante aventura?... Lamento habéroslo contado, pues veo que os he trastornado. Sobre todo no habléis de ello á la señorita Guérin... ¡Pobre niña!... Hasta la vista.

XXXIV

Si bien las mujeres de nuestras colonias son caritativas y generosas, no son, en cambio, á veces muy discretas. Y no es que sean más charlatanas que las parisienses y las demás francesas, sino que, aparte de su carácter, la viveza de su imaginación, la exaltación de su cabeza, les hacen más comunicativas, más ardientes en la expresión de los sentimientos que agitan su corazón. Sus buenas cualidades se truecan en defectos, y conforme á una frase, si vulgar, muy gráfica, no saben guardar nada. ¡Ah! Si Zoé Lacassade hubiera tenido ménos cariño á Juana Guérin, si no la hubiera considerado como á hermana, como á hija; si no la hubiera querido más que á sí misma, hubiese hallado fuerzas bastantes para callar lo que acababa de saber. Pero la revelación de la señora de Bonneville la conmovió profundamente y la indignó tanto como hubiera podido conmover é indignar á la misma Juana Guérin...

No contento con engañar á la mujer de quien quería hacer su esposa, no contento con sostener ilícitas relaciones en vísperas de su matrimonio, Roberto de Meillant elegía para mancha á la enemiga personal de Juana, á la que le había arrebatado el cariño y la fortuna de su tío. ¡Y si á esto se hubiera limitado su conducta!... Pero, además, aquella mujer era la

no son un secreto para nadie... excepto para el marido.

—¡Cómo! ¿hay un marido de por medio?

—Sí; se trata de una mujer casada.

—¿Cómo se llama? Quiero saber su nombre—exclamó Zoé.

—Todo el mundo os lo dirá... Es la marquesa de R...

—¡La marquesa de R...!—repitió Zoé, á quien este nombre no aparecía en su memoria más que de una manera confusa.

—Sí, la marquesa de R...—repuso la señora de Bonneville.—La conoció en el Havre, en el mes de Septiembre último, cuando desembarcó en Francia. Además, le salvó la vida... y más tarde... ya comprenderéis...

—¡Pero—exclamó de pronto Zoé Lacassade— la marquessa de R..., la mujer de que me habláis, es Matilde Simonnet!

—Sí, la heredera de mi antiguo vecino y amigo Claudio Guérin... Precisamente por eso conozco esta historia... ¿Cómo me hubiera ocupado si no de semejante aventura?... Lamento habéroslo contado, pues veo que os he trastornado. Sobre todo no habléis de ello á la señorita Guérin... ¡Pobre niña!... Hasta la vista.

XXXIV

Si bien las mujeres de nuestras colonias son caritativas y generosas, no son, en cambio, á veces muy discretas. Y no es que sean más charlatanas que las parisienses y las demás francesas, sino que, aparte de su carácter, la viveza de su imaginación, la exaltación de su cabeza, les hacen más comunicativas, más ardientes en la expresión de los sentimientos que agitan su corazón. Sus buenas cualidades se truecan en defectos, y conforme á una frase, si vulgar, muy gráfica, no saben guardar nada. ¡Ah! Si Zoé Lacassade hubiera tenido ménos cariño á Juana Guérin, si no la hubiera considerado como á hermana, como á hija; si no la hubiera querido más que á sí misma, hubiese hallado fuerzas bastantes para callar lo que acababa de saber. Pero la revelación de la señora de Bonneville la conmovió profundamente y la indignó tanto como hubiera podido conmover é indignar á la misma Juana Guérin...

No contento con engañar á la mujer de quien quería hacer su esposa, no contento con sostener ilícitas relaciones en vísperas de su matrimonio, Roberto de Meillant elegía para manceba á la enemiga personal de Juana, á la que le había arrebatado el cariño y la fortuna de su tío. ¡Y si á esto se hubiera limitado su conducta!... Pero, además, aquella mujer era la

causante de todos sus disgustos, de todos los sinsabores que había sufrido el capitán Guérin, y de su muerte por conclusión.

Si por acaso hubiera heredado, como era natural suponerlo, ¿se hubiera cometido cinco años más tarde el robo y el asesinato? ¿No conocía Roberto de Meillant hasta los menores detalles de aquel suceso? En sus conversaciones con Juana, ¿no había hecho á Matilde de Simonnet responsable de aquel robo, de aquel crimen, de la ruina de su prima, de su desesperación? ¡Ah! y en tanto que la juzgaba así, y la acusaba, y aparentaba despreciarla, veíala secretamente... ¡era su amante!

Cuando quedó sola en el salón, Zoé Lacassade, con el rostro encendido, brillante la mirada, en desorden los cabellos, empezó á pasearse febrilmente, gesticulando y hablando en voz alta, quejándose de Roberto y lanzándole mil denuestos.

Mas de repente suspendió su paseo, y se preguntó si debía dar crédito á las confidencias que le acababan de hacer. ¿Quién era aquella señora de Bonneville? ¿De donde venía? ¿Qué confianza podía inspirar?

Después de rendir este tributo á la prudencia y á la duda, Zoé se preguntó qué interés podía tener aquella señora en calumniar al señor de Meillant. Recordó que vacilaba al hablar; sus reticencias, su nombre, que en efecto le era conocido; su aire respetable, la simpatía que demostrara profesar á Juana. Además, la señora de Bonneville no decía: *He oído*, sino: *Nadie lo ignora, excepto el marido...* Esas re-

laciones son de todos conocidas, son un hecho indudable. La duda no era posible.

Indicios á los que no había concedido hasta entonces importancia, presentábanse á su memoria y deponían contra Roberto. Hacia tres meses que le veía visitar á Juana con menos asiduidad que antes; ya no era tan solícito, tan amante; era el amigo, el pariente servicial, cortés, pero no el enamorado, el novio. Juana también había notado aquella frialdad, que le hacia sufrir; y como la causa de tal conducta les era desconocida, supusieron que motivaban la reserva del señor de Meillant sus muchas ocupaciones y la preocupación á ellas aneja. Zoé se lo explicaba ahora de muy diverso modo. Era preciso, por desgracia, asignarle otra causa.

Impresionable, exaltada aun en situaciones normales, aun tratándose de los detalles de la vida habitual, la señorita Lacassade, en el estado en que se hallaba, concluyó por perder la cabeza. Ya no interrumpía su paseo, como hasta entonces, para sentarse y procurar alguna calma á su espíritu é intentar hacer hablar á su razón; andaba levantando los brazos al techo y exclamaba: *¡Es una indignidad habernos engañado así!* A poco más hubiera dicho: *Habermengañado así*, pues tan personal le parecía la injuria y de tal suerte le hacia sufrir. Estaba celosa de Matilde Simonnet, como si se tratara de ella misma, y, si la hubiera cogido en el salón, de seguro le arranca los ojos. Pero se hallaba sola, tan sola, que estaba reducida á recitar monólogos que nadie

oía y á hacer aspavientos que nadie veía. Luchaba en el vacío. Su pensamiento iba de Matilde á Roberto, y exclamaba:

—¡Oh! si pudiera decirle lo que me parece su conducta, tratarle como se merece... ¡Si se le ocurriese venir en este momento, si entrara en este salón!... No, no vendrá hasta la noche... si viene... y no podré hablarle con entera libertad porque Juana se hallará presente.

Se detuvo, reflexionó un instante y exclamó:

—¡Si fuera á su hotel!... ¿Por qué no?... ¿Quién me lo impide? Esta es la hora en que vuelve á casa á despachar el correo, á descansar de sus correrías. Le hablaré... le diré lo que acabo de saber... Si le han calumniado, se defenderá. Si me han dicho la verdad, gozaré aplastándole... le trataré como al más despreciable de los hombres. En su casa, al menos, esta escena quedará entre los dos. Juana no sabrá nada, lo ignorará siempre... ¡Ah! Si ya no la ama, si no se casa con ella, no necesita saber los motivos... aunque sufra demasiado la pobre niña... Si, es lo mejor. Voy á su hotel. No temo comprometerme... No soy mujer... soy una buena amiga.

Tomada esta resolución, y sin más reflexiones, Zoé Lacassade se echó un chal sobre los hombros, cubrió sus cabellos con una cofia, cerró la puerta de su habitación, y después de encargar á la portera que dijera á Juana, si volvía durante su ausencia, que regresaría pronto, se encaminó en derechura á la calle de Helder.

Conmovida como nunca, fija en su idea, preparando las contestaciones que había de dar á Roberto, gesticulaba por la calle como en su casa, y las personas que encontraba al paso deteníanse para mirarla.

Cuando llegó al hotel, dirigióse resuelta al despacho y preguntó si el señor Roberto de Meillant se hallaba en su cuarto. Contestáronle afirmativamente.

—Vive aún en el primer piso, ¿verdad?— repuso Zoé, que ya había estado otra vez á visitar á su compatriota.

—Si, en el principal; la puerta que está enfrente de la escalera, núm. 2. Abriréis la primera puerta y llamaréis en la segunda.

Zoé subió las escaleras despacio, contra su costumbre, deteniéndose en cada escalón y apoyada en el pasamanos. Recogíase para obrar.

Llegada al primer descanso de la escalera, frente al núm. 2, quiso abrir la primera puerta, como le habían indicado. No había campanilla, ni llave en la cerradura, ni agarrador para levantar el pestillo. ¿Se habrían equivocado los dependientes del hotel al afirmar que el señor de Meillant estaba en casa? Iba á bajar para preguntarlo de nuevo, cuando una camarera del hotel, viéndola parada en la escalera, y juzgando por su descuidado traje que sería alguna dependiente de almacén que iba á llevar una cuenta, le dijo:

—No os abrirán: en el núm. 2 hay gente.

—¡Cómo!—replicó Zoé candorosamente;— eso no es una razón para que no me abran.

—Según y conforme— dijo la doncella.—La persona que está encerrada en ese cuarto puede desear que no la vean.

Estas palabras chocaron á Zoé Lacassade. Iluminaron en cierto modo su espíritu, ya sobrecitado, y pronto desde hacía algunas horas á admitir toda suposición, toda sospecha... ¿Iría Matilde Simonnet á casa de Roberto? ¿Se hallaría en aquel momento á su lado? ¿Estarían encerrados juntos? ¿Cómo saberlo, cómo adquirir inmediatamente la certeza de lo que le interesaba en tan alto grado?

—Si llamo— se dijo,— tal vez salga á abrirme... Entonces, al reconocermé, no se atreverá á negarme la entrada, y, si lo hace, sabré á qué atenerme.

Pero no se atrevía á llamar. Estaba trémula; su corazón palpitaba presuroso á la idea de que su rival, sí, su rival, se hallaba allí, detrás de la puerta, en aquel aposento.

Por fin llamó una vez, dos veces, primero tímidamente, luego más fuerte, con cólera, casi con violencia.

No respondieron á su llamamiento. Iba á llamar de nuevo, cuando acudió un camarero y le preguntó qué hacía allí y con qué derecho escandalizaba en aquella casa, amenazándole con hacerla prender por promover un escándalo en un establecimiento público.

Tuvo que separarse de aquella puerta, bajar la escalera y salir del hotel. Pero, una vez en la calle, en lugar de volver á su casa, Zoé Lacassade reflexionaba andando, febril, agitada, furiosa, y se decía:

—*¡Es ella, es ella!* Estoy segura... Por eso no ha abierto la puerta. ¡La veré! ¡Quiero verla, quiero cerciorarme de lo culpables que son!

Esperó diez minutos. En cualquier otro momento del día hubiera llamado la atención y habría visto interrumpido su excéntrico paseo; pero era de noche y la calle de Helder estaba casi desierta. Por fin vió á una mujer que salía del hotel. Acercóse á ella y reconoció á Matilde Simonnet, á quien había visto otra vez en casa del notario de Juana.

XXXV

Era de temer que Zoé Lacassade, en el estado de exaltación en que se hallaba, tuviera tentaciones de arañar á Matilde Simonnet. Tal vez lo hubiera hecho á ser Matilde, no ya tan pequeña como ella, que era difícil, sino algo menos alta; pero en presencia de la estatura imponente de su enemiga vaciló. Las personas de poca talla, á pesar de su bravura, intimidan-se á su pesar delante de los colosos, y la bella marquesa de R... era un coloso para Zoé Lacassade.

Contenida en lo físico en el momento de lanzarse á la lucha, Zoé se contuvo asimismo bajo lo moral. Su educación colonial, su gran honradez, la pureza de su vida obligábanle á ser severa con una ex artista de teatros de segun-

do orden, con una cazadora de herencias, con una marquesa de ocasión: temía comprometerse con aquella advenediza.

Así, pues, apenas la hubo reconocido, la midió con la vista, hizo un brusco movimiento de retirada y subió la calle de Helder, en tanto que Matilde Simonnet, sin preocuparse, al parecer, por ella, tomaba asiento en un coche de plaza y se alejaba rápidamente.

Zoé Lacassade estaba tanto más furiosa, cuanto que se había contenido mucho. Ya no andaba; corría, volaba, batiendo el aire con sus brazos, que agitaba al compás de sus piernas. Tal paso llevaba, que en menos de cinco minutos llegó á la calle de Châteaudun.

Al subir la escalera acertó el paso. Cerca ya de Juana Guérin, intentaba calmar la agitación que le vendía. Estaba muy resuelta á callar, á ocultar á su amiga lo que acababa de descubrir; pero no contaba con su cólera, con la exuberancia de su naturaleza y la necesidad de procurarse una expansión de que ya hemos hablado.

No bien estuvo al lado de Juana, cuando ésta, al verla encendida, despeinada y sin aliento le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido? ¡Habla!... ¡Habla pronto!

—Nada—dijo Zoé echándose en una butaca;—no tengo nada, absolutamente nada.

—Pero...

—¿Qué quieres que tenga?—replicó impaciente.

—No quiero nada—dijo Juana con dulzura;

ra;—pero estoy obligada á notar tu turbación, y aun pudiera decir tu agitación.

—Te equivocas—repuso Zoé con sequedad.

Y se volvió de espaldas á Juana, como para huir de sus miradas.

Por el momento no hubieran pasado de aquí las cosas. Discreta por temperamento, reconcentrada en sí misma, menos expansiva que su amiga, Juana hubiera respetado la reserva y el mutismo de Zoé, y ésta, no viéndose preguntada, se hubiera limitado á seguir en silencio. Su cólera hubiera abortado en vez de estallar; pero, desgraciadamente, la señorita Guérin, que pensaba siempre en su primo, tuvo la ocurrencia de decirle:

—Roberto me había prometido hacerme una visita antes de comer... ¿Cómo no habrá venido? ¿Estará indispuerto... enfermo?

—¡Indispuerto! ¡Enfermo!—dijo Zoé estallando.

V, pasando de la cólera á la ironía, repitió:

—¡Indispuerto! ¡Enfermo! ¡Él!...

Maravillada por estas palabras, y sobre todo por el tono con que las pronunciaba Zoé, Juana se acercó á su amiga y le dijo:

—¿Por qué te expresas en ese tono? ¿Por qué hablas de Roberto con esa animación?...

¿Qué te ha hecho?... ¿Qué le sucede?... ¿Tiene él la culpa de que te halles en ese estado?

—¿Qué estado?

—Mírate, pues—dijo la joven llevando á Zoé frente al espejo de la chimenea.

La señorita Lacassade no tuvo á bien contemplar su imagen. Comprendía que no se ha-

llaba en su estado ordinario, y por coquetería no quiso ver la alteración de sus facciones. En vez de continuar de pie delante de la chimenea, como Juana la había colocado, volvióse de espaldas bruscamente.

—¡Déjame en paz!... ¡déjame en paz!— dijo.— No se atormenta así á nadie, á nadie se le da tal tormento. No es lícito arrancar de ese modo á nadie sus secretos.

—¡Sus secretos!— dijo Juana.— ¿Conque tienes un secreto? ¡Secretos conmigo... con tu amiga, con tu hermana... con tu hija!

Y, cogiendo á Zoé por la cintura, apoyó su indio rostro en la cabeza de su amiga y fijó en ella una dulce mirada.

La señorita Lacassade intentó aún defenderse, marcharse... ¡Inútil trabajo! Cuando era dueña de sí misma, nunca sabía resistir á su niña mimada. ¿Cómo no sucumbir entonces, en aquel momento de efervescencia?

—Habla, mi querida Zoé— le dijo la joven con su más dulce y cariñoso acento.— ¿No hemos convenido que nos lo diríamos todo?... Nunca debe haber secretos entre nosotras, ni reticencias en nuestras palabras... Lo hemos jurado... ¿no te acuerdas?

—Sí, sí, me acuerdo— decía Zoé cada vez más débil.

—En primer lugar— continuó Juana,— te violenta el mostrarte conmigo tan reservada... Sufres porque no hablas... se está viendo... ¿De qué se trata?... No me ocultas una buena noticia, porque te hubieras apresurado á comunicármela. Se trata de algo que debe causarme

disgusto... ¡quién sabe si pesar!... No temas decírmelo. Estoy acostumbrada á sufrir.

Enternecida, conmovida en extremo, olvidando la promesa que había hecho, perdida la cabeza, Zoé cometió la imprudencia de pronunciar estas palabras:

—Aún puedes sufrir más.

Juana palideció, se llevó la mano al corazón, y dijo:

—¿Conque se trata de Roberto?

Y como Zoé, que había notado la falta cometida, callara, la joven exclamó:

—¡Oh! Has dicho demasiado para que no concluyas... Quiero saberlo... ¡lo quiero!...

Zoé comprendió que, en efecto, ya no podía callar. Además, ¿á qué resistir, á qué luchar más? ¿No llegaría un momento en que su secreto saldría á la superficie? Sin embargo, halló en el cariño que profesaba á Juana bastante presencia de ánimo y sangre fría para no estallar de golpe, para no ceder sino poco á poco, tratando con mimo á aquel corazón que iba á desgarrar. Habló primero de la señora de Bonville. Aunque Juana le invitaba á llegar pronto al final de su relato, extendióse en los primeros detalles de aquella visita, y sólo después de muchos rodeos abordó la parte interesante de la conversación, la concerniente á Matilde y Roberto. A las primeras palabras que sobre el particular dijo, Juana la interrumpió exclamando:

—¡Eso no es verdad!... ¡Eso no es verdad!... ¡Es una calumnia!

Zoé no insistió. No le disgustaba que las co-

sus tomaran aquel sesgo. Su secreto no le torturaba ya, acababa de entregarlo, y afortunadamente no causaba el efecto que temía. Juana tenía tanta fe en su primo, que se negaba á creerle culpable. Era justo.

Sin embargo, aun protestando, Juana reflexionaba. Si le hubiesen dicho: *Roberto de Meillant ha cometido una mala acción*, hubiera contestado, como acababa de hacerlo: *¡Es imposible, es falso!* Pero el amor es más miedoso que la amistad; admite lo que ésta rechaza. La duda y los celos han nacido del amor; á él pertenecen y de él dependen. La amistad cree; el amor teme.

Juana reflexionaba, pues, sobre la conducta de Roberto durante las últimas semanas, en su reserva para con ella, en sus visitas, cada vez más cortas y menos numerosas. Ya no se sentaba, como en otro tiempo, á su lado; ya no le hablaba, con sus manos entre las suyas, con los ojos fijos en sus ojos. Había notado todo esto y sufría por ello, sin comprender el motivo de aquella frialdad relativa. Ahora temía adivinarlo.

Entonces interrogó de nuevo á Zoé. Quiso conocer todos los detalles de aquella conversación con una extraña que tan al corriente parecía estar de los dichos y hechos del señor de Meillant, y Zoé, abrumada á preguntas, estrechada de cerca, sin fuerzas para resistir, y como Juana conmovida, dijo todo cuanto sabía.

Y dijo también cuanto había hecho. Le enteró de que quiso tener acto seguido una explicación con el señor de Meillant; de que había

ido á su casa, y el descubrimiento hecho con tal motivo, y de su encuentro con la marquesa de R..., que salía de casa de Roberto.

Zoé no hablaba ya á Juana Guérin; hablaba consigo sola. No hacía una confidencia, se entregaba á un á modo de aparte. Como antes, indignábase por su propia cuenta. Ella era la joven sacrificada, la abandonada novia, la víctima. Deshaciase en recriminaciones, en reproches, en injurias personales.

Por fin echó de ver que no estaba sola, que alguien la escuchaba; que, si ella sufría, también sufrían á su lado. En efecto, Juana, impasible hasta entonces, al menos en apariencia, que había enmudecido para saberlo todo, una vez enterada, deshaciase en llanto. Conmovía la desesperación de la niña crédula, amante, confiada en el porvenir, que veía de repente desvanecerse sus queridas ilusiones y cubrirse de nubes su hermoso cielo iluminado por el sol de la dicha. Era también una desesperación de criolla, ardiente, apasionada, celosa hasta el extremo.

Zoé Lacassade lamentó entonces haber hablado. Intentó primero tranquilizar á su amiga, consolarla. Cogiale una mano, estrechábala contra su pecho, besábale la frente, los ojos, las mejillas y los cabellos, y decía:

—¡No llores, no llores, te lo ruego! Me haces mucho daño.

Y, suplicándole que no llorase, lloraba ella más aún, y se lamentaba y retorcía los brazos. Luego, pasando del extremo dolor á la extrema cólera, la dirigió contra sí y empezó á injuriarse y á colmarse de invectivas.

—¡Imbécil!— se decía.—¡Torpe, picara habladora, que no sabe callarse nada! Me había prometido callar; había jurado no decir nada... y de corrido he dicho cuanto sabía, como una necia... Merecía que me cortaran la lengua... Verdad es que hace mucho tiempo que debían haberlo hecho, por las muchas majaderías que he dicho en mi vida... Pero no eran nada en comparación de ésta... No se puede ser más estúpida, no; es el colmo de la estupidez...

Así gritaba, furiosa, como si alguien protestara y la desmintiera.

Con su habitual viveza se interrumpió de pronto, se paseó por el salón, acercóse á Juana, se echó á sus pies y le dijo:

—¿Me perdonas?

Juana, algo más tranquila, le respondió:

—¿No hubiera sabido la verdad tarde ó temprano? ¡Ah! Ahora lo comprendo, lo veo claro... Hace mucho tiempo que no pensaba casarse conmigo. Algún día se hubiera visto obligado á decírmelo... Prefiero haberlo sabido por ti.

Al pronunciar estas palabras rompió á llorar de nuevo, y Zoé, que quería tranquilizarla á toda costa, no sabiendo ya lo que decía, replicó:

—Exageras; el señor de Meillant piensa aún casarse contigo, sólo que...

—Sólo que— continuó Juana— ama á otra.

—No— repuso Zoé.—¿Acaso es posible amar á esa especie de mujer?

—¿Por qué? La marquesa es muy hermosa.

—No vale tanto como tú.

—Vale más que yo, pues que me abandona por ella.

—Él volverá— dijo Zoé completamente fuera de sí.

Juana se había levantado y enjugado las lágrimas, y con la cabeza erguida, ademán altivo y breve acento exclamó:

—¿Dices que volverá?... Puede que se digne volver. En efecto, tienes razón... Se casaba conmigo de lástima... por consideración; cumplía con lo que creía su deber para con una pariente... una huérfana, y puede que aún quiera llenar ese deber. Me llevará á las colonias para hacerme su esposa, después de un año pasado en Francia en compañía...

Se interrumpió, hizo un gesto de desdén, y repuso, siempre erguida y altiva:

—¡No, no... yo no acepto eso! No quiero esa abnegación, ese sacrificio. Le devuelvo su palabra. Que marche sin mí. Me quedaré sola, sola... Mi hermoso sueño concluyó...

Un sollozo ahogó su voz; el dolor triunfaba de la arrogancia.

Zoé, que había experimentado los mismos sentimientos que su amiga y pasado por las mismas fases, esto es, de la desesperación al desdén, desesperóse de nuevo al mismo tiempo

que Juana y, como ésta, rompió también á llorar. Pero Juana no lloró mucho. La joven que hemos intentado describir al principio de este relato, resuelta, enérgica, la criolla ardiente, dispuesta siempre á tomar una decisión intrépida en la ejecución del concebido proyecto, acababa de despertar.

—¡No quiero verle más!... ¡no quiero verle más!—exclamó de repente.—Temeroso de causarme pena, me engaña, me miente. Quiero poder estimar aún al pariente y al amigo. Es preciso que no me encuentre más aquí.

—¿Cómo!—exclamó Zoé Lacassade.—¿Quieres marcharte?

—Sí, ahora mismo. Puede venir esta noche.

—¿Y adónde piensas ir?

—No lo sé; poco importa... Salgamos.

—En marcha, pues—dijo Zoé, tan resuelta como su amiga, enérgica como ella en las grandes circunstancias, criolla como ella y más que ella.

Levantóse y se encaminó á su cuarto.

—¿Adónde vas?—preguntó Juana.

—Voy á dar orden á Sofia de que prepare un saco de noche y un baúl.

—Sofia no está en casa—dijo Juana.—Cuando volvimos del cementerio, la envié á un recado bastante lejos.

—Debe estar de vuelta—replicó Zoé.—Hace un momento, cuando llorabas, oí ruido cerca de nosotras.

—Anda, pues.

Zoé abrió la puerta, entró en la piececita contigua al salón, y, como no encontraba allí

á Sofia Blanchard, la buscó por los demás aposentos de la casa. Volvió al poco rato diciendo:

—Tenías razón, no está en casa. ¡Pero es extraño! Juraría que habia alguien por aquí cerca de nosotras. Será sin duda algún vecino—añadió.—Las paredes de esta casa son poco gruesas... ¡Ah! ¿escribes?

—Sí—dijo Juana, que se había sentado delante de un pequeño escritorio.—No tengo valor para abandonarle sin prevenirle... Quiero devolverle su palabra, su libertad... La novia pudiera huir de él sin explicaciones; la pariente debe decirle *adiós*.

Y mientras Zoé salía á preparar la partida proyectada, Juana escribió:

Me ausento por algún tiempo de París, primo. Hoy he echado de ver que era un estorbo para vos... Recobrad vuestra libertad más completa... Consagrad vuestro tiempo á...

Detúvose y añadió:

A quien ha sabido conquistar vuestro cariño... Sólo me resta daros las gracias por todas las bondades que habéis tenido conmigo. Nunca las olvidaré, creedlo, y os quedaré por ello eternamente agradecida. Pero en este momento, por el respeto que os debo, por el que me debo á mí propia, es necesario que parta. Adios.

En el acto de firmar tuvo un momento de debilidad, hizo una concesión á su dolor, y añadió estas palabras:

Sufro, sufro mucho.

Luégo, sin dejar de sollozar, continuó escribiendo:

Tu prima, que te ama mucho.

Y firmó:

JUANA.

Cuando terminaba la carta, Zoé volvió á entrar.

—Todo está preparado—dijo.—He consultado además un itinerario del camino de hierro. Dentro de media hora sale un tren para el Havre. ¿Quieres que vayamos al Havre? Me parece que eso nos acercará á nuestro país.

—Vamos al Havre—dijo Juana desfallecida, respondiendo maquinalmente á la pregunta de su amiga.

Sofía Blanchard acababa de entrar. Zoé le participó que Juana y ella, cuya presencia en provincias era muy urgente, salían de París por algunos días. Encargábanle de la casa, y le anunciaban que le escribirían más tarde para darle instrucciones, si de ello había necesidad.

—¡Qué sola voy á estar!—dijo Sofía con tristeza.

Pidió permiso para acompañar á sus señoras hasta el camino de hierro, y se lo concedieron; pero Juana le rogó que no tardara en volver, para que entregase al señor de Meillant, si iba por la noche, una carta que había dejado en la mesa del salón.

Después salieron las tres de la casa. Juana echó una larga mirada á aquel salón en donde se había creído amada y en donde había amado con toda su alma.

XXXVII

A eso de las nueve de la noche, Roberto de Meillant llamó á la puerta de la casa de su prima. Sofía Blanchard, fiel á la consigna que había recibido, abrió.

—Buenas noches, mi buena Sofía—dijo Roberto, que se dirigió al salón en donde le recibían generalmente.

Pero Sofía le detuvo con estas palabras:

—No están las señoras, caballero.

—¡Hola! ¿Pues adónde han ido? Sin duda de compras—dijo jovialmente.—No tardarán en volver. Voy á esperarlas.

Sofía le miraba atónita, conmovida, sin poder darse cuenta exacta de la situación.

—¿Pero el señor no sabe?...—dijo.

—¿El qué?

—Que las señoras están de viaje.

—¿De viaje?... ¡Sin prevenírmelo! ¡De viaje!—repitió. ¿Qué viaje tendrán que hacer? Debéis estar equivocada, Sofía.

—¡No, señor!—contestó toda trémula viéndole palidecer.

—¿Y cuándo volverán? ¿Tal vez mañana?

—No, creo que no—baluceó Sofía.—Estarán ausentes mucho más tiempo.

—¿No me han escrito? ¿No han dejado una esquila para mí?

Luégo, sin dejar de sollozar, continuó escribiendo:

Tu prima, que te ama mucho.

Y firmó:

JUANA.

Cuando terminaba la carta, Zoé volvió á entrar.

—Todo está preparado—dijo.—He consultado además un itinerario del camino de hierro. Dentro de media hora sale un tren para el Havre. ¿Quieres que vayamos al Havre? Me parece que eso nos acercará á nuestro país.

—Vamos al Havre—dijo Juana desfallecida, respondiendo maquinalmente á la pregunta de su amiga.

Sofía Blanchard acababa de entrar. Zoé le participó que Juana y ella, cuya presencia en provincias era muy urgente, salían de París por algunos días. Encargábanle de la casa, y le anunciaban que le escribirían más tarde para darle instrucciones, si de ello había necesidad.

—¡Qué sola voy á estar!—dijo Sofía con tristeza.

Pidió permiso para acompañar á sus señoras hasta el camino de hierro, y se lo concedieron; pero Juana le rogó que no tardara en volver, para que entregase al señor de Meillant, si iba por la noche, una carta que había dejado en la mesa del salón.

Después salieron las tres de la casa. Juana echó una larga mirada á aquel salón en donde se había creído amada y en donde había amado con toda su alma.

XXXVII

A eso de las nueve de la noche, Roberto de Meillant llamó á la puerta de la casa de su prima. Sofía Blanchard, fiel á la consigna que había recibido, abrió.

—Buenas noches, mi buena Sofía—dijo Roberto, que se dirigió al salón en donde le recibían generalmente.

Pero Sofía le detuvo con estas palabras:

—No están las señoras, caballero.

—¡Hola! ¿Pues adónde han ido? Sin duda de compras—dijo jovialmente.—No tardarán en volver. Voy á esperarlas.

Sofía le miraba atónita, conmovida, sin poder darse cuenta exacta de la situación.

—¿Pero el señor no sabe?...—dijo.

—¿El qué?

—Que las señoras están de viaje.

—¿De viaje?... ¡Sin prevenírmelo! ¡De viaje!—repitió. ¿Qué viaje tendrán que hacer? Debéis estar equivocada, Sofía.

—¡No, señor!—contestó toda trémula viéndole palidecer.

—¿Y cuándo volverán? ¿Tal vez mañana?

—No, creo que no—baluceó Sofía.—Estarán ausentes mucho más tiempo.

—¿No me han escrito? ¿No han dejado una esquila para mí?

—¡Ah! Si, por cierto, señor; sí, por cierto. Tan turbada estaba, que había olvidado la carta. Entró en el salón para buscarla. Roberto la siguió, cogió la carta que estaba sobre la mesa, rompió precipitadamente el sobre, y á la luz de una bujía que Sofia colocó junto á él leyó estas palabras:

Pídeos perdón, Roberto, por el dolor que voy á causaros. Sé que cometo una gran falta para con vos, que siempre habéis sido bueno para mí... Tal vez debiera engañaros por más tiempo, pero no tengo valor para ello... Querido primo, no soy digna de vuestras bondades ni de vuestro amor... Olvidadme y dejad que se cumpla mi destino... Puede que éste hubiera sido más hermoso á vuestro lado... Pero ¿quién es dueño de su corazón? Adios, no me volvéis á ver jamás...

JUANA GUÉRIN.

—Os equivocáis—dijo Roberto de Meillant á Sofia Blanchard después de haber leído la carta que halló en la mesa del salón;—esta carta no puede ser para mí.

—Dispensadme, señor—dijo Sofia.—La señorita me dijo: *Entregaréis esta carta á mi primo, si viene esta noche.*

Y al mismo tiempo presentaba á Roberto los pedazos del sobre que había roto, y en los cuales se leían aún con claridad estas palabras: *Señor Roberto de Meillant.*

Miró largo tiempo la letra: era de Juana. Entonces volvió á leer la carta; tal vez no la

había comprendido. De pronto palideció horriblemente. Un temblor nervioso hizo agitarse el papel que tenía entre sus dedos. No podía equivocarse: las líneas trazadas en aquella hoja eran muy claras.

No soy digna de vuestras bondades ni de vuestro amor... Olvidadme y dejad que se cumpla mi destino... Puede que éste hubiera sido más hermoso á vuestro lado... Pero ¿quién es dueño de su corazón?

¡Y era Juana quien había escrito aquello!... ¡Juana, su prometida!... ¡Juana, á quien iba á decir aquella noche: *Lo he preparado todo para nuestro matrimonio. Los documentos que esperaba han llegado de las colonias. Se celebrará cuando queráis. No os hablaba de ello, á fin de dejaros entregada por entero á los recuerdos que en vos despertaba el próximo aniversario de la muerte de vuestro padre. Pero ahora os suplico que fijéis la fecha de nuestra unión.*

Si ella sentía deseos, por respeto al muerto tan llorado, de retardar su fiesta conyugal, pensaba él demostrarle, con la delicadeza posible, que no podía vivir más tiempo así, como hermano, al lado de aquella á quien amaba ardientemente, con todas las fuerzas de su juventud, con el ímpetu de su primer amor. Sufría al contemplarla, al admirarla, por no poder estrecharla entre sus brazos y apretarla contra el corazón. Y tanto era su sufrimiento por semejante contrariedad, por aquella reserva, por aquella abstinencia impuesta por el

deber y la honradez, que hacía ya algunas semanas que se resignaba á verla con menos frecuencia, y, cuando la veía, á sentarse lejos de ella. Estó era lo que iba á decirle, de tal modo la amaba. ¡Y ya no estaba allí!... Y le había dejado, al marcharse, aquella carta... aquella infame carta... en que tan brutalmente se desengañaba al hombre á quien la víspera se sonreía y recibía alegremente.

Además, no le bastaba decir: *Me he equivocado... Era una niña... sólo os profeso un cariño de prima, de pariente. Me voy, á fin de que podáis olvidarme más fácilmente.* No, esto no le bastaba; dábale á entender, además, que amaba á otro. ¡A otro! ¿Quién sería? ¿Dónde le había encontrado, dónde le había visto, cómo había empezado á amarle?

De repente, abandonando el sitio que ocupaba delante de la mesa, se levantó, empezó á pasear por el salón, sin cuidarse para nada de Sofía Blanchard, que se había retirado á un lado y le miraba con tristeza.

Varios recuerdos surgieron á la vez de su memoria. Recordó que Juana no había abandonado contenta, y sí sólo porque era demasiado pequeño, su antiguo cuarto de la calle de Helder. Habían despedido á Zoé Lacassade. Asombrado por aquel proceder, Roberto fué á pedir explicaciones al propietario, y éste, que al principio se negaba á darlas, forzado por sus preguntas, concluyó por decir que estaba decidido á no alquilar sus habitaciones más que á matrimonios; que no quería más mujeres que vivieran solas y expuestas á recibir demasiadas

visitas. Roberto, pensando que se trataba de sus idas y venidas, demasiado frecuentes tal vez, y creyendo inútil luchar con un propietario porfiado y encastillado en su derecho, pasó por la despedida sin más protesta y sin conceder al hecho ninguna importancia.

Recordaba también algunas frases dichas delante de él por personas que le conocían; frases de doble significación, frases ambiguas. No había reparado en ellas, creyendo que se trataba de Zoé Lacassade, cuyas maneras y excenticidades podían alimentar ciertas susceptibilidades sociales. Mas ¿se trataba de Juana Guérin? ¿Habían notado otros lo que él no podía ver, dada su confianza y amorosa ceguera?

Finalmente, un antiguo amigo de su familia, al cual participó el día anterior sus proyectos matrimoniales, le había dicho:—*¡Ah! ¿Conque decididamente os casáis con la señorita Guérin?... ¡Mirad lo que hacéis!—¿Por qué?—* se apresuró á contestarle...—*Es demasiado joven para vos... Reflexionad...*—Y no había reflexionado, y de seguro hubiera olvidado tales palabras, semejante consejo, á no ser por la carta que acababa de recibir.

Sin embargo, no creía en aquella carta, ¡no! Juana no podía haberla escrito... Ó bien, al escribirla, había obedecido á alguna sugestión, á alguna influencia misteriosa, á algo incomprensible.

Se sentó de nuevo á la mesa, y, sacando de su cartera la carta que Juana le escribió anunciándole la muerte de su padre, la colocó junto á la nueva para comparar la letra de las dos.

Eran semejantes; no podía negarlo. Sin embargo, las letras de la segunda eran más finas y estaban más separadas que las otras. Había concordancia casi completa, similitud punto menos que perfecta; pero parecía que se trataba de una hábil imitación y que la segunda carta era obra de un falsario.

Brillaron sus ojos de alegría, mas por breve espacio de tiempo.

¿No había entregado Juana aquella carta á Sofia Blanchard? Interrogó nuevamente á la criada, que permanecía silenciosa é inmóvil.

—¿Ha sido mi prima quien os ha confiado esta carta?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y os ha encargado que me la dierais cuando viniese?

—Sí, señor. La señorita me ha recomendado hasta con insistencia que estuviera en casa para recibirlos.

—¿Por qué os ha hecho esa recomendación? ¿Teníais que salir?

—Sí; pedí permiso á las señoras para acompañarlas á la estación.

—¿Las habéis acompañado?

—Sí.

—¿A qué estación?

—A la del Havre.

—¿Salían para el Havre? ¿Las habéis visto tomar los billetes?

—Sí, señor, y yo misma facturé sus equipajes.

Dudó por un momento; luego, tras un violento esfuerzo, dijo bruscamente:

—¿Iban solas?

—Sí—murmuró Sofia.

—Habéis tardado en responderme. ¿Por qué ha sido?

—No, señor, os lo aseguro: las señoras iban solas.

—Está bien—dijo Roberto fijando en ella sus ojos, en que se leía la duda.

Creía que no se atrevían á decirle la verdad por el temor de causarle pena. Después repuso:

—¿A qué hora se fueron?

—Cerca de las siete.

—En efecto—se dijo,—el expreso del Havre sale á las seis y cincuenta y cinco.

Y continuando su interrogatorio añadió:

—¿Volvisteis á casa inmediatamente después de su marcha?

—Algunos minutos después; el tiempo necesario para venir desde la estación del Oeste hasta aquí.

—¿No puede haber entrado nadie en este aposento durante vuestra ausencia?

—Nadie; tenía yo las llaves.

Roberto calló, comprendiendo que sería una locura continuar dudando. Se levantó y ya se iba, cuando de repente, arrastrado por un impulso irresistible, obedeciendo á alguna influencia imperiosa, cogió la bujía que estaba sobre la mesa y se dirigió precipitadamente al cuarto de Juana.

¿Quería ver por última vez el aposento de su amada, aquella habitación casta y tranquila donde ella le había recibido tantas veces, ó bien pensaba encontrar allí alguna otra

carta, algún objeto que le diera nueva luz, que le tranquilizara, que le consolara acaso?

Aquel aposento estaba desordenado: los muebles, los cajones abiertos de prisa para llenar un baúl, no habían sido cerrados. Todo atestiguaba lo precipitado de la partida.

En una mesita de costura, revueltas con pedacitos de tela, hallábanse algunas cartas abiertas y sin duda olvidadas. Fijóse en ellas la atención de Roberto. Acercóse con la luz en la mano y las miró. Abiertas como estaban sobre la mesa, parecían como provocarle á que las leyera.

Por un momento resistió á la tentación: después, pálido, temblando como un malhechor, se inclinó sobre la mesa y leyó de arriba á abajo sin tocar el papel.

Era una calurosa carta de amor dirigida á Juana. Le recordaban en ella varios hechos: un encuentro, varias citas, promesas recíprocas, confesiones, compromisos para el porvenir... Le suplicaban que tomara una determinación, que no luchase más, que no sacrificase un amor verdadero á una amistad de la infancia, respetable sin duda, pero insuficiente para hacerla feliz. Hacíanle además mil apasionados juramentos, y le decían que todo estaba preparado para una partida inmediata.

—¡Ah! —exclamó Roberto. — ¡Esta carta es la que le ha decidido!

No quiso terminarla ni leer las demás, y pasando por delante de Sofia Blanchard, que le esperaba en el dintel de la puerta, dijo:

—¡Adiós, adiós! ¡Ya no volveré nunca aquí!

XXXVIII

Ya en la calle, Roberto de Meillant tomó por la izquierda y echó á andar á largos pasos, sin volverse y sin mirar. No se alejaba de la casa de su prometida; huía de ella como se huye de una ciudad incendiada. Por lo demás, caminaba maquinalmente. No se decía: *Quiero que un largo espacio me separe de los sitios que ella habitó; quiero poner un gran vacío entre ella y yo.* No, no se decía nada de esto. Hallábase incapaz de formular un razonamiento. Huía de su mente el pensamiento, á la manera que él huía de la casa de Juana.

Sin embargo, hablaba al andar. Como los locos, repetía siempre las mismas palabras: *¡Ella... ella! Juana... Me ha engañado... ¡Ha huído con otro!*

Y aún era una dicha para él que su pensamiento se mostrara tan rebelde y tan ciega su inteligencia. Sufría menos; mucho menos que si se hubiera hallado en toda la plenitud de su inteligencia; que si el pasado, con su hermoso séquito de risueños recuerdos, se le hubiera aparecido con claridad. ¡Qué dolor, en efecto, representársela tal cual había sido para volverla á hallar tal cual era!

Y andaba, y andaba de prisa, quitándose de cuando en cuando el sombrero para que el aire

carta, algún objeto que le diera nueva luz, que le tranquilizara, que le consolara acaso?

Aquel aposento estaba desordenado: los muebles, los cajones abiertos de prisa para llenar un baúl, no habían sido cerrados. Todo atestiguaba lo precipitado de la partida.

En una mesita de costura, revueltas con pedacitos de tela, hallábanse algunas cartas abiertas y sin duda olvidadas. Fijóse en ellas la atención de Roberto. Acercóse con la luz en la mano y las miró. Abiertas como estaban sobre la mesa, parecían como provocarle á que las leyera.

Por un momento resistió á la tentación: después, pálido, temblando como un malhechor, se inclinó sobre la mesa y leyó de arriba á abajo sin tocar el papel.

Era una calurosa carta de amor dirigida á Juana. Le recordaban en ella varios hechos: un encuentro, varias citas, promesas recíprocas, confesiones, compromisos para el porvenir... Le suplicaban que tomara una determinación, que no luchase más, que no sacrificase un amor verdadero á una amistad de la infancia, respetable sin duda, pero insuficiente para hacerla feliz. Hacíanle además mil apasionados juramentos, y le decían que todo estaba preparado para una partida inmediata.

—¡Ah! —exclamó Roberto. — ¡Esta carta es la que le ha decidido!

No quiso terminarla ni leer las demás, y pasando por delante de Sofia Blanchard, que le esperaba en el dintel de la puerta, dijo:

—¡Adiós, adiós! ¡Ya no volveré nunca aquí!

XXXVIII

Ya en la calle, Roberto de Meillant tomó por la izquierda y echó á andar á largos pasos, sin volverse y sin mirar. No se alejaba de la casa de su prometida; huía de ella como se huye de una ciudad incendiada. Por lo demás, caminaba maquinalmente. No se decía: *Quiero que un largo espacio me separe de los sitios que ella habitó; quiero poner un gran vacío entre ella y yo.* No, no se decía nada de esto. Hallábase incapaz de formular un razonamiento. Huía de su mente el pensamiento, á la manera que él huía de la casa de Juana.

Sin embargo, hablaba al andar. Como los locos, repetía siempre las mismas palabras: *¡Ella... ella! Juana... Me ha engañado... ¡Ha huído con otro!*

Y aún era una dicha para él que su pensamiento se mostrara tan rebelde y tan ciega su inteligencia. Sufría menos; mucho menos que si se hubiera hallado en toda la plenitud de su inteligencia; que si el pasado, con su hermoso séquito de risueños recuerdos, se le hubiera aparecido con claridad. ¡Qué dolor, en efecto, representársela tal cual había sido para volverla á hallar tal cual era!

Y andaba, y andaba de prisa, quitándose de cuando en cuando el sombrero para que el aire

acariciara su ardorosa frente y la refrescase.

Y de esta suerte, con rápido paso, recorrió la calle de Saint Lazare, pasó por delante del cuartel de la Pépinière, atravesó la plaza, rozó la reja de San Agustín y penetró en el boulevard Malesherbes. Aunque la cuesta es bastante empinada en aquel sitio, no moderó su marcha. Hubiera ascendido una montaña con el mismo paso febril.

Eran cerca de las once de la noche, y los escasos transeuntes que le encontraban decían, al verle correr de aquella manera, con la cabeza descubierta y hablando sólo: *¡Es un loco!*, y se echaban á un lado, cuidando no tropezar con él.

A la altura de la calle de Monceau fué visto y conocido por el marqués de R...

Lorenzo, después de haber pasado la noche en su hotel, y á consecuencia de una escena violenta con Matilde (pues el matrimonio andaba muy revuelto hacia algún tiempo), acababa de salir para tomar el aire y reponerse de sus emociones. Hallábase, poco más ó menos, en la misma disposición de ánimo que Roberto: siempre locamente enamorado de una mujer que ahora parecía cansada de él, desdeñando su amor. No conocía la verdadera causa de aquella frialdad tan manifiesta. Sospechaba fuese algún amor misterioso, pero no podía dar con la prueba, ni hecho alguno confirmaba sus temores.

Al principio del invierno, la marquesa de R..., de acuerdo con su marido, pensaba dar comedias y saraos. Abrió, en efecto, sus salones, y

el apresuramiento que cierta sociedad parisién, de relaciones fáciles cuando se trata de placeres, mostró en acudir á su casa, debiera haberle hecho perseverar en su propósito. Pero declaró bruscamente á Lorenzo que aquella vida mundana y ruidosa le disgustaba, y que quería vivir con menos ruido. Lorenzo se plegó á aquel capricho, como se plegaba á todos los demás, porque Matilde le dominaba, le dirigía por los sentidos, y hubiera opuesto á sus resistencias otras resistencias que le hubieran desesperado. Vivía ésta, pues, á su gusto, recibiendo apenas las visitas de sus antiguos amigos de otros tiempos, y saliendo todas las tardes con grande naturalidad á diferentes horas, sin que sus ausencias pudieran dar lugar á la menor observación.

Sin embargo, deseoso de conocer en qué empleaba el tiempo, habíala seguido Lorenzo varias veces, y siempre inútilmente. Matilde se había limitado, en aquellos días de espionaje, á dar un paseo por el bosque ó á hacer algunas compras en los almacenes de París. Cerciorábase Lorenzo de su completa inocencia, olvidando que, en el tiempo de sus amores ocultos ó de sus misteriosas citas con su padre, Matilde había sido aleccionada por él y por Simonnet á sustraerse á las miradas curiosas y á despistar á los espías.

Al encontrarse de repente con Roberto de Meillant en su barrio, delante de su calle, á las once de la noche, Lorenzo concibió una sospecha. Ya sabemos que, sin justo motivo, sus celos se habían fijado siempre en Roberto.

Por instinto desconfiaba de él. Por intuición temíale en lo que concernía á Matilde... amorosamente, como le temía bajo el punto de vista de su pasado... criminalmente.

Empezó en su consecuencia á seguirle de lejos con la vista, pues no hubiera sido fácil en aquel momento seguir de otro modo á Roberto con el paso que llevaba.

El señor de Meillant pasó por delante de la calle Monceau sin volverse, como si no supiera que semejante calle estuviera allí, á su lado, y que en ella vivía Matilde.

Tal vez era Roberto, para el marqués, un hombre hábil y práctico en toda clase de astucias: el marqués de R... creía sencillamente en los subterfugios de todo el mundo. Por un momento pudo creer que no se equivocaba. En efecto, Roberto, llegado que hubo á la altura del parque Monceau, se volvió bruscamente.

Lorenzo se echó á un lado y se detuvo delante de una puerta, como si esperara á que abrieran. La precaución era inútil; el señor de Meillant no le vió siquiera. Pasó con la misma rapidez, sin echar una mirada á la calle Monceau, y se perdió á lo lejos.

Lorenzo, tranquilizado, volvió á su hotel, en donde vió que se hallaba Matilde.

No sin motivo deshacía Roberto su camino; su precipitada caminata al aire libre, la obscuridad, el silencio de la noche, refrescaron su sangre, calmaron su agitación. Ahora tenía conciencia de su situación. Sentía el golpe que le había herido y razonaba con serenidad.

Juana no le amaba ya... Tal vez no le había

amado nunca... Amaba á otro... Había huído con otro... La niña adorada, la mujer por él elegida, su novia, la que debía ser la compañera de su vida, había muerto. Pero su pariente, la prima, la niña por quien había prometido velar, la huérfana de quien se había constituido protector, existía siempre. ¿Debia abandonarla á sí propia, dejarla que se entregara en cuerpo y alma á algún seductor, quién sabe si miserable intrigante? ¿No debía, si aún era tiempo, impedir que se cometiera una falta irreparable? El novio no tenía por qué mezclarse en sus nuevos amores; pero el hombre honrado podía y aun debía aconsejarla, defenderla contra ella misma, mostrarle la profundidad del abismo en que iba á precipitarse airadamente.

Y de esta suerte, siempre enamorado, pues no hubiera podido arrancarse por algunos instantes de su corazón un sentimiento que por tanto tiempo le había hecho latir, para continuar ocupándose de ella, para volverla á ver tal vez, intentaba persuadirse de que tenía que cumplir un deber. El amante se ocultaba tras el pariente, pero en realidad siempre era el amante quien obraba.

El señor de Meillant se detuvo junto á un farol para mirar la hora que señalaba su reloj. Eran las once y cuarto.

Nadie le impedía tomar el tren de las doce y diez para el Havre y llegar á aquella ciudad á primera hora, antes de que Juana, si continuaba su camino, saliera de aquella ciudad.

¿Pero había ido realmente al Havre? ¿Cómo

no había intentado ocultar la dirección que pensaba tomar?

Antes de seguir aquel camino, debía asegurarse de que ella lo hubiera tomado. Debía también enterarse de si había salido sola con Zoé Lacassade, ó si la acompañaba alguien. Cuando interrogó á Sofia Blanchard sobre el particular, notó que ésta titubeaba al responderle, y que parecía ocultarle algo. Preguntarle de nuevo le pareció inútil.

Era además muy tarde para ir á la calle de Châteaudun, y no se sentía con fuerzas para volver á entrar en aquella casa en donde su ídolo no estaba ya. Pensó que podría obtener algunos datos en la estación del Oeste, tomó un coche y á ella se encaminó.

Uno de los empleados que están junto al ventanillo del despacho á la hora de las salidas, para ayudar á los viajeros á sacar los billetes, pasó junto al señor de Meillant en el momento que éste bajaba del coche. Roberto se dirigió á él y le rogó que le indicase aquel de entre sus colegas que hubiese estado de servicio en la salida de las seis y cincuenta y cinco.

—¿En el expreso del Havre?—dijo el empleado.

—Justamente.

—Era yo, caballero.

—Entonces voy á pedirlos algunos datos. Había dado cita á mi hermana y á una de sus amigas para tomar con ellas el expreso del Havre... Un asunto importante me ha impedido acudir á tiempo, y quisiera saber si, á pesar de mi ausencia, se han puesto en camino á la hora

indicada... Si os hago algunas observaciones, ¿creéis poder recordarlo?

—Sí, señor; esta noche no había más que unos diez viajeros con destino al Havre.

—Mi hermana—repuso Roberto—tiene diez y ocho años, es bastante alta y muy morena. Su amiga es pequeñita, tiene el pelo rizado y se la toma generalmente por extranjera.

—Me acuerdo muy bien de esas dos señoras—respondió el empleado;—han pedido billetes para el Havre y las he visto subir las escaleras de las salas de espera.

—Mil gracias. Pero, por si acaso os hubierais equivocado, otro pequeño detalle, si lo tenéis á bien. Esas señoras debían ir acompañadas de uno de nuestros parientes. ¿Le habéis visto con ellas?

—No; estaban solas.

Otro empleado que se había aproximado, y que escuchó las últimas palabras, se mezcló en la conversación y dijo:

—Esas señoras estaban solas, en efecto, cuando tomaron los billetes; pero, apenas se fueron, llegó al despacho un jovencito, pidió un billete de primera para el Havre y corrió tras ellas por la escalera de las salas de espera.

—Os doy mil gracias, caballero—dijo Roberto muy pálido, pero tranquilo.—Sólo me resta rogaros, siempre para evitar un error, que tengáis la bondad de darme las señas del joven de que se trata.

El empleado reflexionó un momento y respondió:

—Es muy bajo para hombre. Aparenta unos

veinticinco años; no lleva patillas ni barba, sino un bigotito negro. Es un joven muy guapo, aunque parece una niña.

—Es precisamente el retrato de mi pariente—dijo para disimular Roberto de Meillant.—Os lo agradezco en extremo; me habéis prestado un verdadero servicio.

Estos datos confirmaban las sospechas de Roberto: la persona cuyas señas acababan de darle, debía ser el firmante de la carta hallada en el cuarto de Juana Guérin. Los dos jóvenes no se habían atrevido á marcharse juntos ostensiblemente, pero se habían unido en el tren y hacían el viaje como si la casualidad les hubiera reunido.

Así que se despidió de los empleados, el señor de Meillant volvió al coche que le llevó á la calle de Amsterdam. Cambió de traje, metió revueltos algunos objetos en un saco de noche, cogió dinero, previno que estaría ausente veinticuatro horas, y volvió sin más tardar á la estación del Oeste. Daban las doce cuando llegó. Tomó un billete para el Havre y se fué.

Mientras que las personas reunidas con él en el departamento de los fumadores hacían sus preparativos para pasar la noche lo más cómodamente posible, se instaló en un rincón, encendió un cigarrillo y reflexionó:

¡Quién sería, pues, el misterioso compañero de Juana! ¿Cómo no le había encontrado nunca en su casa? ¿Cómo ningún detalle, ninguna frase, ninguna palabra habían revelado nunca su existencia?

Mas, aun admitiendo que una jovencilla

inexperta, de imaginación viva, exaltada por las desgracias que le habían acaecido, hubiera cometido la falta de escuchar ardorosas protestas, de dejarse conmover por una correspondencia hábil, ¿cómo su amiga le había prestado su concurso en aquella intriga? Zoé Lacassade era una excéntrica, una loca, pero siempre había gozado en las colonias reputación de muchacha honrada.

Refíanse de sus ridiculeces, pero cuantos la conocían teníanla en mucha estima. Y de repente rompía con su pasado, hacia traición al mandato que se había impuesto, dejaba de velar por Juana, de quien era á la vez, como decía sonriente, aya, amiga, hermana y madre. ¿La habían también engañado? ¿Ignoraría las relaciones de Juana y creería hacer con su discípula un simple viaje, que también lo haría, por casualidad, un compañero de excursión, un desconocido?

Ahora que reflexionaba con más tranquilidad, Roberto se decía que había en todo aquello extremos incomprensibles, y que era preciso ponerlos en claro antes de emitir juicio. Pero, cuando abrigaba alguna esperanza, veíase obligado á reconocer que Juana le había escrito, y que Juana huía, sin temor á dejarle solo y desesperado.

A estos últimos pensamientos añadía otras reflexiones. Si encontraba en el Havre á Juana Guérin, ¿cuál debía ser su conducta? ¿La conduciría de nuevo á París? ¿La separaría de su compañero de viaje? ¿Con qué derecho? ¿Qué autoridad tenía sobre ella?

Juana no dependía de nadie. Sólo un tutor, á falta de los padres, hubiera podido imponerle su voluntad; pero como debía casarse en término perentorio con Roberto, y el matrimonio emancipa á la mujer, no se nombró consejo de familia ni tutor. El señor de Meillant no podía pensar, pues, en ejercer sobre su prima más que una influencia moral.

¡Pero el otro, el compañero de viaje, el seductor!... ¡Ah! ¡El tal!...

Y se detenía, y mandaba á su pensamiento que no siguiera adelante. Temía dejarse dominar por los celos. Quería que la novia desapareciera ante el pariente, ante el jefe de la familia.

A las cinco y media de la mañana llegó al Havre. Conocía perfectamente aquella ciudad, que había habitado por espacio de algunos días en dos ocasiones, algunos meses antes y cuando su primer viaje á Francia.

Así es que mandó le llevaran á los hoteles en donde Juana Guérin podía haberse alojado.

En la calle de París, en el hotel de Inglaterra, le respondieron que la víspera no había llegado ningún viajero en el expreso salido de París á las seis y cincuenta y cinco.

Dirigióse á los hoteles de Normandía y de Burdeos, sitios en la misma calle, y obtuvo igual respuesta.

Se encaminó á los muelles, en donde están los hoteles preferidos por los parisienses, deseosos de ver á lo lejos el mar y seguir el movimiento de los buques en la rada.

Las señas que le dieron de varios viajeros

llegados el día anterior no podían aplicarse á las personas que buscaba.

Más feliz en su antiguo hotel del Almirantazgo, en donde, como se recordará, hizo entrar en otro tiempo á la marquesa de R... después de su accidente en el coche, reconocieronle y se apresuraron á contestar á sus preguntas.

En breve supo que dos señoras, cuyas señas respondían á las de Juana Guérin y Zoé Lacassade, habían llegado la víspera á media noche. Pidieron dos cuartos, que ocuparon en efecto.

—Pero esas señoras no iban solas—dijo Roberto;—viajaban con uno de mis parientes, encargado de acompañarlas.

—Eso debe ser—dijo la directora del hotel, á quien se había dirigido el señor de Meillant.

—¿Qué entendéis por esas palabras, señora?—preguntó.

—A penas esas señoras tomaron posesión de sus aposentos, un joven bajó de un coche que se paró á nuestra puerta; me preguntó si acababa de recibir á dos viajeras, y, como le respondiera afirmativamente, me rogó le diera alojamiento.

—¿Y se lo disteis?

—Sí, en el pabellón.

—Veamos, pues. El joven de quien os hablo, mi pariente, tendrá unos veinticinco años. Es bajito, y lleva bigote fino y negro... ¿Es ese mismo?

—En efecto, caballero; y añadiré, si me lo permitís, que es de rostro algo afeminado y de tez sonrosada. En el Havre nos fijamos en eso,

porque nuestros jóvenes generalmente están curtidos por el aire del mar.

—Os doy gracias por ese detalle, que desvanece todas mis dudas... Son las siete—añadió consultando su reloj;—esperaré una hora y me anunciaréis á esas señoras.

—No las encontraréis, caballero.

—¡Cómo! —dijo Roberto palideciendo.— ¿Se han ido ya?

—Ruégoos me dispenséis por no habérselo dicho antes... Me habéis hecho varias preguntas á las que he creído debía contestar desde luego.

—¡Ah! ¿Conque se han ido?—repitió.

Y, á pesar de sus esfuerzos por permanecer tranquilo, su voz temblaba.

—¿A qué hora se fueron?—añadió.

—Apenas hace media hora.

—¿No os han dicho adónde iban?—preguntó violentándose.

—No han necesitado decírmelo. Se embarcaron enfrente de casa.

—¡Ah! ¿Se embarcaron! ¿Para dónde?

—Para Inglaterra.

—¡Cómo! ¿Para Inglaterra? El vapor que hace el servicio del Havre á Southampton sale todos los días á las tres de la tarde, si mis recuerdos no me engañan.

—En efecto, caballero, decís verdad, pero la salida de ayer no pudo verificarse por causa de una avería, y el vapor ha zarpado esta mañana.

—¡Cómo! ¿Conocían esas señoras ese retraso y lo han aprovechado?

—No lo conocían. Creo, además, que anoche, al llegar, no tenían intención de ir á Inglaterra; pero han salido muy temprano á pasear por el muelle: el tiempo era hermoso, estaba el mar tranquilo, y sin duda no han podido resistir á la tentación de hacer ese viaje... Por algunas palabras que les oí, comprendí que el mar no les asustaba y estaban acostumbradas á él.

—En efecto—dijo Roberto.—Espero—añadió haciendo un esfuerzo para no hacer visible su emoción—que mi pariente no las habrá abandonado.

—No, caballero, no. Se ha unido á ellas en el momento en que el vapor se disponía á desatracar, y han marchado juntos.

Roberto dió las gracias á la fondista por sus noticias, estuvo breve rato en el aposento que le habían preparado, almorzó ligeramente, y, después de consultar un indicador, mandó que le llevaran al camino de hierro.

XXXIX

No era con objeto de volver á París por lo que Roberto de Meillant se dirigía á la estación. Había, por el contrario, resuelto continuar su marcha y no economizar nada para reunirse con Juana Guérin.

Quizás debió haber seguido el camino que

porque nuestros jóvenes generalmente están curtidos por el aire del mar.

—Os doy gracias por ese detalle, que desvanece todas mis dudas... Son las siete—añadió consultando su reloj;—esperaré una hora y me anunciaréis á esas señoras.

—No las encontraréis, caballero.

—¡Cómo! —dijo Roberto palideciendo.— ¿Se han ido ya?

—Ruégoos me dispenséis por no habérselo dicho antes... Me habéis hecho varias preguntas á las que he creído debía contestar desde luego.

—¡Ah! ¿Conque se han ido?—repitió.

Y, á pesar de sus esfuerzos por permanecer tranquilo, su voz temblaba.

—¿A qué hora se fueron?—añadió.

—Apenas hace media hora.

—¿No os han dicho adónde iban?—preguntó violentándose.

—No han necesitado decírmelo. Se embarcaron enfrente de casa.

—¡Ah! ¿Se embarcaron! ¿Para dónde?

—Para Inglaterra.

—¡Cómo! ¿Para Inglaterra? El vapor que hace el servicio del Havre á Southampton sale todos los días á las tres de la tarde, si mis recuerdos no me engañan.

—En efecto, caballero, decís verdad, pero la salida de ayer no pudo verificarse por causa de una avería, y el vapor ha zarpado esta mañana.

—¡Cómo! ¿Conocían esas señoras ese retraso y lo han aprovechado?

—No lo conocían. Creo, además, que anoche, al llegar, no tenían intención de ir á Inglaterra; pero han salido muy temprano á pasear por el muelle: el tiempo era hermoso, estaba el mar tranquilo, y sin duda no han podido resistir á la tentación de hacer ese viaje... Por algunas palabras que les oí, comprendí que el mar no les asustaba y estaban acostumbradas á él.

—En efecto—dijo Roberto.—Espero—añadió haciendo un esfuerzo para no hacer visible su emoción—que mi pariente no las habrá abandonado.

—No, caballero, no. Se ha unido á ellas en el momento en que el vapor se disponía á desatracar, y han marchado juntos.

Roberto dió las gracias á la fondista por sus noticias, estuvo breve rato en el aposento que le habían preparado, almorzó ligeramente, y, después de consultar un indicador, mandó que le llevaran al camino de hierro.

XXXIX

No era con objeto de volver á París por lo que Roberto de Meillant se dirigía á la estación. Había, por el contrario, resuelto continuar su marcha y no economizar nada para reunirse con Juana Guérin.

Quizás debió haber seguido el camino que

ella había tomado, embarcarse en el buque que con algunas horas de intervalo seguía al suyo, y llegar á Inglaterra al día siguiente de haber ella desembarcado. Pero, persuadido de que Juana procuraba desorientarle, pensó que evitaría descansar en la pequeña villa de Southampton, donde es difícil ocultarse, y que seguiría hasta Londres en el tren combinado con la llegada de la embarcación.

Temiendo Roberto no poder encontrarla en Londres, prefería llegar antes que ella y esperarla en el andén de la estación en que debía bajar. Para obtener este resultado se dispuso á marchar del Havre á Rouen, dirigirse después á Dieppe é inmediatamente á Newhaven. Era el viaje más rápido, si alcanzaba el paquebot de Dieppe que aprovecha las horas de alta marea; pero los indicadores de los caminos de hierro le demostraban que podría llegar á tiempo.

En efecto, llegó á Dieppe después del medio día, se embarcó á las cuatro, desembarcó en Inglaterra á las diez y se apeó en Londres á las doce y media de la noche.

Sin dilación hizo algunas preguntas, y pronto supo que no se esperaba ningún tren de Southampton, y que los viajeros que habían salido en la víspera del Havre llegarían á Londres en la mañana del siguiente día.

A pesar de sus preocupaciones y de la excitación que le hacía más fuerte para soportar la fatiga, creyó debía dirigirse á un hotel y descansar algunas horas. Ya en él, pudo al menos dormir hasta las seis de la mañana. A esta hora se arrojó precipitadamente de la cama, se

vistió y corrió á la estación de Charing Cross.

El tren que esperaba llegó á las ocho. Ni Juana Guérin ni Zoé Lacassade bajaron de él.

¿Qué pensar? ¿Las dos viajeras, contra todas las previsiones de Roberto, se habían quedado en Southampton? ¿Debería ir allí á buscarlas? Pero ¿y si se cruzaba con ellas? ¿y si, mientras allí las buscaba, llegaban á Londres en otro tren? No sabiendo qué partido tomar, temiendo cometer alguna falta, preguntó de nuevo á un empleado, y éste le dijo:

—Las personas que esperáis, caballero, es posible se hayan apeado en Londres en otra estación.

—¿En cuál?

—En la de Waterloo, Bridge-station.

Tomó un coche, y algunos instantes después llegaba al punto indicado.

En Inglaterra, los empleados de los caminos de hierro, en su mayor parte, saben algunas palabras del francés, aunque en general lo hablan muy imperfectamente. A Roberto, que no conocía el inglés, le costó gran trabajo hacerse entender, y sobre todo comprender el sentido de las respuestas que le daban. Concluyó, no obstante, por adivinar que dos viajeras francesas, acompañadas de un *gentleman*, habían llegado á Londres una hora antes. Con datos tan incompletos comenzó á buscar. Corrió de hotel en hotel, se paseó por las calles más frecuentadas, recorrió los paseos públicos, interrogó á las personas que podían comprenderle, dirigiéndose también á la Policía de la metrópoli. Pero ¡ay! cuando llegó la noche no ha-

bía adelantado un paso más que por la mañana.

Al día siguiente, en el primer tren, partió Roberto para Southampton. Allí tuvo noticias más precisas.

Supo, sin que de ello le quedara duda, que Juana Guérin y Zoé Lacassade habían desembarcado en aquel puerto y pasado algunas horas en el hotel; pero habían partido en seguida, sin decir adónde iban. Suponían que se habían dirigido á Londres, pero no podían afirmarlo. El señor de Meillant, que era incansable, creyó debía volver á Londres y buscarlas de nuevo.

Las segundas pesquisas fueron tan infructuosas como las primeras, y fatigado, desanimado, desesperado, no sabiendo ya qué hacer, después de tres días volvió á París.

Así que entró en el hotel se le acercó un criado y le entregó una carta que una señora había llevado la víspera. Roberto, temblando, tomó la carta. ¡Era quizás de Juana, que le daba noticias de ella!... ¡De Juana, arrepentida, que había vuelto, quizás, antes que él!

Miró el sobre. No, no era la letra de su prima. La abrió. La carta era de Matilde.

Quando hayáis vuelto — le decía, — dignaos esperarme desde las cinco á las seis. Me veréis el día de vuestra llegada, que deseo con impaciencia.

No era ésta la carta que Roberto hubiera querido recibir; no era Matilde quien le ocupaba en este momento; pero, en su disposición de ánimo, en su aislamiento, todo era bueno para cambiar el curso de sus ideas. Se preparó, pues,

á recibir á Matilde, que no podía tardar, porque la hora indicada por ella se aproximaba rápidamente.

XL

Pronto, en efecto, la llave que había dejado en la puerta giró en la cerradura, y la marquesa de R... se presentó.

Llevaba un vestido obscuro de los más sencillos, pero cuyo cuerpo ajustado ponía de relieve los hombros, el pecho, el talle algo delgado, pero de líneas soberbias. Se quitó el velo que la cubría, y la cara apareció más pálida que otras veces, con los ojos profundamente rodeados de un círculo amoratado, la mirada abatida, los labios descoloridos y como adelgazados; mas estos cambios, lejos de desfavorecerla, daban más carácter á su belleza.

—¡Por fin estáis aquí!—dijo Matilde cogiendo la mano que le tendía Roberto.—Casi esperaba de volveros á ver.

—¡Oh!—respondió con voz dulce, amigable;—si me hubiera ausentado por largo tiempo, lo hubierais sabido y me habria despedido de vos.

—Gracias, amigo mío—le dijo oprimiéndole la mano que tenía entre las suyas.

—¿Cómo habéis sabido mi llegada?—preguntó Roberto.

—Hace un instante que lo sé; pero yo tenía

tomadas mis precauciones para estar bien informada y veros tan pronto como llegaseis... He venido todos los días á la misma hora.

—¿No teméis, pues—dijo Roberto,—despertar sospechas... ser seguida?

—¡Ah! ¡que me sigan!—exclamó con acento singular;—que tenga sospechas... ¡poco me importa! Nada evitará que os vea.

Viendo que Roberto no respondía, le miró y le dijo:

—¿Cómo os ha ido? ¿Qué habéis hecho?

—Un viaje de negocios—respondió.

—¡Es verdad! Un viaje de negocios... ¡Y me lo decís á mí!... ¿No tenéis, pues, confianza en mi amistad? Sin embargo, si estoy satisfecha con ella—añadió con triste sonrisa,—tengo derecho á exigir que sea completa y que me digáis vuestras penas.

—¡Si no las tengo!—murmuró.

—Las tenéis, y graves... Lo veo y lo sé... ¡Sé ¡ay! tantas cosas desde hace algún tiempo!... Pero no quiero que os las calléis... Aprecio en lo que vale el sentimiento que os hace ser discreto en este instante... Os veríais obligado á hablarme de ella... Ella os preocupa, por causa de ella sufrís, y guardáis silencio por delicadeza, por bondad hacia mí.

Tomó asiento en el canapé, cerca de Roberto, y continuó:

—Hablad sin temor, olvidad mis palabras, mis manifestaciones de otras veces. Ved en mí solamente la amiga adicta, que puede y que debe oír vuestras confidencias, cualesquiera que ellas sean. Acepto, Roberto, vuestra amistad

sola, franca y lealmente, sin segunda intención. ¡Ah! Ella me ha hecho mucho bien, y le estoy muy reconocida para querer reemplazarla por otro sentimiento, para desdeñarla y preferirla á otro afecto. Yo era una imbécil desprovista de todo lo que es práctico en la vida, ignorante del bien y del mal, corrompida, viciada, perdida... Vine aquí para que hicierais de mi vuestra amante. No quisisteis, pero al mismo tiempo me tendisteis la mano y me dijisteis: *Quedaos, asociados á mí para una buena obra, y unámonos fraternalmente.* Acepté, y poco á poco, viéndoos, oyéndoos hablar, sentí que me hacía mejor, me levanté, y quizás llegaré á purificarme. Dejaos, pues, de escrúpulos para conmigo. Vos sufrís y os exijo una parte de vuestros sufrimientos; no tardéis en hacérmelos conocer, porque es posible que no tengáis razón para sufrir. Vuestras desgracias no son irremediables como las mías.

—¿De qué desgracias habláis?—preguntó mirándole.

—¡Oh!—le contestó moviendo la cabeza;—desgracias que á nadie pueden decirse, ni aun á vos mismo. Pero no es de mí de quien se trata; es de ella. La señorita Guérin no está en París... volvéis después de haberla buscado inútilmente, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabéis?—preguntó Roberto admirado.

—¡Ah!—murmuró con voz sombría,—se lo he dicho ya, lo sé todo. Sé lo que quiero saber... y lo que quisiera ignorar.

Después de un instante de silencio continuó:

—La señorita Juana Guérin ha dejado bruscamente á París. La habéis buscado y no la habéis encontrado. Yo me obligo á deciros dónde está; me comprometo también á probaros que no es quizá tan culpable como suponéis. Decidme hasta los menores detalles de vuestra última entrevista en Châteaudun y de vuestro viaje; de ellos podré deducir la verdad. Desde que me ocupo de Blanchard —añadió con triste sonrisa,— me he convertido en un juez de Instrucción, muy hábil por mi desgracia... Pero hablemos de ella. Os escucho, amigo mío.

Por grandes que fueran los escrúpulos de Roberto para hablar de Juana Guérin con la marquesa de R..., era mayor el deseo de obtener las noticias que le prometía, para que dudiese por más tiempo. Además, si al principio tuvo justas prevenciones contra Matilde, los motivos ya no existían. Una franca amistad le unía á esta mujer, sobre la cual ejercía una influencia saludable que poco á poco la conducía al bien. Había tomado gusto á su obra y amaba á Matilde como se ama á un discípulo que progresa, como los apóstoles amaban á sus discípulos.

Creyó, pues, que debía darle con entera franqueza las noticias que exigía y que afirmaba le eran indispensables. Le habló primero de su llegada, seis días antes, una noche á las nueve, á casa de la señorita Guérin, de su admiración al no encontrarla y de la carta que le dirigió con Sofía Blanchard.

—¿Podéis enseñarme esa carta?—preguntó Matilde.

—Sí, vedla.

Matilde, después de haberla leído detenidamente, dijo:

—Jamás creeríais que la señorita Guérin os escribiera en tales términos. ¿No fué ése vuestro primer pensamiento?

—Sí, pero...

—Perdonad, procedamos con orden: ¿tenéis algunas otras cartas de vuestra prima?

—Sí.

—Veamos.

Comparó las letras, como Roberto las había comparado ya, y sin dudar dijo:

—Hay falsificación... falsificación evidente... al menos para mí, que conozco á la falsificadora y su habilidad.

—Como vos, he tenido ese pensamiento—replicó el señor de Meillant.—Pero olvidáis que esta carta ha sido confiada por Juana misma á Sofía Blanchard, para que me la entregase. ¿Sospecháis que esta mujer sea cómplice de alguna odiosa maquinación?

—No, por cierto—contestó vivamente.—Es incapaz de ello. ¿Pero Juana dejó probablemente la carta sobre un mueble?

—Sí, sobre una mesa del salón.

—¿Y salió en seguida?

—Salió para el ferrocarril.

—Pues bien, durante ese tiempo se ha debido cambiar la carta que os escribía la señorita Guérin con la que habéis recibido.

—¿Y por quién? ¿Cómo?... ¿Puede alguien introducirse sigilosamente en el departamento de la calle de Châteaudun?

—Probablemente... ¿Sois vos quien vió esa habitación cuando iba á alquilarse?

—No; me la indicaron.

—¿Quién?

—El joven vizconde de Champy.

—Muy bien, ya estoy enterada. Pasemos á otra cosa.

—¡Sea! dijo Roberto. —No insisto, no os interrogo; preveo que tenéis el hilo de alguna intriga tenebrosa, y dejo que la desenredéis á vuestra voluntad; pero Juana no me ha escrito una sola carta. Que ésa no la haya escrito, lo concedo, pero hay otra. ¿Por qué me ha escrito diciéndome que iba á ir por la tarde, y ha partido tan precipitadamente sin esperarme?

—Porque es joven, de imaginación viva; porque os ama ardentemente y está celosa.

—¡Celosa! ¿Qué motivos le he dado para que tenga celos?

—Ninguno, pero puede haber recibido algún anónimo. ¿Creéis que vuestros enemigos retrocederán ante tan pequeña infamia?

—¡Mis enemigos! ¿Acaso los tengo?

—Muy terribles.

Admirado, Roberto miró á Matilde, y, volviendo al solo objeto que le interesaba por el momento, dijo:

—Juana no hubiera dado ningún crédito á cartas anónimas.

—¡Concedido! Sin embargo, algunas conversaciones en su presencia, algunas calumnias hábilmente esparcidas... ¿No han ensayado calumniar á esa honrada niña?

—Sí—dijo después de un instante de refle-

xió;—sí, pero yo no había querido creer que se tratase de ella.

—Vos, que sois un hombre de juicio, un ser razonable, ¿podéis pedir á una niña que apenas conoce la vida que no caiga en ciertos lazos, que separe la verdad del error?... Pues qué, ¿no habrán excitado sus celos, no sólo con palabras, sino con hechos? ¿No le habéis dicho nunca que desde hace tres meses me veis y me recibis en vuestra casa?

—No, no me he atrevido—dijo bajando la cabeza.

—Pues bien, lo que vos no os habéis atrevido á decirle, se lo han dicho otros. Recurramos á nuestra memoria. El día de la partida de la señorita Guérin, y de la vuestra, ¿no vine yo aquí?

—Creo que sí.

—Estoy seguro de ello; yo no olvido estas cosas. Mientras estábamos en el salón, llamaron á la puerta precipitadamente.

—Sí, lo recuerdo.

—Cuando salí me esperaban en la calle, frente á la puerta del hotel.

—¿Quién?

La señorita Zoé Lacassade. La conocí por el retrato que un día, para distraerme, me hicisteis de ella. Parecía indignada, furiosa, y yo comprendí que se indignaba por cuenta de su amiga. Pero no podía prever las resoluciones que originaría esa cólera. Pensé, no obstante, preveniros al día siguiente... mas ya habíais partido.

Al decir estas palabras se acercó á Roberto,

que estaba apoyado en la chimenea, y tocándole en el brazo continuó:

—Veis que ya se explican muchas cosas... Según mi opinión, vos no podéis reprochar á vuestra prometida más que el haber desconfiado de vos, el haber dado fe á odiosas calumnias y haberse dejado arrastrar por el primer impulso. Mas yo deseo penetrar todos los misterios de esta aventura. Continuemos. Leisteis la carta atribuida á la señorita Guérin... Os resistíais á creer que la hubiese escrito... Sin embargo, como ella misma os la envió, concluísteis por creerlo. ¿Qué hicisteis entonces?

—Me lancé á su habitación y encontré en ella...

Se detuvo. Su fisonomía, sonriente hacía un instante, se obscureció de nuevo. Ella le miró, comprendiendo lo que en él pasaba y dijo:

—Encontrasteis en su habitación alguna prueba terrible contra ella, ¿no es así? Esto no es difícil de adivinar; el que se introdujo en su departamento, á fin de reemplazar una carta por otra, debió completar su obra.

—¡Ah! ¿creéis?...—exclamó.

—Creo que todo estaba preparado para separaros de vuestra prima.

—¿Con qué objeto?

—¡Ah! Eso—dijo bajando la cabeza—no lo digo, no puedo decirlo.

Y temiendo que insistiese repuso:

—Dejasteis la calle de Châteaudun, seguíais adelante, corríais al acaso... ¿Sabéis hacia que lado os dirigíais? No, ¿no es verdad? Pues bien, yo os lo diré. A las once de la noche pa-

sabais por delante de mi casa, por la calle de Monceau. Mi marido os encontró y os siguió. El me dijo que os había visto. No pudo evitar el hablarme de vos: tanto ocupáis su imaginación. Caminabais con la cabeza descubierta, de prisa, medio loco... ¡Cuánto la amáis!... ¡Es muy dichosa!

Matilde enrojeció, se detuvo un instante y continuó:

—De este modo he sabido que os sucedía una desgracia, que sufríais... Vos no podéis sufrir más que por ella. He estudiado este asunto, como estudio desde hace tres meses el asunto Blanchard.

Quizás Roberto iba á preguntarle algo, cuando ella repuso precipitadamente:

—El paseo que disteis al aire libre, esa impetuosa carrera, os refrescó la sangre. Visteis la situación más clara y os decidisteis á buscar á vuestra prima. En una estación de un ferrocarril cualquiera, un empleado os dijo que dos mujeres se parecían á las señas que dabais de la señorita Guérin y de su amiga, que habían partido en el tren anterior.

—Para el Havre.

—¿Iban solas?

—Sí; pero parecía que las seguía un hombre... un joven.

—¿Os describieron ese hombre?

—Sí... es de mediana estatura, sin barba... Sólo tiene un bigote fino, y se distingue por su aire afeminado.

—Muy bien. ¿También oíríais hablar de ese misterioso individuo?

—En el Havre, donde se hospedó, en el mismo hotel que Juana.

—Siempre con el objeto de haceros creer, si la seguíais, que se había ido con él, que os engaña indignamente, que debíais renunciar á la infiel y perjura.

Y, aproximándose á él, le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡es muy hábil y muy malvado el joven vizconde de Champy!

—¡Como!—exclamó Roberto;—¡era él!

—Sí, él era; pero no tengáis celos. Sabed, mi querido amigo, que el vizconde es una mujer, y que esa mujer se llama Florina.

XLI

Roberto de Meillant, á pesar de la afirmación de Matilde, dudaba que el joven vizconde de Champy, á quien conocía desde el día que llegó á Francia, á quien había visto casi todas las semanas en París, fuese una mujer.

—En el Havre—dijo—le encontré por primera vez, y estaba á vuestro lado. ¿Ignorabais entonces su verdadera personalidad?

—No. Desde el día en que en Trouville se introdujo en el círculo de mis amigos, la conocí, pero fingí lo contrario; ella creyó que me engañaba.

—¿Habéis, pues, estado en relaciones con esa Florina, como vos la llamáis?

—Sí—respondió bajando la cabeza.—La Prefectura de Policía la puso á mi lado en calidad de doncella... Yo no estaba aún casada, mi existencia parecía sospechosa y creyeron conveniente vigilarme.

—¿Luego esa joven obra por cuenta de la Policía?

—No, obra por su propio interés.

—¿Por su propio interés? ¿Qué interés puede tener en ocultar á la señorita Guérin, en separarme de ella?

—¡Ay, amigo mío!—dijo Matilde;—os suplico que nada me preguntéis con respecto á eso. Nada puedo deciros. Me he interrogado á menudo, detenidamente; me he preguntado si debía deciroslo todo, si tenía derecho á descubrir los secretos, los terribles secretos que he descubierto desde el día en que me asociasteis á vuestros trabajos. No; mi conciencia me ordena callar... El asesino se descubrirá más ó menos tarde... No soy yo quien debe descubrirle.

De pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de un sillón, un poco inclinada, sin moverse apenas, hablaba con energía, como una inspirada.

Roberto la miraba sorprendido, admirado de sus palabras, sin atreverse á hacerle nuevas preguntas, temiendo quizás saber algo terrible. Sin embargo, después de un instante de silencio, no pudo resistir á decirle:

—¿Entonces tenéis pruebas de la inocencia de Blanchard?

—Sí—respondió con voz sorda.

—En el Havre, donde se hospedó, en el mismo hotel que Juana.

—Siempre con el objeto de haceros creer, si la seguíais, que se había ido con él, que os engaña indignamente, que debíais renunciar á la infiel y perjura.

Y, aproximándose á él, le dijo sonriendo:

—¡Ah! ¡es muy hábil y muy malvado el joven vizconde de Champy!

—¡Como!—exclamó Roberto;—¡era él!

—Sí, él era; pero no tengáis celos. Sabed, mi querido amigo, que el vizconde es una mujer, y que esa mujer se llama Florina.

XLI

Roberto de Meillant, á pesar de la afirmación de Matilde, dudaba que el joven vizconde de Champy, á quien conocía desde el día que llegó á Francia, á quien había visto casi todas las semanas en París, fuese una mujer.

—En el Havre—dijo—le encontré por primera vez, y estaba á vuestro lado. ¿Ignorabais entonces su verdadera personalidad?

—No. Desde el día en que en Trouville se introdujo en el círculo de mis amigos, la conocí, pero fingí lo contrario; ella creyó que me engañaba.

—¿Habéis, pues, estado en relaciones con esa Florina, como vos la llamáis?

—Sí—respondió bajando la cabeza.—La Prefectura de Policía la puso á mi lado en calidad de doncella... Yo no estaba aún casada, mi existencia parecía sospechosa y creyeron conveniente vigilarme.

—¿Luego esa joven obra por cuenta de la Policía?

—No, obra por su propio interés.

—¿Por su propio interés? ¿Qué interés puede tener en ocultar á la señorita Guérin, en separarme de ella?

—¡Ay, amigo mío!—dijo Matilde;—os suplico que nada me preguntéis con respecto á eso. Nada puedo deciros. Me he interrogado á menudo, detenidamente; me he preguntado si debía deciroslo todo, si tenía derecho á descubrir los secretos, los terribles secretos que he descubierto desde el día en que me asociasteis á vuestros trabajos. No; mi conciencia me ordena callar... El asesino se descubrirá más ó menos tarde... No soy yo quien debe descubrirle.

De pie, con la mano derecha apoyada en el respaldo de un sillón, un poco inclinada, sin moverse apenas, hablaba con energía, como una inspirada.

Roberto la miraba sorprendido, admirado de sus palabras, sin atreverse á hacerle nuevas preguntas, temiendo quizás saber algo terrible. Sin embargo, después de un instante de silencio, no pudo resistir á decirle:

—¿Entonces tenéis pruebas de la inocencia de Blanchard?

—Sí—respondió con voz sorda.

—¿Sabéis el nombre del verdadero cómplice de Jagon?

—Lo sé.

—¿Estáis segura de no equivocaros?

—Estoy segura de ello. A vos no puedo mentiros y no quiero mentir. ¡Pero, por piedad, basta ya! No me preguntéis más por hoy.

Y le cogió las manos y le suplicaba con la mirada.

—Sea como queráis—dijo.

Se sentó en un canapé, y, sentándose ella á su lado, le dijo:

—Volvamos á la que amáis. No la habéis encontrado, no sabéis dónde se encuentra. Esto es lo que más interesa. La hemos dejado en el Havre... De ahí salió indudablemente antes que vos llegaseis.

—Sí; se embarcó para Inglaterra, media hora antes de mi llegada.

—¿Tomó pasaje con destino á Southampton?

—Sí, á las seis de la mañana, á causa de salir el barco retrasado.

—¿Tomasteis entonces la embarcación que salió después?

—No; marché á Dieppe, desembarqué en Newhaven y me dirigí á Londres.

—¿Por qué? ¿Con qué objeto?

—Pretendía llegar á Londres antes que la señorita Guérin, y esperar á que llegase.

—Pero nada le obligaba á ir á Londres.

—Perdonad: ella se ocultaba, y era más natural que fuese á una gran ciudad que permanecer en Southampton.

—Sí, trataba de ocultarse, sí; pero ahí está

el error. Ella huía simplemente con la esperanza secreta de ver que la seguiais, que la alcanzabais y os disculpabais. ¿Habría de otro modo dejado á París sin precauciones? ¿No había dicho á Sofía Blanchard adónde iba? Su intención se ve en todos sus actos. ¿Dónde desembarcó? En el Havre, en el hotel donde en otras ocasiones habéis parado vos, de donde la habéis escrito al llegar á Francia, y adonde ella os ha contestado. Pensó que iriais allí á buscarla, y es precisamente lo que habéis hecho.

—¿Por qué no me esperó entonces en el hotel?

—Porque desde su partida de París ha estado perseguida por el joven vizconde... Este le incomoda, Juana tiene miedo y no quiere comprometerse... Durante la noche no ha podido dormir; por la mañana temprano bajó al muelle. Vió un paquebot preparado y partió con la esperanza de escapar á la persecución del vizconde... Mas en el puente del barco le volvió á ver, le vió también en Southampton, y entonces regresó á Francia.

—¿Sin ir á Londres?

—Nunca ha ido allí. Temería perderse en esa gran ciudad, verse aislada y obligada á sufrir la sociedad del individuo que seguía sus pasos.

—¿Y á qué ciudad de Francia se ha dirigido?

—Quizás á París, á su casa, calle de Châteaudun... ¿Habéis ido á preguntar por ella?

—No; vos habéis venido aquí diez minutos después de mi llegada... Además, yo no podía creer...

—Pues bien—dijo interrumpiéndole,—apos-

taría que os espera en su salón, como de costumbre, y que siente no veros.

—¿Qué os hace pensar así?

—¡Oh, Dios mío!... una cosa muy sencilla: el joven vizconde de Champy ha vuelto á París. Ha ido á ver á mi marido esta mañana... Si vuestra prima siguiera viajando, no la hubiera abandonado, continuaria siguiéndola. No abandona así su presa.

Roberto se había levantado. Se paseaba por el salón, inquieto, agitado.

Matilde comprendió que deseaba quedarse solo y correr á la calle de Châteaudun, pero que por su causa no lo hacia. Se acercó á él, y con triste sonrisa,

—Id, amigo mío—le dijo,—id á buscarla. No seáis muy severo por su ligereza. Ha sufrido mucho, estoy cierta de ello, y vos sois culpable para ella, puesto que le habéis dado motivos de celos. Explicaos francamente en cuanto á este objeto. Que sepa lo que habéis hecho por mí, lo que de mí habéis hecho. Es inteligente y buena, puesto que vos la amáis. Comprenderá lo que le digáis, y no tendrá celos de vuestra protegida, de vuestra discípula.

Y como dudase aún en ir, añadió:

—Idos. Aquí me encontraréis cuando volváis. Os pido permiso para aguardaros. Quisiera oiros decir: *No os engañabais. La encontré en su casa. Nos hemos explicado y el pasado se reanuda.*

—¡Ah! —dijo acercándose á ella y oprimiéndole fuertemente las manos;—¿sois acaso mujer?

—Una mujer que vos habéis educado, amigo mío, con vuestros consejos, con vuestros razonamientos y vuestra bondad. Habéis hablado; yo os he escuchado, creído, adquirido la gracia. Se han visto algunas conversiones... yo soy una Magdalena arrepentida.

Roberto iba á salir, pero Matilde le detuvo.

—Un momento aún—le dijo dulcemente.—Es la última recomendación. ¿Nos volveremos á ver?

—Sí, puesto que me esperáis.

—Tengo intención de esperaros—respondió;—pero la intención no es siempre suficiente.

Atormentada por un secreto presentimiento, añadió:

—Mi vida está envuelta en misterios... es muy agitada para que deje nada para mañana... Oid lo que quiero deciros... Se trata de un consejo. ¿Le aceptaréis?

—Ciertamente.

—Pues bien, no penséis terminar vuestros asuntos en Francia: renunciad á casaros aquí. Marchad en seguida con vuestra prometida á las colonias. Huid de este país y jamás volváis á él. Hoy vigilo por vos; mañana quizás no podré. ¡Partid, partid pronto, yo os lo suplico, y guardadme un pequeño lugar en vuestra memoria!... esto es todo lo que os pido. ¿Seguiréis mi consejo?

—Sí—respondió.

—Gracias.

—Y si vos—repuso el joven—pensáis en mí, yo también tengo el derecho de ocuparme

de vos. ¿Qué os sucede? Me parece que os mortifica la vida.

—¡Oh, sí, me mortifica! ¡Si supieseis!... ¡Pero id, id! Hablaremos de esto cuando volváis.

Le llevó hacia la puerta, y, en el momento en que iba á salir, le dijo:

—Despidámonos como si no hubiéramos de volver á vernos.

Roberto le cogió las manos, se inclinó y la besó en la frente, mientras que ella cerraba los ojos. Después salió vivamente.

Ya sola, se dejó caer en un sillón y prorrumpió en llanto.

—¡No le esperaré... no le esperaré!— decía á través de sus sollozos; —no quiero verle más... ¡Sufro mucho!

Y, no obstante, permanecía en el mismo sitio. No se iba, esperaba.

Transcurrió media hora. Llamaron á la puerta.

—¡Ah!— dijo casi con alegría levantándose; —está ahí... no la habrá encontrado... Estaré equivocada.

Corrió á abrir la puerta, que estaba cerrada interiormente. Entró un hombre. No era Roberto. Era Lorenzo, el marido de Matilde.

XLII.

Si Lorenzo llegaba tan de improviso á casa de Roberto de Meillant y sorprendía en ella á su esposa, era instigado por Florina, á consecuencia de algunas revelaciones que creyó debía hacerle.

En efecto, sus esfuerzos para separar á Roberto de Juana Guérin y su viaje á Inglaterra no habian dado el resultado que esperaba. Al principio se felicitó por su éxito. Revestida con uno de esos disfraces en que tanto sobresalía, y con el nombre de la señora de Bonneville, había, con sus revelaciones, introducido la intranquilidad en el ánimo impresionable de Zoé Lacassade, y previsto, con su natural perspicacia, los sucesos que iban á seguir: la cólera de Zoé, su deseo de tener una explicación inmediata con Roberto de Meillant, su encuentro con Matilde, y las confidencias que en su exaltación haría á la señorita Guérin.

La comunicación secreta que existía entre la habitación de la calle de la Victoria, que pertenecía á Lorenzo, y la que las dos amigas ocupaban en la calle de Châteaudun, le habían servido para sorprender sus proyectos de marcha, para sustituir una carta con otra mientras la ausencia de Sofia Blanchard, y para colocar en la habitación, en lugar que fuese vista por

Roberto, cierta correspondencia preparada hacia bastante tiempo. Pero á este primer éxito sucedió una derrota.

Florina no suponía que el señor de Meillant, herido con la crueldad que acababa de serlo, pensase en seguir á su prima, alcanzarla y vigilarla. Ella no se habia imaginado más que un amante que, desdeñado, profundamente herido, pensaria solamente en huir, en dejar la Francia, testigo de sus decepciones. Había olvidado al pariente, al hombre honrado, resuelto ante todo á proteger, aun contra ella misma, á una huérfana sin experiencia de la vida. Cuando se trataba de prever sucesos como resultados de una pasión ó de un vicio, Florina era muy fuerte; pero se perdía cuando se trataba de resoluciones dictadas por el honor.

Por eso, cuando trató de entablar conocimiento durante el viaje con la señorita Guérin, se equivocó también. Como todas las mujeres de costumbres ligeras, apenas creía en la virtud. Para ella, Juana, que acababa de saber la traición de Roberto, que se veía engañada por una Matilde Simonnet, en su cólera, en su despecho, no mostraría mucho rigor con el vizconde, á quien la casualidad hacia su compañero de viaje. Si sabía aprovechar las circunstancias, conseguiría conmoverla con sus atenciones, con su amabilidad y conversación amena, permitiéndose viajar con ella y quizás dirigir el viaje á su gusto.

Al pensar así, Florina ignoraba la delicadeza de una joven bien educada y de un corazón honrado. Todas las tentativas del vizconde fue-

ron rechazadas. No sólo no pudo conseguir la intimidad de la señorita Guérin, sino que tampoco logró mezclarse en su conversaci6n. Juana le miró con sorpresa cuando el vizconde creyó que debía aventurar su primera palabra, y nada le contestó. Un instante después intentó una conciliaci6n, y Zoé Lacassade, después de dirigirle miradas furiosas, le hizo ocupar el lugar que le correspondía. Florina, pues, se vió obligada á estar en expectaci6n, á observar á la señorita Guérin á alguna distancia y á seguirla en vez de acompañarla. Pero pronto se apercibió de que tal persecuci6n era de malos resultados, que asustaba á las dos amigas y les obligaría á abreviar el viaje.

Quiso entonces crearles dificultades para la vuelta, é imaginó diversos ardidés con el fin de retenerlas en Inglaterra. Pero estaban en un país en que la libertad individual es muy respetada, en donde la mujer es siempre protegida cuando reclama una intervenci6n, y el joven vizconde se vió precisado á no molestarlas. Tuvo también el sentimiento de asistir al embarque de las dos amigas. Volvían á Francia, y probablemente á Paris. El largo viaje soñado por Florina se habia convertido en una simple excursi6n de algunos días.

Como se trataba ya de virtud y de altivez, pudo recapacitar y adivinar lo que pasaría. Roberto de Meillant y Juana iban á encontrarse, á explicarse, á perdonarse. Su amor interrumpido, atormentado, adquiriria más fuerza, y en nada cambiaria la antigua situaci6n.

Entonces Florina se dijo que por su parte

había trabajado bastante para el bien común, que debía reclamar el auxilio de Lorenzo y obrar en adelante de acuerdo con él. Cuando llegó á Paris se dirigió á Monceau á buscarle, le puso al corriente de todo lo sucedido y le participó sus temores para el porvenir, proponiéndole una entrevista.

¡Ay! Después de un instante de conversación tuvo el sentimiento de comprender que su asociado apenas la escuchaba, que estaba muy distante de la situación. No era ya el Lorenzo de otras veces, atento, dispuesto á buscar una estratagema, á no retroceder ante nada. Lorenzo estaba débil, abatido, dominado por una pasión que le absorbía, indiferente á todo lo que no fuese su amor.

Florina sólo necesitó un segundo para comprender este cambio y los sucesos ocurridos sin ninguna duda durante su ausencia. Matilde no amaba desde hacia algún tiempo á su marido; pero era prudente y procuraba no inquietarle con sus salidas, para que no rompiese sus relaciones con Roberto. Era dichosa en la calle de Helder, y, con el temor de que Lorenzo atentase á su dicha, no se mostraba muy cruel en la calle de Monceau. El señor de Meillant partió de pronto en seguimiento de Juana Guérin. Ella lo sabía, y en su desgracia, celosa, hacía sufrir á Lorenzo las torturas que la mortificaban.

Florina dejó á su asociado sin haberle podido arrancar un consejo prudente, una resolución cualquiera. De vuelta en la calle de Surresnes, miró fríamente la situación y se dijo

que ella debía salvarle, aun cuando él mismo se opusiera.

Si continuaba bajo la influencia de Matilde, sometido á sus caprichos, débil para tan continuadas luchas, aniquilado por deseos inconcebibles, torturado por latentes celos, tanto más terribles cuanto que eran infundados, estaba perdido. En su interés estaba arrancarle del estado de abatimiento en que se hallaba por medio de un recurso extremo, y debía decirle: *Tú crees que el amor de tu esposa se halla en un período de decadencia... que se ha cansado de tanto como te ha amado, y que tú puedes aún reavivar el fuego que se extingue... Mas no es eso: su corazón jamás ha amado con más pasión, pero pertenece á otro. No te ama ya, porque ama ardientemente á Roberto de Meillant. Tu instinto no te ha engañado. ¡Vamos, despierta y defiéndete contra el que, no contento con intentar enviarte á una prisión, te roba también lo más querido!*

Si Florina se decidía á hablar así, es seguro que Lorenzo se colocaría en una actitud menos peligrosa que su inacción, y que, hábilmente explotada, daría quizás por resultado la ruptura definitiva entre Juana Guérin y Roberto de Meillant.

Su furor podía dar también un resultado deseado ardientemente por Florina. Veía el momento en que Lorenzo, separado de su esposa, curado de su amor, sería todo de ella, no sólo como asociado, sino como amante. Había tenido siempre por este bello joven uno de esos caprichos violentos cuyo poder sólo conocen las

mujeres de costumbres fáciles. Desconociendo el verdadero amor, ignorantes de las sensaciones del alma, dejan tomar á sus sentidos y á su imaginación tal imperio, que sólo á su pasión obedecen ciegamente.

Resuelta Florina á manifestar á Lorenzo algo respecto á Matilde, no podía contentarse con una denuncia vaga que pudiera ponerse en duda. Deseaba afirmar y precisar.

Con tal objeto salió, pasó por la calle de Helder, y supo en el hotel de Roberto que, durante su ausencia, había ido todos los días una mujer á preguntar por él. Evidentemente Matilde intentaría verle en el mismo día á las cinco, como había ensayado los precedentes. ¿Estaría de vuelta el señor de Meillant? Tal era la pregunta que se hacía.

Tomó un coche, mandó que se colocase á algunos pasos del hotel y tuvo la satisfacción de ver llegar á Roberto. A la hora de costumbre llegó también Matilde. Entonces fué al sitio en que la esperaba Lorenzo, á quien había dado una cita, y atrevidamente le dijo:

—Vuestra mujer es la amante del señor de Meillant... Han tenido desde el principio del invierno varias entrevistas misteriosas, y en este momento se halla con él en el hotel de Helder, habitación núm. 2, en el piso principal... ¡Id!

Sin hablar, sin protestar, sin pedir otras explicaciones, Lorenzo, cuya palidez y temblor denunciaban su violenta emoción, dejó inmediatamente á Florina y se dirigió hacia el punto designado.

XLIII

El primer movimiento de Lorenzo, después de cerrar la puerta y haber visto á su mujer, fué buscar á Roberto de Meillant. No viéndole en el salón, se dirigió á la segunda pieza del departamento, esperando encontrarle allí. No había nadie en ella. Entonces se acercó vivamente á Matilde, que había vuelto á sentarse en el canapé, inmóvil, casi indiferente á lo que pasaba.

—¿Dónde se oculta vuestro amante?—gritó. Matilde se encogió de hombros y dijo:

—Si el señor de Meillant estuviese aquí, no se ocultaría... y menos de vos.

—Estabais encerrada con él. ¿Dónde está? Quiero saberlo.

—¿Queréis saberlo? Pues bien, ha salido.

—¿Qué hacíais vos aquí?

—Ya lo veis... le espero.

—No me conviene que le esperéis: venid.

—No me conviene obedeceros: me quedo.

Lorenzo no había previsto que Matilde le resistiera, que le hablase así. Creyó que, sorprendida como acababa de serlo, se mostraría turbada, sumisa, abatida. Pero sucedía lo contrario; le desafiaba. ¿Eran, pues, sólo las apariencias las que la condenaban? ¿No era tan culpable como se le había dicho?

Se dispuso á esperar, y le dijo:

—Se os denuncia como la amante del señor de Meillant... ¿Lo sois? Os encuentro en su casa. ¿Tenéis algún motivo justificado para venir á verle?

Matilde respondió sin titubear:

—Si para ser la amante de un hombre es preciso pertenecerle, yo no soy la amante del señor de Meillant; pero, si es suficiente amarle, mi amante es, porque le adoro.

—¿Y os atrevéis á hablarme así?

—Ciertamente. Me atrevo á deciroslo todo, á vos que os atrevéis á ejecutarlo todo.

Lorenzo tuvo miedo. ¿A qué aludía? ¿Sabía algo de su pasado?

Al mismo tiempo, como marido, como amante, se hizo débil. Matilde no debía mentir cuando le dijo que no era la amante del señor de Meillant en el sentido ordinario de la palabra. No era su actitud ni su voz la de una mujer que miente. Sólo amaba á Roberto. ¿Cómo le amaba? ¿Como amigo quizás, por reconocimiento á servicios que en otras ocasiones hubiese recibido de él? ¿No había él salvado su vida? Lorenzo pensó que podía aún tenerla á su lado y volver á vivir con ella la vida de otras veces.

—Sabed—le dijo acercándose—que me hacéis sufrir horriblemente... Yo os amo, Matilde, como en el primer día de nuestra unión, con la misma pasión, con el mismo ardor, con igual frenesí. Las torturas con que me afligís desde hace algún tiempo son intolerables. El dolor que he sentido al saber que estabais aquí, y después al encontraros, ha debido matarme.

¡Vamos! Sin duda hay una mala inteligencia entre nosotros. Podéis aún hacerme feliz. En cuanto á vuestras relaciones con el señor de Meillant, son quizás de tal naturaleza que podré perdonarlas. ¿Queréis dejar ahora mismo esta casa, seguirme y mostráros conmigo menos cruel que hasta ahora? ¿Queréis no torturar más mi corazón? Yo lo olvidaré todo, todo.

Mientras hablaba Lorenzo, Matilde se había levantado, y apoyada en el mármol de la chimenea, echada hacia atrás la cabeza, le miraba fijamente, con los ojos medio cerrados, la nariz dilatada, los labios entreabiertos. Estaba soberbia, lo mismo en su desdén que en su crueldad.

Cuando concluyó de hablar, sin cambiar de actitud, extendió hacia él el brazo derecho, colocó la mano sobre su hombro, y apoyándola fuertemente á fin de obligarle á encorvarse,

—Arrodillaos—le dijo—para hablarme de vuestro amor... Sed infame hasta el fin.

Y como conservase la misma actitud, como jamás había estado más bella, sintió que el peso de su mano hacia estremecerse á Lorenzo y encorvarse poco á poco, hasta doblar una rodilla ante ella.

Entonces, cuando esperaba que tanta sumisión le hubiese calmado, oyó que le decía con voz lenta y pausada:

—Jamás volverán á renacer nuestros amores, ¡lo juro!... Me dan vergüenza... Me horrorizan... Su recuerdo me mata... Jamás vuestros besos me empañarán... y, si persistís en amarme, os haré sufrir como ahora.

Antes que concluyese de hablar se levantó Lorenzo de un salto, como empujado por un resorte, y, cogiéndola por las muñecas y oprimiéndoselas fuertemente, gritó:

—¡Miserable! ¡Vas á morir!

Matilde prorrumpió en una carcajada y contestó:

—Eso es todo lo que os pido, todo lo que espero; no me guíais otro móvil al insultaros. Estoy cansada de la vida y desco morir. No sabía cómo conseguirlo... Entrasteis y me dije: *Aquí está el que me matará.* ¡Vamos, matadme!... ya espero.

Como Lorenzo permaneciese inmóvil, se inclinó hacia él, y mirándole frente á frente, pálida y arrogante, exclamó:

—¡Mátame!... Ya ves que quiero morir aquí, en este salón donde tantas veces le he visto, donde tanto le he amado.

Lorenzo soltó bruscamente á Matilde, la rechazó y dijo:

—¡No... no te mataré! ¡A él... á él sí!

—¡A él!... —replicó desdeñosamente.—
¡A él!... ¡Bah! ¡tienes mucho miedo á la Justicia!

—La Justicia me absolverá—dijo.—Sois mi esposa, os encuentro en la casa de vuestro amante y le mato... Estoy en mi derecho.

—Sí, pero falta que le encontréis aquí conmigo.

—Vendrá; yo le esperaré.

—No le dejaré entrar—respondió.

—Entonces—repuso Lorenzo con terrible sangre fría,—le provocaré hoy, y mañana le

mataré en duelo... ¡Poco importa, con tal de que le mate!

—No se batirá con vos... no puede batirse. Rehusará.

—Le abofetearé.

Matilde se aproximó y le dijo:

—¿Haréis eso?

—Sí, lo juro.

—Pues bien; si os atrevéis á poner sobre él la mano, yo hago otro juramento.

—¿Cuál?

—¡El juramento de decirle que sois un asesino!

Lorenzo dió un salto hacia atrás.

Ella, sin temor, siguió persiguiéndole y diciéndole con voz sorda, implacable, terrible:

—Sois uno de los asesinos del capitán Guérin.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso!—balbuceó aterrado.

—Es verdad—replicó Matilde,—y, si queréis pruebas, escuchad... Un día, el señor de Meillant me suplicó le ayudase á probar la inocencia de José Blanchard y á descubrir el verdadero culpable. Me ofrecí á ello. No sospechaba ni tenía ningún indicio, y no sabía qué hacer; pero la casualidad, bajo la forma de Florina, vino en mi ayuda. ¿Qué pretendía de mí esa antigua empleada de la Policía, convertida en vizconde de Champy, después de haber sido mi doncella? ¿Estaba encargada de una nueva misión cerca de mí? No; era con vos con quien tenía que entenderse, era á vos á quien deseaba ver... Vos no podíais ser engañado por

su disfraz; sois muy hábil en la materia para que se os pueda engañar. Era, pues, vuestra aliada, vuestra cómplice. ¿Qué tramabais reunidos en la sombra? Quise saberlo... os vigilaba á los dos, llegue á sorprender vuestras conversaciones, y pronto conocí una parte de vuestros más infames secretos.

De pie, temblando, apoyado en el respaldo de un sillón, escuchaba Lorenzo sin fuerzas para interrumpirle. Matilde continuó:

—Sin embargo de que conocía vuestros secretos, que sabía á qué clase de maquinaciones os entregábais y que erais ya á mis ojos un miserable, un infame, no sabía aún que erais un asesino.

Lorenzo hizo un movimiento. Ella le detuvo con un gesto y continuó:

—Vuestro amor á los disfraces os ha hecho traición. Salfais un día de uno de vuestros otros, el de la calle de Rivoli, si no me equivoco... ¡Oh! ¡yo los conocía todos... no he perdido mi tiempo! Para llevar á efecto algún crimen, tomasteis la fisonomía de un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, con toda la barba, el cabello largo y una blusa de obrero... De pronto una idea vino á iluminar mi imaginación... El señor de Meillant me había entregado el día antes una fotografía y muchos retratos de Blanchard, publicados en otro tiempo en los periódicos ilustrados. Bajo vuestro nuevo aspecto os parecíais á él, hasta el extremo de hacerme dudar. Era la misma mirada, tantas veces observada en el Tribunal de Justicia, la que brillaba bajo las espesas cejas

que os habíais preparado, bajo los grises cabellos que cubrían vuestra frente. Traje á la memoria todo el proceso, lo leí, lo estudié en sus menores detalles, en particular el discurso del abogado defensor... Recordé también todas las palabras del señor de Meillant. Decía que el verdadero asesino debía haber acumulado contra Blanchard todas las pruebas que condenaban á este desgraciado... Se había vestido como él, se había esforzado en asemejarsele para extraviar á la Justicia... Sin que hubiera formulado juicio alguno respecto á tal asunto, supe en el instante que erais vos el culpable... y en lugar de instruir el proceso contra Blanchard, como se había hecho, yo lo instruí contra vos. Reuní todos mis recuerdos: nuestras citas en la época del crimen, nuestra entrevista al día siguiente, vuestra marcha precipitada, vuestra vuelta con nombre supuesto y vuestra nueva fortuna... ¡Ay! no podía engañarme. Yo era la esposa de un asesino á quien tenía la misión de buscar...

Y, bajando la voz é inclinando la cabeza, añadió:

—Y soy la hija del otro.

XLIV

Lívido, con los ojos inyectados en sangre, tembloroso, vacilante, con las manos nerviosamente fijas en el respaldo del sillón en que

su disfraz; sois muy hábil en la materia para que se os pueda enganar. Era, pues, vuestra aliada, vuestra cómplice. ¿Qué tramabais reunidos en la sombra? Quise saberlo... os vigilaba á los dos, llegue á sorprender vuestras conversaciones, y pronto conocí una parte de vuestros más infames secretos.

De pie, temblando, apoyado en el respaldo de un sillón, escuchaba Lorenzo sin fuerzas para interrumpirle. Matilde continuó:

—Sin embargo de que conocía vuestros secretos, que sabía á qué clase de maquinaciones os entregábais y que erais ya á mis ojos un miserable, un infame, no sabía aún que erais un asesino.

Lorenzo hizo un movimiento. Ella le detuvo con un gesto y continuó:

—Vuestro amor á los disfraces os ha hecho traición. Salfais un día de uno de vuestros otros, el de la calle de Rivoli, si no me equivoco... ¡Oh! ¡yo los conocía todos... no he perdido mi tiempo! Para llevar á efecto algún crimen, tomasteis la fisonomía de un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, con toda la barba, el cabello largo y una blusa de obrero... De pronto una idea vino á iluminar mi imaginación... El señor de Meillant me había entregado el día antes una fotografía y muchos retratos de Blanchard, publicados en otro tiempo en los periódicos ilustrados. Bajo vuestro nuevo aspecto os parecíais á él, hasta el extremo de hacerme dudar. Era la misma mirada, tantas veces observada en el Tribunal de Justicia, la que brillaba bajo las espesas cejas

que os habíais preparado, bajo los grises cabellos que cubrían vuestra frente. Traje á la memoria todo el proceso, lo leí, lo estudié en sus menores detalles, en particular el discurso del abogado defensor... Recordé también todas las palabras del señor de Meillant. Decía que el verdadero asesino debía haber acumulado contra Blanchard todas las pruebas que condenaban á este desgraciado... Se había vestido como él, se había esforzado en asemejarsele para extraviar á la Justicia... Sin que hubiera formulado juicio alguno respecto á tal asunto, supe en el instante que erais vos el culpable... y en lugar de instruir el proceso contra Blanchard, como se había hecho, yo lo instruí contra vos. Reuní todos mis recuerdos: nuestras citas en la época del crimen, nuestra entrevista al día siguiente, vuestra marcha precipitada, vuestra vuelta con nombre supuesto y vuestra nueva fortuna... ¡Ay! no podía engañarme. Yo era la esposa de un asesino á quien tenía la misión de buscar...

Y, bajando la voz é inclinando la cabeza, añadió:

—Y soy la hija del otro.

XLIV

Lívido, con los ojos inyectados en sangre, tembloroso, vacilante, con las manos nerviosamente fijas en el respaldo del sillón en que

se apoyaba, Lorenzo ni aun se atrevió á protestar de su inocencia; no se defendía. A pesar del estupor que le embargaba, comprendía que Matilde, para atreverse á acusar á su padre, debía tener convicción profunda y pruebas concluyentes.

Matilde, inclinada la cabeza, continuó con apagada voz, hablando del segundo asesino con quien le unían tan estrechos vínculos:

—Hacia tiempo que me preocupaba la existencia de mi padre. No me explicaba sus bruscas desapariciones, sus vueltas repentinas, los cuidados excesivos que tomaba para ocultarse en París, no queriendo dar á conocer á su hija, teniéndome separada de él, ocultándose hasta su nuevo nombre, engañándome en todo y siempre... Como me negaba toda explicación, presumí que, en su juventud y durante su primera estancia en París, había cometido alguna falta que le obligaba á ocultarse y á desaparecer de cuando en cuando por temor á ser reconocido y perseguido... No pensaba en otra cosa. Mis presunciones y mis temores no pasaban de ciertos límites... ¿Podía pensar que mi padre fuese criminal, admitir que ese Jagon, de quien todo París se ocupaba, se llamara Simonnet... y que, ayudado por un cómplice, había asesinado á un viejo para robarle?

Lorenzo quiso protestar, mas ella le impuso silencio con un gesto enérgico y repuso:

—El día que adquirí la certidumbre de vuestra culpabilidad, me pregunté si mi padre, á quien veíais tan á menudo, á quien consultabais en todo, de quien eraís el discípulo

y casi el esclavo, se había mezclado en ese crimen. ¡Ay!... rechacé tal pensamiento con horror, pero la incertidumbre no me dejaba un momento de reposo. Una voz interior me gritaba: *¡Es tu padre!... ¡Es tu padre!...* Quería olvidar; pero multitud de recuerdos que le condenaban acudían á mi memoria. Como acababa de veros, también le vi á él, al día siguiente de cometer el crimen, ordenándome que me dirigiese al lugar habitual de nuestra entrevista... Allí le encontré... Acababa de tener una larga conversación con vos. Lo habíais todo preparado y resuelto... y pronto supe que iba á ser marquesa y rica... ¡Marquesa!... ¿Dónde habéis robado ese título?... ¡Rica!... ¡Ay!... ¡yo sé sin duda alguna á quien habíais despojado de esa fortuna, y los horrores que acompañaron al robo!... ¡Cuando pienso que he usado de esas riquezas, que de ellas me aprovecho aún, me considero una infame!... ¿Y os admiráis ahora de que quiera morir?

Pero separando de pronto las manos de su rostro, adonde se las había llevado al pronunciar las últimas palabras, continuó, como si tuviese prisa por concluir:

—Ahora me lo explico todo. La nueva desaparición de mi padre... era que se ocultaba. Sus señas las habían publicado todos los periódicos y temía ser reconocido... Esas señas las leí muchas veces; pero ¡estaba tan lejos de dudar entonces!... Más de una vez examiné también su retrato en la época del proceso, sin que le reconociera. Fue más tarde cuando empezaron mis sospechas. ¡Oh!... ya entonces,

Jagon y Simonnet fueron para mí una sola persona.

Tomó aliento y añadió para concluir:

—Después de tres semanas oculto, el llamado Jagon fué descubierto, preso, juzgado, condenado. Estará ahora en la prisión; por eso no le he vuelto á ver... En la prisión, y por mucha fortuna, pues no dudo que durante algún tiempo he sido la hija de un condenado á muerte... ¡Soy una miserable!

De pronto se le ocurrió á Lorenzo defender á Simonnet... Era quizás el medio de llegar más tarde á defenderse á sí propio; mas era preciso que hablase, que representase un papel en la escena que corría, que saliera de su inacción. No podía continuar por más tiempo sin pronunciar una palabra, fijos los ojos en Matilde, sin hacer un gesto... tanta inmovilidad y mutismo le atormentaban.

Mientras Matilde, sentada, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza entre las manos, la mirada incierta, llevaba su errante pensamiento de uno á otro recuerdo, Lorenzo, con temblorosa voz, que poco á poco se acentuaba, dijo:

—Si Jagon, como creéis, se llamaba primero Simonnet, si es vuestro padre, ¿no le debéis alguna compasión? ¿Ha sido por enriquecerse por lo que ha sido criminal, por lo que ha arriesgado su cabeza y por lo que sufre hoy? ¿Quería aumentar su bienestar, satisfacer sus vicios ó una pasión? No. Una herencia se os escapaba. Los quinientos mil francos eran vuestros, os pertenecían, y quiso rescatarlos de

quien os los arrebatara para devolvéroslos. No sois vos quien debe acusarle.

Cuando Lorenzo concluyó de defender á Simonnet, Matilde se levantó bruscamente.

—¿Por qué no me habláis también de su amor?—exclamó.—Él ha robado, despojado, matado, por amor á mí... y yo debo darle las gracias... debo bendecirle... Sí... comprendo vuestra moral... Dinero, oro, billetes de Banco, lujo, fortuna, un título de marquesa, el ruido, el brillo... Eso es lo que debemos desear, y todos los medios son buenos para llegar á ese resultado... Eso es lo que ambos me habéis enseñado, y eso es lo que yo he creído largo tiempo, gracias á vosotros. ¡Pues bien... no, mil veces no!... La riqueza no lo es todo en este mundo; hay algo más, algo mejor, la tranquilidad de nuestras conciencias. Por cima de los goces materiales están los afectos dulces de la vida... Después de vos ha habido un hombre que me ha enseñado esto... He aprendido de él á respetarme, y á su lado he conocido el amor verdadero, el amor que levanta á la mujer en vez de arrastrarla.

Lorenzo se aproximó bruscamente á Matilde, y, mirándola con igual fijeza que ella á él antes, dijo:

—¡Pero él no te ama, ama á otra... y se va á casar con ella!... ¡Con ella piensa huir á su país, lejos de ti!... ¿Es así como él sabe amar? ¿Es así como él sabe dar á una mujer su honor, su vida... todo lo que yo te he dado?

—A vuestra vez os defendéis—exclamó Matilde;—lo esperaba.

—Sí, me defenderé... estoy en mi derecho... bastante me has acusado. Para ensalzar á tu Roberto de Meillant, bastante me has herido, insultado, cubierto de vergüenza... ¡Ah!... son muy bellos los sentimientos que ahora te adornan. Te has hecho virtuosa, dices, gracias á él... ¡Ay! Yo podría quizás enseñarte virtud si no os hubierais interpuesto en mi camino ni tú ni tu padre. Vine á París cuando tenía veinte años. El sol del Mediodía me había hecho ardiente, el aire de mis montañas robusto y sensual... Te encontré y te amé... fuí tuyo en cuerpo y alma... Pero éramos pobres los dos... Entonces, un hombre se me presentó y me dijo: *La pobreza es muy mala consejera, no lo olvides; la que tú adoras podrá abandonarte un día. Escucha mis consejos y déjate guiar por mí... Serás rico, ella participará de tus riquezas y vuestros amores serán eternos...* Le escuché; no conocía la vida, no podía defenderme y... era tu padre; creí en él. Fué mi guía, mi maestro, mi genio del mal. El me ha depravado... él me ha hecho lo que soy... Tanto el uno como el otro trabajábamos por un mismo fin: por hacerte dichosa... Para nosotros el trabajo, para ti el descanso. Nosotros corríamos todos los riesgos; tú vivías tranquila, sonriente, ignorando nuestros esfuerzos y nuestros crímenes.

Matilde le escuchaba sin interrumpirle, como él la había escuchado. Lorenzo continuó, violento y agitado:

—Hace un momento me has llamado asesino. ¡Es falso!... ¡Te juro que eso es falso! Ja-

más tu padre me dijo: *Ven á ayudarme á cometer un asesinato.* Sabía que hubiera rehusado... Sólo me dijo: *Un hombre retiene la herencia, la fortuna de Matilde. Quiero recobrarla; necesito tu concurso. Es preciso que vengas.* Obedecí. Me vestí el traje que me presentó. Marchamos juntos, le seguí después y le esperé á alguna distancia, mientras cometía el crimen... Pero yo ignoraba... yo no sabía que él iba á matar.

—Concedido—le contestó Matilde;—quiero creerlo. ¿Pero y después?

—¿Cómo después?

—Muy pronto supisteis que el robo había sido seguido de un asesinato; que erais el cómplice, no sólo de un ladrón, sino también de un asesino... ¿Qué habéis hecho? ¿Habéis siquiera protestado?... No; aceptasteis el dinero que os correspondía... participasteis del crimen.

Iba á responder, pero Matilde le detuvo.

—Aún no he concluído—dijo.—Eso es infame, pero hay algo peor... Detienen á un desgraciado: todos dicen: *¡Ese es el culpable!*... Protesta el infeliz, suplica, llora... Poco os importa. Le aprisionan, le juzgan, le condenan... ¡Nada, no decís nada!... Sufre y muere quizás en un calabozo... ¡Nada, nada! No tenéis que ver con eso. Ved ahí lo que os degrada. Ved ahí por qué no me inspiráis más que odio y desprecio. Aun cuando pudiera olvidar vuestro crimen, no podría olvidar vuestra infamia.

X LV

Pasado un instante, Lorenzo se sobrepuso á las acusaciones y á los insultos de Matilde. No le anonadaban ya; ahora le irritaban, le ponían fuera de sí. Ya no estaba lívido su rostro, sino rojo como la púrpura. La sangre subía á su cabeza, y su sistema nervioso, poderosamente excitado, comunicaba á todos sus miembros una violenta agitación, una imperiosa necesidad de usar de sus fuerzas multiplicadas por la cólera; de herir, de destrozar, de aniquilar algo ó á alguien. Sin embargo, se contenía y procuraba defenderse.

—Me recriminas— dijo— por no haberme descubierto cuando un inocente fué acusado... Mas, si yo me hubiera puesto en manos de la Justicia, me habrían separado de ti, arrancándome de tus brazos... que entonces me abrias... Me habrían encerrado, enviado lejos, y jamás, jamás te hubiera vuelto á ver... No he tenido ánimo... Mi libertad, mi vida las hubiese sacrificado, pero no podía renunciar á ti.

Matilde respondió con lentitud:

—Tampoco José Blanchard quería separarse de su esposa, y brutalmente, por vuestra causa, le arrancaron de su lado. Le encerraron en la prisión, le juzgaron y fué á presidio... ¿Por qué le afligís con tormentos que vos no podéis soportar?

—¿Qué os importa— dijo violentamente— ese hombre, ese antiguo presidiario, á quien solo ha perdido su pasado? Os ocupáis de él, le compadecéis, no por bondad, sino porque es el protegido de vuestro amante.

La cólera se apoderó de Matilde, haciéndole perder la sangre fría que aún conservaba.

—Si— replicó,— solamente por eso le protejo, sólo por eso quiero que salga del calabozo y que vayáis á ocupar su puesto lo más pronto posible... ¿lo entendéis?... lo más pronto posible... Bastante ha sufrido. Ahora os toca á vos. Insultáis á vuestra víctima, y á mí también, y sufriréis el castigo de tanta audacia.

Dirigióse á Lorenzo y, colocando su rostro cerca del suyo, le miró con fijeza:

—¡Ah! Yo os ocultaba aún— le dijo;— tenía piedad de vos... Rehusaba decir al señor de Meillant el nombre del culpable... Quería libertaros... Consentía en dejar al otro en la prisión y á vos aquí... Fiaba á la Providencia el cuidado de salvarle y de castigaros... Era una debilidad, una infamia... Me arrepiento... y, suceda lo que quiera, el señor de Meillant lo sabrá todo.

—¡Guardaos de hacerlo!

—¿Me amenazáis?... Pues bien, os juro, por el amor que le profeso, que en el mismo instante en que entre le diré: *¡Ved al que buscáis por tanto tiempo... ése es el asesino!*

—¡Pues bien— dijo con voz sorda Lorenzo,— yo también juro matarle antes que pronunciéis una sola palabra!

Y, arrojándose al mismo tiempo sobre Matilde,

de, la oprimió entre sus brazos, la sacudió violentamente y la arrojó al suelo.

Después, inclinándose sobre ella, sujetándole las manos, oprimiéndole el pecho con una rodilla, acercó la boca á su cara y le dijo:

—¿Hablarás?

—¡Sí, sí, hablaré!... ¡lo juro!

Lorenzo dirigió una mirada inquieta á su alrededor.

—¿Buscas un arma? No la encontrarás — le dijo. — ¡Él no teme ni á los ladrones ni á los asesinos. Pero no tienes necesidad de armas; tienes tus manos... ¡tus manos de estrangulador!

—¡Es verdad! — rugió. — ¡Tu padre me enseñó!

Le soltó los brazos, que ella cruzó sobre el pecho, resignada, desdeñando llamar en su socorro ni luchar y defenderse, esperando la muerte, dichosa con recibirla en casa de Roberto.

Lorenzo, de rodillas sobre el pecho de Matilde, haciendo gravitar sobre ella todo el peso de su cuerpo, rodeó el cuello de la víctima con sus manos y, oprimiéndoselo violentamente hasta ponerle amoratado el rostro, le dijo aplicando los labios á su boca:

—¡Júrame que jamás serás de él y te dejo en libertad para que me denuncies! No son tus revelaciones lo que temo: es á tu amor por él.

—¡Le adoro! — murmuró Matilde cerrando los ojos y sonriendo.

Fuera ya de sí, perdido el dominio que sobre él había ejercido, sus manos, como un tor-

no cuyos brazos reúne un tornillo, se crisparon furiosamente alrededor del cuello de la desgraciada.

XLVI

Matilde no se habia engañado. La señorita Guérin y Zoé Lacassade habian vuelto en el mismo dia á la calle de Châteaudun.

Sofia Blanchard, como de costumbre, fué á abrir la puerta á Roberto de Meillant, y en seguida fué introducido en el salón, donde se encontraban las dos amigas.

Nada parecia que habia turbado, desde ocho días antes la existencia de todos, y que los amores de los dos prometidos habian experimentado serio contratiempo. Sin embargo, Juana, en vez de salir vivamente, como tenia de costumbre, al encuentro de su primo, permaneció de pie, inmóvil, en medio del salón, con una mano apoyada en el respaldo de su sillón. Estaba muy pálida, y con los ojos bajos.

Zoé Lacassade, sentada á un lado, no daba señal alguna de su existencia. Roberto, también muy conmovido, se adelantó hasta acercarse á la señorita Guérin y, alargándole un papel, le dijo:

—Os suplico, Juana, que os dignéis mirar esa carta y me digáis si sois vos quien la ha escrito.

Juana extendió la mano, cogió el papel y,

después de haberlo recorrido con la vista, exclamó:

—¿Qué es esto? No comprendo.

—Es la carta que Sofía me entregó dos horas después de vuestra partida.

—¿Esto una carta mía?—repuso con indignación.—¿Os había yo de haber escrito en tales términos? ¡Nunca!... ¡Jamás!

—Está escrita y firmada por vos.

—Se ha imitado mi letra y falsificado mi firma—replicó con energía.

Roberto la miró y dijo:

—Os creo... No obstante, me escribisteis. ¿Qué me decíais?

—Os daba las gracias por vuestras bondades conmigo, y añadía que, no queriendo ser un obstáculo para vos, me alejaba y os devolvía vuestra libertad.

—¡Mi libertad!—contestó.—¿Qué necesidad tengo yo de libertad?

Juana guardó silencio. Roberto repuso con voz firme:

—Es preciso que cese entre nosotros toda mala inteligencia, Juana. ¿Os dignáis explicaros?

Juana murmuró estas palabras:

—Vos no me amáis ya: amáis á otra mujer.

—Y esa mujer se llama la marquesa de R..., ¿no es eso?... Padecéis un error, Juana. Yo no amo á la persona que decís. ¡A nadie amo más que á vos, sólo á vos amo! ¡Os lo juro!

Era tan espontánea la afirmación y fué pronunciada con tal acento, que en el rostro de la señorita Guérin brilló un rayo de felicidad.

Zoé Lacassade se estremeció en su asiento; se volvió hacia Roberto y le dirigió aún una mirada sospechosa.

También Juana, algo tranquila, pero todavía dudosa, miraba á Roberto y decía:

—Sin embargo, sin que nunca me hayáis hablado de ello, veis á menudo á esa dama. ¿La recibís en vuestra casa?

—Sí—respondió sin vacilar;—la recibo porque está asociada á la obra que vos y yo perseguimos: descubrir el segundo asesino de vuestro padre y sacar de la prisión á un inocente.

—¡Era por eso!—exclamó.

Pero Zoé Lacassade, silenciosa desde el principio, no pudo detener esta frase dirigida al señor de Meillant:

—¿Por qué ocultaros entonces? ¿Por qué callar la verdad?

Roberto se volvió del lado de donde venía el ataque, y con tono algo severo dijo:

—Debería, mi querida Zoé, no responderos. Estoy muy resentido de vos... Habéis, en esta ocasión, aconsejado mal á mi prima. De más edad que ella, hubierais debido contener su imaginación exaltada y evitar hechos tan lamentables.

La señorita Lacassade quiso responder; pero, imponiéndole silencio con un gesto, Roberto continuó:

—No he hablado á Juana de mis entrevistas con la señora de R..., por no evocar al mismo tiempo el nombre de Matilde Simonnet, que recuerda tan tristes sucesos. Esperaba poder decirle: *Estoy hace algunos meses en rela-*

ciones con la adversaria de vuestro padre. Ved el servicio que os ha prestado; ved el bien que ha hecho y cómo ha procurado reparar sus faltas: tened piedad para una arrepentida.

Y, dirigiéndose á su prima, añadió:

—Tal vez no he tenido razón al callar; pero nunca pensé que sospecharais de mi amor, que me condenaríais sin oirme. Pensaba, aunque las apariencias me condenaban, que tendríais confianza en mi afecto.

Y con voz conmovida añadió:

—¡Por mi honor, Juana, nada tengo de qué reprocharme, y, os lo repito, nunca he amado ni amo más que á vos, con toda mi alma!... ¿Queréis estrechar mi mano y borrarémos para siempre de nuestra memoria los tristes días que han pasado?

Juana no le tendió la mano; pero, sin fuerzas para resistir á su súplica, vencida, arrepentida, ahora que le veía, que le escuchaba, se arrojó sollozando en sus brazos.

El señor de Meillant dejó correr unas lágrimas que venían á calmar la sobreexcitación nerviosa en que la señorita Guérin vivía desde hacía una semana.

Cuando la vió más tranquila, le dijo:

—No podéis permanecer más tiempo en esta casa, Juana; y, como se va haciendo tarde, salgamos á buscar otra habitación.

Juana, que sólo pensaba en que Roberto la amaba y había amado siempre, olvidó los otros detalles de su conversación. Así que respondió:

—¿Por qué dejar esta habitación, donde os he vuelto á ver?

—Porque, según parece, nuestros enemigos se introducen aquí con facilidad.

Y, después de recordarle la carta que cambiaron, le habló de la correspondencia destinada á comprometerla, y que él había recogido.

—¡Cuánto habréis sufrido! — dijo.

—¡Y vos me habéis creído capaz!... — contestó Juana.

Roberto la interrumpió, y sonriendo le dijo:

—Vos misma lo creíais... lo creíais hasta el punto de huir de mí... Pero yo he creído con restricciones, sin estar de ello convencido, toda vez que os seguí.

Entonces refirió su viaje, su llegada al Havre, después á Inglaterra; sus infructuosas pesquisas en Londres y acerca del compañero de viaje que las seguía.

—Pero ¿cómo sabéis todo esto? — preguntó Zoé Lacassade.

—Lo sé todo — respondió — por la persona que sorprendisteis al salir de mi casa, querida Zoé... Os reconoció en el momento que la visteis salir; comprendió que mis amores con Juana corrían peligro, y ha vigilado por nosotros. La marquesa de R... es la que me ha hecho conocer las maquinaciones de que somos víctimas. Ella es también la que me ha dicho: — *La señorita Guérin debe haber vuelto. Id á verla. Explicaos francamente con ella y cesarán las sospechas. Decidle que solamente soy vuestra protegida, que me habéis convertido y que, en agradecimiento, procuro alcanzar la simpatía de la que vos amáis, de la que otras veces he ofendido sin quererlo.* — Eso me ha

dicho, y eso ha hecho; y, como no quiero ya más misterios entre nosotros, añado que me espera en mi casa para conocer el resultado de nuestra entrevista... ¿Debo volver á su lado?

—Id — le dijo Juana presentándole la mano. Zoé Lacassade se había ido acercando silenciosamente y con temor.

—¿Y vos — dijo á Roberto con voz conmovida — continuaréis resentido conmigo?... Me da mucha pena estar reñida con vos.

Roberto se volvió, la cogió por la cintura, la levantó sin esfuerzo hasta la altura de su cara y depositó por toda respuesta dos sonoros besos en las mejillas de la vieja niña. Después la volvió á dejar tranquilamente en tierra.

Reconciliados ya, salieron á buscar un hotel en donde Juana y Zoé pudiesen pasar la noche, dejando para el día siguiente la nueva instalación.

Roberto, recordando las últimas palabras de Matilde y sus recomendaciones, pensó en que debían marcharse inmediatamente. Si sólo se tratase de él, permanecería en Francia, para tener á raya á los enemigos de que se veía rodeado; pero debía ante todo velar por Juana y ponerla al abrigo de nuevos ataques.

Aunque decidido á marchar, estaba resuelto á saber la última palabra del drama en que se encontraba mezclado. Quería exigir á Matilde que le confiase el secreto que dudaba en revelar, y, poseedor de él, denunciarlo á la Justicia, para que ésta continuase la obra comenzada.

Así reflexionaba y tomó sus resoluciones,

dirigiéndose á su casa después de dejar á Juana Guérin y á su amiga en seguridad.

Poco tardó en llegar al hotel de Helder y subir al piso principal.

Se disponía á llamar para que Matilde le abriera, cuando observó que estaba entreabierta la puerta.

La empujó y penetró en el salón.

Buscó con la vista á Matilde y no la vió.

—Se habrá sin duda marchado, cansada de esperarme — se dijo.

De pronto dió un grito. Había visto á la que buscaba tendida en el suelo, inanimada. Se lanzó á ella, se arrodilló y cogió entre sus brazos el cuerpo de la joven. Estaba rígida como un cadáver.

Instintivamente, turbado, Roberto abrió los brazos y el cuerpo se desplomó como una masa inerte, produciendo un ruido sordo.

XLVII

Cuando Lorenzo se apercibió de que Matilde, sofocada largo rato, había dejado de respirar, sintió que todo el furor, toda la ira que hasta entonces le dominaran, se desvanecía súbitamente, y una desesperación terrible se apoderó de él.

—Estaba muerta la que tanto había amado! Su adorable semblante no tenía ya expresión.

dicho, y eso ha hecho; y, como no quiero ya más misterios entre nosotros, añado que me espera en mi casa para conocer el resultado de nuestra entrevista... ¿Debo volver á su lado?

—Id — le dijo Juana presentándole la mano. Zoé Lacassade se había ido acercando silenciosamente y con temor.

—¿Y vos — dijo á Roberto con voz conmovida — continuaréis resentido conmigo?... Me da mucha pena estar reñida con vos.

Roberto se volvió, la cogió por la cintura, la levantó sin esfuerzo hasta la altura de su cara y depositó por toda respuesta dos sonoros besos en las mejillas de la vieja niña. Después la volvió á dejar tranquilamente en tierra.

Reconciliados ya, salieron á buscar un hotel en donde Juana y Zoé pudiesen pasar la noche, dejando para el día siguiente la nueva instalación.

Roberto, recordando las últimas palabras de Matilde y sus recomendaciones, pensó en que debían marcharse inmediatamente. Si sólo se tratase de él, permanecería en Francia, para tener á raya á los enemigos de que se veía rodeado; pero debía ante todo velar por Juana y ponerla al abrigo de nuevos ataques.

Aunque decidido á marchar, estaba resuelto á saber la última palabra del drama en que se encontraba mezclado. Quería exigir á Matilde que le confiase el secreto que dudaba en revelar, y, poseedor de él, denunciarlo á la Justicia, para que ésta continuase la obra comenzada.

Así reflexionaba y tomó sus resoluciones,

dirigiéndose á su casa después de dejar á Juana Guérin y á su amiga en seguridad.

Poco tardó en llegar al hotel de Helder y subir al piso principal.

Se disponía á llamar para que Matilde le abriera, cuando observó que estaba entreabierta la puerta.

La empujó y penetró en el salón.

Buscó con la vista á Matilde y no la vió.

—Se habrá sin duda marchado, cansada de esperarme — se dijo.

De pronto dió un grito. Había visto á la que buscaba tendida en el suelo, inanimada. Se lanzó á ella, se arrodilló y cogió entre sus brazos el cuerpo de la joven. Estaba rígida como un cadáver.

Instintivamente, turbado, Roberto abrió los brazos y el cuerpo se desplomó como una masa inerte, produciendo un ruido sordo.

XLVII

Cuando Lorenzo se apercibió de que Matilde, sofocada largo rato, había dejado de respirar, sintió que todo el furor, toda la ira que hasta entonces le dominaran, se desvanecía súbitamente, y una desesperación terrible se apoderó de él.

—Estaba muerta la que tanto había amado! Su adorable semblante no tenía ya expresión.

Por entre sus encantadores labios brotaba rojiza espuma. Su cuello, de armoniosos contornos, estaba cubierto de cárdenas manchas, de rasgos sangrientos. ¡Su cuerpo, de tan soberbia forma, era ya un cadáver!

¡Estaba muerta! Súbitamente olvidó lo que le había hecho sufrir, para recordar solamente sus amores de otras veces.

Inclinado sobre ella, lívido, quiso reanimarla. Creyendo que aún podía combatir la asfixia, desgarró el corsé y dejó al descubierto el pecho de Matilde. Levantaba el cuerpo, lo colocaba en otro sitio, frotaba con sus manos los brazos, las espaldas, para que la sangre volviera á circular. Colocaba sus labios en los labios de la muerta, como para infundirle con su aliento una nueva vida.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles: las extremidades se helaban, la cara tomaba el color del mármol, la vista permanecía inmóvil, vidriosa, la boca inerte, y las heridas que le había hecho en el cuello con las uñas no brotaban sangre.

Entonces, oprimiéndola contra su corazón, la cubría de besos; furioso, le cogía los cabellos con ambas manos y los separaba de la frente para verla mejor. Le hablaba, le pedía perdón, le suplicaba que volviese á la vida, prorumpiendo en lamentables y roncós gritos.

Le parecía que las luces se extinguían, que la obscuridad le iba envolviendo, que la noche se extendía sobre el viviente y la muerta, sobre el asesino y la víctima.

Tuvo miedo. Creyó que Matilde le perseguía

con su mirada, que le amenazaba y le maldecía.

Aterrado, cerrados los ojos para no ver; temblando, con los brazos extendidos hacia el cadáver, se alejó paso á paso y de espaldas, sin osar volverse.

Llegado cerca de la puerta, la abrió precipitadamente, y saliendo con rapidez, olvidando cerrarla, se lanzó á la escalera y emprendió la fuga.

¿Adónde se dirigía? Hacia los boulevares sin duda. Buscaba el movimiento, el ruido, la luz, la multitud. Las calles oscuras y desiertas le aterraban. A cada paso veía levantarse ante él el cadáver que con implacable mirada le perseguía.

Algunos días antes, Roberto de Meillant, desesperado por la marcha de su prometida, caminaba también al acaso, loco, ardiendo su frente, con la mirada perdida en el vacío. Instintivamente buscaba la soledad para dedicarse por completo á sus pensamientos, para conversar aún con Juana. Lorenzo, por el contrario, buscaba con avidez el choque con los viajeros, los gritos de la multitud, el sordo crujir de los coches para sustraerse á los recuerdos.

Poco tardó en llegar. Sus temores imaginarios desaparecieron para dejar sitio á los reales. Acababa de cometer un asesinato; esta vez, abiertamente... sin haber tomado precauciones, sin hacer por que las sospechas recayesen sobre otro. Cuando estuviere en su casa, en la misma noche, ó á lo más al día siguiente, le detendrían. ¡Oh! no podría evitarlo.

Este segundo crimen haría que se descubriese el primero. Los jueces dirían infaliblemente: *El estrangulador de hoy es el mismo de ayer.* Sería condenado. Veía ya cómo levantaban el patíbulo para él.

¿Cómo huir de este nuevo peligro? Buscaba el medio y no lo encontraba, ¡él, tan hábil, el hombre de tantos recursos! Era que Matilde se le aparecía, y al lado de Matilde la guillotina.

De pronto Florina se colocó entre los dos espectros. Parecía interponerse y decir: *No es razón el que, porque hayas matado allí, mueras aquí.*

Sí, sí; Florina, que lo había hecho todo, que le envió á la calle de Helder; Florina, que era la causante de todo, le salvaría.

Por primera vez, desde que andaba vagando, miró á su alrededor. ¿Dónde estaba? En el boulevard de la Magdalena. La calle de Suresnes estaba próxima. Se dirigió á ella. Corría, no andaba, siempre perseguido por el cadáver y el patíbulo.

XLVIII

Florina esperaba á Lorenzo. Pensaba que, cuando saliese de la calle de Helder, iría á participarle el resultado de su visita.

Procuraba adivinar lo que pasaría entre los dos amantes y el marido, pues no suponía que Roberto estuviese ausente y que la escena con-

yugal no tendría testigos. Según sus previsiones, un violento altercado se suscitara entre Lorenzo y su rival, al que seguiría una provocación.

Por las razones expuestas anteriormente, se comprende que lo que ella quería era un duelo que para siempre les libertase del señor de Meillant, contando con que la suerte fuese favorable á Lorenzo, de lo cual no dudaba Florina. Roberto se limitaría ciertamente á defenderse sin atacar á su adversario. No se intenta matar á un hombre á quien se ha ofendido con crueldad, y en estos casos el marido lleva siempre la mejor parte.

Sin embargo, Florina se admiraba de que Lorenzo tardase tanto en volver. La explicación prevista no era de las que se prolongan: generalmente bastan dos palabras para terminar y darse una cita. Por fin llamaron, y como ella, por prudencia, había alejado á su doncella, corrió á abrir en persona.

Cuando el marqués de R... penetró en el salón, le miró atentamente y comprendió que algo más grave de lo que ella suponía había ocurrido. Siguió examinándole con atención y sin interrogarle. Lorenzo, con el traje en desorden, lívido aún, los ojos inyectados en sangre, se dejó caer en un sillón, y después de pasear á su alrededor una mirada inquieta, para asegurarse de que estaba solo con Florina, pronunció con voz sombría estas palabras:

— ¡La maté!

Florina se estremeció, pero sin comprender todavía.

—¿A quien habéis matado?—le preguntó. Lorenzo respondió:

—¡A ella... á Matilde!... ¡á mi esposa!

—¡A vuestra esposa!—exclamó avanzando hacia él.—Eso es imposible... El amor que la tenéis os trastorna... Él no habrá permitido que la matéis... la habrá defendido.

—Él no estaba allí—replicó.—Estaba ella sola; le esperaba. Me desafió, me habló de su amor por él, de su desprecio por mí... porque ella lo sabía todo, todo, y me amenazaba con revelárselo.

Y levantándose bruscamente continuó:

—No, no; no es por eso por lo que la maté; fué por causa de su amor; porque me repetía sin cesar: *¡Le adoro, le adoro!* Me volvió loco, me cegaba la sangre... la ira destrozaba mi corazón.

Florina dudaba aún: lo que decía, su apagada voz, sus bruscos movimientos, su extrañada mirada, le hacían persistir en la idea de que había perdido la razón.

—¿Cómo habéis podido matarla?—le preguntó.—No llevabais ningún arma. Yo evité que las tomaseis.

—La he estrangulado con mis manos—murmuró,—como su padre estranguló al otro.

Ya esta vez tuvo miedo. Si verdaderamente estaba loco, su compañía era peligrosa. Si no lo estaba, si decía la verdad, todo podía temerle de un furioso y de un asesino tal; pero las nuevas palabras que pronunció la tranquilizaron. Con voz baja y suplicante le pedía un consejo.

—¿Qué debo hacer?—decía.—¿Dónde puedo ocultarme? ¿Por dónde debo huir? Yo no quiero ser detenido... Tengo miedo á la prisión, al aislamiento. La vería sin cesar... ¡No quiero, no quiero! ¡Tengo también miedo á la muerte! ¡Salvadme, salvadme!

Decididamente conservaba la razón. Su situación le espantaba. Nada, pues, tenía que temer por este lado. Por otra parte, Lorenzo no la quería mal, puesto que le pedía consejo y socorro.

—Es todo verdad: ciego por los celos, furioso, ó quizás por miedo, maté á su esposa—se dijo Florina.

Lorenzo callaba, y Florina siguió reflexionando. Pronto sus colores, que habían desaparecido momentos antes, vinieron á sonrosar su semblante; una sonrisa brotó de sus labios, y sus ojos brillaron.

En efecto, después de un detenido examen, vió que la situación no era tan desesperada como al principio creyó. Podían aún salvarse. Había necesidad de librar una gran batalla; pero Florina amaba la lucha y se sentía con fuerzas para obtener la victoria. Además, pensaba que la muerte de Matilde allanaba muchas dificultades y destruía un obstáculo insuperable hasta entonces.

Antes de dar á Lorenzo los consejos que reclamaba, creyó deber hacerle una pregunta importante.

—¿Cómo se apoderó vuestra esposa de esos secretos?—le dijo.—¿No se los ha revelado alguien?

Lorenzo levantó su abatida cabeza, y respondió:

—No: ella había prometido indagar y descubrir quién erais y los motivos que nos habían reunido. Sorprendió nuestras conversaciones, sospechó; uno de mis disfraces me vendió... En fin, lo sabía todo, todo.

Lorenzo recobraba completamente la razón; desde que, de acuerdo con Florina, buscaba el medio de defenderse, de salvar su cabeza, hablaba con más juicio.

—Bien—le replicó.—La última pregunta: ¿Estáis seguro de que Roberto de Meillant no sabe nada aún?

—Tengo la certeza... Ella estaba muy exaltada, muy furiosa para mentir. Si me amenazaba con hablar, era porque nada había dicho aún.

—¿Entonces su secreto ha nacido y muerto con ella?

Lorenzo hizo un signo afirmativo.

—Estamos, pues, lo mismo. El enemigo que no conocíamos, que no habíamos adivinado, no existe ya. La situación ha mejorado, porque el señor de Meillant contaba con su aliada, y, sólo ya, renunciará á nuevas pesquisas. Hablemos ahora de vos. Vuestra mujer, según me habéis dicho, estaba sola cuando la encontrasteis. Pero luego... después... en fin... después de su muerte, Roberto de Meillant ¿no os sorprendió con ella?

—No—murmuró;—tuve miedo, no de él, sino de ella, y huí antes que volviere.

—¿Os han visto entrar en el hotel?

—Deben haberme visto; no he procurado ocultarme.

—De cualquier modo, alguien habrá observado vuestro estado de exaltación. Cuando se sepa el asesinato, si es que no se sabe ya, se tomarán informes, acudirán á todas partes, y las sospechas caerán sobre vos.

—¡Lo sé, lo sé!—exclamó.—Por eso quiero huir.

—¡Huir!—replicó.—¿Por qué? Eso sería confesaros culpable, y vos no lo sois á los ojos del mundo ni delante de la ley. El Código os protege. Excusa, en caso de adulterio, el asesinato cometido por el marido en la esposa adúltera.

—Si se comete en flagrante delito—observó Lorenzo.

—Pues bien, id ahora á buscar la verdadera definición de *flagrante delito*... Se aplica lo mismo á aquel que le comete en el acto del adulterio, que al que lo hace después de cometida la falta. Por consecuencia, el señor de Meillant y vuestra esposa son culpables, porque diez personas afirmarán que estaban encerrados juntos un cuarto de hora antes de vuestra llegada.

Y continuó, con la sangre fría de un abogado que contesta á una consulta:

—Es reputado también *flagrante delito* el caso que es probado por el rumor público, y todo el hotel de Helder atestiguará que, desde hacía tres meses, el señor de Meillant recibía clandestinamente en su casa á la que ha muerto hoy. Tened, pues, ánimo: no sois un asesino;

sois un marido ultrajado que se ha hecho justicia. No sólo no os castigarán, sino que encontraréis quien os compadezca.

A pesar de su erudición penal y de su elocuencia, Florina no había logrado tranquilizar del todo á Lorenzo.

—Mas esta muerte—dijo con voz sombría—¿no recordará la otra?

—¿A quién?...—contestó.—¿A los jueces? Ya os he dicho que no tienen ningún interés en resucitar un asunto terminado, en convenirse de un error. Además, ¿qué relación tiene el marqués de R... con los dos condenados á quienes hacéis alusión? No olvidéis que Jagon se llama Jagon y no Simonnet.

Y, sin piedad para el miserable que tenía en su presencia, Florina continuó:

—La manera como vuestra mujer ha muerto, os favorecerá en lugar de perjudicaros. Si para matarla hubierais empleado una pistola ó un puñal, se os podría acusar de premeditación. Pero no llevabais armas. Cegado con furor legítimo, á consecuencia de una escena que inventaréis, disteis la muerte sin intención de darla. Os lo repito, nada tenéis que temer... siempre que vayáis inmediatamente á entregaros al primer comisario de Policía que encontréis.

—¡Presentarme!—exclamó con terror;—¡ir á la prisión! ¡estar sólo en un calabozo! ¡No, no! ¡Esta noche no... hoy no!

Pero Florina tenía ya hacía algún tiempo demasiado imperio sobre Lorenzo para que dudase de que seguiría sus consejos. Le aseguró

que como extranjero, y por recomendación de la Embajada de España, podría sustraerse á la prisión preventiva. Su crimen era de aquellos con los que la Justicia puede ser indulgente, y su nombre, su título, su situación en el mundo ofrecían bastantes garantías para que se le dejase gozar de una libertad relativa hasta el día que fuese juzgado.

Sólo se trataba de que Lorenzo respondiese de un modo claro y preciso á las preguntas que el comisario primero, y el juez de Instrucción después, iban á hacerle; de llevar algo preparado y no abandonarlo por ningún pretexto.

Florina instruyó sobre esto á Lorenzo; le indicó cómo debía presentar el asunto de un modo ventajoso para él, y le exigió por fin que, sin más dilación, en el mismo instante fuese á constituirse en prisión, llegando su prudencia hasta el extremo de llevarlo á la comisaría más próxima para que en el camino no intentase huir por conservar su libertad algunas horas más.

XLIX

Cuando estuvo sola, reconoció que la situación ofrecía algunos peligros; el acto de constituirse en prisión Lorenzo, la muerte extraña de Matilde, el crimen de la calle de Helder, como se llamaría, harían ciertamente recordar y sacar á luz el nombre de Simonnet, olvidado

ya algún tiempo. Recordarían que la marquesa de R... antes de casarse se llamaba Matilde de Villeneuve por su nombre de guerra, y Matilde Simonnet por su familia. Los periódicos cometerían sobre esto numerosas indiscreciones, y si alguno llegaba á manos de Papin, el jardinero en Maisons-Laffite, podía hacerle reflexionar.

En efecto, el nombre de Simonnet llamaría la atención del marido de Florina. Recordaría las revelaciones de Lonsalot, el antiguo detenido del Depósito, y, acosado por el deseo de servir á José Blanchard, haría con este fin algunas revelaciones á la Policía. Su declaración, que sólo hubiera tenido antes una importancia relativa, sería grave en el momento de comenzarse otro proceso.

Florina, pues, pensó que había abandonado demasiado á su marido en los últimos tiempos, que debía aproximársele para evitar que leyera los periódicos, y apoderarse de él de manera que no se le ocurriese pensar en una reconciliación entre Simonnet y Jagon.

Además, no creía inútil abandonar por algún tiempo á París, sustraerse á toda relación con Lorenzo, demasiado comprometido para no atraer sobre ella la atención en ninguna forma, y aun hacerse olvidar, si era posible.

Bien reflexionado todo, al día siguiente, después de colocar algunos efectos en una maleta y recogidos todos sus valores en un saco de noche, que no debía abandonar, se hizo conducir á la estación del Oeste y tomó el tren de Maisons-Laffite.

Encontró á su marido en la casita que habitaba cerca del Sena, el cual se sorprendió al verla.

—Vuestra admiración será mayor—le dijo—cuando sepáis que vengo á pasar en este país algún tiempo. Sí, la primavera de este año ha hecho renacer mis gustos campestres y los recuerdos de mi infancia. Además, tengo remordimientos. Vuestra última visita me ha conmovido, y quiero reparar en parte el mal que os he hecho. Buscadme en el parque, cerca del bosque, una casita de campo retirada. Viviré sola, guardada por mi jardinero, que seréis vos, si queréis. De esa manera nadie se ocupará de nosotros y pasaré desapercibida, sin comprometeros. ¿Aceptáis?—dijo sonriendo.
¿Cómo no había de aceptar?

L

Sólo en una parte no se realizaron las esperanzas que Florina hizo concebir á Lorenzo. La Embajada de España no tenía las pruebas suficientes de la moralidad y antecedentes del marqués de R... y le rehusó su concurso oficial. La Justicia francesa, que no admite caución en caso de asesinato, no creyó deber dejar á Lorenzo en libertad provisional; pero los rigores de la prisión se endulzaron algo, pues Lorenzo, á fuerza de habilidad, hizo se pusieran de su

parte el juez de Instrucción y el director de Mazas, de los cuales dependía.

Consiguió también captarse las simpatías del público, que se mostró en general indulgente para con el español de pasiones ardientes, de corazón sencillo, que por amor se había casado con una mujer de distinta clase de la suya, á quien dió un nombre y una fortuna, viéndose indignamente engañado desde el momento de su matrimonio.

En cuanto á Roberto de Meillant, se le juzgaba severamente. Algunos de esos periódicos que viven de indiscreciones se habían cuidado de hacer alusión á sus proyectos de matrimonio con la señorita Guérin, y alguno dijo que no era el mejor modo de prepararse á contraer matrimonio comenzar por tomar la mujer ajena.

Roberto tuvo conocimiento de tales calumnias, que le preocupaban poco. Le bastaba que Juana no las creyese, y que, arrepentida de sus primeras sospechas, tuviese en él completa confianza. Lo que le disgustaba era verse detenido en París, no poder huir con su prometida de un país que le era hostil, y reemplazar por una vida tranquila y sosegada la agitación que tantos sucesos le habían ocasionado.

Desgraciadamente, el proceso en que Roberto de Meillant representaba el papel de principal testigo tardaba en fallarse. Los tribunales en los meses de Mayo y Junio se encontraban con muchos asuntos, y el de la calle de Helder se había aplazado para las primeras sesiones de Julio.

Por fin llegó el momento tan deseado. Era de creer que, en esta época del año, el público elegante hubiera olvidado la causa. No fué así: las mujeres del gran mundo, después de haber solicitado y obtenido billetes para asistir á la vista, no dudaron en dejar los baños de mar y fugarse por veinticuatro horas á París. Los crímenes provocados por los celos han tenido siempre el privilegio de excitar la curiosidad femenina, sobre todo cuando el acusado es de buena casa. La clase media tuvo el mismo interés en penetrar en la sala de la Audiencia. Indirectamente se encontraban todos mezclados en el asunto, por consecuencia de la situación de Matilde de Villeneuve.

Ningún incidente bastante á justificar tanto interés se produjo en el curso de los debates. Lorenzo respondió con mesura á las preguntas del presidente, y supo buscar acentos conmovedores para pintar su amor, y más tarde su desesperación. Había sufrido realmente, y, si por prudencia no lo decía todo, lo que manifestaba era verdad. Recordando los hábiles consejos de Florina, se cuidó muy bien, para aparecer menos culpable, de acusar á Matilde. Se quejaba de la manera más moderada y con lágrimas en los ojos; fué indulgente para sus faltas, y en un raptó de desesperación, casi sincero, declaró que se arrepentía de lo que había hecho y pidió perdón á su víctima. Su moderación, su conmovedora elocuencia, produjeron viva impresión en el auditorio y los jurados.

El señor de Meillant obtuvo un verdadero éxito, sobre todo entre las mujeres, que le

agradecieron su discreción y la cortesía con que habló de su rival. En efecto, sostuvo atrevidamente, sin preocuparse de las sonrisas y signos negativos, que nunca había sido el amante de la marquesa de R..., quien para él era sólo una amiga. Al mismo tiempo reconoció que Lorenzo pudo equivocarse, y que se explicaba los celos del acusado. Hablaba de buena fe: su conciencia le aconsejaba defender á un hombre que se creía ofendido por él, y que debía haber sufrido horriblemente por su crimen.

Tomó tal aspecto el proceso, que el abogado general, sin abandonar la acusación, concluyó pidiendo toda la indulgencia compatible con la justicia.

Después de quince minutos de deliberación, el Jurado dió un veredicto negativo á todas las preguntas, y el presidente ordenó fuese puesto inmediatamente en libertad el acusado, si no estaba detenido por alguna otra cosa.

—¡Ó si no ha cometido otro crimen antes de éste!—gritó entre el auditorio un hombre que acababa de penetrar en la sala de audiencia.

LI

Los alguaciles encargados del orden de la sala en la parte que ocupaba el público se precipitaron sobre el individuo que había hablado y quisieron hacerle salir. Pero, por el

contrario, el presidente ordenó que le presentaran al tribunal.

Esta orden fué tanto más fácil de ejecutar, cuanto que el interruptor, rechazando con violencia á los alguaciles que querían apoderarse de él, había ya franqueado muchos obstáculos y marchaba precipitadamente hacia el estrado donde se hallaban los jueces.

Llegado allí, con las manos apoyadas en la balaustrada, la cabeza erguida, sin mirar ni á la derecha al acusado, ni á los jurados á la izquierda, esperaba que le preguntasen.

Un silencio profundo reinó en la sala. Todas las miradas se fijaron en el autor de este dramático incidente.

—Repetid—le dijo el presidente—las palabras que habéis pronunciado. El Tribunal no las ha entendido bien.

—He dicho—replicó el desconocido con voz firme—que el acusado á quien acabáis de absolver por un asesinato es culpable de otros crímenes.

—¿Quién sois vos para permitirnos esa acusación?

Se irguió, y haciendo un violento esfuerzo dijo:

—¡Soy el padre de su última víctima!... ¡Me llamo Simonnet!

Un sordo rumor salió del auditorio.

Pasado un momento, el presidente, conmovido también, pronunció estas palabras:

—¿De qué otro crimen queréis hablar?

Sin mirar á Lorenzo, Simonnet extendió hacia él el brazo y respondió:

agradecieron su discreción y la cortesía con que habló de su rival. En efecto, sostuvo atrevidamente, sin preocuparse de las sonrisas y signos negativos, que nunca había sido el amante de la marquesa de R..., quien para él era sólo una amiga. Al mismo tiempo reconoció que Lorenzo pudo equivocarse, y que se explicaba los celos del acusado. Hablaba de buena fe: su conciencia le aconsejaba defender á un hombre que se creía ofendido por él, y que debía haber sufrido horriblemente por su crimen.

Tomó tal aspecto el proceso, que el abogado general, sin abandonar la acusación, concluyó pidiendo toda la indulgencia compatible con la justicia.

Después de quince minutos de deliberación, el Jurado dió un veredicto negativo á todas las preguntas, y el presidente ordenó fuese puesto inmediatamente en libertad el acusado, si no estaba detenido por alguna otra cosa.

—¡Ó si no ha cometido otro crimen antes de éste!—gritó entre el auditorio un hombre que acababa de penetrar en la sala de audiencia.

LI

Los alguaciles encargados del orden de la sala en la parte que ocupaba el público se precipitaron sobre el individuo que había hablado y quisieron hacerle salir. Pero, por el

contrario, el presidente ordenó que le presentaran al tribunal.

Esta orden fué tanto más fácil de ejecutar, cuanto que el interruptor, rechazando con violencia á los alguaciles que querían apoderarse de él, había ya franqueado muchos obstáculos y marchaba precipitadamente hacia el estrado donde se hallaban los jueces.

Llegado allí, con las manos apoyadas en la balaustrada, la cabeza erguida, sin mirar ni á la derecha al acusado, ni á los jurados á la izquierda, esperaba que le preguntasen.

Un silencio profundo reinó en la sala. Todas las miradas se fijaron en el autor de este dramático incidente.

—Repetid—le dijo el presidente—las palabras que habéis pronunciado. El Tribunal no las ha entendido bien.

—He dicho—replicó el desconocido con voz firme—que el acusado á quien acabáis de absolver por un asesinato es culpable de otros crímenes.

—¿Quién sois vos para permitirnos esa acusación?

Se irguió, y haciendo un violento esfuerzo dijo:

—¡Soy el padre de su última víctima!... ¡Me llamo Simonnet!

Un sordo rumor salió del auditorio.

Pasado un momento, el presidente, conmovido también, pronunció estas palabras:

—¿De qué otro crimen queréis hablar?

Sin mirar á Lorenzo, Simonnet extendió hacia él el brazo y respondió:

—Fué mi cómplice en el crimen del boulevard Bessières. Con su concurso estrangulé al capitán Guérin.

Todos los que se encontraban en la sala se levantaron agitados, violentos. Sólo los jurados, los jueces y el abogado general permanecieron en sus asientos.

El presidente, después de cambiar algunas palabras con los magistrados que tenía á su lado, repuso:

—Entonces no os llamáis Simonnet, sino Jagon.

—Jagon es el nombre con que he sido condenado. Simonnet es mi verdadero nombre, y nadie será ya capaz de hacérmelo ocultar.

—¿Por qué lo ocultabais?

—Por no comprometer á mi hija... Pero ya ha muerto —murmuró con voz sombría,—y ha desaparecido con ella el motivo de la ocultación.

—¿Cómo estáis aquí? ¿De dónde habéis venido? —preguntó el presidente.

—Vengo del presidio de Noumea. Me fugué hace tres meses. ¡Anteayer llegué á Francia y supe que mi hija, mi niña adorada, había sido asesinada por su marido, por ese miserable!... Entonces corrí á París, y ¡vedme aquí... vedme aquí! Llego algo tarde, pues le habéis absuelto. ¡Pero el otro crimen... el otro crimen!... Puede volverse sobre el otro crimen, puesto que hay un culpable. No está fuera de la ley... el hecho no es nuevo... Puede ser condenado... ¡Ah, yo conozco la ley!

Quando habló de Matilde, su voz era entre-

cortada, y dos lágrimas brotaron de sus ojos al pronunciar estas palabras: *¡Mi hija, mi niña adorada!* Ya no permanecía erguido, inmóvil. Golpeaba en la balaustrada con su nerviosa mano; sus dedos largos y nudosos se aferraban á los hierros con furor. Andaba de un lado para otro mientras hablaba; se volvía, ya hacia el Jurado, ya hacia el público, como si quisiera tomar al auditorio, al mundo entero, por testigo de su denuncia.

Evitaba, no obstante, mirar á Lorenzo. Temía, sin duda, no poderse contener si le veía; pero el presidente le dijo:

—¿Acusáis, quizás, á este hombre para vengar la muerte de vuestra hija?

Entonces se volvió, terrible, soberbio, al acusado, y con el brazo extendido, designándole á todos, dijo:

—¡Ah! ¿creéis en su inocencia? ¡Pues bien, miradle... está lívido! Tocadole la cara, las manos: está tan frío como el cadáver de mi infeliz hija.

Y dirigiéndose á Lorenzo repitió:

—¡Mi hija! ¡Yo te la había confiado... yo te la di! ¿Qué has hecho de ella? ¡La has estrangulado, miserable!... ¡miserable, miserable!

Mientras repetía estas palabras, avanzaba hacia su antiguo cómplice, con los brazos extendidos, las manos abiertas, los dedos crispados, como si fuese á cogerle por el cuello y á infligirle la misma muerte que él diera á su Matilde.

Algunos gritos salieron del auditorio, y varias mujeres fueron acometidas de síncope,

mientras que, por orden del presidente, los guardias detuvieron á Simonnet.

Ya algo más repuesto, dijo:

—Tranquilizaos, no le mataré; no quiero que muera tan pronto. ¡Quiero que sufra largo tiempo, porque es preciso que yo venga á mi hija!

LII

Sin que el presidente del Tribunal ordenase nada contra Simonnet, los agentes de Seguridad que se encontraban en la sala se apoderaron inmediatamente del evadido de Noumea. Como forzado, pertenecía de derecho á la Policía.

En cuanto á Lorenzo, no había necesidad de mandato alguno para conducirlo á su calabozo de la Conserjería, de donde había sido sacado por la mañana. Un acusado que es absuelto no es puesto por lo común en libertad hasta el día siguiente, después de llenar ciertas formalidades. Sólo era preciso retardar esas formalidades hasta el momento en que el Tribunal ordenase una nueva instrucción sobre los hechos que se denunciaban.

El incidente provocado por Simonnet fué conocido por el jefe de Seguridad á las cinco de la tarde. Tanto se interesó en otro tiempo en el asunto del boulevard Bessières, que le tenía aún presente en su imaginación, á pesar

de los crímenes y delitos de que había tenido que ocuparse desde entonces. Su curiosidad, pues, se reanimó y pensó ver á Jagon para obtener de él algunos detalles interesantes sobre su viaje, su evasión y sus nuevas fechorías.

—¡Hola!—dijo entrando en el calabozo del detenido;—¡no os agradaba estar allí, y os habéis vuelto!

—¡Ah!... ¡sois vos!—dijo Simonnet, dejando la cama de campaña en que estaba echado.— Esperaba vuestra visita.

—¿Por qué?

—Porque mis confesiones de hoy debían, halagando vuestro amor propio, disponeros á mi favor é inspiraros el deseo de verme. En efecto, mis declaraciones os dan la razón: no me llamaba Jagon, tenía otro nombre. Hicisteis mucho por descubrirlo. Confesad que sin mí nunca lo hubierais sabido.

—Lo confieso humildemente—respondió el señor Claude.

—Además—continuó Simonnet,—gracias á mi pública declaración, estáis ahora convencido de mi culpabilidad.

—¡Oh! Para eso no necesitaba el incidente de hoy.

—¡No tanto! A consecuencia de la última visita que me hicisteis... no habréis olvidado que en el Tribunal, cuando se trataba de condenarme á muerte... fuisteis muy débil, estuvisteis indeciso.

—Es verdad, á fe mía—dijo con sinceridad el señor Claude.—Os creí inocente, al menos por una ó dos horas.

—Y eso fué, á lo que parece, suficiente para obtener mi conmutación de pena.

—Es muy posible. Fuí á ver al procurador general cuando os dejé y no le oculté que me habíais conmovido. Mis palabras le conmovieron también, y...

—¡Cuando yo os lo decía! Eso os hará desconfiado en adelante.

—¡Oh! Son pocos los cómicos como vos con quien tengo que entenderme.

—Me hacéis mucho favor. Supongo que tendréis algo que preguntarme. Empezad y no os molestéis más. Hoy responderé á todas vuestras preguntas.

Y añadió con tono sombrío:

—Ya no tengo nada que ocultaros, ya no tengo secretos, me burló de todo y de todos... Sólo una persona me interesaba, y ésa ya no existe... ¿Qué me importa ya el mundo?

Se interrumpió, y, aproximándose al jefe de Seguridad,

—¡Miento—exclamó,—miento!... Uno me interesa aún... es Lorenzo, ese miserable, á quien di un título, una fortuna y la más hermosa de las mujeres... ¡Ah! apresuraos á juzgarle, á condenarle; ya no temo ni vuestros cerrojos ni vuestras murallas, y yo mismo daré las pruebas.

—¿Las tenéis ciertas de su culpabilidad?—preguntó el señor Claude.

—¡Pardiez!... ¡Sí las tengo! Que se nombre un juez de Instrucción, el anterior si quiere el señor de Beaudin, y yo me encargo de proporcionarle todas las pruebas que pida. Además,

que Lorenzo no se atreverá á dementirme cuando yo le acuse. Le conozco bien: temblará en mi presencia. No tiene valor más que para matar mujeres.

Sentóse en una de las sillas de madera de su celda, y taciturno se sumió en sus recuerdos, sin ocuparse de su visitante.

El jefe de Seguridad respetó un instante su triste abatimiento; después, alzando la voz, preguntó:

—¿Entonces José Blanchard no es culpable?

—No, ciertamente—replicó el forzado levantando la cabeza. ¿He dicho alguna vez que lo fuese?

—Ni habéis dicho lo contrario. Vuestro silencio ha bastado para condenarle.

—¡Oh, no callaré más... tranquilizaos! Proclamaré su inocencia. Es preciso que el otro ocupe su puesto. No espero que sea condenado á muerte; quiero mejor la pena inmediata... Volveremos ambos allá, y ¡no sabéis la vida que le haré pasar! No tendréis necesidad de ponerle guardias; yo seré su carcelero y os respondo de que no se escapará.

Quando el nuevo arrebató de Simonnet se calmó, el señor Claude le preguntó qué era de Blanchard.

—Está allí—dijo.—Le propuse huir conmi-

go y rehusó. Su idea es respetar la ley, no hacerse culpable de una evasión y dejaros toda la responsabilidad de su martirio. Os aconsejo que no dilatéis su vuelta á Francia. Pronto será necesario para el nuevo proceso. Mientras vuelve, si queréis, podéis hacer una buena obra: participarlo á su esposa. No está ya en el Depósito de la isla de Nou; forma parte de una brigada de trabajadores vigilados, cerca de Bourail, y se ocupa en levantar terraplenes.... Está en el número de los forzados de segunda categoría, y no se le hace sufrir demasiado. ¿Tenéis algo más que preguntarme?

—No; deo ese cuidado al juez de Instrucción, que os interrogará mañana. Si queréis darme algunos detalles sobre vuestra evasión, me será muy agradable oírlos.

—Nada tengo que rehusaros, ni ningún favor que pediros en cambio de mis confidencias. Es raro esto, ¿no es verdad?

Ofreció, afectando cortesía, su única silla al jefe de Seguridad, y, sentándose al pie de su cama, le hizo una relación de las cuatro categorías en que se dividen los transportados á las colonias y de las circunstancias en que se encuentran. Refirió también la manera sagaz con que pudo evadirse y llegar á Francia. Poco después el señor Claude se retiraba.

Entonces Jagon, que se había contenido largo tiempo por representar su papel de hombre fuerte, tuvo una desesperación horrible. Sabía desde la víspera que su hija había muerto, y en el aislamiento de su celda lloraba como se llora á una hija.

LIV

La escena de Simonnet en plena audiencia le sirvió admirablemente. En efecto, si se hubiese limitado á presentarse á los jueces para acusar á Lorenzo como su cómplice en otro tiempo, ciertamente no hubiera obtenido el mismo éxito. Nadie hubiera dado importancia á la declaración de un forzado evadido, y quizás sus palabras se hubieran perdido en el gabinete de un comisario de Policía ó tras los muros de una prisión; pero la denuncia fué hecha solemnemente delante de los magistrados del Ministerio público; de la Prensa, representada por una docena de redactores, y ante un numeroso auditorio de todas las clases de la sociedad. Debía, pues, tener y tuvo una publicidad considerable.

Al día siguiente, como había previsto el señor Claude, el procurador de la República ordenaba proceder contra el nuevo cómplice que se designaba en el crimen del boulevard Bessières. Al mismo tiempo, Lorenzo, declarado absuelto, dejaba la Conserjería para volver á Mazas, y Jagon pasaba al Depósito de condenados en calidad de forzado; porque, no lo olvidemos, iba á comparecer en la causa sólo como testigo. No era á él á quien por segunda vez se iba á juzgar; era á su cómplice.

El señor de Beaudin fué el encargado de la nueva instrucción. Lo había poco menos que solicitado, deseoso de reparar su error y de convencerse de que sus primeros presentimientos no le habían engañado. ¿Sus sospechas no se dirigieron desde luego contra Matilde Simonnet? ¿No interrogó largo tiempo al señor X... con el mismo objeto? ¿No encargó al jefe de Seguridad la necesidad de vigilarla? Si más tarde esto fué abandonado, es porque pruebas evidentes pesaron sobre Blanchard; pero el señor de Beaudin recordaba á menudo la impresión favorable que le produjo el detenido y su larga duda en considerarle culpable.

Antes de interrogar á Lorenzo, el juez instructor hizo comparecer á Jagon. Éste repitió lo que dijo en el Tribunal, ahora con más calma, como testigo, y no como acusador.

Explicó todos los detalles del crimen; puso de manifiesto la complicidad de Lorenzo, sin exagerar nada, encerrándose en la más estricta verdad.

Desenvolvió con audacia, pero con sencillez, el plan que se había trazado. Dió explicaciones, no sólo sobre el crimen, sino sobre los motivos del crimen, y por un grande esfuerzo de su voluntad pudo conservar su sangre fría durante el interrogatorio, á pesar de verse obligado á hablar de su hija. Luego reunió contra su verdadero cómplice las pruebas precedentemente acumuladas contra Blanchard; indicó los testigos que podían conocerle, y, para probar su larga inteligencia con él, dió hasta las señas de las casas donde entonces se reunían;

por último, previendo el caso de que algunas dudas quedasen al juez, declaró que él había hecho que el marqués D. José de R... y C..., propietario de la Habana, desapareciese para colocar en su lugar á Lorenzo, hijo natural, nacido en los Pirineos, que vino á París seis años antes en busca de aventuras.

Jagon, con sus propias manos, demolia su obra, reducía á la nada sus creaciones.

El señor de Beaudin, completamente convencido, creyó deber carear los dos cómplices, el suegro y el yerno, el denunciador y el acusado.

Lorenzo estuvo como había previsto y anunciado Simonnet: no se atrevió ni á protestar ni á defenderse. Se mostró arrepentido, agobiado, recobrando por algunos instantes las fuerzas sólo para acusar á Jagon de haberle perdido, y para señalar como causa de sus faltas y crímenes la fatal pasión que Matilde le inspiraba; pero Jagon no le dejó concluir.

— ¡Es falso! ¡es falso! — ¡Tú no la amabas... no la amabas! ¡Si la hubieras amado, le habrías perdonado su traición y sus ultrajes; no hubieras vacilado en sufrir por ella; todo lo hubieras consentido antes de matarla! ¡No, tú no la amabas! Una sola persona la amaba en este mundo: ¡yo! ¡sólo yo!... ¡yo, su padre!

Con los brazos cruzados, echada atrás la cabeza, sonriendo con fiereza, parecía feliz con la comparación que había hecho estableciendo la superioridad de su amor respecto al de Lorenzo. El padre triunfaba del amante, y esta victoria calmaba un instante su terrible desesperación.

LV

La instrucción del proceso se hizo tan rápidamente por el señor de Beaudin, que apenas duró dos meses. Así se satisfacía á la opinión pública, vivamente excitada y desfavorable al acusado. La sociedad parisiense no podía perdonarle el haberse introducido fraudulentamente en sus salones y el haber figurado en ellos. Se avergonzaba de tal profanación, y furiosa por tanta audacia reclamaba su castigo, un castigo ejemplar. La clase media y el pueblo estaban aún más irritados contra él, pero por simpatías á José Blanchard, su víctima.

Culpaban á Lorenzo de todos los sufrimientos de aquel desgraciado, y la inocencia del antiguo condenado hacia aún más horrible el crimen del nuevo acusado. Por fin, ya no se reprimaba solamente al falso marqués de R... su complicidad en el asesinato del capitán Guérin, sino también la muerte de Matilde. En vez de ver en él, como antes, un hombre ultrajado que se hacía justicia, veían un marido cansado de su mujer, tendiéndole un lazo para deshacerse de ella.

En el Tribunal del Jurado estuvo Lorenzo, lo mismo que ante el juez de Instrucción, triste, abatido. Comprendía que estaba perdido y no trataba de defenderse. Su postración era tan

grande, que el mismo Jagon desdeñó que pesase más sobre él la acusación. Preveía el resultado del proceso y creía inútil toda violencia, que tal vez diera resultado contrario. Sólo tenía un temor: que el Jurado no admitiese circunstancias atenuantes, en cuyo caso Lorenzo se le iba de entre las manos y caía en las del verdugo.

Pero el defensor sólo se limitó á pedir las circunstancias atenuantes.

—Blanchard—dijo—las obtuvo... es justo que Lorenzo, acusado del mismo crimen, las obtenga también. El Jurado no puede ser más severo para el uno que lo fué para el otro, y no debe olvidar que Jagon, el principal culpable, ha sido mirado con consideración.

Colocado el defensor en este terreno, consiguió que Lorenzo fuese condenado á trabajos forzados á perpetuidad.

Entonces en la Prensa, en todas partes, se pidió la revisión del proceso de Blanchard. Se apoyaban en el art. 443 del Código de instrucción criminal, que dice así:

«Cuando un acusado sea condenado por un crimen, y otro acusado sea también condenado por otra sentencia como autor del mismo crimen, el ministro de Justicia encargará al procurador general del Tribunal de Casación que denuncié las dos sentencias á este Tribunal.

«La sección criminal de dicho Tribunal, después de haber declarado que las dos condenas no pueden conciliarse, casará las dos sentencias y remitirá á los acusados ante una nueva jurisdicción».

El Ministerio de Justicia recordaría ciertamente este artículo del Código, sin necesidad de que se lo indicasen, y habría cumplido con su deber; pero, detenido por multitud de formalidades administrativas y judiciales, tal vez le habría llenado perezosamente. Roberto, que seguía velando por Blanchard, estaba felizmente allí para abreviar el procedimiento.

En vez de volver á las colonias con su prometida, después del primer proceso de Lorenzo, quiso asistir al segundo, y ahora esperaba, para partir, la rehabilitación de su protegido.

Gracias á sus esfuerzos, á sus pasos, todas las dificultades se allanaron, y antes de terminar el año, el Tribunal de Rouen, ante el cual comparecieron Lorenzo y Blanchard, declaró al primero culpable y absolvió al segundo.

Durante los debates se produjo un nuevo incidente. Un jardinero de Maisons-Laffite, llamado Carlos Papin, se presentó á acusarse del robo doméstico por que Blanchard fué condenado en otro tiempo á cinco años de reclusión.

Así fué completa la rehabilitación del desgraciado.

Mas le quedaba el recuerdo de su larga detención y de las torturas morales que había sufrido. Roberto de Meillant pensó que esas tristes impresiones se desvanecerían más pronto si Blanchard y su esposa dejaban la Francia, donde tanto habían sufrido. Propúsoles, pues, seguirle á las colonias y darles ocupación en su casa. Aceptaron reconocidos, y así pudieron asistir al matrimonio de Roberto y Juana Guérin, tan largo tiempo detenido por su causa.

Zoe Lacassade consiguió también volver á su isla querida. No la dejará seguramente otra vez para volver á Europa, á este país de estranguladores, como ella le llama con su exageración habitual.

Pero ¿qué era, mientras pasaban los sucesos que acabamos de referir, de la gran Florina?

LVII

Retirada en Maisons-Laffite, se cuidó mucho de no intervenir en estos asuntos.

Cuando el primer proceso, el mismo interés de Lorenzo exigía la reserva: acusado del asesinato de Matilde, debía evitar que adivinasen sus relaciones con otra mujer joven y linda, para que no la tomasen por su amante é instigadora del asesinato. Después, cuando Florina supo el incidente ocurrido en la Audiencia y la denuncia de Simonnet, resolvió ser más prudente que nunca: la Justicia, estudiando el pasado de Lorenzo, podía saber sus hechos desde hacía un año, descubrir los diversos oficios á que se había dedicado y los estrangulamientos morales que habían seguido y precedido al estrangulamiento real del capitán Guérin y de Matilde.

Continuaba, pues, viviendo al lado de su marido, aunque ya no hubiese motivo para vigilarle y evitar declarase la verdadera perso-

El Ministerio de Justicia recordaría ciertamente este artículo del Código, sin necesidad de que se lo indicasen, y habría cumplido con su deber; pero, detenido por multitud de formalidades administrativas y judiciales, tal vez le habría llenado perezosamente. Roberto, que seguía velando por Blanchard, estaba felizmente allí para abreviar el procedimiento.

En vez de volver á las colonias con su prometida, después del primer proceso de Lorenzo, quiso asistir al segundo, y ahora esperaba, para partir, la rehabilitación de su protegido.

Gracias á sus esfuerzos, á sus pasos, todas las dificultades se allanaron, y antes de terminar el año, el Tribunal de Rouen, ante el cual comparecieron Lorenzo y Blanchard, declaró al primero culpable y absolvió al segundo.

Durante los debates se produjo un nuevo incidente. Un jardinero de Maisons-Laffite, llamado Carlos Papin, se presentó á acusarse del robo doméstico por que Blanchard fué condenado en otro tiempo á cinco años de reclusión.

Así fué completa la rehabilitación del desgraciado.

Mas le quedaba el recuerdo de su larga detención y de las torturas morales que había sufrido. Roberto de Meillant pensó que esas tristes impresiones se desvanecerían más pronto si Blanchard y su esposa dejaban la Francia, donde tanto habían sufrido. Propúsoles, pues, seguirle á las colonias y darles ocupación en su casa. Aceptaron reconocidos, y así pudieron asistir al matrimonio de Roberto y Juana Guérin, tan largo tiempo detenido por su causa.

Zoe Lacassade consiguió también volver á su isla querida. No la dejará seguramente otra vez para volver á Europa, á este país de estranguladores, como ella le llama con su exageración habitual.

Pero ¿qué era, mientras pasaban los sucesos que acabamos de referir, de la gran Florina?

LVII

Retirada en Maisons-Laffite, se cuidó mucho de no intervenir en estos asuntos.

Cuando el primer proceso, el mismo interés de Lorenzo exigía la reserva: aensado del asesinato de Matilde, debía evitar que adivinasen sus relaciones con otra mujer joven y linda, para que no la tomasen por su amante é instigadora del asesinato. Después, cuando Florina supo el incidente ocurrido en la Audiencia y la denuncia de Simonnet, resolvió ser más prudente que nunca: la Justicia, estudiando el pasado de Lorenzo, podía saber sus hechos desde hacia un año, descubrir los diversos oficios á que se había dedicado y los estrangulamientos morales que habían seguido y precedido al estrangulamiento real del capitán Guérin y de Matilde.

Continuaba, pues, viviendo al lado de su marido, aunque ya no hubiese motivo para vigilarle y evitar declarase la verdadera perso-

alidad de Simonnet, conocido al presente; pero la existencia campestre, inactiva, en compañía de un hombre que, aunque había sido su igual, no era ya de su clase, comenzaba á pesarle, y tanto más sufría, cuanto que había aspirado á otro porvenir.

¡Ah! Sus sueños tan largo tiempo acariciados se habían desvanecido: la casa de comercio de Lorenzo y C.^a se hundió con su jefe, y la asociada de la casa, reducida á sus solas fuerzas, no podía ya contar con la fortuna que entrevió. En cuanto á su famosa intimidad con Lorenzo, y á la existencia amorosa que se había preparado, debía renunciar á ella, á menos que fuese á establecerse á Nueva-Caledonia, cerca del presidio de la isla de Nou, y en eso no pensaba. Los caprichos de la gran Florina no iban más allá de ciertos límites.

En su soledad y su retiro, mientras que el pobre Papin, creyéndola tornada á los buenos sentimientos, alimentaba la esperanza de vivir siempre á su lado, preparaba ella su fuga y meditaba una nueva sociedad, nuevas intrigas, en relación con su carácter y sus gustos.

Ahora, para entrar en campaña, disponía de su parte en los beneficios pasados, suma bastante considerable que no había colocado y que llevaba de ordinario encima por más seguridad, y para sustraerla también á las miradas de su marido.

Mas, como todas las personas que ocultan un tesoro, amaba contemplarle, y esta satisfacción de avara, que no supo dominar, la arrastró á su perdición.

Loustalot, el antiguo detenido del Depósito de los condenados, se había establecido definitivamente en Maisons-Laffite, no como jardinero, según al principio tuvo intención, sino como batelero; es decir, que había comprado con su peculio una canoa destinada á pasear los aficionados.

Florina, para distraerse, había hecho ya algunas excursiones en este barco, que ella dirigía con preferencia por el pintoresco brazo del río que parte del antiguo molino del castillo, costea á la izquierda la isla, á la derecha una ribera sombría que va á reunirse al Sena después de caprichosos giros.

Proyectando para el día siguiente uno de estos paseos, avisó á Loustalot para que se entendiese con ella, y éste se apresuró á acudir. No veía en la habitante del parque más que la parroquiana generosa en cuya casa trabajaba Papin, su antiguo cómplice y amigo, sin sospechar nada más.

Florina había dicho á su marido que guardara el secreto, y éste, temeroso de desagradarle y perderla, continuaba siendo discreto.

Loustalot llegó á casa de Florina á la caída de la tarde, y después de haber buscado inútilmente al jardinero Papin, que había salido, se acercó discretamente, con pasos silenciosos, fiel á sus costumbres de antiguo ladrón.

Las persianas del piso bajo estaban cerradas, pero distinguió luz y se aproximó. La propietaria del sitio estaría probablemente detrás, y él buscaba un medio cualquiera de llamar su atención, cuando, mirando más detenidamente

por las juntas de las persianas, creyó ver billetes de Banco colocados en una mesita cerca de la ventana.

Si, no se engañaba. Estaban allí, á su vista, alumbrados por una lámpara, numerosos, soberbios. Una mujer, sentada al otro lado de la mesa, los miraba con amor.

Después de algunos momentos de contemplación, los reunió todos en un solo paquete y se puso á contarlos, hojeándolos con agilidad, aproximando frecuentemente el dedo á sus labios para humedecerlo.

Loustalot, inmóvil, deteniendo el aliento, oculto tras la puerta, contaba también. Contó sesenta.

¡Sesenta billetes de mil francos! ¡Una fortuna! ¡En aquel mueble, en aquel escondrijo iba á encerrarse tal tesoro! Pronto se convenció.

Florina dividió los billetes en dos partes y los colocó en los dos saquitos de tela que estaban sobre la mesa. Después se llevó las manos al cuerpo del vestido, lo desabotonó, lo abrió, tomó una aguja é hilo y cosió cada paquete en el forro, á derecha é izquierda. Terminada esta operación se abrochó el vestido.

Loustalot lo vio todo. Entonces, silencioso, se alejó de la casa, ganó la puerta de entrada, salió y llamó desde afuera, como si en aquel momento llegase. Florina oyó el ruido, fué á abrir, y, reconociéndole, le dió instrucciones para el día siguiente.

Al cabo de un instante, el antiguo recluso recorrió el parque pensativo, agitado, calentur-

riente. Llegado al castillo tomó á la derecha, ganó la población y entró en casa de un carpintero para suplicarle reparase su barco, que hacía agua.

—Dejad eso ahora —dijo el carpintero;— son las ocho de la noche... no tengo ya obreros. Eso no será tan necesario.

—Por el contrario —replicó Loustalot;— paseo á una señora por la mañana temprano, y acabo de ver que una de las planchas de mi embarcación no ofrece solidez.

—¡Bien! Podrá así resistir un día más. Mañana os enviaré uno de mis oficiales. Antes no me es posible.

Loustalot no insistió. Su visita al carpintero solo había tenido un objeto: probar más tarde, si era necesario, que había querido reparar su barco.

Subió al Sena, y, aprovechándose de la obscuridad y de la soledad que le rodeaban, se entregó sobre la canoa á un misterioso trabajo, que no fué ciertamente el de su reparación.

Al día siguiente, Florina asumió con exactitud á la cita que dió. Llegó al brazo del Sena á las ocho de la mañana, ligera, divertida, alegre, con un tiempo soberbio. Loustalot le tendió la mano para ayudarle á subir á la embarcación, y en seguida empezó á remar. Se alejó del molino y subió la corriente con vigor, mirando á hurtadillas y oblicuamente á ambos lados del río.

Florina, recostada en la popa, con los ojos fijos en el río, meditaba. Pasado el primer brazo, que divide en dos la isla grande, después

de una marcha de tres cuartos de hora próximamente, llegaron al segundo, al grande, al que con rápida corriente va á perderse en el Sena.

—¡Vuestra canoa hace agua!— exclamó de pronto Florina.

—Eso no es nada, no es nada—replicó Loustalot.

—Os digo que vamos á hundirnos. Aproximáos á la orilla.

Loustalot obedeció, pero con lentitud, como si le faltasen fuerzas para dominar la corriente.

La canoa seguía haciendo agua. Una de las planchas del fondo se había levantado y dejaba penetrar gran cantidad de ella. Florina tuvo miedo y se apoyó en el lado derecho. Loustalot se inclinó del mismo lado, y el peso de ambos, unido al del agua que afluía en la misma dirección, hizo vacilar al barco y hundirse.

Florina, por el pronto, no perdió su sangre fría: sostenida por sus vestidos y agitando los brazos, pudo conseguir sostenerse sobre el agua. Vió á Loustalot que andaba con ligereza hacia ella. Tendióle los brazos, creyendo que iba á salvarla; pero de pronto se sintió sujeta, retenida, rodeada por grandes hierbas acuáticas, por una especie de islote flotante.

Quiso librarse de ellas; pero, en sus agitados esfuerzos, una larga planta, viscosa, flexible como una cuerda, se arrolló á su cuello. Cuanto más pugnaba por desenredarse de ella, más estrechamente la planta se le arrollaba.

Loustalot, ya cerca de Florina, la miraba tranquilamente, sin prestarle socorro alguno.

Luchó algunos instantes más y murió... estrangulada, no como el capitán Guérin y Matilde, por la mano de un hombre, sino por la voluntad de Dios Todopoderoso.

Loustalot condujo el cadáver á la desierta orilla, abrió el corsé del vestido y se apoderó del tesoro, corriendo después á la población y manifestando el mayor sentimiento por la terrible catástrofe.

Papin estuvo á punto de volverse loco, y ciertamente habría llegado á estarlo si Florina hubiera vivido.

Créese que la última sublevación de las Canaques fué provocada por un forzado evadido de la isla de Nou. Todo induce á creer que éste fué Simonnet Jagon.

FIN

